PENÍNSULA ODISEAS

David Meseguer
y Karlos Zurutuza

Respirando fuego

En las entrañas de la lucha kurda por la supervivencia

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

MAPA

CRONOLOGÍA

PRÓLOGO. NUESTRA DEUDA CON EL PUEBLO KURDO por MANUEL MARTORELL, periodista especializado en Oriente Medio

PRIMERA PARTE. BAKUR (NORTE)

1. VOLVER AL NORTE
2. PRIMAVERA ÁRABE, VERANO KURDO
3. INTIFADA EN LAS CALLES
4. ALTO EL FUEGO
5. CIZRE, GUERRA TOTAL
6. LA PRISIÓN PARA PERIODISTAS MÁS GRANDE DEL MUNDO

SEGUNDA PARTE. BAŞÛR (SUR)
1. ÁNGELES CONTRA LA BARBARIE
2. VIDAS AL CALOR DEL FUEGO ETERNO
3. GUERRA DE TRINCHERAS
4. LA ANTESALA DE OTRO DESASTRE
5. EL REFERÉNDUM DE INDEPENDENCIA Y LAS GARRAS DE BAGDAD

TERCERA PARTE. ROJHILAT (NACIENTE)
1. ENTRE LA LÍRICA Y EL DRAMA
2. KANDIL BAJO LAS BOMBAS IRANÍES
3. EL HOMBRE TRAS LA HISTORIA DEL PKK
4. LOS FARDOS DEL PECADO
5. EL MAQUIS KURDO QUE LUCHA CONTRA IRÁN

CUARTA PARTE. ROJAVA (PONIENTE)
0. MENOS QUE CERO

UNA REVOLUCIÓN SILENCIOSA
1. LOS PRIMEROS LATIDOS DE LA REVOLUCIÓN KURDA
2. EL «PEQUEÑO KURDISTÁN» DE ALEPO
3. EL PRIMER NOURUZ SIN AL ASAD
4. MILICIANAS KURDAS CONTRA ESTADO ISLÁMICO
5. SALIR A LA SUPERFICIE
6. «DEMOCRACIA RADICAL»
7. CUANDO LA FE NO MUEVE MONTAÑAS
8. VOTAR CON SANGRE POR BACHAR

DEL SUEÑO A LA PESADILLA
9. ASALTO FINAL A LA CAPITAL DEL CALIFATO
10. AFRÍN, LA *NAKBA* KURDA

EPÍLOGO: VOLVER A EMPEZAR

AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora	Descubre	Comparte

SINOPSIS

Los kurdos, un pueblo condenado a sobrevivir.

El brutal asedio de Kobani y la heroica resistencia contra Estado Islámico puso a los kurdos en el foco mediático. Pero ellos siempre han estado allí. Rondan los 40 millones, repartidos entre las fronteras de Turquía, Irán, Irak y Siria, regímenes bajo los cuales han tenido que optar enre la asimilación o el exterminio. Sin embargo, lejos de borrarlos del mapa, la brutal represión, combinada con el apoyo interesado y posterior abandono por parte de potencias internacionales, no ha impedido que los kurdos sean, a día de hoy, uno de los actores principales en la guerra mundial que se libra en Oriente Medio.

Durante la última década Karlos Zurutuza y David Meseguer han sido testigos directos de los capítulos más relevantes en la historia de este pueblo olvidado por Occidente. Este es su relato, un relato desde dentro de la guerra del Partido de los Trabajadores del Kurdistán contra Turquía, la revolución en Rojava o el asalto final a la capital del califato, y que permitirá al lector entender cómo piensa y vive uno de los pueblos más antiguos de Oriente Próximo.

Respirando fuego

David Meseguer
Karlos Zurutuza

En las entrañas de la lucha kurda
por la supervivencia

Prólogo de Manuel Martorell

ediciones península

A Omar Alush, asesinado a quemarropa por atreverse
a soñar con un mundo mejor.

A Marina, porque su lucha comienza justo ahora.

Mar Negro
GEORGIA
TIFLIS
Mar Caspio
ANKARA
ARMENIA
AZERBAIYÁN
BAKÚ
EREVÁN
T U R Q U Í A
Kars
Monte Ararat
Éufrates
Dersim
Aras
Bakur
Lago Van
Van
Diyarbakir
Tigris
Lago Urmia
Tabriz
Hakkâri
Sirnak
Cizre
Mardin
Nusaybin
Amudâ
Dêrikê
Gaziantep
Shahba
Kobanî
Azaz
Afrin
Núbul
Yendires
Al Zahrá
Idlib
Alepo
Al Bab
Manbij
Ceylanpinar
Serêkaniye
Tal Abiad
Ain Isa
Al Hasaka
Yazira
Qamishli
Rumelan
Sinyar
Al Raqa
Rojava
Peshjabur
Dohuk
Lalish
Bashika
Choman
Mahabad
Kandil
Rojhilat
Mosul
Bartela
Arbil
Başûr
Kirkuk
Suleimaniya
Sanandaj
Halabya
I R Á N
TEHERÁN
Kermanshah
Ilam
CHIPRE
Latakia
Hama
Homs
Deir ez-Zor
S I R I A
Mar Mediterráneo
BEIRUT
LÍBANO
Palmira
DAMASCO
Éufrates
I R A K
BAGDAD
Tigris
ISRAEL
Dará
JERUSALÉN
AMÁN
JORDANIA
N
NO
NE
O
E
SO
SE
S
0
150
300 km

CRONOLOGÍA

1916 En el acuerdo secreto de Sykes-Picot británicos y franceses definen las fronteras de Siria e Irak. Parte del territorio kurdo queda bajo el control de Damasco y Bagdad.

1919 El jeque Mahmud Barzanyi lidera la primera rebelión contra el poder colonial británico y se proclama líder de todos los kurdos.

1920 El Tratado de Sèvres, firmado por Gran Bretaña, Francia, Italia y el derrotado Imperio otomano prevé una zona autónoma kurda al este del Éufrates que podía convertirse en un Estado independiente en el plazo de un año. En 1923, el Tratado de Lausana anula la propuesta y fija las fronteras de la Turquía moderna.

1918 - 1925 Líderes tribales kurdos establecen pequeñas regiones autónomas o independientes en Irán, pero son derrotados por el poder central.

1923 Se establece el llamado «Kurdistán rojo» en territorio azerí bajo los auspicios de la Unión Soviética. Durante los seis años de su existencia, es el único lugar del mundo con publicaciones y escuelas kurdas.

1925 La revuelta del jeque Said a favor de un territorio independiente en Turquía resulta aplastada.

1927 El partido kurdo nacionalista Joibun inicia la revuelta de Ağri y declara la independencia de la República de Ararat. Mantiene el control sobre una gran parte del Kurdistán turco hasta ser derrotado en 1930.

1932 El dirigente kurdo Mustafá Barzani inicia un levantamiento contra el Gobierno iraquí bajo soberanía británica, pero es vencido. Una década más tarde lanza una

segunda rebelión en Irak para exigir la autonomía de Kurdistán.

1945 Tras una nueva derrota, Barzani se exilia con sus milicias a Irán y crea un ejército al servicio de Qazî Mohamed, quien ese mismo año funda el Partido Democrático del Kurdistán Iraní (PDKI).

1946 Barzani funda el Partido Democrático del Kurdistán (PDK) y es elegido presidente del mismo.

1946 - 1947 Qazî Mohamed establece y proclama la República de Mahabad. Por primera vez en la historia, los kurdos gozan de una suerte de Estado propio. Un contraataque de Teherán vence a las milicias kurdas y reintegra el territorio al Estado iraní.

1962 Un censo extraordinario despoja a unos 120.000 kurdos —el 20 por ciento de la población kurda total— de la nacionalidad siria. Reciben tarjetas de residencia como «extranjeros» y sus hijos no son registrados por ninguna instancia. Prácticamente no existen para el Estado.

1969 Se funda en Irán el partido marxista Komala, que aboga por la autodeterminación del pueblo kurdo.

1973 - 1976 El régimen sirio promueve el «cinturón árabe», una política de arabización forzosa, trasladando a árabes del sur del país hasta la región mayoritariamente kurda de Yazira.

1978 En una aldea al norte de la provincia de Diyarbakir se constituye el Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) bajo el liderazgo de Abdullah Öcalan.

1979 Numerosos grupos kurdos apoyan la revolución contra el sah pero pronto se opondrán al régimen islamista chií del ayatolá Jomeini. En agosto de ese año, Jomeini declara la guerra santa contra los kurdos independentistas y la revuelta es aplastada militarmente causando miles de muertos.

1984 Primer ataque armado del PKK en Turquía, que cuenta ya con miles de guerrilleros.

1986 - 1989 Campaña de ataques sistemáticos por parte de las tropas de Sadam Huseín contra los kurdos de Irak conocida como «Operación al Anfal». Acusados de colaborar con los iraníes en la guerra iniciada en 1980, se masacra tanto a milicianos *peshmerga* como a civiles kurdos, destruyendo unas 4.000 aldeas, causando la muerte de entre 150.000 y 200.000 personas y la huida de casi 1,5 millones. En este contexto se produce el ataque iraquí con gas tóxico contra la localidad kurda de Halabya.

1987 El Gobierno del entonces primer ministro Turgut Özal (de origen kurdo) inicia contactos con el PKK pero fracasan.

1991 El PKK, que ya cuenta con numerosos campos de entrenamiento en Siria y el Líbano, instala bases en el norte de Irak tras la primera guerra del Golfo. El ejército turco lleva a cabo la política de «tierra quemada» destruyendo entre 2.500 y 3.000 aldeas. Más de dos millones de kurdos son forzados al desplazamiento hacia ciudades kurdas o el este de Turquía.

1992 Se establece la Región Autónoma Kurda de Irak.

1993 Durante la presidencia de Turgut Özal (1989-1993) se anuncia un importante paquete de reformas de cara a la cuestión kurda. Las primeras conversaciones entre Ankara y el PKK avanzan, y la guerrilla proclama un alto el fuego el 20 de marzo. La muerte de Özal en abril de ese mismo año provoca que el paquete de reformas nunca llegue a presentarse, por lo que el PKK rompe la tregua. Ankara exige su «rendición incondicional».

1994 - 1997 Guerra civil en el Kurdistán iraquí entre el PDK, apoyado por Bagdad, y la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK), apoyada por Irán. La guerra desemboca en la creación de dos entidades administrativas (Arbil y Suleimaniya) dentro de la región autónoma kurda.

1997 La tímida apertura democrática bajo Mohamed Jatamí da más libertad a los kurdos de Irán y se forma un movimiento parlamentario a favor de la identidad cultural kurda.

1998 *1 de agosto:* El PKK proclama un alto el fuego unilateral y reconoce, por primera vez, la integridad y la soberanía de Turquía.

9 de octubre: Las presiones de Ankara a Damasco acaban expulsando a Öcalan de Siria, donde vivía desde 1980.

1999 *15 de febrero:* Agentes de la inteligencia turca capturan a Abdullah Öcalan en Kenia. El líder kurdo estaba refugiado en la Embajada griega del país africano.

29 junio: Öcalan es condenado a muerte. Las protestas en Turquía se extienden a Irán y provocan sangrientos choques con la Policía.

1 de septiembre: El PKK anuncia de forma unilateral otro alto el fuego que se extiende hasta 2004.

2002 Ante la presión internacional, la pena de muerte de Öcalan es conmutada por cadena perpetua. El líder kurdo cumple condena en la isla-prisión de Imrali.

2003 *20 de marzo:* Estados Unidos invade Irak y derroca a Sadam Huseín. Los kurdos, aliados de los estadounidenses, aprovechan para hacerse con el control de algunas regiones históricamente reclamadas. Territorios en disputa, como Kirkuk, serán

motivo de conflicto entre Bagdad y Arbil en los años venideros.

20 de septiembre: Fundación del Partido de la Unión Democrática (PYD), formación política kurdosiria afín al PKK.

2004 *Abril:* Se establece el PJAK (Partido por una Vida Libre del Kurdistán) con su cuartel central en las montañas Kandil, en la frontera entre Irak e Irán.

12 de marzo: Ola de protestas después de un partido de fútbol en Qamishli, la principal ciudad del noreste sirio. Los disturbios se extienden por toda Yazira, llegando incluso hasta los barrios kurdos de Alepo y Damasco. El ejército reprime unas manifestaciones que se saldan con más de tres decenas de kurdos muertos.

2005 El líder de la UPK, Yalal Talabani, es elegido presidente de Irak y un mes más tarde, Masud Barzani se convierte en presidente de un Kurdistán reconocido por Bagdad como región autónoma.

2007 El Partido de la Sociedad Democrática (DTP) consigue 20 escaños en las elecciones generales turcas, formando el primer grupo parlamentario kurdo desde 1992.

2008 Se funda el Partido Paz y Democracia (BDP) como sucesor del DTP, en fase de ilegalización.

2009 *Octubre:* Un grupo de guerrilleros del PKK se entrega como gesto de buena voluntad ante un incipiente proceso de paz.

11 de diciembre: El Tribunal Constitucional turco ilegaliza el DTP. Meses atrás había comenzado un proceso judicial contra cientos de políticos, activistas y periodistas kurdos, acusados de pertenecer a la ilegalizada Unión de las Comunidades Kurdas (KCK), considerada la sección urbana del PKK.

2011 *15 de marzo:* Estallan las protestas contra el régimen de Bachar al Asad que desembocan en una guerra civil. Los kurdos de Siria se mantienen al margen y apuestan por una «tercera vía».

12 de junio: treinta y seis candidatos independientes bajo el paraguas del BDP ganan un escaño en las elecciones generales turcas.

28 de diciembre: Un bombardeo turco mata a treita y cuatro civiles en Roboski, en la frontera iraquí, al confundir a contrabandistas con guerrilleros.

2012 *19 de julio:* Declaración oficial de la liberación del territorio kurdosirio, también conocido como «Rojava». Se crean las Unidades de Protección Popular (YPG).

Diciembre: El Gobierno turco admite contactos con Öcalan para un desarme del PKK.

2013 *9 de enero:* Tres prominentes activistas kurdas son asesinadas en París.

21 de marzo: Öcalan hace un llamamiento al cese de la violencia, el abandono de las armas y el inicio de un nuevo proceso de negociación política.

25 de abril: Murat Karayilan, el máximo líder del PKK no encarcelado, anuncia en el norte de Irak la retirada de sus combatientes de territorio turco a partir del 8 de mayo próximo.

2014 *Enero:* Declaración de autonomía de los cantones de Afrín, Kobanî y Yazira y publicación del Acuerdo Social, una suerte de constitución para las nuevas entidades políticas.

Septiembre: Comienza el asedio de Estado Islámico (EI) a la ciudad kurdosiria de Kobanî. Se crea la Coalición Internacional contra Estado Islámico liderada por Estados Unidos.

2015 *26 de enero:* Liberación de Kobanî de la amenaza yihadista después de meses de resistencia de las YPG y las YPJ. Los bombardeos aéreos de la Coalición Internacional contra EI han jugado un papel determinante.

7 de junio: El prokurdo Partido Democrático de los Pueblos (HDP) obtiene ochenta escaños en el Parlamento turco. El islamista Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) del presidente Recep Tayyip Erdoğan pierde la mayoría absoluta. Debido al clima de violencia, las elecciones generales se repiten en noviembre y el AKP recupera la mayoría absoluta.

Julio: Ruptura del proceso de paz entre Ankara y el PKK tras más de dos años de negociaciones entre ambos.

Septiembre: Las Unidades de Protección Civil (YPS), guerrilla urbana afín al PKK, se hacen con barrios enteros en Cizre y otras ciudades kurdoturcas. Ankara responde con una brutal ofensiva provocando la destrucción de núcleos urbanos y el desplazamiento de cientos de miles de kurdos.

10 de octubre: Se establecen las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), un contingente militar multiétnico formado por kurdos, árabes y siríacos, entre otros.

10 de diciembre: Fundación del Consejo Democrático Sirio, el brazo político de las

FDS.

2016 *17 de marzo:* Declaración oficial de la Federación Democrática del Norte de Siria. Con la colaboración de la Coalición Internacional Contra Estado Islámico, las FDS recuperan terreno a los yihadistas a una gran velocidad.

6 de noviembre: Rebeldes apoyados por Turquía lanzan una operación militar contra EI al norte de la provincia de Alepo para evitar que las FDS se hagan con el control de todo el norte del país y puedan conectar los territorios de Afrín y Kobanî.

2017 *23 de febrero:* Los rebeldes apoyados de Turquía arrebatan el control de Al Bab a EI.

25 de septiembre: Referéndum de independencia en el Kurdistán iraquí. La aplastante victoria del «sí» provoca la reacción de Irak, Irán y Turquía con fuertes sanciones.

17 de octubre: Las Fuerzas Democráticas Sirias liberan la ciudad de Al Raqa.

2018 *20 de enero:* Turquía lanza la ofensiva militar Rama de Olivo para hacerse con el control del enclave kurdosiro de Afrín.

18 de marzo: Turquía y rebeldes turcos toman el control de la ciudad de Afrín. Más de 200.000 personas huyen de la región.

19 de diciembre: Donald Trump, presidente de Estados Unidos, anuncia la retirada de las tropas estadounidenses de Siria.

PRÓLOGO

NUESTRA DEUDA CON EL PUEBLO KURDO

por MANUEL MARTORELL,
periodista especializado en Oriente Medio

Entre los años 2014 y 2015, Estado Islámico de Irak y el Levante (EI) había conseguido hacerse con el control de grandes ciudades como Mosul, en Irak, o como Al Raqa y Deir ez-Zor, en Siria, y también de buena parte de la frontera de Siria con Irak y Turquía, pues se encontraba a las puertas de Alepo, Damasco y Bagdad y, por lo tanto, dispuesto a hacerse con ambos países, con la idea de lanzarse después sobre el Líbano e Israel. Además, sus ramificaciones se extendían por el norte de África, otras zonas del continente negro y la península arábiga. Con una fuerza que parecía imparable y una escenificación del horror sin precedentes, EI se había convertido en una amenaza planetaria que, como la misma organización terrorista solía repetir, terminaría izando el crespón negro sobre la torre Eiffel tras su reconquista de Al Ándalus.

Para muchas personas, todo aquello era más que una terrible pesadilla: era la lógica consecuencia del maltrato infligido a las sociedades musulmanas por Occidente, especialmente debido a la tragedia palestina y

la invasión angloamericana de Irak. Por esta razón, la opinión pública veía con perplejidad cómo los kurdos, un pueblo mayoritariamente suní, igual que los yihadistas, se erigían en el principal dique para frenar la expansión del califato; una incomprensión que pasaba a ser incredulidad al ver que cientos de mujeres asumían un papel clave en esta dura batalla contra el fundamentalismo. ¿Por qué un pueblo musulmán, precisamente el más antiguo de Oriente Medio, se convertía en el mayor enemigo de Estado Islámico? ¿Por qué tantas familias musulmanas permitían a sus hijas ir a este combate, algo impensable en las sociedades europeas?

La explicación estriba en que los kurdos y Estado Islámico representan dos concepciones del islam y de Oriente Medio incompatibles entre sí. Para el pueblo kurdo, es fundamental el mantenimiento de la ancestral diversidad religiosa y cultural en esta parte del mundo, mientras que para Estado Islámico, la ortodoxia wahabí, de escasa tradición en la zona, debe imperar en cualquier ámbito de la sociedad, quedando supeditada a la fe de Mahoma cualquier otra manifestación cultural o religiosa.

Los kurdos son un factor fundamental en Oriente Medio. Kurdistán es un territorio de configuración montañosa tan extenso como toda la península ibérica y con casi cuarenta millones de habitantes, de los cuales la mitad vivirían en las regiones kurdas de Turquía, otros diez en el noroeste de Irán, cinco al norte de Irak y otros tres en la parte septentrional de Siria, a lo largo de la frontera turca. Se trata, por lo tanto, del mayor pueblo sin Estado del mundo, para el que, por lo general, la identidad nacional está por encima de los valores religiosos, lo que posibilita que entre los kurdos haya musulmanes de distintas corrientes —suníes, chiíes, alevíes, sufíes—, así como cristianos, yazidíes, chabaquíes, kakáis e incluso judíos, reflejo de la tradicional diversidad religiosa de toda la región.

El violento choque entre ambas concepciones de Oriente Medio no tardaría en producirse. Para Estado Islámico, el primer y principal enemigo a batir eran los kurdos, mientras que a los kurdos les faltó tiempo para ponerse a la vanguardia de la Coalición Internacional contra Estado Islámico. Hoy, cinco años después, esa amenaza mundial que parecía indestructible prácticamente ha desaparecido, pero quienes se consideran

sucesores de los medos y de Zoroastro han pagado un elevado precio en sangre para poder derrotar a los seguidores de Al Bagdadi. Se calcula que al menos cinco mil combatientes, hombres y mujeres, han dejado su vida por los distintos frentes del Kurdistán sirio o iraquí. La cifra de civiles podría ser superior, especialmente entre la comunidad yazidí, sobre la que se abalanzó el Estado Islámico en agosto de 2014 con el claro objetivo de que esta versión del mazdeísmo zoroastriano desapareciera de la faz de la tierra.

Es cierto que en esta desigual batalla los kurdos han contado con la inestimable ayuda de la Coalición Internacional, liderada por Estados Unidos y Francia, sobre todo en cuanto a apoyo aéreo y armamento. Pero no ha ocurrido lo mismo con el proyecto político defendido por los kurdos para preservar la diversidad y el pluralismo de Oriente Medio. En este plano, desgraciadamente, tanto los principales países europeos como Estados Unidos y Rusia han preferido mantener sus alianzas tradicionales, respaldando gobiernos «fuertes», contrarios a las aspiraciones políticas del pueblo kurdo.

El Estado kurdo ha sido siempre un sueño en el imaginario colectivo, pero con difícil encaje en el actual contexto internacional. Su existencia supondría el surgimiento de una nueva entidad política en el corazón de Oriente Medio que controlaría buena parte de los recursos petrolíferos, gasísticos y acuíferos de los cuatro países que dividen Kurdistán desde la desintegración del Imperio otomano tras la Primera Guerra Mundial. La aparición de tal independencia haría trizas el actual mapa de Oriente Medio, desencadenando, con toda probabilidad, una nueva guerra regional; un panorama no deseado ni por los países directamente afectados ni por la comunidad internacional.

De hecho, a la hora de la verdad, cuando sobre el tablero internacional se ha planteado la disyuntiva entre los intereses estratégicos y los derechos del pueblo kurdo, siempre han vencido los primeros, hasta el punto de que las principales potencias y organismos multinacionales como la Organización de las Naciones Unidas, la Unión Europea o la Liga Árabe han llegado a tolerar situaciones de represión generalizada, vastas campañas de limpieza étnica e, incluso, como ocurrió en Irak durante los años ochenta

del siglo pasado, genocidios con el claro objetivo de exterminar a todo un pueblo.

Por el mismo motivo, la historia reciente de Kurdistán ha transcurrido por una sucesión de traiciones y promesas incumplidas, la primera de las cuales fue el Tratado de Sèvres (1920), que certificaba la extinción del Imperio otomano tras la Gran Guerra. Uno de sus artículos le reconocía a Kurdistán explícitamente el derecho a la autodeterminación con la aplicación de la doctrina Wilson. Pero la incapacidad de las potencias vencedoras, especialmente de Inglaterra, para ponerlo en práctica frente a la Turquía de Mustafá Kemal Atatürk provocó la revisión de tales acuerdos y el consiguiente Tratado de Lausana (1923), causa última de unas revueltas que no han cesado hasta nuestros días.

La primera de ellas, encabezada por el *cheik* Said en 1925, afectó a todo el sureste de la actual Turquía y puso en cuestión por primera vez el kemalismo, el nuevo sistema político implantado en Anatolia. Los kurdos exigían el respeto a sus costumbres y tradiciones, así como que Atatürk cumpliera su promesa de concederles la autonomía a cambio de haberlo apoyado en la llamada «guerra de liberación nacional» contra las potencias que todavía ocupaban los restos del extinto Imperio otomano. Unos años más tarde, a este conflicto seguiría el de Ihsan Nuri en la zona del monte Ararat, donde se enarboló por primera vez la bandera con las tres franjas —roja, blanca y verde— y con un sol central que había elaborado el grupo Joibun («independencia», en kurdo) como enseña nacional de todos los kurdos. La revuelta quedaría aplastada por una alianza circunstancial turco-persa para asfixiar la insurrección.

También en 1929 estalló la primera gran rebelión en el actual Irak, liderada por Mahmud Barzanyi, jefe qaderi que puso en jaque a las tropas británicas durante varios años tras proclamarse rey de Kurdistán. El jeque Mahmud respondía así a la creación por parte de los ingleses de una monarquía unitaria y al incumplimiento de las promesas de autogobierno. Después serían los rusos quienes abandonarían a su suerte la República de Mahabad, fundada a finales de 1946 con apoyo soviético al noroeste de Irán. Presidida por Qazî Mohamed y respaldada por kurdos de Turquía, Irak

y Siria, Mahabad era el primer intento serio de lograr la independencia. La República de Mahabad adoptó la bandera de Joibun y creó el himno nacional de Kurdistán.

La Unión Soviética tuvo que retirarle su respaldo en aplicación de los acuerdos de Yalta, y Mahabad quedó a merced de un ejército que, pese a haber colaborado con la Alemania nazi, contó con el beneplácito de Estados Unidos e Inglaterra para aplastar esta efímera república de apenas un año. Qazî Mohamed y otros miembros de su Gobierno fueron ahorcados públicamente para escarmiento general, mientras Mustafá Barzani, que había acudido con sus *peshmerga* iraquíes en apoyo de la República, era perseguido sucesivamente por los ejércitos de Irán, Irak y Turquía en su «larga marcha» para alcanzar la frontera de la Unión Soviética, donde él y los suyos fueron acogidos como refugiados. El sah Reza Pahlaví no dudaría después en respaldar la gran revuelta del Partido Democrático del Kurdistán en Irak durante los años sesenta para debilitar al Gobierno iraquí y, a renglón seguido, cortarle todos los suministros en cuanto resolvió su contencioso fronterizo con Bagdad en los acuerdos de Argel (1975), rubricados por Sadam Huseín y el propio sah.

Cuatro años más tarde sería el ayatolá Jomeini quien incumpliría las promesas de autonomía a los kurdos tras conseguir su apoyo para derrocar a la monarquía persa. En ese momento, el Partido Democrático del Kurdistán de Irán (PDKI), de orientación progresista y liderado por Abdulrahman Gasemlu, demostró ser una organización de gran arraigo popular. Por primera vez, el ayatolá Jomeini publicaba una fetua, un decreto islámico, declarando la guerra santa contra los infieles kurdos. Ante la indiferencia internacional, los pasdaranes (guardianes de la Revolución) la pusieron en marcha con una sangrienta campaña de destrucción de pueblos y ejecuciones en masa durante los años ochenta. Decenas de dirigentes del PDKI, entre ellos dos secretarios generales, Gasemlu y el doctor Sarafkandi, fueron asesinados en atentados perpetrados por comandos iraníes en distintas partes del mundo.

Fue en esa década de los ochenta cuando Sadam lanzó su Campaña Al Anfal, eufemismo que no tenía nada que envidiar al holocausto nazi,

mientras las potencias occidentales respaldaban a Bagdad en su enfrentamiento con el régimen de los ayatolás. Sirva de muestra que las bombas con las que se gaseaba a poblaciones enteras, provocando miles de muertos, eran fabricadas y exportadas a Irak por países europeos, entre ellos España. Aún más escandalosa fue la actitud del presidente norteamericano George Bush cuando, en 1991, pidió a los kurdos de Irak que se levantaran contra la tiranía de Sadam para, posteriormente, dejarlos a merced de la Guardia Republicana, la fuerza de élite del régimen baazista, lo que provocó el éxodo de cientos de miles de civiles.

Luego vendrían las campañas de limpieza étnica en el Kurdistán de Turquía, con miles de pueblos arrasados y despoblados por el ejército para socavar el apoyo popular al Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK), alzado en armas en el año 1984 en busca de la soñada independencia. Más de tres décadas después, la situación en Turquía no ha experimentado muchos cambios. En el último lustro hemos podido contemplar cómo el principal aliado de la Alianza Atlántica en esta parte del mundo se ha dedicado a destruir barrios y poblaciones enteras, masacrando a cientos de civiles que escapaban de los combates con la guerrilla urbana refugiándose en los sótanos de las casas. Las consignas y lemas pintados por las fuerzas especiales turcas en los distritos que recuperaban a sangre y fuego apenas se diferenciaban de las que lanzaban los yihadistas de Siria e Irak.

En ningún momento, y mucho menos en la guerra siria, nuestro «amigo» turco ha dejado de respaldar a grupos islamistas radicales cuyo objetivo último es acabar con la diversidad cultural y religiosa de Oriente Medio. El caso más hiriente, también debido a la pasividad internacional, es la entrega del Kurd-Dagh (Montes Kurdos) y de su capital, Afrín, a milicias islamistas tras ser invadido por unidades acorazadas turcas, con apoyo de una fuerza aérea organizada y modernizada por la OTAN. El Kurd-Dagh, la región olivarera por excelencia en Siria, habitada por kurdos de distintas religiones, era la zona más estable del país, un ejemplo de convivencia y coexistencia entre credos y culturas, incluso en los momentos más duros de la guerra.

Un nuevo intento, en septiembre de 2017, para llevar a cabo en el Kurdistán iraquí aquel referéndum de autodeterminación, acordado hacía un siglo en Sèvres, era rechazado por las potencias que luchaban junto a los *peshmerga* contra Estado Islámico para, a continuación, permitir a las milicias proiraníes ocupar los territorios abandonados por el Ejército de Bagdad y que el Gobierno Regional del Kurdistán, con capital en Arbil, había recuperado a costa de la vida de muchos de sus *peshmerga*.

El Partido de la Unión Democrática (PYD), principal organización kurda de Siria, intentaba, por su parte, encontrar una alternativa que satisficiera las aspiraciones de su pueblo sin cuestionar la integridad de los actuales Estados. Su propuesta, el confederalismo democrático, propugnaba, en resumidas cuentas, dotar de mayor poder a las sociedades intermedias, disminuyendo el de los gobiernos centrales y respetando el marco territorial de Siria. Se trataba de la «cuadratura del círculo», de una propuesta que puede ser útil no solo para encontrar una solución a la crisis siria, sino también para el resto de Kurdistán e, incluso, para el conjunto de Oriente Medio. En el fondo, lo que se busca es mantener el respeto a las diferentes culturas y religiones, además de un funcionamiento democrático que ponga fin a la tradicional tentación hegemonista de las distintas fuerzas kurdas y a su incapacidad para impulsar de forma conjunta una estrategia regional.

En Siria, pero también en Irak, Irán y Turquía, los kurdos tienden de nuevo la mano al mundo para que este comprenda y respalde su concepción de Oriente Medio, que es la que, en definitiva, se ha mantenido durante dos milenios. La amplia y detallada crónica de Karlos Zurutuza y David Meseguer es una oportunidad de oro para acercarnos a esta realidad a través de la experiencia vital de dos excelentes periodistas que han recorrido Kurdistán en los últimos tiempos.

Los kurdos ya han cumplido su parte impidiendo que esa amenaza de Estado Islámico se convierta en un hecho irreversible, pero eso ha sido a cambio de un elevado precio, el de un doloroso tributo en miles de combatientes y civiles muertos, y a costa de un patrimonio histórico-artístico perdido que no se podrá recuperar jamás. Ahora le toca a la

comunidad internacional saldar la deuda contraída con el pueblo kurdo. El único modo de enmendarla es impulsando el proyecto de mantener ese ancestral pluralismo y diversidad de Oriente Medio y deshaciéndonos del tradicional sistema de alianzas. Solamente entonces los kurdos dejarán en el baúl de los recuerdos el viejo grito que han lanzado durante décadas para clamar contra el abandono internacional: «¡Las montañas son nuestras únicas amigas!».

PRIMERA PARTE

BAKUR (NORTE)

1

VOLVER AL NORTE

KARLOS ZURUTUZA

Los mapas políticos son como páginas en blanco. No aportan pista alguna de la gente que vive en esos países y, al menos en mi caso, no invitan a su exploración. La historiadora griega Effie Voutira lo explica con un ejemplo muy visual: el mapa del mundo actual sería un Modigliani, de formas tan definidas como planos sus colores, mientras que el del Imperio otomano sin reformar sería un Kokoschka, de límites difusos pero con una enorme gama de colores. Habría que cartografiarlos con rayos X para ver lo que hay debajo o, al menos, para dotar de herramientas a la imaginación. Me di cuenta enseguida de que una buena crónica podía conseguir un efecto similar, pese a que el periodismo fue para mí una vocación tardía que llegó ya cumplidos mis treinta, y alimentada por mapas totalmente ajenos a complejas coyunturas políticas en Oriente. Buscando lenguas es como descubrí a la fascinante minoría pomaca de los Balcanes, a los últimos griegos pónticos de Anatolia o a los turcomanos de Mesopotamia, entre otros. También a los kurdos. Una vez localizados, solo quedaba ir allí y contar su historia.

A no ser que uno viva en una capital como Berlín o París, supongo que lo más normal es dar por primera vez con ellos haciendo turismo en

Estambul. La mayoría de los que sirven en las populares terrazas a la sombra de sus icónicas mezquitas son kurdos, y también son legión los que viven en los *gecekondu* de las afueras, la versión turca de las favelas. No habrá turista en Estambul que no se haya cruzado con ellos, aunque son muy pocos los que visitan sus lugares de origen. Esto se explica porque los circuitos turísticos estándar en Turquía son de dos tipos: los que giran por el oeste del país en el sentido de las agujas del reloj, y los que lo hacen a la contra. Solo los turoperadores que ofrecen viajes «de aventura» y los viajeros independientes llegan hasta el sureste: ese es el Kurdistán turco, Kurdistán norte o, simplemente, Bakur (en la lengua de los kurdos, «norte»). Tuve la suerte de acercarme hasta allí antes de ser periodista. Solo viajando por el puro placer de viajar se puede disfrutar de un baño en las mismas fuentes del Éufrates, de un paseo por la segunda muralla más larga del mundo tras la China (Diyarbakir) o de un amanecer sobre las enigmáticas cabezas de piedra en la cima del monte Nemrut. Si los mapas lingüísticos me arrastraron a Kurdistán diría que fue en ese rincón de Mesopotamia donde recibí el veneno del periodismo. Mi interés por las lenguas seguía intacto, pero dejé de ser una «esponja» que las absorbía concentrándome en entrevistas y reportajes que quizás nunca se publicaran; o en la burocracia de las acreditaciones y los permisos; o en la espada de Damocles que pende sobre uno cuando trabaja en lugares en los que los periodistas no son bienvenidos... Hay muchos de esos en el mundo, y también en Kurdistán.

Visitaba las zonas kurdas de Turquía recién estrenado el siglo XXI para darme de bruces con una realidad esculpida en granito: la violencia ejercida sobre un pueblo al que se le negaban sus derechos más básicos, desde escribir en su lengua hasta reunirse, menguaba en vísperas de un nuevo proceso de paz entre Ankara y «sus» kurdos, pero se volvía a la casilla de salida cada vez que este se rompía. Y así una y otra vez. Van ya más de quince años en los que se me acumulan los amigos kurdos que han sido encarcelados, torturados o asesinados. Muchos de ellos han tenido que huir del país para evitar lo peor; de otros, simplemente, nunca volví a tener noticias. Probablemente se podría empapelar la muralla romana de la

ciudadela de Diyarbakir con los retratos de todos los kurdos muertos en esta guerra poco y mal contada. Solo en las oficinas de *Azadiya Welat,* el único periódico en lengua kurda durante muchos años, colgaban las fotografías de quince de sus más de treinta periodistas asesinados. Visité aquella redacción por primera vez en el otoño de 2008. Era un apartamento en un segundo piso de un bloque de viviendas a las afueras de Diyarbakir, Amed para los kurdos. Su director de entonces se llamaba Yasar Eroğlu y me dijo que, dieciséis años atrás, habían empezado como *Welat,* pero Ankara ilegalizó el medio por presuntos vínculos con la guerrilla kurda y nació *Welat Eme.* Después vino *Azadiya Welat,* luego, *Denge Welat* y *Welat,* «a secas». En 2008 volvían a ser *Azadiya Welat.* La historia del periódico era calcada a la del partido político kurdo mil veces ilegalizado y rebautizado, y también una metáfora de ese bucle demencial en el que parecían atrapados los kurdos de Turquía. Al final de aquella entrevista, Eroğlu me dijo que estaba seguro de que acabaría en la cárcel, lo mismo que su antecesor y quien lo sucedería en el cargo. Y así fue.

Aquella gente no solo luchaba hasta las últimas consecuencias, sino que además era capaz de reinventarse las veces que hiciera falta. Volver al norte para contar cómo los kurdos levantaban la cabeza tras la enésima operación de castigo de las fuerzas de seguridad turcas, o tras unas elecciones en las que las urnas estaban llenas de papeletas ya antes de abrir los colegios, de esas en las que se compran los votos de los más pobres con lavadoras. Volver al norte para ver cómo se inundaba una zona del tamaño de Andalucía con una red de pantanos que desplazaba a aquellos cuyos pueblos no habían sido destruidos. Hay que buscar ya bajo el agua un patrimonio de doce mil años de antigüedad como el de Hasankeyf.

Todo aquello ocurría ante la indiferencia más atroz de eso que se da en llamar «comunidad internacional». Los focos no solo no apuntaban, sino que parecían incluso esquivar a los kurdos sobre el macabro escenario de Oriente Medio. Contar aquella historia iba a ser como un solitario trabajo de noche. Pero también un fascinante desafío.

2

PRIMAVERA ÁRABE, VERANO KURDO

DAVID MESEGUER

Desafiando el sofocante calor y bajo la atenta mirada de un gigantesco retrato de Mustafá Kemal Atatürk, el fundador de la República turca, centenares de kurdos rezaban al aire libre frente a la milenaria muralla que custodiaba la plaza Dagkapi de Diyarbakir. En condiciones normales, aquella multitudinaria plegaria del viernes debería estar celebrándose en la mezquita de Nebi, controlada por el Estado turco, pero se trataba de una de las diferentes acciones de desobediencia civil que la comunidad kurda llevaba a cabo para mostrar su indignación con la política de Ankara.

Aquellas protestas estaban pasando bastante desapercibidas para los principales medios de comunicación internacionales, pues la denominada Primavera Árabe estaba capitalizando la práctica totalidad de los titulares. Ante lo que estaba sucediendo en países como Libia o Siria, poco interés generaba un conflicto como el kurdo, que llevaba ya más de treinta años enquistado en Turquía. Por suerte, aquel 12 de junio de 2011 iban a celebrarse elecciones generales y su resultado podía ser decisivo para relanzar o ahogar aún más el proceso de paz entre el Gobierno central y el

Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK, por sus siglas en kurdo). Cubrir aquellos comicios desde Kurdistán era una excelente oportunidad para situar de nuevo el conflicto en las portadas.

Había pisado tierra kurda, y concretamente Diyarbakir, por primera vez durante los actos del Nouruz de 2010, un festejo considerado el Año Nuevo kurdo con el que este pueblo mesopotámico celebra la llegada de la primavera. En aquella primera toma de contacto con Kurdistán también pude conocer zonas aledañas a la capital, y una de las cosas que más me llamó la atención fue la masacre patrimonial que se estaba gestando en Hasankeyf, un increíble lugar con cuevas naturales de miles de años a orillas del Tigris. Mientras la Capadocia turca rebosaba de turistas, aquella perla cultural y natural iba a quedar sumergida bajo las aguas de una gigantesca presa. En otra latitud del planeta, aquella aberración ocuparía portadas, y organismos como la UNESCO, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, harían todo lo posible por frenarla. Pero Hasankeyf estaba maldito: se encontraba en Kurdistán. ¿Por qué el grito de auxilio kurdo era ignorado en todo el mundo? De aquel primer viaje no escribí ni publiqué nada, quizás porque sabía a ciencia cierta que regresaría. Tenía muchas preguntas y necesitaba aún más respuestas. Los kurdos buscaban su lugar en el mundo, y yo, como persona y periodista, también. Interesado en las minorías ya desde mis primeros pasos en el periodismo internacional, Kurdistán se cruzó en mi camino en un momento vital y, además, tenía todos los ingredientes necesarios para convertirse en el epicentro de gran parte de mis siguientes coberturas después de haber pasado varios años pateando los Balcanes y la polvorienta hamada del Sáhara Occidental.

Cuando el imán dio por finalizado el rezo en la explanada central de la plaza Dagkapi, aproveché que la multitud de fieles se dispersaba para obtener alguna opinión en relación con aquel acto de protesta y saber cómo valoraban unas polémicas declaraciones realizadas por el primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan, durante el acto de campaña del gobernante Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP, por sus siglas en turco) en Diyarbakir.

El jefe de Gobierno islamista había dicho que los musulmanes de la

mezquita de Süleymaniye en Estambul rezaban en la misma dirección que sus hermanos de las regiones kurdas. En las anteriores elecciones generales de 2007, la estrategia de apelar a la hermandad musulmana entre kurdos y turcos como contrapeso de las diferencias étnicas y culturales resultó muy satisfactoria para el AKP. El mensaje religioso, unido a las promesas de desarrollo económico y el compromiso para resolver la cuestión kurda, provocó que Erdoğan obtuviera muchos votos entre la ciudadanía kurda.

—Si somos hermanos, ¿por qué siguen encarcelando a nuestros políticos y matando a nuestros hijos? —se preguntaba Yarsan, un joven de veintiocho años, mientras recogía la alfombra utilizada para la oración.

—En las últimas elecciones voté a Erdoğan porque creí en su palabra. Dijo que haría todo lo posible por solucionar el conflicto kurdo, pero lo que ha hecho es aumentar el nivel de represión —comentaba un señor de avanzada edad a la vez que se calzaba unos zapatos de piel marrón.

Aquel descontento entre un amplio sector de la sociedad kurda hacia el Gobierno central quería aprovecharlo el prokurdo Partido Paz y Democracia (BDP, por sus siglas en turco) para ampliar su representación en el Parlamento turco. La formación, que concurría a los comicios con una lista de candidatos independientes —entre los que destacaban históricos dirigentes como Leyla Zana— para poder superar el umbral electoral del diez por ciento, no había escatimado recursos en propaganda electoral.

En el trayecto entre los distritos de Sur y Bağlar, donde se encontraba la sede del BDP, las calles estaban adornadas con banderines rojos, verdes y amarillos con el escudo del partido. También era muy habitual cruzarse con niños corriendo a pie y en bicicleta que ondeaban banderas de la formación kurda o hacían la señal de victoria al paso de un gran autobús de campaña, semejante al de los equipos de fútbol, que lanzaba proclamas y emitía música a todo volumen.

Tenía programada una entrevista con la diputada de origen turco Nursel Aydoğan, quien, con más de veinte años de militancia y lucha por la causa kurda, se presentaba de nuevo a la reelección por el distrito de Bağlar, uno de los feudos del BDP en Diyarbakir. Mientras esperaba la llegada de Aydoğan, aproveché para charlar con el responsable de relaciones

internacionales de la formación, Evren Çevik, que, aunque habitualmente se encontraba en Ankara, se había desplazado a la histórica capital del Kurdistán norte para las elecciones generales.

En los cinco minutos que duró la conversación, el joven político kurdo subrayó que las promesas de desarrollo económico del AKP no habían logrado disminuir la tasa de paro, que seguía en torno al veinticinco por ciento, y que proyectos económicos como el Proyecto de Anatolia Suroriental (GAP, por sus siglas en turco), un plan para el desarrollo económico del sudeste de esta región que conllevaba la construcción de unos doscientos embalses de agua, estaban provocando la desaparición de muchas aldeas y el consecuente desplazamiento de la población. Çevik también destacó que la falta de derechos y la poca proyección de la lengua kurda en ámbitos públicos eran otros de los factores de desencanto con el Gobierno central.

Mientras charlaba distendidamente con el responsable de Relaciones Exteriores del BDP, Nursel Aydoğan hizo acto de aparición con un rostro visiblemente cansado. Quedaban un par de días para las elecciones, y el ajetreo de mítines, entrevistas y demás actos de campaña comenzaban a pasar factura.

—Si conseguimos sentar entre treinta y cinco y cuarenta candidatos en el Parlamento de Ankara, pondremos todo nuestro empeño en incorporar un estatuto de autonomía a los cambios constitucionales que planea llevar a cabo el Gobierno —indicó la parlamentaria del BDP, a quienes las encuestas auguraban una subida notable de escaños después de que la marca anterior kurda, el ahora ilegalizado Partido de la Sociedad Democrática (DTP, por sus siglas en turco), consiguiera veinte escaños en los comicios generales de 2007—. El objetivo de una autonomía democrática no es dividir Turquía, sino conseguir derechos básicos para los kurdos y que el modelo sea aplicable a otras regiones del país que tienen singularidad propia —siguió Aydoğan, para posteriormente añadir que, si el AKP se negaba a hacerlo, el BDP comenzaría a gestionar de forma unilateral muchas de las administraciones locales y regionales.

La propuesta de autogobierno contaba con el respaldo del líder del

PKK, Abdullah Öcalan, que había fijado el 15 de junio —tres días después de las elecciones— como fecha límite para que el Ejecutivo de Erdoğan adoptara una posición definitiva y explicara cómo pensaba resolver el conflicto kurdo. La apuesta por la autonomía en detrimento de un Estado propio se enmarcaba dentro del viraje ideológico que había experimentado la hoja de ruta de Öcalan desde su captura y encarcelamiento en 1999. El modelo de confederalismo democrático propuesto por Apo (en kurdo, «tío»), la forma cariñosa con la que los kurdos se refieren a él, se basa en la descentralización del poder a favor de una sociedad civil organizada desde las municipalidades que, sin necesidad de desafiar la territorialidad de los Estados, podría traer la paz y la estabilidad a Oriente Medio.

—La palabra de Öcalan tiene tanto poder que, aunque el BDP plantee el mejor proyecto político posible, si este no es aprobado por Öcalan, los kurdos no van a respaldarlo —afirmó de forma tajante Nursel Aydoğan para dimensionar la influencia que tenía el líder del PKK en su estrategia electoral, así como su gran capacidad para movilizar al electorado.

La formación política kurda veía imprescindible la presencia de Öcalan como interlocutor en la mesa de negociación con el Estado turco y exigía una mejora en las condiciones de su confinamiento como gesto de buen entendimiento para comenzar las conversaciones de paz.

Los orígenes del conflicto

El estatuto de autonomía y la liberación de varios políticos presos que habían presentado su candidatura a las elecciones eran los dos ejes principales sobre los que giraba la campaña del BDP, tal y como pude comprobar en el mitin final de campaña celebrado en Diyarbakir. Además de los habituales banderines del partido y las omnipresentes banderas amarillas con el rostro de Öcalan, centenares de pósteres pidiendo la libertad de Hatip Dicle se habían repartido entre la multitud.

Acusado de hacer propaganda terrorista, aquel carismático político había sido detenido y encarcelado tras la ilegalización de la anterior marca política kurda en diciembre de 2009. Desde entonces, más de mil quinientos activistas y representantes kurdos habían sido arrestados, acusados de formar parte de la ilegalizada Unión de las Comunidades Kurdas (KCK, por sus siglas kurdas), considerada la sección urbana del PKK por la justicia turca. Además de su liberación, una de las principales reivindicaciones del BDP era la rehabilitación de sus funciones públicas en caso de resultar elegido parlamentario.

Conscientes de la importancia de aquellas elecciones, familias enteras habían acudido al mitin a pesar de las elevadas temperaturas que aún persistían a última hora de la tarde. De todas las personas con las que hablé para conocer su opinión sobre los comicios y el conflicto kurdo, me impactó el testimonio de Rojbin, una joven de treinta y un años originaria de una pequeña aldea cercana a la ciudad de Silvan, en la provincia de Diyarbakir.

—Los militares turcos llegaron al alba y nos obligaron a abandonar nuestra casa. Apenas tuvimos tiempo para coger algunos enseres. Quemaron todo el pueblo —recordaba aquella mujer que, como muchos de sus vecinos, se había instalado en el barrio de Bağlar, en la capital kurda.

Como Rojbin, decenas de miles de desplazados tuvieron que abandonar forzosamente su hogar durante los noventa —una época conocida como

«los años de tierra quemada»— e instalarse en los arrabales de grandes ciudades como Estambul o la misma Diyarbakir. Aquellos distritos, en los que el PKK tenía un gran apoyo popular, eran una auténtica cantera de combatientes para la guerrilla.

La propia Rojbin me comentó que era la mediana de nueve hermanos y que dos de ellos estaban en las montañas combatiendo. Aquel era un esquema familiar que se reproducía con mucha asiduidad. Como me había explicado un periodista kurdo que también tenía hermanos en el PKK, en los ambientes rurales de Kurdistán eran habituales las estirpes con muchos hijos y que, de ellos, dos o tres fueran «una contribución a la lucha por la causa kurda».

El destierro de Rojbin era solo una de los miles de historias de sufrimiento que había provocado el conflicto entre el Gobierno turco y el Partido de los Trabajadores de Kurdistán. Constituida de forma oficial en 1978, la organización política de ideología feminista, socialista y marxista-leninista nació bajo el liderazgo de Abdullah Öcalan con el objetivo de luchar por los derechos culturales y políticos de los cerca de catorce millones de kurdos que vivían en Turquía y conseguir la creación de un Estado kurdo independiente.

La represión ejercida por el Estado turco y los Lobos Grises —paramilitares ultranacionalistas turcos— sobre el PKK y otros grupos disidentes a finales de los setenta y principios de los ochenta alcanzó su punto álgido tras el golpe de Estado del 12 de septiembre de 1980. En aquel momento todas las organizaciones políticas de Turquía se convirtieron en objetivo de la dictadura militar, que en poco tiempo encarceló a medio millón de militantes políticos, muchos de ellos miembros del PKK.

Ante aquella coyuntura, el PKK decidió retirarse a Siria y el Líbano para estructurar mejor la organización y sentar las bases de la futura guerrilla. Fue en Siria, concretamente en la ciudad de Dará, donde en 1982 se tomó la decisión de apostar por la lucha armada, por lo que pronto habría de regresar a Turquía para combatir. Para entrenar a sus milicianos, la guerrilla estableció bases militares en Siria y el Líbano, cuyo centro de entrenamiento del valle de la Becá fue uno de los más importantes. El PKK

tomó partido en la guerra civil del Líbano prestando su apoyo militar al bloque prosirio.

El 15 de agosto de 1984, el PKK lanzó un ataque en la provincia de Hakkâri en el que falleció un gendarme, y siete soldados, dos policías y tres civiles resultaron heridos. La lucha armada kurda en Turquía había comenzado.

La guerrilla, que contaba con muchos militantes instalados en países europeos, internacionalizó su lucha armada cometiendo ataques contra intereses turcos en países como Francia y Bélgica. Este hecho y las víctimas civiles que dejaban muchas de sus acciones provocaron que la Unión Europea (UE) y Estados Unidos incluyeran a la organización kurda en la lista de organizaciones terroristas.

Las desigualdades sociales y económicas existentes entre Kurdistán —con un nivel de desarrollo mucho menor y falto de inversiones estatales— y el resto de Turquía generaron gran apoyo de la población local hacia la guerrilla, que luchaba por el reconocimiento del pueblo kurdo y un sistema más justo y equitativo. La defensa de la igualdad de género en un Oriente Medio marcadamente patriarcal llevó a muchas mujeres a abandonar sus hogares y unirse a la milicia.

Durante la presidencia de Turgut Özal (1989-1993), que anunció un importante paquete de reformas de cara a la cuestión kurda, se produjeron las primeras conversaciones entre Ankara y el PKK, que proclamó un alto el fuego el 20 de marzo de 1993. La muerte de Özal en abril de ese mismo año provocó que el paquete de reformas nunca llegara a presentarse, por lo que la guerrilla rompió rápidamente la tregua.

Para contrarrestar la creciente fuerza del PKK en la región kurda, entre 1992 y 1995 el Ejército turco desarrolló nuevas estrategias de contrainsurgencia. Para acabar con las diferentes bases logísticas de la guerrilla, deforestó miles de hectáreas y destruyó más de tres mil aldeas kurdas como castigo a su colaboracionismo con el PKK, causando alrededor de dos millones de refugiados y desplazados, como fue el caso de Rojbin y su familia.

En muchas de las villas que las fuerzas gubernamentales dejaron en pie

se implantó el sistema de guardias rurales, un método de contrainsurgencia que aún hoy sigue vigente. Pastores y agricultores locales armados por Ankara a cambio de un sueldo a fin de mes tienen la función de impedir que la guerrilla actúe en su territorio. Mientras se escriben estas líneas, se calcula que hay cerca de ochenta mil paramilitares.

Éxito electoral

Precisamente, pasé la mañana de la jornada electoral en Kuferdel, una villa situada veinte kilómetros al norte de Mardin donde muchos de los aldeanos trabajaban como guardias rurales. Incrustado en una comitiva de observadores internacionales, nos habíamos desplazado una hora al sur desde Diyarbakir para observar cómo se desarrollaban los comicios en aquella pequeña localidad, gobernada por el AKP y donde las sospechas de un posible fraude flotaban en el ambiente.

La entrada a Kuferdel estaba custodiada por dos de aquellos paramilitares, fuertemente armados y vestidos con ropas de camuflaje. Aquella villa, que había sido destruida en los años noventa y tenía registradas trescientas veintidós personas en el censo, estaba completamente adornada con banderines de la formación islamista de Recep Tayyip Erdoğan. Varios blindados de la Policía turca custodiaban la entrada al colegio electoral.

Cuando la expedición de observadores internacionales salió del vehículo, una decena de niños correosos se abalanzó sobre ellos al grito de «¡AKP, AKP!» mientras hacían el símbolo de victoria con las manos. Al encuentro de la comitiva también salió el líder local del BDP, quien había solicitado la presencia de los observadores y que aprovechó nuestra presencia para realizar el sufragio.

—Erdoğan ha traído trabajo y prosperidad a nuestro pueblo. Ojalá que vuelva a ser reelegido —indicó Mehmet, un hombre de frondoso bigote grisáceo que debatía en corrillo junto a sus convecinos en la puerta del colegio electoral.

—El Gobierno ha comenzado a hacer gestos hacia los kurdos. Ahora tenemos una televisión en kurdo y podemos estudiarlo —señaló otro de los hombres inmiscuidos en la charla.

Lo que no dijeron aquellos votantes del AKP es que en el canal TRT 6 estaba prohibido cualquier tipo de debate político y que la programación se

limitaba a contenidos puramente folklóricos como conciertos, dibujos animados o culebrones. Tampoco mencionaron que la enseñanza del kurdo estaba únicamente circunscrita a centros privados, por lo que la inmensa mayoría de la población no podía costeársela.

De vuelta a Diyarbakir, el lugar que elegí para seguir en directo el recuento de votos fue la sede del BDP. En su interior, numerosos políticos y simpatizantes se agolpaban frente a unos monitores de televisión que había en la planta baja del edificio. A medida que avanzaba el escrutinio, cada subida en el número de diputados era celebrada como si de un gol se tratara. Mientras progresaba la noche, los seguidores de la formación iban llenando la gran explanada que había frente a la sede del partido.

Una explosión de júbilo se produjo dentro de la sede y se contagió a sus aledaños cuando, a dos décimas del total del porcentaje de votos escrutados, se confirmaba el éxito electoral kurdo: treinta y seis diputados en el Parlamento de Ankara. A medida que la noticia se propagaba por todos los rincones de la sede del BDP, los abrazos y las felicitaciones se sucedían. Líderes históricos como Leyla Zana no paraban de estrechar manos, repartir besos y recibir la enhorabuena de sus militantes. Zana fue la primera política kurda en el Parlamento turco y, cuando juró su cargo en 1991, tuvo el coraje de utilizar su lengua autóctona, aún prohibida en las esferas públicas. Encarcelada entre 1994 y 2004 por traición y pertenencia a una organización ilegal, su activismo político le valió el Premio Sájarov en 1995.

La euforia se hizo extensible a toda Diyarbakir y miles de personas se echaron a la calle para celebrar unos resultados que la formación kurda había planteado como un plebiscito sobre la autonomía democrática para Kurdistán. Cláxones y fuegos artificiales se entremezclaban con cientos de voces que clamaban al unísono: *«Biji Serok Apo!»* («¡Viva nuestro jefe Öcalan!»). Entretanto, un helicóptero del Ejército turco volaba a baja altura y trataba de intimidar a la muchedumbre reunida frente a la sede del BDP, en cuya fachada unos jóvenes habían desplegado una gigantesca bandera del PKK.

Sin embargo, la celebración terminó de forma abrupta cuando dos

vehículos blindados de la Policía turca hicieron acto de presencia y comenzaron a rociar a los presentes con gas lacrimógeno. La multitud se dispersó rápidamente, y muchas personas tuvieron que refugiarse en el interior de la sede del partido con problemas oculares y respiratorios. Yo mismo tuve que frotarme los ojos con media rodaja de limón que algunas señoras repartían entre los afectados.

El movimiento kurdo afín ideológicamente al PKK había conseguido un aumento notable de diputados, y ahora traspasaba la presión a Ankara. El reelegido primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan, debía pronunciarse en relación con la demanda autonómica, y los tribunales, por su parte, debían decidir si habilitaban a los ya políticos electos que continuaban presos. Öcalan había dado tres días de ultimátum: cualquier escenario era posible.

3

INTIFADA EN LAS CALLES

DAVID MESEGUER

—La primera vez que visité a mi hermano en la prisión de Diyarbakir, recuerdo que en la entrada me sellaron la mano con la frase: «Orgulloso de ser turco». No les bastaba con torturar y vejar a los reclusos; también había que humillar a los familiares —me explicaba Ipek mientras ambos preparábamos una *dolma* de calabacín rellena de arroz con especias.

Hasta aquel instante no había encontrado el momento oportuno para preguntar a mi traductora por la relación tan especial que mantenía con su hermano guerrillero, pero la laboriosa preparación de aquel plato, típico de muchas de las regiones antiguamente bajo dominio otomano, propició un ambiente distendido y favorable para ello.

—Yo tenía tan solo un año cuando, en 1986, Mehmet fue a estudiar a la Universidad de Antalya. Era su primera vez viviendo fuera de casa, por lo que hablaba con mis padres muy a menudo por teléfono y venía a vernos a Diyarbakir dos veces al año en vacaciones —contaba aquella joven de veintiséis años, a quien había conocido un año atrás durante la celebración del Nouruz. Aquel contacto fluido entre Mehmet y su familia, de repente, se

rompió en tercer curso—. Durante un tiempo no tuvimos noticias suyas, pero después supimos que se había ido a las montañas para unirse al PKK. Lo hizo sin avisar a ningún familiar porque sabía que intentarían frenarlo —señalaba Ipek mientras iba colocando uno a uno los calabacines en una olla para, posteriormente, cubrir su contenido con agua.

De un total de once hermanos, Mehmet era el mayor de los cuatro varones y el cuarto de más edad. Con Ipek se llevaba diecisiete años, de modo que su marcha a la universidad y su posterior integración en el PKK hicieron que su relación fuera casi inexistente hasta su captura.

—Cuando estudiaba y venía a vernos, yo era tan pequeña que aún no hablaba. La primera y cada una de las conversaciones que hemos tenido hasta hoy se han producido tras la mampara de la cárcel —dijo Ipek, que pisó un centro penitenciario por primera vez con nueve años.

Así, al haber sido Mehmet herido y capturado en 1994 en una zona rural de Diyarbakir, él e Ipek fueron conociéndose y construyendo toda su relación personal en las diferentes conversaciones telefónicas y encuentros en la prisión. Durante aquellos diecisiete años, las visitas a la cárcel se habían producido en el mismo penal de la capital kurda, pero también en centros penitenciarios como el de Ankara o Amasya, situados a centenares de kilómetros del hogar familiar.

La increíble y dura historia del vínculo entre dos hermanos forjado desde cero en una prisión era solo uno de los miles de casos de sufrimiento que aquel conflicto estaba dejando en ambos bandos. Con una sentencia a cadena perpetua, la familia de Mehmet esperaba que, como había sucedido en otros casos, pudieran dejarlo libre tras cumplir treinta años de cárcel. De todas formas, aún quedaba mucho para aquello.

Mientras comíamos la *dolma* sentados en cuclillas sobre la moqueta, Ipek y yo teníamos sintonizado el canal kurdo Roj TV para ver si el ultimátum dado por Öcalan al Gobierno turco provocaba algún tipo de reacción. Habían pasado tres días desde las elecciones generales, y el plazo fijado por el líder kurdo desde la cárcel de İmrali en relación con la demanda de una autonomía para Kurdistán y la rehabilitación de seis diputados presos expiraba aquella misma noche.

Ofensiva kurda militar y política

Como era de esperar, la presión ejercida por las diferentes organizaciones políticas y civiles afines ideológicamente al PKK no consiguió su objetivo: el Gobierno turco del primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan, se mantuvo impasible, sin hacer ninguna concesión. La postura de Ankara provocó que la guerrilla realizara algunos ataques y el BDP organizara toda una serie de actos en la calle para presionar a la Junta Electoral Suprema, que en breve iba a fallar sobre los políticos encarcelados.

Finalmente, y pese a gozar de inmunidad parlamentaria, el tribunal turco competente en la materia decidió inhabilitar a los seis políticos a tres días de la sesión de investidura parlamentaria que iba a celebrarse el 28 de junio de 2011 en Ankara. La corte se acogía al artículo 76 de la Constitución, por el que «las personas que han sido condenadas por delitos deshonrosos como la participación en actos de terrorismo o la incitación y el fomento de tales actividades no serán elegidas como diputados». Tras conocerse la decisión judicial, el partido prokurdo convocó una marcha por las calles del distrito de Bağlar, en Diyarbakir.

Ipek, que vivía en aquel barrio junto a sus padres, decidió acompañarme en aquella tarde soleada de verano. En el punto de encuentro donde iba a arrancar la protesta, se podía observar una gran amalgama de banderas y simbología política. En la cabecera de la manifestación se situaban miembros del Movimiento de la Juventud Revolucionaria y Patriota (YDG-H, por sus siglas en turco), el ala joven del PKK, portando una gran pancarta con la foto de Abdullah Öcalan y otra, que abarcaba de extremo a extremo de la calle, con los retratos de doce guerrilleros caídos recientemente en combate. También había simbología del BDP y muchos rótulos pidiendo la liberación de los diputados encarcelados, así como una decena de banderas con la cara del difunto líder chino Mao Zedong y la inscripción «Partizan», en homenaje al proscrito Partido Comunista Maoísta de Turquía (MKP, por sus siglas en turco).

Alrededor de cinco mil personas participaron en aquella protesta, que, tras más de una hora de pasacalles por la zona norte de Diyarbakir, terminó en una gran avenida en las afueras de la ciudad, donde esperaba el autobús de campaña de la formación kurda que iba a servir como improvisado escenario para el mitin final. «No acudiremos al Parlamento ni ocuparemos nuestros escaños hasta que el Gobierno dé los primeros pasos para encontrar una solución», dijo, micrófono en mano, el diputado del BDP, Altan Tan, desde la azotea de aquel autobús repleto de periodistas.

Entre la muchedumbre se encontraba Perwin, una joven de veinticuatro años y recién licenciada en Derecho que había acudido a la protesta junto a sus amigas. Era la segunda vez que había podido votar en unas elecciones generales, y esperaba que una resolución judicial no invalidara el sentido de su voto.

—Si luchamos, somos terroristas y nos meten en la cárcel. Si hacemos política, también somos terroristas y acabamos entre rejas. Que lo digan de una vez por todas: lo que quiere este Gobierno es que los kurdos agachemos la cabeza y dejemos de luchar por nuestros derechos —indicó la joven mientras de fondo sonaba el discurso de una diputada kurda que había tomado la palabra.

Tras el visto bueno de Abdullah Öcalan y de Murat Karayilan (uno de los miembros de la ejecutiva del PKK escondidos en las montañas kurdoiraquíes de Kandil), los diputados del BDP tomaron la decisión de no acudir a la sesión de constitución del Parlamento turco y de renunciar temporalmente a sus actas de diputados.

Para presionar y forzar a Ankara a acabar con su inmovilismo, en la primera semana de julio el BDP organizó de forma simultánea protestas en las principales ciudades de Kurdistán. Diyarbakir, Van, Hakkâri y Mardin, entre otras, fueron el marco de actos multitudinarios con un formato idéntico a los celebrados durante la campaña electoral. Si el esquema de aquellos eventos protesta siempre solía ser el mismo, la forma en la que acababan muchos de ellos, también. Y el celebrado en Diyarbakir no fue una excepción.

Mientras la gente se dispersaba para volver a sus hogares, las calles

colindantes al lugar donde se había colocado una gran tarima, se convertían una vez más en el escenario de enfrentamientos entre el YDG-H y los antidisturbios de la Policía turca.

—*Rojnamevan, rojnamevan!* («¡Periodista, periodista!») —les dije a aquellos adolescentes del ala juvenil del PKK, ataviados con pasamontañas y piedras, para que no desconfiaran de mí y me dejaran acompañarlos en su lucha urbana. El primer ataque de los jóvenes se produjo contra una decena de policías que, junto a un gran vehículo blindado, estaban agazapados y habían unido sus escudos para protegerse.

Los uniformados turcos aguantaron estoicamente la lluvia de insultos y piedras y, cuando los jóvenes del YDG-H se alejaron a la carrera, rápidamente cargaron sus escopetas y dispararon pequeños botes de gas lacrimógeno. A partir de aquel momento, manifestantes y antidisturbios comenzaron el juego del gato y el ratón por las calles de Diyarbakir.

Una de las cosas que más me llamó la atención fue que, a pesar de ser kurdos, los miembros del YDG-H hablaban turco entre ellos. Aquel era un síntoma más de que en el Kurdistán turco, y sobre todo en las grandes ciudades, la política de asimilación iniciada por Atatürk estaba haciendo mella, principalmente entre las nuevas generaciones. La ausencia del kurdo en la educación y en los estamentos públicos ayudaba a agudizar una situación de diglosia que desprestigiaba la lengua kurda y relegaba su uso a las generaciones mayores y al entorno rural. Sin posibilidad de estudiarla, y al tratarse de un idioma carente de prestigio social, aquellos jóvenes conocían el kurdo solo porque se lo habían escuchado en casa a padres o abuelos. Además, su identidad kurda se había creado más con base en *inputs* ideológicos que culturales. Es decir, las charlas y discusiones políticas que los adolescentes presenciaban en su entorno familiar o de amistades eran el principal elemento forjador de su kurdicidad.

Pero, como en toda política asimilacionista, el Estado central era consciente de que, ante la ausencia de la lengua autóctona, el elemento identitario acabaría diluyéndose en cuestión de generaciones. Es lo que ya había ocurrido en las zonas más periféricas de Kurdistán y limítrofes con las regiones turcófonas. En provincias como Elaziğ, Malatya, Adiyaman o

Gaziantep, el grado de asimilación podía comprobarse en las calles, pero también observando los resultados electorales. En aquellas regiones originariamente kurdas, los porcentajes obtenidos por el BDP eran prácticamente testimoniales.

Mientras continuaban las carreras entre los cachorros del PKK y la policía turca, un chaval que no debía tener más de doce años se encaramó a lo alto de un mástil para descolgar la bandera turca y, posteriormente, prenderle fuego.

Cansado, pero también preocupado por mi seguridad e integridad física, decidí que ya tenía suficientes imágenes de aquel episodio de intifada callejera. De camino a casa de Ipek, que en aquella ocasión no pudo acompañarme porque tenía otras obligaciones, me topé con dos periodistas de la agencia DHA que, casualmente, iban al velatorio de un guerrillero del PKK. El acto del pésame a la familia del combatiente Yilmaz Piling tenía lugar en un local situado en los bajos de un bloque de viviendas. En su interior había una cincuentena de sillas, colocadas alrededor de una especie de altar improvisado sobre una mesa, donde había una foto de aquel joven guerrillero originario de Diyarbakir. El padre, de pie en uno de los laterales, iba recibiendo una a una las condolencias de una gran cantidad de gente que se había acercado hasta allí tras el acto del BDP. El joven había fallecido la semana anterior combatiendo en la región montañosa de Dersim.

—Aunque el PKK es una organización terrorista, todavía existe un cierto respeto hacia los muertos —señaló uno de los reporteros cuando le pregunté por la posibilidad de que la policía se presentara allí.

Así era. A pesar de ser un grupo proscrito, en aquella época los familiares y allegados podían velar y enterrar a un combatiente exhibiendo banderas y simbología de la guerrilla sin demasiadas injerencias de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. En los entornos rurales, incluso existían cementerios dedicados en exclusiva a mártires del PKK. Un respeto por los cerca de cuarenta mil muertos —dieciocho mil de ellos, civiles— que había provocado el conflicto y que desaparecería años más tarde, con el recrudecimiento de este último.

A mediados de julio, el movimiento kurdo subió un grado más su

presión hacia el Gobierno turco con la declaración unilateral de autonomía democrática realizada por el Congreso de la Sociedad Democrática (DTK, por sus siglas en turco), plataforma unitaria que aglutinaba a las diferentes estructuras del BDP y a organizaciones civiles. Aquel anuncio respondió a un gesto más simbólico que funcional, ya que los gobiernos provinciales y ayuntamientos en manos de la formación prokurda llevaban tiempo administrando diferentes parcelas como si de un autogobierno se tratara.

Aquel fue un desafío institucional a Ankara que también vino acompañado de provocaciones en el terreno militar. En un ataque lanzado por el PKK en la región de Silvan, en el norte de la provincia de Diyarbakir, trece soldados turcos y siete guerrilleros murieron como consecuencia de los enfrentamientos. Ante la escalada de las operaciones de la guerrilla, Erdoğan se reunió de urgencia con sus ministros y la cúpula del Ejército. «Una vez más, los terroristas han demostrado cuán sincero es su llamamiento a la paz», dijo el primer ministro turco tras el encuentro. Y cerró su intervención con una amenaza: «El PKK pagará un precio muy alto».

Aquel incidente suponía la ruptura definitiva del llamado «proceso de Oslo», una serie de conversaciones entre el Gobierno de Recep Tayyip Erdoğan y el PKK que, desde 2009, venían celebrándose en la capital noruega. En aquel lapso de tiempo, el PKK había anunciado una tregua unilateral —finalizada en mayo de 2010— y desmovilizado a varias decenas de sus combatientes como gesto de buena voluntad.

Lejos de calmarse la situación, en octubre el PKK lanzó una gran ofensiva con la participación de un centenar de guerrilleros en diferentes puntos de la provincia de Hakkâri, provocando la muerte de veinticuatro soldados turcos. Días después, el BDP decidió poner fin al boicot parlamentario y regresar al hemiciclo de la Gran Asamblea Nacional Turca para vehicular desde allí sus demandas nacionales. Los constantes enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército provocaron que el año acabara con una gran tragedia: en la zona fronteriza entre el Kurdistán turco y el iraquí, la aviación turca acabó con la vida de treinta y cuatro contrabandistas de gasolina —casi todos, miembros de la misma familia—

al confundirlos con combatientes del PKK.

«Libertad para Öcalan»

En julio de 2012, todos los ojos estaban puestos en Siria. Mi intención también era viajar al país gobernado por Bachar al Asad, sumido en una terrible guerra civil desde hacía año y medio, pero antes quise pasar unos días en el Kurdistán turco para ver cómo evolucionaba el proyecto de autonomía democrática iniciado un año atrás y calibrar en qué punto se encontraba el conflicto entre el PKK y el Gobierno.

Uno de los primeros grandes retos a los que tuvo que hacer frente aquella suerte de estructura de Estado kurda fue la gestión del terremoto que, a finales de octubre de 2011, afectó a la ciudad de Van provocando más de seiscientos muertos y miles de desplazados. En Batman, una capital de provincia situada a poco más de una hora en coche al este de Diyarbakir, pude conocer a Abdullah y Meryem, una pareja de veinteañeros con un hijo recién nacido que había perdido su casa y todas sus pertenencias en aquel seísmo de 7,2 grados de magnitud. Hacía siete meses que habían abandonado la gélida región de Van para instalarse en un apartamento de Batman que una familia local había cedido para que afectados por el terremoto pudieran alojarse.

—Tras perderlo todo, acudimos a la sede del Gobierno turco en Van. Había mucha gente reclamando ayuda, aquello era un caos absoluto. Nos dijeron que estaban desbordados y que en aquel momento no podían ayudarnos —recordaba Abdullah.

—Pasamos unas semanas en la tienda de un campamento que la Media Luna Roja Kurda había instalado en las afueras de la ciudad. Pero cada vez hacía más frío porque se acercaba el invierno, y yo estaba a punto de dar a luz. Necesitábamos salir de allí —señalaba Meryem aún con la angustia en la mirada.

Finalmente, fueron las diferentes municipalidades del BDP, coordinadas bajo el paraguas del Congreso de la Sociedad Democrática, las que se organizaron para localizar viviendas y reasentar a la mayor cantidad posible

de familias desplazadas.

—En Van se ha demostrado que tenemos el poder y la capacidad para ayudar a la gente al margen del Estado. Durante todos estos meses hemos trabajado muy duro analizando la situación y estableciendo qué necesidades había qué cubrir —me explicaba Demir Çelik, diputado del BDP en Muş y responsable del área política del DTK.

El político, que se había reunido en Batman con otros miembros de su formación, veía en la inacción del Estado una estrategia oculta para vaciar y evacuar a muchas familias kurdas de Van y forzar, así, un cambio demográfico. Çelik defendía que debían enseñar a la población afectada a vivir en su propia ciudad después de la catástrofe.

La autonomía democrática suponía, por primera vez en la historia del Kurdistán turco, la puesta en marcha del proyecto político ideado por Abdullah Öcalan desde la cárcel. El confederalismo democrático propone un cambio de paradigma al abandonar la idea de un Estado-nación centralizado para dotar de mayor poder a las instituciones locales, de manera que la sociedad pueda participar en la toma de decisiones. En este sentido, Çelik consideraba que el Gobierno turco tenía una estructura excesivamente burocrática y centrista, y que esta debía ser rebajada y enfocada de un modo más local para que los recursos regionales se utilizaran de acuerdo con las necesidades de cada territorio.

—Cuando declaramos la autonomía democrática, diseñamos el trabajo en ocho áreas para focalizar los esfuerzos en cada una de ellas y poder organizar la sociedad. En el área política, social, económica, legal y de medioambiente se han producido avances significativos —destacó Demir Çelik desde la sede del BDP en Batman. Una de las primeras medidas de las municipalidades había sido apostar por una comunicación bilingüe que aproximara la lengua y la cultura kurdas a la sociedad.

Los políticos kurdos con los que tuve ocasión de hablar sobre la viabilidad de aquel proyecto afirmaban que, aunque se necesitaba tiempo para poder mostrar las metas logradas, aquello provocaría un cambio en la mentalidad y percepción de la sociedad. Pero el gran escollo en el que todas las voces consultadas coincidían era la oleada masiva de detenciones y

sentencias judiciales contra políticos, sindicalistas y activistas kurdos, que dificultaba el correcto funcionamiento de la autonomía democrática con el objetivo de criminalizarla y deslegitimarla. En los dos años y medio anteriores, más de nueve mil personas del movimiento kurdo habían sido detenidas.

El entorno político kurdo afín al PKK deseaba que Abdullah Öcalan tuviera un papel central en caso de reiniciarse las conversaciones de paz con el Gobierno turco y, para ello, exigía su libertad. Lo hizo en una gran marcha convocada el 14 de julio en las calles de Diyarbakir. Las persianas bajadas y los cierres echados en la práctica totalidad de los comercios de la ciudad ya hacían presagiar de buena mañana una gran participación en la llamada Marcha de Resistencia por la Democracia. Abdullah Öcalan llevaba encarcelado desde 1999 y aislado totalmente sin ningún tipo de visita durante el último año.

El gobernador de Diyarbakir había prohibido la manifestación. Para evitar su celebración, el Gobierno turco había blindado la capital histórica de Kurdistán con seis mil efectivos de las fuerzas de seguridad. Haciendo caso omiso a la prohibición, los principales políticos del BDP, con su copresidente Selahattin Demirtaş a la cabeza, salieron a primera hora de la tarde de la sede central del partido, en el distrito de Bağlar.

Tan solo doscientos metros después de su arranque, los agentes antidisturbios frenaron la marcha cargando duramente contra los mandos del BDP. Las fuerzas policiales se emplearon a fondo utilizando gases lacrimógenos, y uno de los botes golpeó de gravedad en la pierna de una diputada de Batman, que tuvo que ser hospitalizada. Varios políticos kurdos, entre los que se encontraba el alcalde de Diyarbakir, Osman Baydemir, también resultaron heridos.

Los choques entre el YDG-H y la policía se extendieron por toda la ciudad del Tigris y se prolongaron hasta altas horas de la madrugada. Los simpatizantes del PKK colocaron barricadas en numerosos puntos y se enfrentaron a los uniformados con cócteles molotov y piedras. El resultado de aquella jornada tan caliente fue de doscientas personas arrestadas.

La marcha para pedir la libertad del líder del PKK coincidía con el

primer aniversario de su total incomunicación en la isla- prisión de İmrali. Más de setenta peticiones de visita realizadas por abogados, familiares y asociaciones de derechos humanos habían sido ignoradas por parte del fiscal de Bursa y del Ministerio de Justicia, o rechazadas con respuestas negativas en las que se argumentaba mal tiempo o problemas en el tráfico marítimo.

La detención y el posterior encarcelamiento de Öcalan comenzaron a fraguarse en 1998, cuando las presiones de Ankara a Damasco provocaron que el líder kurdo abandonara Siria. Tras un periplo por diferentes países, el 15 de febrero de 1999 Öcalan fue detenido en Nairobi, en una acción conjunta de los servicios secretos norteamericanos y turcos. El máximo rango del PKK fue condenado a pena de muerte en un primer instante, pero en 2002, al ser abolida la pena capital, se le conmutaría por cadena perpetua.

4

ALTO EL FUEGO

KARLOS ZURUTUZA

Estando en Arbil, durante la primavera de 2013, fue una llamada del enlace de prensa del PKK la que me puso sobre aviso: el maquis kurdo iba a liberar a los últimos soldados turcos que tenía presos. El gesto llegaba tras una petición de Öcalan, quien había manifestado a través de sus abogados que esperaba que los prisioneros pudieran «reunirse con sus familias pronto». La cita era al amanecer en Sergelê, una localidad de montaña muy cercana a la frontera turca, de modo que había que salir de Arbil en torno a las tres de la madrugada.

Aquel 13 de marzo, los primeros rayos de sol desvelaban cómo la primavera empezaba a amarillear un valle verde coronado por picos aún nevados. Solo los minaretes que se alzaban junto a iglesias cristianas asirias nos recordaban que no se trataba de un valle suizo. El lugar elegido por el PKK para escenificar un gesto de buena voluntad no podía ser más idílico.

—Son cinco turcos, dos kurdos y un árabe, y todos gozan de perfecta salud —indicó el guerrillero a cargo de recibir a los medios allí desplegados. Aquel kurdo decía haber pasado dieciocho años en la guerrilla y hablaba de «un gran momento para todos los kurdos, no solo de Turquía, sino los de todo el mundo». A la prensa internacional, el anuncio la había

pillado a contrapié, por lo que compartía aquella exclusiva con los compañeros de Reuters y un puñado de periodistas kurdos de Irak.

Pasamos dos horas en un descampado sobre el que habían desplegado una mesa y varias hileras de sillas de plástico. Un grupo de milicianos que tenía prohibido hablar con los periodistas nos agasajó con botellines de agua, Coca-Colas y pastelitos turcos. A las once y media, la esperada delegación de Turquía llegaba en un convoy de siete coches negros blindados que compartía con representantes y escoltas del Gobierno Regional del Kurdistán (GRK). El *heval* («camarada») Dersim, alto comandante del PKK, recibió a la comitiva compuesta por miembros del prokurdo BDP junto a Faruk Ansal, presidente de la Asociación por los Derechos Humanos de Turquía, y Huseín Haleb, un alto cargo en representación del Gobierno Regional del Kurdistán de Irak. Los recién llegados se acomodaron en torno a la mesa improvisada, tras la que ondeaban una bandera del PKK y otra con el rostro de Öcalan. A través de un micrófono, Dersim explicó cómo se iba a desarrollar el evento:

—Vamos a traer a los prisioneros para entregarlos delante de todos ustedes —dijo desde el centro de la mesa—. Leeremos un comunicado y luego podrán hacer las fotos y las preguntas que deseen.

El foco se desvió de la mesa hacia los cautivos cuando estos llegaron, escoltados por una docena de guerrilleros. Tenían un aspecto saludable, vestían ropa limpia —tejanos y chaquetas oscuras— y cuatro de ellos calzaban el mismo modelo de zapatillas blancas. Tras unos momentos de tensión en el cordón de seguridad debido a la impaciencia de un fotógrafo kurdo, los ocho hombres se alinearon en el flanco derecho de la mesa. Aún había que esperar a las declaraciones de las autoridades presentes.

—Hoy entregamos a estos ocho hombres al Gobierno turco por orden de Abdullah Öcalan. Se trata un gesto humanitario que ha de servir para conseguir la paz que Ankara se ha empeñado en negarnos de forma sistemática —declaró solemne Dersim, quien también aprovechó para recriminar a Turquía «haber obstaculizado el camino hacia la paz».

Seguidamente, el parlamentario del BDP comenzó su discurso agradeciendo al Gobierno Regional del Kurdistán el haber facilitado el

encuentro, y luego hizo un llamamiento al alto el fuego entre ambas partes. Fue breve, como el resto de sus compañeros de mesa. Finalmente, concluyó: «Queremos volver a este maravilloso lugar de pícnic, y no con armas». A continuación, el representante del Gobierno kurdo de Irak exigió la paz «para los kurdos y el resto de los pueblos del mundo», mientras que el delegado de la Asociación por los Derechos Humanos de Turquía subrayó el espíritu humanitario del encuentro:

—Hemos venido a estas maravillosas montañas para reunir a estos muchachos con sus familias. Todos somos hermanos, no debemos dispararnos.

Mientras tanto, los ocho protagonistas del día escuchaban estoicos los discursos, con expresiones que basculaban entre el estupor, la ira y el alivio de sentir que su odisea estaba a punto de concluir. Eran seis militares, un policía y un funcionario, todos convertidos en protagonistas de una representación teatral en la que probablemente nunca pensaron que participarían. Nos dejaron acercarnos, y algunos llegaron a intercambiar unas pocas palabras con la prensa, pero sin dar sus nombres. Uno de ellos me dijo que había sido tratado «correctamente», aunque, por supuesto, había que coger con pinzas su testimonio, pues sus captores estaban presentes. Otro se lamentaba de que, a pesar de tener una radio, apenas había podido escucharla por la escarpada orografía del lugar donde habían permanecido retenidos. Un tercero incluso llegó a agradecer al PKK el gesto, añadiendo que había que «avanzar hacia la paz». Dos de ellos se negaron a hablar, y ni siquiera habían alzado la vista de sus zapatillas blancas durante todo el acto. Poco después, los miembros de la comitiva se levantaron de la mesa y estrecharon la mano de los «ocho de Sergelê», que es como se les dio en llamar. Mientras los cabizbajos seguían negando el saludo a los que habían sido sus captores, los dos reclutas kurdos del Ejército turco intercambiaban saludos con los líderes guerrilleros. Más tarde me dijeron que uno era de Diyarbakir, y que tenía un hermano combatiendo en la guerrilla. Acabada la ceremonia, los siete coches blindados se fueron por donde habían llegado levantando una columna de polvo en la que se perdía una caravana de coches de los canales de televisión locales. El

ambiente se relajó; se notaba en las caras de los guerrilleros, satisfechos de que todo se hubiera desarrollado según lo previsto y sin contratiempos. Levantado ya el veto de hablar con los visitantes, Zulkuf, guerrillero de «algún lugar del Kurdistán norte», dejaba fluir la tensión.

—Son ya muchos años de guerra. Ambas partes hemos de hacer callar las armas y confiar en el otro —aseguró aquel veterano combatiente, aún en forma, pero cuyo cabello y bigote canos le recordaban que ya no era el chaval que había huido a las montañas hacía mucho.

En un inglés casi perfecto, Zulkuf se congratulaba de haber sido testigo de algo que, decía, no sucedía a diario. Señalaba que a los prisioneros se los había tratado con dignidad «dentro de la precariedad de la vida en las montañas». Habían permanecido todo este tiempo en cuevas porque los continuos bombardeos de Turquía no dejaban otra opción. Uno de ellos había estado cautivo durante diecinueve meses, y al último lo habían capturado hacía siete en Diyarbakir.

—Tardamos cuarenta días en traerlo hasta aquí —admitió el guerrillero. Luego dijo que ya no quedaba ningún prisionero más en manos del PKK—. Nosotros ya hemos movido ficha —dijo, justo antes de despedirse y unirse al grupo que se afanaba en apilar las sillas de plástico y recoger las banderas y los botellines de agua sobrantes.

La entrega de los ocho prisioneros era un gesto muy significativo, pero aquel no era el primer acercamiento de estas características. En octubre de 2009, un grupo compuesto por treinta y cuatro kurdos, entre los que se incluían ocho guerrilleros del PKK, se entregó a las autoridades turcas tras atravesar la frontera entre Irak y Turquía. El llamado Grupo de la Paz fue recibido por miles de simpatizantes kurdos mientras se encadenaban manifestaciones multitudinarias por todo el territorio. La comitiva fue arrestada en su conjunto por las autoridades turcas para ser liberada al día siguiente, lo que despertó las esperanzas de paz incluso entre los más escépticos. Pero el proceso acabó fracasando.

En marzo de 2013, nada más llegar los prisioneros liberados a Turquía, el entonces presidente turco, Abdullah Gül, destacó que el fin de la violencia haría «más fácil pasar de las estrategias de seguridad a las

reformas políticas». Si las negociaciones seguían por buen camino, se esperaba un llamamiento de Öcalan al alto el fuego de la guerrilla el 21 de marzo, coincidiendo con la fiesta del Nouruz.

Los otros ocho

Llegó el día 21. Desde las seis de la mañana, un centenar de guerrilleros del PKK hacía lo imposible por gestionar el inusualmente denso tráfico en la zona: miles de kurdos en furgonetas y minibuses serpenteaban por la carretera hacia las montañas Kandil, el cuartel general de la guerrilla kurda en el Kurdistán iraquí. Cumbres aún nevadas protegían un descampado junto a la carretera principal sobre el que se había levantado un escenario. Encima del tablado colgaban las imágenes habituales de los «mártires» del PKK, incluidas las de tres reconocidas activistas kurdas asesinadas en París en enero de aquel año. El ambiente era absolutamente festivo: se sacaban selfis y fotos de grupo junto a enormes retratos de Öcalan, se servía té, y se vendían desde churros y kebabs hasta libros sobre el líder kurdo encarcelado o de su autoría. También era un momento único para saludar a amigos y familiares a los que no se había visto hacía tiempo.

Gulistán había llegado con su familia desde Van, en el Kurdistán turco, para abrazar a Ercan, su hermano menor, por primera vez desde que este se había unido a la guerrilla, cuatro años atrás.

—Cuando se fue, todavía no se afeitaba, y hoy me ha pinchado al besarme. Ya es todo un hombre —reía la kurda, antes de ceder el turno a sus padres.

La pareja decía que tenían a siete miembros de la familia en la guerrilla y que estaban muy orgullosos de ellos. Tres amigos de la familia guardaban turno para retratarse junto al agasajado, un requerimiento al que los civiles sometían hasta el hastío a casi cada uno de los guerrilleros encargados del festival. Para los kurdos de Irak, se trataba de auténticas «estrellas». Tras hacerse un selfi con un chaval de Bitlis, también en el Kurdistán turco, Nashuan, llegado desde Arbil, decía que el PKK era «un ejemplo para todos los kurdos». Aquel era un sentimiento muy generalizado entre los del sur, a quienes los guerrilleros les recordaban a ellos mismos, o a sus padres, durante los años de Sadam Huseín. Unidos en la nostalgia, la división

histórica entre los kurdos del norte y el sur parecía haberse diluido durante aquel Nouruz: las banderas estrelladas del PKK se mezclaban con las amarillas del Partido Democrático del Kurdistán (PDK) y las verdes de la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK), las dos principales coaliciones del Kurdistán iraquí. Por supuesto, también estaban las azules de Gorran, el tercero en discordia. Tras los discursos de algunos kurdos de los cuatro territorios, intercalados en un repertorio musical a cargo de un grupo de Suleimaniya, llegó el momento que todos esperaban: el mensaje de Öcalan era leído por líderes del BDP desde Diyarbakir y, a las dos en punto, la declaración llegaba a los miles reunidos en Kandil por megafonía.

Öcalan decía en su comunicado: «Hemos alcanzado la fase en la que nuestras fuerzas armadas han de replegarse al otro lado de la frontera… No es el final, sino el comienzo de una nueva era». En Kandil, las palabras se recibían con aplausos, gritos de alegría, abrazos y baile, mucho baile. Pero aquella euforia colectiva no se correspondía con el sentir de muchos cuando se les preguntaba en privado. Con su fusil al hombro, Saharestan, una kurda de Siria, decía que no podían ser solo ellos los que dieran «pasos hacia la paz». Más de uno recordó que se trataba de la novena vez que el PKK declaraba un alto el fuego unilateral en veinte años.

Como en cada visita a Kandil, la guerrilla me alojó con una familia en Zergueli, una pequeña aldea a escasos kilómetros del lugar donde se había celebrado el Nouruz. Nada más dejar atrás la localidad de Borkriskan, donde una enfermera alemana regentaba el único hospital de la zona desde hacía veinticinco años, había que tomar un desvío a la izquierda que solía estar anegado por la crecida del río en primavera. Con una camioneta cuatro por cuatro no solía haber problema para llegar hasta Zergueli. Al igual que el resto de los lugareños de Kandil, mis anfitriones eran una gente muy humilde que vivía de lo que le daba la tierra. Dos años más tarde, vi el retrato de la señora de la casa junto a otros siete en un cartel a la memoria de los ocho vecinos de Zergueli. Habían muerto en un bombardeo turco el 1 de agosto de 2015. Los supervivientes habían huido, y la casa donde pasé aquella noche tras el comienzo oficial de la tregua no era más que un montón de escombros. Lo mismo que el proceso de paz.

5

CIZRE, GUERRA TOTAL

KARLOS ZURUTUZA

En septiembre de 2015, y tras un nuevo intento fallido de volver al Kurdistán de Siria, atravesé la frontera entre Irak y Turquía con el objetivo de entrar en Cizre, una de las ciudades kurdas del norte que estaba siendo sometida a un brutal asedio por parte del ejército turco. Los excelentes resultados de la coalición kurda en las elecciones de junio habían hecho perder la mayoría absoluta al AKP en el Parlamento; así se esfumó el sueño de Erdoğan de reformar el Estado turco y convertirlo en una república presidencialista. Luego llegaría el brutal atentado contra un centro kurdo en Suruç —localidad fronteriza con Kobanî—, reivindicado por Estado Islámico de Irak y el Levante (EIIL, EI o Dáesh) y en el que murieron treinta y dos jóvenes. Un mes después, el PKK asumiría el asesinato de dos policías turcos a los que acusó de colaborar con EI para introducir yihadistas en territorio kurdo-sirio. Si bien había habido otros ataques anteriores —no reivindicados—, aquel era el certificado de defunción definitivo del noveno alto el fuego decretado por el PKK en dos décadas.

Volvía a un norte de Kurdistán convertido en escenario de los mayores niveles de violencia en veinte años. Nada más cruzar la frontera, esperé en la pequeña Silopi a que mis contactos dentro de Cizre me explicaran cómo

y cuándo entrar. Al igual que en muchas otras localidades kurdas, la guerrilla urbana del YDG-H también controlaba un territorio en la ciudad fronteriza. A las dos horas, alguien me vino a buscar desde Cizre en una furgoneta con la trasera llena de sandías. El toque de queda de veinticuatro horas se había levantado esa misma mañana tras ocho días de asedio, y unos y otros aprovechaban para contar los muertos: fuentes oficiales turcas hablaban de treinta y dos combatientes del PKK abatidos, mientras que las kurdas apuntaban a veintitrés civiles caídos. En el fragor de la batalla de la propaganda, el Ministerio del Interior turco acabaría reconociendo «numerosas» víctimas civiles, pero acusaba al PKK de las mismas. Aunque seguía habiendo controles de la policía en la carretera de entrada a Cizre, el tráfico para los suministros más básicos circulaba con cierta normalidad. Un guardia miró entre las sandías buscando armas, pero al final acabamos entrando. Situada justo sobre la falla entre las fronteras de Turquía, Irak y Siria, la ciudad de Cizre era una de las canteras más fértiles para el PKK. Pero, más que su estratégica localización, era su tejido social el que le confería una reputación militante que no tenían otras localidades kurdas. Al igual que Diyarbakir, Cizre había acogido a muchas de las familias que llegaron de las aldeas que el ejército arrasó en la década de los noventa. La memoria de aquel desastre era la gasolina de los cócteles molotov en Cizre.

Contacté con Ercan, un amigo al que conocía desde hacía diez años. Me esperaba en la farmacia en la que trabajaba, en el centro de la ciudad. La acababa de abrir tras una semana cerrada y los clientes, la mayoría ancianos, guardaban cola para conseguir su medicación. Fue pocos minutos después de las seis y media de la tarde cuando volvió a cerrar.

«Ciudadanos de Cizre: el toque de queda entrará en vigor en treinta minutos», se oyó por la megafonía.

—¿Otra vez? ¿Es posible que vuelva a ocurrir otra vez? —dijo uno de muchos que no llegaron a conseguir su medicación.

Se pasó del estupor al pánico: la calle se llenó de gente que corría hacia sus casas entre decenas de chasquidos metálicos de las tiendas, que echaban la persiana hasta nuevo aviso; a las siete menos cuarto, poco después de cerrar la farmacia, Ercan y yo dimos con un hombre que vendía huevos y

fruta que llevaba en el maletero de su coche. Mi amigo kurdo decía que no iba a caer en el error de quedarse sin comida. Luego le asaltaron las dudas.

—¿Adónde vamos? ¿A mi casa o a la de unos amigos? —pensó en voz alta. La segunda opción parecía la más lógica para evitar otros ocho días, o más, de soledad. Además, nos daba tiempo de llegar, a pesar de los tres kilos de tomates y las dos docenas de huevos con los que cargábamos. A las siete menos cinco, empapados en sudor pero ya instalados, Ercan hizo una última llamada de teléfono a su madre antes de que se cortara la línea—. No se te ocurra salir a la calle —le dijo. Poco después, los ciento veinte mil habitantes de Cizre volvían a estar aislados del resto del mundo.

Con la puesta de sol se reanudaban a combates. Si la orquesta eran las armas ligeras y obuses con los que se abrían los boquetes en las paredes, el solista elevaba la voz desde un megáfono montado en un blindado.

«No sois kurdos, sino armenios, y os vamos a matar como hicimos hace cien años», llegamos a escuchar. El año 1915 dio el pistoletazo de salida al primer genocidio del siglo XX, por lo que el aniversario era redondo. Pasé aquella primera noche con Ercan y tres amigos suyos, entre ellos Faysal Sariyildiz, parlamentario provincial del Partido Democrático de los Pueblos (HDP, por sus siglas en turco). Habían hecho acopio de comida, y también de bebida con la que amortiguar el estruendo que llegaba del exterior. A las siete en punto, dos horas después de la última explosión, nos despertamos con una buena noticia:

«Ciudadanos de Cizre: el toque de queda se levanta a partir de este momento», se oyó por megafonía. Ercan dijo que teníamos que ir a la Mala Gel, la Casa del Pueblo. Al igual que en muchas localidades kurdas en Turquía y en todas las de Siria, la Mala Gel también era el centro neurálgico de la vida en Cizre. El edificio se iba llenando de gente poco a poco, tanto ciudadanos de a pie como ilustres. No podía faltar Leyla İmret, la recién depuesta alcaldesa de Cizre de veintiocho años a la que acusaban de «promover el terror» y de «incitación al odio». La acompañaba Nursel Aydoğan, parlamentaria del Partido Democrático de los Pueblos por Diyarbakir. Desde una tarima sobre la que había un micrófono, Aydoğan reivindicaba el «derecho a la autodefensa» y decía sentirse orgullosa de que

dos distritos de su ciudad también estuvieran «bajo control del pueblo». Poco después, locales y foráneos guardaron silencio para escuchar un manifiesto leído en voz alta por un grupo de jóvenes turcos del Partido Comunista Marxista-Leninista (MLKP, por sus siglas en turco), uno de entre los muchos gestos de solidaridad recibidos estos días. El ambiente se vestía de solemnidad en el corazón del barrio de Cudi, uno de los dos distritos bajo control del Movimiento de la Juventud Revolucionaria y Patriota. La *hevala* Zilan, una joven de veintidós años que era la responsable local del YDG-H, decía que se había unido al movimiento dos años atrás, que contaban con unos rifles de caza, algún Kaláshnikov y cócteles molotov, pero no quiso desvelar el número de combatientes en Cizre. En cualquier caso, aquella chavala con el pelo recogido en una trenza no vaciló a la hora de definir la estrategia del movimiento al que pertenecía:

—No hay diferencia entre el YDG-H y el PKK, para mí son lo mismo —dijo al final de la entrevista.

Que el Gobierno había perdido el control en las calles de Cudi resultaba evidente en la cantidad de pintadas en kurdo en las paredes, desde las que también colgaban las banderas del PKK y, por supuesto, los retratos de Öcalan. Tampoco se olvidaba a los últimos «mártires» de Cizre, entre los que se contaban tres miembros del YDG-H, un anciano de setenta y cinco años abatido por una bala y un bebé de treinta y cinco días, fallecido, decían, por falta de asistencia médica. A las ambulancias no se les permitió la entrada a la ciudad durante el asedio, y el hospital seguía cerrado. La mayoría de los veintitrés muertos, siempre según fuentes kurdas, cayeron en el vecino barrio de Nur. Un anciano me dijo que sus vecinos habían pasado cuatro días con el cadáver de su hijo en casa hasta poder enterrarlo. El olor había sido insoportable. Era una escena que recordaba a la de muchas localidades de la vecina Siria, con montañas de escombros bloqueando calles y edificios enteros destruidos por el fuego. En mitad de aquello, una anciana caminaba en círculos frente a los restos del lugar donde había vivido hasta hacía unos días.

—No me atrevo a entrar porque tengo miedo de que la policía haya dejado una bomba-trampa dentro —dijo aquella kurda de sesenta y ocho

años. Su miedo estaba justificado. Un vídeo de un policía turco colocando un explosivo mientras era escoltado por sus compañeros había circulado de forma viral por las redes kurdas—. Nos habíamos mudado hace menos de un año, la casa era nueva, pero ahora nos hemos quedado en la calle —lamentaba aquella mujer.

En la misma calle, la residencia de Abdurrahman Danesh presentaba un aspecto parecido.

—¿Qué tipo de munición es esta? —me preguntó aquel vecino de Nur, mostrando una granada de fusil de cuarenta milímetros.

Decía que su casa estaba llena de ellas, probablemente porque vivía demasiado cerca del retén del YDG-H; un puñado de sacos terreros amontonados sobre una trinchera cavada en la misma carretera. Escalofriante resultaba también el estado en el que había quedado la sala de estar de Ibrahim. Estaba viendo las noticias con su mujer y una de sus hijas cuando un proyectil similar atravesó el televisor de plasma para acabar en el dormitorio anexo. Por el agujero de su cocina, en el piso de abajo, cabía una persona. En realidad, era muy parecido al que muchos residentes han abierto en sus tabiques para poder recibir ayuda de sus vecinos o, eventualmente, huir.

Además de la destrucción en Cudi y Nur, el hedor que emanaba de las carnicerías tras ocho días sin electricidad era otra prueba elocuente del castigo al que se había sometido a la ciudad. Todavía era demasiado pronto para cuantificar los daños, pero Abdullah Doğan calculaba en tres mil euros las pérdidas que le suponía haber tenido cerrada su tienda de flores en el centro de Cizre.

—Intentarán arruinar nuestra vida hasta que nos vayamos de aquí —dijo, escoba en mano.

En Cizre no habían hecho más que empezar. Entre enero y febrero de 2016, ciento ochenta y nueve civiles atrapados durante días en un sótano murieron abrasados por el fuego tras un intenso bombardeo turco. La ofensiva sobre todo el sudeste turco se alargaría hasta diciembre de 2016 y, según datos de Naciones Unidas (ONU), se saldó con una treintena de ciudades afectadas y entre trescientos cincuenta mil y medio millón de

desplazados internos. Las imágenes de satélite de ciudades como Nusaybin o Şirnak tomadas antes y después del asedio mostraban un grado de destrucción que solo se había visto en Siria en tiempos recientes. Examinar los daños sobre el terreno era ya más complicado. Comenzado el asedio sobre el sudeste, la zona quedó vetada a periodistas. El aviso a navegantes fue el arresto de Mohamed Rasul, un reportero de la norteamericana Vice News que pasó casi seis meses en prisión tras ser acusado de colaborar con EI y hacer propaganda del PKK. Apoyar simultáneamente a grupos que combatían entre sí en Siria e Irak era algo descabellado, pero ese era el discurso que Erdoğan le vendía a su pueblo.

Rasul había sido arrestado en Diyarbakir junto con otros dos compañeros de Vice News cuando cubría los enfrentamientos entre el Movimiento de la Juventud Revolucionaria y Patriota y las fuerzas de seguridad turcas. Según un informe del Comité para la Protección de los Periodistas publicado en 2017, Turquía encabezaba por segundo año consecutivo la lista de países que más periodistas había metido en prisión.

«El sistema judicial turco parece procesar a periodistas con más frecuencia que a los propios miembros de Estado Islámico», llegó a declarar entonces Christophe Deloire, secretario general de Reporteros Sin Fronteras. Cuando no se arrestaba a los informadores, se los retenía hasta meterlos en un avión con una orden de deportación, o se los hostigaba, incluso en la zona de tránsito en los dos aeropuertos de Estambul. Aquellas expeditivas medidas tuvieron el efecto deseado por Ankara y, si bien cientos de periodistas cubrieron el asedio de EI sobre Kobanî informando desde el lado turco de la frontera, las pocas imágenes que llegaban de la también castigada Nusaybin se tomaban ahora desde Qamishli, la principal ciudad kurdosiria, literalmente al otro lado de una valla.

Por supuesto, sigo en contacto con Ercan, mi anfitrión en Cizre, aunque hubo un largo silencio tras nuestro último encuentro. Para evitar emails o llamadas comprometedoras, me pidió que nos comunicáramos por Telegram, pero aquella medida tampoco era suficiente. Un soldado en un control de carretera o, simplemente, un policía de paisano te podían pedir que encendieras el móvil y les enseñaras tus mensajes, así que Ercan me

dijo que no le mandara fotos de Kandil, de Siria ni de ningún otro lugar de Kurdistán que lo pudieran comprometer. En cuanto a Faysal Sariyildiz, huyó del país tras una redada, en el otoño de 2016, en la que se metió a docenas de políticos y abogados kurdos en la cárcel. Un mes después de su partida fue acusado de «pertenencia a organización terrorista». Hoy reside en Alemania.

Si bien instituciones como la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y ONG como Human Rights Watch (HRW) pidieron explicaciones a Ankara por una ofensiva tanto militar como judicial contra los kurdos, la UE guardó silencio. Fue en marzo de 2016 cuando se selló el acuerdo entre Bruselas y Ankara para que esta última cerrara el paso de los migrantes y refugiados a Europa: sobre el papel, seis mil millones de euros y la exención de visados para ciudadanos turcos. Muchos vieron el atronador silencio de Europa ante la barbarie cometida contra los kurdos de Turquía como parte del trato.

6

LA PRISIÓN PARA PERIODISTAS MÁS GRANDE DEL MUNDO

DAVID MESEGUER

Las repetidas miradas hacia atrás antes de doblar la esquina delataban el nerviosismo con el que Erdoğan Altan, periodista del diario kurdo *Azadiya Welat* en Diyarbakir, salía a la calle cada mañana. Los frecuentes seguimientos a los que lo sometía la policía turca no solo representaban un problema para él, sino también para todas las fuentes y entrevistados con los que se reunía para obtener información.

Nuestro encuentro tuvo lugar en un diminuto bar de la capital histórica del Kurdistán turco escondido entre bloques de edificios. Con tantas medidas de seguridad y precauciones, pareciera que estuviéramos realizando alguna actividad ilegal cuando, simplemente, se trataba de periodismo. Aunque podía parecer exagerado o más propio de una película de espías, la oleada de detenciones y encarcelamientos de periodistas, principalmente kurdos y opositores al Gobierno islamista del AKP, obligaba a los reporteros a moverse con mucha cautela.

—Hace dos años, cuando trabajaba en Roj TV, informamos en un telediario sobre una operación del Ejército turco contra posiciones del PKK. Días después, la policía se presentó a las tres de la madrugada en mi casa y me detuvieron —recordaba Erdoğan Altan mientras removía enérgicamente el azúcar que había echado dentro del té.

El juez lo acusaba de colaboración con la organización terrorista al defender que la información emitida sirvió para alertar a la guerrilla del ataque. El reportero aún mostraba su incredulidad ante los cargos que se le imputaban, ya que los principales medios de comunicación turcos también habían informado de aquella operación militar, ocurrida en 2010.

Altan cumplió un año en la prisión de Batman, y en el momento de nuestro encuentro se encontraba en libertad provisional, a la espera de que se celebrara el juicio. La cadena Roj TV, próxima ideológicamente al PKK, con sede en Bruselas y licencia para emitir desde Dinamarca, había mutado recientemente su nombre al de Nûçe TV, después de que los tribunales daneses prohibieran su emisión al recibir fuertes presiones de Ankara a través de la Unión Europea.

—Dependiendo del tema, no podemos hablar por teléfono o utilizar el email, ya que están pinchados y eso nos hace llegar tarde a la noticia en comparación con otros medios —detallaba el reportero de *Azadiya Welat.* Erdoğan Altan remarcaba que la no utilización de la tecnología para proteger a las fuentes los había hecho volver a los orígenes del periodismo y los forzaba a tener que hablar cara a cara con los contactos.

A aquellas alturas del verano de 2012, Reporteros Sin Fronteras cifraba en noventa y dos el número de periodistas encarcelados en Turquía, la mayoría de ellos kurdos que trabajaban en los periódicos *Özgür Gündem* y *Azadiya Welat* y la agencia de noticas DİHA. El editor de este último medio en Diyarbakir era Abdurrahman Gök, un joven de treinta y un años de pelo largo rubio rizado y ojos azules. Había coincido con aquel reportero en muchos de los actos del BDP y en algunas de las manifestaciones organizadas por la formación prokurda.

Para conocer de primera mano cómo la presión policial y política estaba afectando al normal funcionamiento de la agencia, nos citamos en la sede

que DİHA tenía en el centro de la ciudad bañada por el Tigris y que, apenas unos días antes, había sido objeto de una redada de la policía.

—En los noventa, muchos periodistas fueron asesinados en las calles de Turquía y, ahora, después de las reformas en el Código Penal, en lugar de asesinarnos, se cierran medios y se encarcela a los profesionales de la información —dijo el editor de la agencia, que contaba con una gran red de corresponsalías en todo Kurdistán.

Mientras debatíamos sobre la salud de la libertad de información en el Estado turco, Gök comentaba que, más allá de la prensa kurda, en el centro de la diana del Gobierno islamista también se situaban los periodistas de medios turcos con una línea editorial contraria a la ideología del Gobierno islamista del primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan. Como ejemplo de presión y de censura por parte del Ejecutivo, el reportero de DİHA denunciaba que en los últimos meses algunos periodistas de relevancia habían querido entrevistar al presidente de Siria, Bachar al Asad, pero Ankara les había prohibido viajar porque en aquel momento no procedía hacer llegar las ideas del rais sirio a la sociedad turca.

Organizaciones de defensa de los derechos humanos como la Asociación de Derechos Humanos de Turquía (İHD, por sus siglas en turco) consideraban que la detención y criminalización de periodistas acusados de trabajar a las órdenes del entramado urbano del PKK tenía como objetivo acallar a la comunidad kurda y silenciar el conflicto. En este sentido, uno de los principales problemas que afrontaban los periodistas inmersos en procesos judiciales era el secreto profesional, ya que los jueces presionaban a los informadores para que revelaran sus fuentes.

—En la última operación, la policía se incautó de todos los archivos de DİHA: cerca de sesenta mil páginas con fuentes, teléfonos, emails... Y, aunque estos documentos sean secreto de sumario, el juez acabará facilitando las fuentes a la prensa turca —señaló Gök, preocupado por la seguridad de sus contactos y, también, porque muchos de ellos, al saberse vigilados, dejarían de facilitar información a la prensa.

En aquel momento de plena escalada de los combates entre el ejército turco y el PKK, medios como la agencia DİHA eran fundamentales para

mostrar los efectos de la guerra en Kurdistán y sobre su población, que buena parte la prensa nacional turca no cubría. Como ejemplo de ello, Abdurrahman Gök recordaba que la masacre de Roboski a finales de 2011, en la que murieron treinta y cuatro contrabandistas por un bombardeo turco, fue silenciada por la prensa estatal durante casi veinte horas, y todas las informaciones, entrevistas, fotografías y vídeos fueron tomados por DİHA.

—A pesar de la represión, nunca van a amedrentarnos. En los noventa, muchos periodistas dieron su vida por contar la verdad, y nunca vamos a abandonar a nuestros compañeros mártires —quiso destacar el reportero kurdo antes de despedirnos.

Europa o cárcel

Un año después de producirse la ruptura del proceso de paz, Turquía se vio sacudida por un fallido golpe de Estado para deponer al entonces presidente, Recep Tayyip Erdoğan. El 16 de julio de 2016, un día después de la intentona golpista, el Gobierno islamista inició una purga masiva contra miles de funcionarios, militares y periodistas, entre otros colectivos. La declaración del estado de emergencia y la aprobación de una serie de leyes *ad hoc*, dada la situación de excepcionalidad, permitieron al Ejecutivo suspender de sus funciones y arrestar a decenas de miles de personas que aparentemente representaban una amenaza para el país.

Según el Comité para la Protección de los Periodistas, a finales de 2016 Turquía era la mayor cárcel del mundo para reporteros, con ochenta y un profesionales de la información entre rejas. La prisión también habría sido el destino final del informador kurdo Ferzen Çatak si este no hubiera emprendido una peligrosa huida que, finalmente, lo trajo hasta Europa.

Ferzen y su increíble historia se cruzaron en mi camino en junio de 2018, gracias a un contacto en común que me avisó de su llegada a Barcelona. Originario de İdil, una ciudad de la provincia de Şirnak en el Kurdistán turco, aquel chico de treinta y cinco años, tez morena, pelo rizado recogido y sonrisa permanente acababa de aterrizar en la Ciudad Condal casi por azar.

—Fue el traficante quien me dijo que volaría a Barcelona desde Atenas. Las mafias saben cuáles son los aeropuertos con menos vigilancia migratoria —señaló el periodista kurdo apenas unas horas después de haber cruzado la puerta de la Terminal 1 del Aeropuerto de El Prat. Un DNI belga con la foto de un chaval con cierto parecido físico y por el que había pagado tres mil euros fue su salvoconducto para abandonar Grecia.

De igual modo que para decenas de profesionales de la información encarcelados en Turquía o exiliados, la pesadilla de Ferzen comenzó en 2016. La guerra que se libraba en aquel momento en algunas regiones del

Kurdistán norte y el intento fallido de golpe de Estado habían desatado una oleada represiva por parte del Gobierno turco que había colocado a la prensa contraria al discurso oficialista en el punto de mira.

—En 2013 comencé a trabajar para la agencia kurda de noticias DİHA cubriendo la información en Şirnak. En esa época ya había muchos controles y trabas para ejercer, pero no como en la actualidad. El proceso de paz entre el Gobierno y el PKK estaba en marcha, y la policía simplemente comprobaba la acreditación y te dejaba marchar —recordaba el periodista desde el salón de mi casa después de haber aceptado mi invitación.

Ferzen explicaba que las ya de por sí complicadas condiciones de trabajo para los reporteros kurdos empeoraron aún más si cabe en el verano de 2015, cuando se reanudaron las hostilidades entre el Gobierno turco y la guerrilla. Trabajar en Kurdistán de forma libre e independiente se había convertido en una misión casi imposible. El periodista apuntaba que incluso los civiles que viajaban de una ciudad a otra eran objeto de múltiples preguntas y registros por parte de los cuerpos y seguridad del Estado.

—Tengo compañeros kurdos en activo, y, cuando publican algún tema cuestionando la versión oficialista, el sistema se pone en marcha para abrir una investigación y tratar de acallar sus voces encarcelándolos. La censura es parte de un sistema autocrático muy bien engrasado en el que los medios de comunicación pequeños o los periodistas poco conocidos lo tenemos muy complicado —denunciaba el reportero de Şirnak.

Durante el verano de 2015, las Unidades de Protección Civil (YPS, por sus siglas en kurdo) se hicieron fuertes en decenas de distritos de ciudades kurdas como Cizre, Nusaybin o Diyarbakir y se atrincheraron construyendo barricadas, túneles y búnkeres. En İdil, la ciudad natal de Ferzen, las fuerzas armadas turcas decretaron el toque de queda y lanzaron una ofensiva en febrero de 2016. En aquel momento el reportero de la agencia DİHA se encontraba allí y decidió quedarse para cubrirlo. Lo hizo junto a otros dos periodistas, y los tres fijaron una especie de redacción improvisada en una casa donde también se hospedaban algunos políticos del prokurdo Partido Democrático de los Pueblos.

—No pude quedarme en casa junto a mis padres porque, durante la

ofensiva, el ejército turco la atacó y quemó de forma deliberada. La misma suerte corrieron los hogares de todas aquellas personas vinculadas con el movimiento kurdo —señaló el informador cuyo padre era militante del HDP.

Durante el asalto a la ciudad, Ferzen grabó a un policía con una bandera turca atada a la espalda que lanzaba insultos e improperios en plena calle; un acto que, en una ciudad kurda como İdil, suponía una auténtica provocación. Tras enviar el vídeo a su editor, la agencia lo colgó en su servidor sin tapar la cara del agente, y uno de los dos periodistas que estaban junto a él lo publicó en Twitter. El tuit con las imágenes comenzó a obtener retuits y rápidamente fue visto por la policía. Presentado ante un tribunal turco, el juez emitió una orden de detención contra los tres únicos reporteros que se encontraban en la ciudad.

—Borramos todas las tarjetas de memoria de las cámaras y el material de aquella escena que teníamos guardado en ordenadores y discos duros —recordaba Ferzen con la tensión de alguien que aún tenía muy fresco cada detalle de aquel episodio.

Durante el interrogatorio, los policías les preguntaron por qué habían grabado y colgado aquel vídeo. Aunque Ferzen y sus compañeros negaron ser los autores, la policía los acusaba de haberlo difundido entre medios que simpatizaban con el PKK.

Sentado y esposado ante el fiscal, el reportero kurdo negó de nuevo la autoría, pero las autoridades judiciales, a través de un *software* especial, pudieron acceder al contenido borrado. Mientras los otros dos periodistas quedaron en libertad provisional a la espera de juicio, Ferzen iba camino de la cárcel. Finalmente, su abogada consiguió evitarle la prisión a cambio de que el periodista se presentara a firmar dos veces por semana en la comisaría de İdil hasta que se celebrara el juicio.

Despojado de la capacidad para poder reportear y obligado a permanecer en su villa natal para las dos firmas semanales, la única alternativa para Ferzen era desplazarse a una ciudad donde tuviera parientes cercanos o una residencia fija. Después de darle muchas vueltas, decidió irse a la capital turca, donde vivía un hermano.

A los seis meses de residir en Ankara y cuando se cumplía año y medio de la grabación de aquellas imágenes, el escrito de acusación aún no estaba listo. La letrada de Ferzen le advirtió que el proceso judicial tenía muchas papeletas para terminar con una dura condena y que dependía de él si quería quedarse e ir a la cárcel o tratar de huir al extranjero.

—En Turquía, tener un juicio justo es imposible porque el poder político y el judicial están en las mismas manos. No es país para periodistas ni para otras profesiones cuya principal materia prima es la libertad de expresión —destacó el reportero antes de pedirme hacer un alto en la entrevista para estirar las piernas.

Después de dar un corto paseo hasta el mar, Ferzen y yo acabamos sentados en las rocas de la escollera que separa las playas de Llevant y la Nova Mar Bella. Allí, bajo el sol de mediodía pero con una temperatura muy agradable, retomamos la conversación donde la habíamos dejado. El reportero kurdo indicó que muchos periodistas seculares que durante años habían denunciado en sus reportajes la actividad de la cofradía religiosa de Fethullah Gülen, ahora, tras el golpe de Estado, eran acusados de pertenecer a aquella organización que el Gobierno turco consideraba terrorista.

Una vez tomada la firme decisión de exiliarse a Europa, Ferzen abandonó Ankara en julio de 2017 para instalarse en Estambul y contactar allí con las mafias que podrían organizarle el viaje. En aquel momento dejó de ir al juzgado a firmar, por lo que las autoridades turcas hicieron pública una orden de búsqueda y captura. Un traficante de personas originario de su ciudad natal le vendió un documento de identidad sirio falsificado por ciento cincuenta euros para que pudiera moverse en libertad por la ciudad del Bósforo y, después, hacerse pasar por refugiado en Grecia.

—Por seguridad, en Estambul salía muy poco a la calle. Estuve en el barrio de Kanarya viviendo con unos primos. Es un suburbio de mayoría kurda que aloja a muchos de los desplazados llegados allí durante los noventa, en pleno conflicto en Kurdistán —detalló el reportero mientras observaba de reojo la playa y la gente que se bañaba en ella.

Tras algunos intentos fallidos, en octubre de 2017, Ferzen y un grupo de ciento sesenta refugiados —principalmente, sirios e iraquíes— fueron

transportados por los traficantes hasta Edirne, concretamente a un bosque a menos de un kilómetro del paso fronterizo oficial con Grecia.

—Cruzamos al otro lado gracias a dos guías que nos mostraban el camino entre la espesura del bosque. Había muchos niños y gente mayor. Yo sostenía a un bebé de una familia siria que tenía tres hijos. Estaba tan oscuro que caí dos veces con el pequeño en brazos —recordaba el periodista kurdo. En el primer pueblecito heleno que encontraron, llamaron a una casa y los vecinos avisaron a la policía—. Tras tomarnos las huellas, a los «sirios» nos preguntaron si queríamos pedir asilo en Grecia o no. Haciéndome pasar por sirio tenía elección; en cambio, si hubiera dicho que era de nacionalidad turca, me habrían obligado a pedir asilo —explicaba el exreportero de la agencia DİHA.

Ferzen se registró como Ahmed Hasan, el nombre que constaba en el DNI sirio comprado en Estambul. Fue al poco de llegar a suelo griego que el periodista kurdo conoció el contenido del escrito de acusación contra él y sus dos compañeros. La justicia turca pedía para él veintitrés años de cárcel por los delitos de pertenencia a organización terrorista, hacer propaganda de una organización terrorista y mostrar a un miembro de las fuerzas especiales turcas para convertirlo en objetivo del PKK. Para los otros dos periodistas, la pena que se exigía era de un total de trece años de prisión.

Después de pasar algunas semanas en un campo de refugiados cerrado, Ferzen obtuvo un permiso para estar seis meses en Grecia y moverse con total libertad. Él y varios compañeros de viaje se acomodaron en un campo abierto en la ciudad de Larisa, a la espera de que el traficante de personas consiguiera llevarlo a Alemania. Instalado en el norte del país heleno, el reportero supo por sus padres que en marzo de 2018 tuvo lugar la primera vista del juicio. Como sus dos compañeros sí que habían cumplido estrictamente presentándose a firmar y asistiendo a la primera vista, Ferzen creía que su caso lo iban a separar en una pieza aparte.

El dispositivo para poder abandonar suelo griego se activó tras pagar cinco mil quinientos euros al traficante por un pasaporte turco falsificado con un visado especial para viajar a territorio comunitario europeo. Ferzen lo intentó por primera vez a finales de mayo, en un vuelo de KLM con

destino a Ámsterdam. La policía helena detectó la falsificación en los controles del aeropuerto de Atenas y el reportero no llegó a subirse al avión. Tras el fallido intento, el periodista de İdil abonó tres mil euros más a la mafia, que esta vez le consiguió un DNI belga con la foto de un chico con un rostro muy parecido al suyo. El traficante le aseguró que aquella era la última cantidad que pagaría, pero que podría intentarlo tantas veces como fuera necesario. Con una información muy precisa de los destinos de la Unión Europea donde las autoridades estaban más pendientes de la llegada de migrantes y refugiados, el traficante eligió Barcelona como destino y compró un billete de Vueling para el 4 de junio.

—Antes de salir hacia al aeropuerto de Atenas, una amiga me pintó las cejas para que me pareciera más al chico del DNI belga. Pero en el autobús hacia el aeropuerto comencé a sudar, por lo que tuve que limpiarme el maquillaje que llevaba —rememoraba el periodista entre risas—. En las pantallas del aeropuerto observé que la salida del avión se había retrasado casi dos horas y me confié. De repente me di cuenta de que iba a perder el vuelo y comencé a correr como un loco. Pasé el control de seguridad y, al llegar a la puerta de embarque, me disculpé por llegar tarde. No había ningún pasajero: todos estaban ya dentro del avión. Le di mi pasaje y DNI a la empleada de la compañía, que comprobó la coincidencia de los nombres. «Que tenga un buen vuelo.» Me quedé sorprendido. ¿Ya estaba? ¿Aquello era todo? —recordaba Ferzen con suma emoción a orillas del Mediterráneo.

El reportero kurdo estaba asombrado por la facilidad con la que había cruzado todos los controles de seguridad, ya que, según explicaba, conocía muchos casos de personas que habían sido descubiertas en Atenas en la misma puerta de embarque, en la jardinera o, incluso, dentro del avión justo antes del despegue.

Tras acomodarse en la aeronave, Ferzen mandó un *whatsapp* a una traductora griega que había conocido en el campo de refugiados y que tenía amigos en Barcelona. También alertó a algunos de sus contactos en Kurdistán de que, finalmente, había pasado los controles de seguridad y ponía rumbo a la capital catalana. Óscar, un periodista de una pequeña humilde radio barcelonesa amigo de la intérprete helena acabó acogiendo al

reportero kurdo en su casa.

—Estoy muy agradecido a toda la gente que he conocido en Grecia y Barcelona. Todavía existen muchas buenas personas que ayudan sin esperar nada a cambio, y eso me hace tener esperanza y mirar al futuro con optimismo —dijo Ferzen desde aquella playa de Barcelona, consciente de que la solidaridad derriba muros que otros se empeñan en alzar.

Después de una semana en la Ciudad Condal reponiendo fuerzas y haciendo turismo, el informador kurdo cruzó los Pirineos y, en apenas dos días y sin ningún tipo de contratiempo, se plantó en Alemania. Al cabo de unos meses, Ferzen me informó de que su petición de asilo político como persona perseguida en Turquía había sido aceptada y de que, a partir de aquel momento, solo pensaba en encontrar un trabajo para devolver el dinero a todos los familiares y amigos que lo habían ayudado a costearse tan larga odisea.

SEGUNDA PARTE

BAŞÛR (SUR)

1

ÁNGELES CONTRA LA BARBARIE

KARLOS ZURUTUZA

El taxista miraba incrédulo a su alrededor. Tras media vida en su Lada rojo, ni siquiera él conocía el lugar.

—¿Seguro que es aquí? —supongo que preguntó en ruso.

Aquella mañana lluviosa de septiembre de 2004, el jeque Artsanian me esperaba en la última casa de Ereván, justo donde desaparecía el asfalto y la capital de Armenia moría en una colina amarilla. Un hombre bajito y moreno bajo un paraguas me invitó a entrar haciendo gestos con la mano. Llegaba pronto, así que me hizo esperar en una habitación oscura a la que unos pesados cortinones aislaban del resto del mundo. Olía a humedad, a ambientador y a matarratas. Y luego estaba aquella extraña colección de imágenes en las paredes: Churchill, Roosevelt y Stalin en la conferencia de Yalta; Lenin arengando a los sóviets entre una estampita de la Virgen María y un calendario persa con la foto de un pavo real; Gagarin sonriente en su escafandra; Gagarin condecorado… Las opciones de llegar a entender quiénes eran los yazidíes parecían desvanecerse entre aquella ensalada de retratos aparentemente inconexos entre sí.

Fueron diez minutos más de desconcierto hasta que se presentó en la habitación un hombre espigado al que su papaja gris, el gorro tradicional del Cáucaso, hacía aún más alto. Era el jeque Artsanian. Tras un caluroso apretón de manos y una presentación traducida por su asistente, Torgom Judoyan, Artsanian me llevó de la mano hasta el mural que presidía la estancia, pero que solo descubrí cuando Judoyan corrió las cortinas y entró la luz entre el polvo en suspensión: dos bandadas de pájaros atravesaban un cielo azul, dejando atrás el monte Ararat. Representaban el pueblo yazidí, aclaró Artsanian, huyendo junto al armenio desde Anatolia Central. Aparentemente, también habían sido víctimas del primer genocidio del siglo XX. Luego, el jeque abrió una cortina tras la que se apilaban mantas y sábanas de seda. Decía que escondían «tesoros de Lalish». Ese es el templo central de los yazidíes en el norte de Irak, un lugar sagrado que todo fiel debe visitar al menos una vez antes de morir. Artsanian había cumplido ya los setenta años, y aún tenía esa cuenta pendiente.

Tras su huida al Cáucaso desde Mesopotamia al comienzo de la Primera Guerra Mundial, los yazidíes se fundieron con el marasmo de pueblos que integraban la Unión Soviética. Ya estrenado el siglo XXI, la mayoría vivía en las afueras de la capital armenia, o moviendo su ganado en la ladera del monte Aragáts —al que no hay que confundir con el Ararat—. En verano subían casi hasta aquella cumbre de más de cuatro mil metros y pasaban el invierno en el valle. De hecho, aquellos nómadas «verticales», que compartieron su queso conmigo en sus tiendas de campaña del Ejército soviético, fueron los primeros yazidíes a los que conocí personalmente. En la última casa de Ereván, el almuerzo fue a base de té turco y pastelitos de chocolate ruso y una copa del legendario brandi local. Había una atmósfera familiar pero no exenta de solemnidad. Tras guardar la botella, Judoyan me enseñó un carné que lo acreditaba como presidente de la Asociación Yazidí de Armenia. Después sacó su antiguo pasaporte, con las siglas «CCCP» (URSS, en ruso) en letras doradas sobre fondo rojo. Su propietario subrayó que donde figuraba la nacionalidad decía «yazidí», y no «kurda».

—Hablamos kurmanyí —la variedad dialectal de los kurdos de Siria y Turquía—, pero no somos kurdos, o no, al menos, como lo entiende usted

—matizó Judoyan con una media sonrisa con la que parecía pedir paciencia para entender tal afirmación.

La de los kurdos en Armenia era la historia de unos pocos, pero con demasiados claroscuros. El colapso en 1991 de la URSS, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, hizo estallar una gran cantidad de conflictos: desde Moldavia hasta Tayikistán. Uno de ellos fue el del enclave de Nagorno-Karabaj (1988-1994), donde yazidíes acabarían luchando en las filas armenias en aquella guerra contra Azerbaiyán. De una caja de cartón junto a la pila de sábanas, el jeque Artsanian sacó un esquelario «a la memoria de los jóvenes yazidíes que dieron su vida por la madre Armenia en Karabaj». Muchos de ellos habían muerto luchando en Laçin, una lengua de tierra que incluía veinticinco aldeas kurdas, pero que se interponía entre Armenia y el enclave en disputa. Aquel episodio resultaba aún más descorazonador sabiendo que Laçin había sido un distrito autónomo también conocido por el sobrenombre de Kurdistan-e Sorkh (Kurdistán Rojo). Durante sus siete años de vida, de 1923 a 1930, Kurdistan-e Sorkh se convirtió en el único lugar del mundo donde se abrían escuelas y se publicaban libros en lengua kurda. Ya en el ocaso del siglo XX, sería otro escenario más en el que kurdos combatirían contra kurdos. Judoyan y el jeque admitían lo paradójico que resultaba aquello, aunque Artsanian acabó zanjando el asunto con un contundente: «Somos armenios, yazidíes armenios».

Tras la promesa de volver a vernos en la última casa de Ereván, cosa que cumplimos, Judoyan se ofreció a llevarme de vuelta al hotel. Dejando atrás el desconchado extrarradio postsoviético, la vida volvía a las calles según nos acercábamos al centro de granito rojo de la capital. El yazidí se lamentaba de que los jóvenes solo pensaran en abandonar el país; al templo ya no iban más que los mayores, «apenas una docena de ellos». Se trataba, decía, de una muerte lenta que había empezado con la huida de su pueblo de Mesopotamia. Antes de despedirnos, Judoyan abrió la guantera y me obsequió con una bola de tierra del tamaño y la forma de una canica. Era de Lalish. No había estado nunca, pero dijo que iría algún día. Yo pensé lo mismo.

LALISH

En agosto de 2005 no resultaba difícil distinguir a los yazidíes en el bazar de Dohuk, en el Kurdistán iraquí. Bastaba con fijarse en los hombres tocados con un turbante rojo —como la mayoría— y que, además, lucían un bigote desproporcionado. También estaban los que trabajaban en los hoteluchos del centro, jóvenes a los que la falta de estudios y recursos había relegado a limpiar habitaciones y lavar las sábanas. Eso y barrer las calles eran tareas que en Irak solo hacían los más pobres, junto con los bangladesíes. Tras el comienzo de la guerra en Siria, los yazidíes de los hoteles serían remplazados por kurdos del país vecino, igual de baratos pero con un perfecto dominio del árabe. Este último era un requisito imprescindible para atender a los refugiados de Bagdad, Mosul o cualquiera de las ciudades iraquíes cuyo nombre fuera sinónimo de desastre. En 2005 seguían llegando con cuentagotas, pero, años más tarde, la guerra contra Estado Islámico a ambos lados de la frontera provocaría un desmesurado aluvión de desplazados que acabaría por convertir aquellos hoteles en auténticos campos de refugiados verticales.

Aquel viaje al Kurdistán iraquí de 2005 sería el primero de muchos, y Lalish, un lugar al que volvería a menudo. «Me preguntó si estaba asustada y le dije que no, probablemente porque desconocía lo sagrado que era todo aquello», escribía Gertrude Bell, literata y viajera inglesa, sobre su visita al templo, a finales del siglo XIX. Si la hubiera hecho durante la primera semana de octubre, habría coincidido con miles de fieles que se congregan entonces en este complejo de cúpulas cónicas de la falda del monte Arafat. Durante la Yama, la festividad principal yazidí, se duerme en cuevas o al raso; se canta, se baila y se rinde culto al sol y a los elementos mientras un grupo de elegidos pasea la estatua de Malak Taus, el pavo real sagrado. Esa es su figura central. Las familias aprovechan también para concertar matrimonios entre adolescentes que se miran de reojo mientras se cruzan una y otra vez entre el gentío. Por supuesto, nadie se va sin visitar la tumba

el jeque Adî, un santón cuyos restos descansan dentro de unas galerías excavadas en la roca desde el siglo XII, y en quien los yazidíes ven la «manifestación terrenal de la divinidad». Su religión, no obstante, es muy anterior al ocupante del sepulcro. Se anudan pañuelos de colores en él para pedir un deseo y, luego, visitan los manantiales en galerías subterráneas. Sobre sus cabezas, una legión de niños corretean descalzos entre árboles que está prohibido talar. Al anochecer se encienden miles de velas por todo el valle sagrado. «Una nueva luz para una nueva vida», dicen. La Yama es un acontecimiento difícil de olvidar.

Si los yazidíes podían celebrar sus ritos ajenos a la violencia que asolaba el resto del país era porque Lalish se encuentra en el mismo corazón de la región autónoma kurda de Irak. Durante veinte años, Sadam Huseín había aplicado la política del «palo y el caramelo» sobre los kurdos del país: si bien existía un Parlamento kurdo en Arbil —controlado en la práctica por Bagdad—, se castigaba a la zona con deportaciones masivas, a las que sucedían oleadas de colonos árabes del sur del país. Se calcula que desaparecieron cuatro mil pueblos en una campaña de asimilación que tuvo su momento más álgido cuando, en 1988, Sadam masacró a miles de kurdos con gas mostaza en Halabya. Al ser el autócrata iraquí un aliado clave contra el Irán de Jomeini, Occidente miró entonces hacia otro lado. Pero Sadam acabaría perdiendo la confianza del amigo americano al invadir Kuwait, en agosto de 1990. La primera guerra del Golfo se zanjó tras meses de bombardeos y la destrucción del Ejército iraquí, pero también con las terribles escenas del éxodo de dos millones de kurdos a través de las montañas nevadas de la frontera. Aunque de forma tardía, el Consejo de Seguridad de la ONU decretó la famosa resolución 688, que establecía las «zonas de exclusión aérea» al sur del paralelo 33 para los chiíes y al norte del 36 para los kurdos. Aquellas fueron las bases para la creación de lo más parecido a un Estado que este pueblo ha tenido nunca. Ya dueños de su casa, o casi, los partidos kurdos mayoritarios lucharon entre sí por el reparto de aquel pastel entre 1994 y 1998. Kurdos contra kurdos una vez más. Finalmente, el noroeste, incluida la capital, Arbil, quedaría bajo control del Partido Democrático del Kurdistán, liderado por Masud Barzani, y el

suroeste, en manos de la Unión Patriótica del Kurdistán, de Yalal Talabani, y con su cuartel general en Suleimaniya. Acalladas las armas, la región al paraguas del Gobierno Regional del Kurdistán se convirtió en refugio para siete millones de individuos, minorías incluidas.

Las bombas nunca habían caído en Lalish, pero no podía decirse lo mismo de otras localidades yazidíes. Los mapas se iban moviendo bajo los cimientos de templos milenarios, y muchos de ellos acabaron varados en los llamados «territorios en disputa», la «tierra de nadie» en la frontera entre kurdos y árabes de Irak. Aquel explosivo limbo legal había de ser desactivado a través de un referéndum programado para 2007 que decidiría sobre el papel si dichos territorios pasarían a estar bajo control de Arbil o de Bagdad. Al no haberse aplicado el llamado «artículo 140» —establecer la composición demográfica de las zonas en disputa para poder hacer un censo y, posteriormente, celebrar un referéndum—, la consulta se pospuso *sine die*, dejando a localidades como Bashika abandonadas a su suerte en mitad del fuego cruzado. Tuve la inmensa suerte de visitar aquella preciosa ciudad durante el otoño de 2013, antes de que fuera parcialmente destruida por Estado Islámico pocos meses más tarde. Situada a quince kilómetros de Mosul, Bashika era hogar no solo para yazidíes, sino también para chabaquíes —otra minoría religiosa kurda—, árabes y cristianos asirios. Bashika era realmente un Irak en miniatura por su diversidad étnica, pero sus abigarradas callejuelas entre casonas de piedra de cantería recordaban más a un pueblo de pescadores del Mediterráneo. Según el jeque Ato, no se trataba de algo casual:

—Nuestros antepasados llegaron desde el valle de la Becá, al noreste del Líbano, junto con el jeque Adî hace ocho siglos —me explicó el sacerdote desde uno de sus templos al noroeste de la ciudad.

Junto con los fieles de la vecina Bahzani, los yazidíes de Bashika son los únicos en todo el mundo cuya lengua materna es el árabe, y, curiosamente, el suyo es un dialecto más cercano al libanés que al hablado en Mosul, que a su vez es parecido al árabe sirio. Los yazidíes de Bashika y Bahzani, también llamadas «villas gemelas», pertenecen a una casta especial: son los *qewels*, los que conocen los cantos ancestrales, y los

únicos con derecho a entonarlos durante las principales celebraciones y festivales como la Yama. Fue ahí, en Bashika, donde funcionó la única escuela yazidí durante los años de Sadam Huseín. Los más pequeños accedían a los textos sagrados, pero siempre de forma clandestina, ya que toda manifestación vinculada con el pueblo kurdo era brutalmente perseguida durante los años del panarabismo baazista. Las villas gemelas cayeron en manos de EI en agosto de 2014. Muchas veces me he preguntado qué sería de aquellos «guardianes de la fe», como se llamaban a sí mismos, que conocí en Bashika. Me consta que la mayor parte de sus templos cónicos fueron destruidos. De vez en cuando doy con alguna noticia en torno a la reconstrucción de alguno de ellos. Por supuesto, es motivo de celebración para los *qewels*, así como una excusa más de reunirse para una comunidad exhausta.

Nunca es fácil remar contra corriente, y menos en esta parte del mundo. Los yazidíes reivindican un origen distinto del resto de la humanidad; no proceden de la unión de Eva y Adán, sino directamente de la semilla de este último, que fue depositada en un jarro por un ser divino: Malak Taus, el pavo real ángel. El matrimonio con miembros ajenos a la comunidad e, incluso, el simple acercamiento físico constituyen una amenaza para la pureza espiritual de los más rigoristas. Junto con yarsaníes y alevíes, los yazidíes se suscriben al llamado «culto de los ángeles», también llamado «yazdanismo» (el término «yazidí» deriva de antiguo persa *yazata*, «ángel»). Todas las denominaciones de dicha corriente creen en siete ángeles que protegen el mundo de las fuerzas oscuras. Entre ellos está Lucifer, el «pavo real ángel». Lejos de ser el «príncipe de las tinieblas», no es sino el creador del mundo material a partir de los fragmentos de una perla en la que una vez residió el «espíritu universal». A pesar de tan compleja y singular cosmogonía, los yazidíes creen en un solo dios al que llaman Juda. Diversas excavaciones arqueológicas en Mesopotamia apuntan a que dicho culto tiene más de dos mil años de antigüedad, una tesis que es corroborada por Saad Salum, profesor universitario en Bagdad y autor de varios libros sobre minorías en Irak. Conocí a Salum en Bagdad, al comienzo de 2011. Era un auténtico erudito que se reivindicaba como ateo y

que ya había vivido tres guerras antes de cumplir los cuarenta. Salum insistía en que la mayor riqueza de Irak no era su petróleo, sino su diversidad. Se le iluminaba la cara cuando hablaba de los yazidíes:

—Conservan el legado de aquellas religiones orientales, íntimamente ligadas a los cuatro elementos de la naturaleza. En realidad, nos conectan a todos con nuestras propias raíces —me dijo una vez desde su despacho con vistas sobre el Tigris.

Salum decía que su mayor desafío consistía en documentar la diversidad de Irak antes de que esta desapareciera. Y se trataba, realmente, de una carrera contrarreloj.

OTRO GENOCIDIO

La visita a Lalish era obligada, aunque costaba desprenderse de la sensación de que aquel pintoresco lugar tenía números de convertirse en un parque temático al que cualquiera ajeno al culto podría ir cada fin de semana. La atmósfera en Bashika era muy distinta, y más aún en la remota Sinyar. Llegar hasta aquel lugar en la misma frontera de Siria durante aquellas primeras coberturas en Irak pasaba por tomar carreteras-baipás que evitaran Mosul en la medida de lo posible. Mucho antes de convertirse en la capital del califato en Irak, la segunda ciudad del país había sido uno de los cuarteles generales de Al Qaeda y de otra miríada de grupos afines que luchaban contra las tropas de ocupación norteamericanas. Los periodistas tampoco éramos bienvenidos, y menos aún los occidentales. Durante siglos, las montañas de piedra de Sinyar habían sido refugio histórico del pueblo yazidí: hostigados por todos los flancos en un lugar muy estratégico en la ruta entre Estambul y Mosul, los sinyaríes se habían ganado a pulso su fama de bandoleros y contrabandistas; no eran tan devotos como los hijos de las villas gemelas, pero sí mucho más indómitos. Aún hoy, la mayoría de los hombres de Sinyar lucen sus características trenzas —no se cortan el cabello— y unos bigotes excesivamente grandes, incluso para los estándares yazidíes.

En agosto de 2007, más de quinientos yazidíes fueron masacrados en el mayor atentado en Irak desde la invasión de 2003, y fue una nueva masacre la que volvió a ponerlos en el mapa exactamente siete años más tarde. En agosto de 2014, y durante la misma campaña relámpago en la que Estado Islámico se hizo con el control de Bashika y otras aldeas limítrofes, los yihadistas demostraron que el bastión de piedra de Sinyar no era tan inexpugnable. Eso, unido al abandono de la zona por parte de las fuerzas *peshmerga* (literalmente, en kurdo, «el que enfrenta a la muerte»), dejó a la población sin opciones frente a la terrible amenaza islamista. Solo gracias a la actuación conjunta del PKK y las YPG —la milicia kurda de Siria— se

consiguió abrir un corredor por el que pudieron huir los supervivientes. Pero aquello no evitó la masacre de miles de yazidíes, y puede que el destino que les tenían reservado a las mujeres fuera aún peor. Mientras las de edad más avanzada y las menos agraciadas eran arrojadas en fosas comunes tras ser ejecutadas, el resto se repartía como un botín de guerra. Según un informe de la la Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH), muchas cautivas fueron vendidas en mercados de esclavos y en sitios web especializados a través de las aplicaciones Telegram y Signal. Uno de los grupos de reventa en línea, el llamado «gran centro comercial de Estado Islámico», tenía hasta setecientos cincuenta y cuatro miembros que podían elegir entre mujeres o niños en medio de anuncios de venta de armas o automóviles. Con el tiempo, conocimos relatos estremecedores de boca de las supervivientes, de entre las que Nadia Murad es la más conocida. Después de ser capturada en agosto de 2014 a la edad de diecinueve años, Murad fue violada y brutalmente torturada en Mosul. Pudo escapar tras un descuido de sus captores, y volvió a su aldea de Sinyar en junio de 2017, un año después de haber sido nombrada embajadora de Buena Voluntad de las Naciones Unidas. La suya ha sido una comprometida lucha por los derechos de las mujeres yazidíes que le ha servido para ser reconocida con el premio Nobel de la Paz en 2018. A la ofensiva que devolvió Sinyar a sus propietarios en noviembre de 2015 se la llamó Operación Furia de Malak Taus, en referencia a la figura sagrada de los yazidíes. No obstante, las heridas estaban lejos de cicatrizar. Cuando se escriben estas líneas, seguimos sin saber nada del paradero de las tres mil mujeres aún desaparecidas allí.

Más ángeles

Las palabras de Saad Salum sobre documentar la diversidad antes de que desaparezca han retumbado en mi cabeza cada vez que he vuelto a la zona. En el otoño de 2013 aproveché para investigar sobre los kurdos kakáis, otro culto preislámico, aunque mucho menor en número y más inaccesible que los yazidíes. En la pequeña aldea de Ali Saray, los escombros aún sin recoger de las trece casas destruidas por la violencia extremista en lo que iba de año recordaban a locales y foráneos que aquella era una de las zonas más volátiles de Irak.

—Vivimos a medio camino entre Tikrit —ciudad natal de Sadam Huseín y bastión de sus seguidores— y Arbil, la capital kurda. La zona está llena de terroristas, y nosotros somos uno de sus objetivos más fáciles —me explicó Rayab Asy Karim.

Él era el fundador, propietario y administrador de la única biblioteca de entre las doce aldeas kakáis de la región: un antiguo cobertizo de adobe en el que parecía que eran las estanterías las que sostenían la pared, y no al revés. Junto con los yazidíes, se dice que los kakáis siguen conservando la religión original de los kurdos, o al menos parte de ella. Se cree que la palabra *kakái* deriva del kurdo *kaka*, «hermano mayor». «Kakái» significa, literalmente, «hermandad», pero la confusión en torno a sus creencias es grande, ya que sus miembros tienen fama de no desvelarlas. Karim delegó semejante responsabilidad en Yasim Rashim Shawzan, otro vecino del pueblo, al que presentó como «uno de los mayores expertos en el tema».

—Nos acusan de no revelar detalles sobre nuestra fe, pero no es más que una forma de protegernos en un entorno hostil. Aquí no hay democracia ni libertad de expresión ni derechos… Vivimos en Oriente Medio, ¿sabe usted? —se explicó Shawzan. Era el primer y único juez kakái de Irak. Aquel hombre enjuto y sonriente situó los orígenes de su pueblo en las montañas kurdas de Irán. Su centro espiritual se encuentra en Kermanshah, a cuatrocientos kilómetros al suroeste de Teherán y donde, entre otros

tesoros, se conserva la única copia del Zanur, uno de los libros sagrados de los kakáis. Siglos de convivencia con los musulmanes les habían hecho adoptar tabúes como el de no comer cerdo, y también guardaban un periodo de ayuno, aunque, a diferencia del mes santo musulmán, dura tres días. Al igual que los yazidíes, los kakáis tampoco aceptan conversiones: uno nace kakái o no lo será nunca. Durante los años de Sadam, continuó el juez, les habían quitado tierras para dárselas a colonos árabes, y cientos de ellos serían asesinados por extremistas islámicos tras la invasión de 2003. Al igual que la mayoría de los que entrevisté durante aquel viaje, Shawzan se mostraba convencido de que su situación mejoraría si sus aldeas se encontraran al amparo de la región autónoma kurda de Irak, donde la seguridad era infinitamente mejor que en el resto del país, pero, para desesperación de los locales, el plebiscito se demoraba. Si bien los kurdos acabaron controlando *de facto* muchas de esas zonas, las acabarían perdiendo tras el malogrado referéndum de independencia de 2017.

Pocas semanas antes de mi visita a Ali Saray había fallecido uno de los kakáis más ilustres. Escritor e intelectual natural de aquella región, Falakadin Kakaye fue dos veces ministro de Cultura en el Ejecutivo kurdo, así como el principal responsable de las relaciones entre Arbil y Ankara antes de su muerte. Kakaye abandonaba un país que sufría niveles de violencia inéditos desde 2008, pero que desconocía por completo lo que estaba por llegar: faltaban poco más de seis meses para que EI proclamara el nacimiento del califato. Como era de esperar, los kakáis sufrieron el acoso reservado a todos los «paganos» a manos de los yihadistas, y aquella humilde biblioteca acabó ardiendo. Los kakáis dicen que el alma necesita reencarnarse mil veces antes de pasar a ser «uno con Dios». Si había en Irak algún «atajo» hacia el final de la existencia, seguro que pasaba por Ali Saray.

2

VIDAS AL CALOR DEL FUEGO ETERNO

KARLOS ZURUTUZA

Antes de que se normalizaran los vuelos directos a Arbil, solía viajar al Kurdistán iraquí por tierra desde Turquía. Una vez cruzada la frontera, la primera parada era siempre Dohuk, la tercera ciudad en importancia de la región autónoma kurda de Irak. Llegando desde el norte, uno se desviaba hacia la izquierda; por la derecha se llegaba hasta Mosul en poco más de media hora, pero muy pocos se atrevían. A Mosul no solo no se iba, sino que se construían carreteras alternativas para no tener que atravesar ni la ciudad ni su extrarradio. En 2009 se había convertido en la última plaza fuerte de la insurgencia en Irak, entre otras cosas porque la división étnica entre kurdos y árabes constituía un campo abonado para grupos baazistas y otros vinculados a Al Qaeda: todos se presentaban a sí mismos como los «defensores de los árabes de la región». Tras haber sido expulsados de la vecina región de Anbar, muchos militantes suníes llegados a Mosul optaron por camuflarse entre la población civil. A las bombas y explosiones de años atrás se les sumaban ahora acciones más selectivas, como los secuestros y los ametrallamientos desde coches en marcha. Jueces y cargos políticos,

sobre todo kurdos y chiíes, se convirtieron en los objetivos principales de una insurgencia que se resistía a aceptar el nuevo *statu quo*. Si Mosul era una especie de Chernóbil en el país, su sarcófago consistía en una compleja red de puestos de control a su alrededor que gestionaban todos los grupos armados bajo el arco legal del nuevo régimen de Bagdad: unidades *peshmerga*, milicia cristiana, Policía iraquí y tropas de Estados Unidos controlaban el tráfico rodado, por separado o de forma conjunta y en todas sus combinaciones posibles.

Situada a mitad de camino entre Diyarbakir y Bagdad, Mosul queda dividida en dos por el río Tigris, que llega desde Anatolia. Desde el comienzo de la segunda guerra del Golfo, se pasó del «la orilla oriental del Tigris —bajo control kurdo— es segura» al «no importa donde vayas porque toda la ciudad es una trampa mortal», a partir de 2006. Fue entonces cuando se dio el pistoletazo de salida a la guerra sectaria entre suníes y chiíes.

En el invierno de 2010 me dejaba hipnotizar por el majestuoso caudal del Tigris desde la sede del Partido Democrático del Kurdistán. Aquella fortaleza de hormigón a orillas del río había acogido las dependencias del Partido Baaz Árabe Socialista durante el régimen de Sadam, y a simple vista nada invitaba a pensar que esa ciudad gris en la que la gente circulaba entre alambre de espino hubiera sido conocida por la excelente calidad de su mármol, o por haber revolucionado la moda del París dieciochesco a través de su producto más emblemático: la muselina. La tensión había subido un grado más tras unas elecciones locales en 2009 en las que los árabes suníes, ganadores de los comicios, se negaron a formar Gobierno con la segunda candidatura, compuesta por kurdos, cristianos y yazidíes. Los árabes no solo no tenían la mayoría para gobernar, sino que además violaban la ley de cuotas por la que cada minoría había de contar con su representación en el Ejecutivo provincial.

—Ganaron las elecciones basando su campaña en el sentimiento antikurdo —me explicaba Jasro Goran, cabeza de lista kurdo, desde su búnker a orillas del Tigris.

Tras acceder a concederme la entrevista pocos días atrás, dos de sus

hombres me habían ido a buscar a la puerta del hotel en Dohuk en un Toyota destartalado. Mantener un perfil bajo era la mejor forma de moverse por las rutas más peligrosas; de hecho, más de una vez coincidí con un oficial norteamericano viajando en un taxi compartido como un kurdo cualquiera. Era algo que Goran no se podía permitir. Aquel licenciado en Economía y Ciencias Políticas por la Universidad de Bagdad nunca se desplazaba fuera de su fortaleza sin una guardia personal de entre veinte y veinticinco hombres. Al menos, no en Mosul. El enemigo, insistía, estaba en casa:

—La cárcel de Mosul está llena de saudíes, paquistaníes y yemeníes que dicen pertenecer a Estado Islámico, que no es sino la filial de Al Qaeda aquí —aseguraba el hombre más odiado de la ciudad más peligrosa de Irak.

Goran decía que no veía otra solución para Mosul que su división del territorio entre Arbil y Bagdad. Nunca ocurrió. Obama retiró sus tropas de Irak a finales de 2011, algo que, unido al estallido de la llamada Primavera Árabe por todo el norte de África y Oriente Medio, acabó relegando a Irak al olvido más absoluto. De hecho, me encontraba en Bagdad cuando se originaron las revueltas en Túnez y Egipto, pero decidí abandonar la plaza cuando comprendí que montaba un caballo perdedor que, además, resultaba demasiado caro. Volví en la primavera de 2013, justo cuando se cumplían diez años de la invasión del país. Otra vez a Mosul; en esta ocasión, con los árabes suníes. Para mi sorpresa, fue la propia policía local de Mosul la que me vino a buscar hasta el *checkpoint* de entrada de Arbil. Eran árabes suníes, a diferencia de los chiíes que acordonaban la ciudad.

Si la imagen de vehículos blindados y miles de soldados embozados en pasamontañas negros a la entrada a Mosul fue recurrente en el Irak pos-Sadam, en 2013 no eran tropas americanas, sino iraquíes, las que gestionaban el acceso. Mosul había pasado una década atrapada en el fuego cruzado entre islamistas, insurgentes y ocupantes, pero los cambios habían sido tan dramáticos que la capital de la región de Nínive se había convertido en el escenario de las mayores manifestaciones antigubernamentales desde 2003. Comenzaron a tomar cuerpo en diciembre de 2012, extendiéndose por todas las capitales suníes del oeste del país. Aquello alcanzó tal

magnitud que Nuri al Maliki, el primer ministro iraquí, llegó a denunciar que «agentes extranjeros» se encontraban tras las protestas. Nunca se llegaron a demostrar tales afirmaciones, pero a nadie escapaba que la guerra en la vecina Siria, con una oposición dominada por un elemento suní cada vez más rigorista, era una auténtica inyección de moral para sus hermanos al otro lado de la frontera. En Mosul se concentraban en la plaza de Ahrar. «¡Maliki a la cárcel!», «¡Irán fuera del país!», «¡Abajo el régimen!»…, gritaba la masa tras el rezo colectivo. Aquellas consignas antigubernamentales se aireaban entre banderas iraquíes que incluían la de tiempos de Sadam: la de «Dios es el más grande» escrito de su propio puño. Había llegado hasta allí gracias a Ganem Alabed, el coordinador de las protestas en Mosul. Aquel mosulí aseguraba haber recibido a partes iguales tanto amenazas como intentos de soborno desde Bagdad.

—Podríamos ser muchos más si no fuera por el estrecho cordón policial —soltó Alabed, a quien apenas podía oír entre el barullo. Con unas profundas ojeras y una voz quebrada por el tabaco y semanas de protestas, el activista me decía que pedían cosas tan básicas como agua y electricidad, o que el Gobierno dejara de hostigarlos por ser suníes. Luego volvió a unirse a la masa en un grito rítmico que iba *in crescendo*: «¡El Gobierno en Bagdad debe caer!». Al anochecer, Alabed me llevó al edificio de la gobernación de la provincia, donde esperamos a que Atil al Nuyaifi, el gobernador, llegara también de las protestas. A altas horas de la noche, la máxima autoridad política de Mosul achacaba la preocupante situación a «un régimen iraquí respaldado por Irán y los estadounidenses». La solución, decía Al Nuyaifi, era una región autónoma para los suníes similar a la de los kurdos.

Guerra eterna

Si he podido trabajar en Kurdistán y buena parte de Irak todos estos años, ha sido gracias a gente como Falah, un kurdo de Kirkuk nacido en 1975 que ha sido mucho más que un amigo desde que nos conocimos en 2010. No hay viaje al Kurdistán iraquí en el que no pase por su casa; por eso y por mucho más me hizo tanta ilusión haber podido recibirlo en la mía, en el verano de 2017. Para que un kurdo de Irak pueda viajar a Europa sin jugarse la vida en el Egeo, tienen que alinearse los planetas. Aquella inesperada visita me reafirmó en la idea de que los milagros existen. Años antes de eso, Falah me contó una de esas historias que uno solo escucha en lugares como Kirkuk. Siendo él un crío, un hilo de petróleo empezó a brotar del patio de su casa hasta formar un charco de fango negro a la entrada. Su padre lo limpió apresuradamente y les pidió a los hijos que no se lo contaran a nadie. La discreción no obedecía a un afán de lucro repentino, sino más bien todo lo contrario.

—Si el Gobierno se hubiera llegado a enterar, nos habrían desahuciado y trasladado a otro barrio. Era mejor así —resolvió Falah señalando el lugar exacto, que ya marcaba un parche extra de cemento.

Se trataba de una anécdota curiosa, pero que ilustraba el drama de miles de familias locales a las que la inmensa riqueza literalmente bajo sus pies acabó echando de sus casas. En los setenta y los ochenta, Sadam Huseín ofrecía diez mil dinares y un terreno para construir su casa en Kirkuk a familias árabes del sur del país. A aquellos desplazados, voluntarios o forzosos, se los llamó «árabes diez mil», pero, como ocurre con los colonos en todo el mundo, acomodarlos pasaba por echar a los locales.

Nada más cruzar el *checkpoint* de la carretera que llega desde Arbil, fue una impresionante columna de fuego la que nos indicó que ya estábamos en Kirkuk. Los expertos dicen que lleva ardiendo más de cuatro mil años, siempre alimentada por el gas natural que se filtra a través de esta tierra reseca. A pesar del terrible hedor a huevos podridos, Baba Gurgur, «padre

del fuego», fue durante siglos el lugar preferido por los pastores kurdos para calentar sus rebaños en invierno. Hoy, numerosas señales avisan del peligro de intoxicación por el sulfato de hidrógeno, pero todavía hay mujeres que se acercan para pedirle un hijo varón al fuego eterno. Se trata de una costumbre que se remonta al pasado zoroástrico de los kurdos. El potencial de Baba Gurgur tampoco pasó desapercibido a los británicos y, en 1927, la North Oil Company empezó a explotar el yacimiento: se derribaron los barrios que se interponían entre el negro del subsuelo y el azul del cielo, y se construyeron otros para que los trabajadores pudieran estar lo más cerca posible de las llamas. Tras cambiar su fisonomía, la sureña ciudad kurda competía con Texas, Bakú o la región del golfo Pérsico.

Bien entrado el siglo XXI, Kirkuk era otra de las localidades encalladas en el «limbo» legal entre kurdos y árabes. Mientras Arbil movía ficha desplazando a sus *peshmerga* al norte y este de Kirkuk, Bagdad hacía lo propio apuntalando el suroeste con la Unidad Tigris, un contingente militar formado exclusivamente por árabes chiíes que acabaría teniendo réplicas por todo el oeste suní. Si bien las protestas en Kirkuk eran mucho más modestas, dado lo heterogéneo de su población, ello no impidió que su coordinador local fuera asesinado a tiros frente a su casa pocos días atrás.

—Es nuestro primer mártir en esta nueva etapa de revueltas —lamentaba Ahmed al Ubeidi, miembro de la misma tribu que el asesinado y portavoz del Proyecto Común Árabe, una coalición política que englobaba a veinticuatro organizaciones árabes de Kirkuk y cuyo cuartel general estaba en un barrio de mayoría árabe, al suroeste de la ciudad.

Al Ubeidi y los suyos pedían que Kirkuk fuera una especie de «región-colchón» gobernada a través de cuotas de representación para minorías en el Gobierno local: un 3,2 por ciento para los árabes, kurdos y turcomanos, y un 0,4 por ciento para los cristianos. Lo que no imaginaban entonces Al Ubeidi y el resto era que el verdadero problema no era ya el estatus de Kirkuk, sino lo que se estaba gestando en el oeste suní. Además de a sus representantes políticos, pude entrevistar a otros suníes de la zona. Tras ofrecerme un vaso de *whisky*, un gesto con el que se desmarcaba de toda visión rigorista del islam, un jeque árabe me dijo que llevaba dos meses sin

salir de su casa-fortaleza, protegida por un grupo de hombres armados. Los no árabes lo vinculaban a Estado Islámico y los yihadistas lo habían amenazado de muerte por no sumarse a su causa. Fueron los propios árabes suníes, y no chiíes ni kurdos, los que más víctimas contaron a la sombra de la bandera negra del califato.

Para visitar aquellas zonas no kurdas de Kirkuk, Falah había dispuesto un coche blindado por recomendación de un amigo íntimo que era jefe de Policía. A mí aquello me parecía excesivo, además de una manera de llamar la atención y, por ende, aumentar el riesgo de atentados. Quedarse atascado en el tráfico dentro de aquel BMW que pesaba cinco veces más que uno normal de su clase era algo que me ponía nervioso. Pero Falah siempre insistía, así que no había discusión posible. También lo utilizamos al día siguiente para ir al barrio de Tarik Bagdad, donde centenares de banderas de color azul turquesa en farolas y balcones desafían al hegemónico gris de Kirkuk para recordar al mundo que los turcomanos son mayoría allí. En Kirkuk son decenas de miles los descendientes de aquellos comerciantes otomanos diseminados a lo largo de la Ruta de la Seda. Su número en el Irak pos-Sadam se calcula en torno al medio millón, y el último censo realizado en Kirkuk por los ingleses en 1957 los situaba como el segundo grupo étnico de la ciudad tras los kurdos. Arshad al Salihi, líder del Frente Turcomano Iraquí —la principal coalición de esta minoría— y único parlamentario en Bagdad de este pueblo, nos recibió en su casa amurallada. Todas las de los notables en Kirkuk lo estaban. Antes de comenzar la entrevista y justo después del ritual del té, Salihi ordenó a su ayudante imprimir un mapa de Irak: con un bolígrafo verde, sombreó una línea que iba desde la frontera noroccidental, justo donde Irak toca con Siria y Turquía, hasta un punto en la frontera de Irán a la altura de Bagdad.

—Tal Afar, Mosul, Arbil, Kirkuk… Estamos aquí desde hace más de mil años —dijo con un gesto confiado, pero que también transmitía cierta inquietud—. Los turcomanos hemos sufrido tanto las campañas de arabización de Sadam como las de kurdificación, en manos de Arbil. Los habitantes de la ciudadela de Kirkuk siempre han sido turcomanos, mientras que los kurdos llegaron de las aldeas circundantes —sentenció Salihi,

elevando la voz sobre la del noticiario turco del televisor de plasma a su espalda. Si bien Turquía era «un modelo democrático para todo Oriente Medio», para el líder local, su propuesta para Kirkuk nada tenía que ver con el modelo de Estado centralista del vecino del norte—. Kirkuk, Bagdad, Ramadi… Todos estos distritos deberían funcionar como pequeños Estados dentro de un Irak descentralizado. Es la fórmula que más se ajusta a la compleja diversidad del país —acotó, antes de posar para una foto junto a un lobo de yeso a tamaño real, símbolo de los ultranacionalistas turcos. Como cualquier otra minoría iraquí, los turcomanos habían tenido una dosis extra de sufrimiento: no eran ni árabes ni kurdos, y el hecho de que algunos de ellos fueran suníes y otros chiíes tampoco les granjeaba simpatías de ninguno de los dos bloques. Pero aún había gente que lo pasaba peor. Tras la literalmente diezmada comunidad mandea de Irak —nueve de cada diez han muerto o huido desde 2003—, la cristiana había sido la más golpeada desde 2003. No hizo falta el BMW para llegar hasta las oficinas del Movimiento Democrático Asirio en Kirkuk. Desde su despacho, Imad Yohana Yago, diputado en Bagdad, lamentaba el «genocidio a manos de islamistas y la huida en masa» de su pueblo. Preguntado por la particular pero aún por definir idiosincrasia de Kirkuk, Yago se mostró más conciliador:

—No veo la necesidad de dividir el país ni de poner barreras entre nosotros. Podemos vivir juntos como lo hemos hecho durante siglos —apuntó el diputado, que se atrevía a soñar con un proyecto a la medida de su menguante comunidad. Tras un brutal atentado suicida que se cobró la vida de cincuenta cristianos en Bagdad en octubre de 2010, estos empezaron a reclamar una región autónoma en las llanuras de la provincia de Nínive, peligrosamente cerca de Mosul. Se trataba del lugar en el que la Biblia sitúa el jardín del Edén, pero se había convertido en un campo de batalla para kurdos y árabes.

Yago añadió que aquel «Edén» de los cristianos funcionaría también como «una zona de amortiguación entre unos y otros», aunque, muy probablemente, ni él mismo llegara a creérselo.

—Tenemos miedo. Y no solo los cristianos, sino todos los iraquíes —

confesó nada más terminar la entrevista.

Tras aquella cobertura hecha con la excusa del décimo aniversario de la invasión del país, las comunidades de ese Irak a escala que fue siempre Kirkuk coincidían únicamente en una cosa: la guerra era inevitable.

3

GUERRA DE TRINCHERAS

KARLOS ZURUTUZA

En junio de 2014, la irrupción de Estado Islámico en Mosul fue tan fulgurante que a mi vuelta a la zona no me atrevía ni a preguntar por la gente que había conocido allí pocos meses atrás. Había mantenido el contacto con Alabed, el coordinador de las protestas, por lo que, más o menos, tenía localizados a la mayoría. Tras huir de Mosul, Alabed trabajaba en un canal de televisión local de Arbil gracias a la mediación de su hermano. Por su parte, Al Nuyaifi, el gobernador provincial de Mosul, lo era ahora del «Gobierno en el exilio». Había instalado su cuartel general en una villa de un barrio residencial a las afueras de la capital kurda; allí tenía ahora su despacho, e incluso un estudio de televisión en el que trabajaba un grupo de periodistas, todos mosulíes. Como la mayoría, habían abandonado su ciudad de forma precipitada, pero aún pudieron llevarse una cámara y una antena parabólica, gracias a las que ofrecían noticias a las nueve de la noche y programas en directo los martes, jueves y sábados. Mustakbal Ninwa, El Futuro de Nínive, era el nombre del canal, que, en palabras de su director, luchaba por mantener viva la llama de la esperanza de los que se

habían ido, pero también de los que seguían dentro, hasta recuperar la ciudad de manos de Estado Islámico. Todavía faltaban dos años para que el ejército iraquí, con cobertura aérea de la Coalición Internacional contra el Estado Islámico de Irak y el Levante, expulsara a los yihadistas de la ciudad o, más bien, de sus ruinas. Hasta entonces, el fantasma de EI se seguiría extendiendo por prácticamente todo el oeste del país, y los kurdos tampoco se libraban. En Kirkuk habían cavado un «cortafuegos» a base de zanjas y puestos de control ante un enemigo que se encontraba a las puertas, pero que, sin llegar siquiera a pisar el umbral, ya alteraba la difícil convivencia de sus comunidades. Como ocurrió en Mosul, el ejército iraquí también había huido en desbandada, lo que posibilitó el despliegue *peshmerga* por todo el perímetro. Literalmente de la noche a la mañana, los kurdos se hicieron con el control total de la ciudad, incluidos algunos pozos petrolíferos que hasta entonces había explotado Bagdad.

En octubre de 2015, los muros del acuartelamiento de la Duodécima División de Infantería iraquí todavía mostraban unos murales en los que soldados iraquíes saludaban a la bandera o sonreían mientras cogían a niños en brazos. Pero aquellos eran sus antiguos ocupantes; los nuevos se agrupaban en un combinado kurdo formado por unidades *peshmerga* y guerrilleros del PKK que ocupaban los barracones. Hechas las presentaciones, el *heval* Rebar, guerrillero, se ofreció a acompañarme en dirección sur, siempre a lo largo de un muro de tierra levantado a nuestra derecha. Las excavadoras trabajaban sin descanso marcando los límites de un lugar en el que se encadenaban puestos de combate y aldeas recuperadas a los yihadistas. Tras los ataques aéreos de la Coalición, la mayoría de estas últimas no eran más que un montón de escombros. El Pentágono decía que había llevado a cabo más de seis mil quinientos ataques aéreos contra los yihadistas en menos de un año. Cada mil metros, un promontorio de tierra de unos quince metros se elevaba sobre el muro. Desde el búnker del primero, el coronel *peshmerga* Yamal Masim Yafar hacía un repaso de la situación.

—Los combates son constantes y la situación empeora por las noches —decía aquel kurdo de Kirkuk.

Sus profundas ojeras confirmaban que no mentía. No era tanto el fuego de francotirador como el de «esos proyectiles caseros fabricados con bombonas de gas». Hacía menos de una hora que había caído el último. A pesar de las dificultades, el oficial se congratulaba de la colaboración entre tropas *peshmerga* y el PKK.

—El Dáesh es el enemigo no solo de los kurdos, sino de toda la humanidad, ¿sabe usted? —dijo Yafar, buscando la aprobación de sus compañeros de armas. Sentado a su derecha, el *heval* Rebar asintió.

Tras la obligada taza de té, Yafar nos invitó a subir al promontorio, desde el que oteamos el frente entre sacos terreros. Lo que se veía entre la polvareda a menos de un kilómetro era Al Nur, una de los centenares de localidades levantadas por Sadam Huseín para acoger a los colonos árabes en tierra kurda, ahora bajo control de EI. Aquello era un tira y afloja demencial: los kurdos avanzaban con el respaldo de la Coalición para quedar atrapados en las aldeas que el enemigo había convertido en un campo de minas. Entretanto, Estado Islámico saboteaba infraestructuras petrolíferas mientras conquistaba posiciones más al norte o más al sur. La guerra de trincheras en Mesopotamia había entrado así en su segundo año. Yafar reconocía que los avances de su contingente solo eran posibles gracias a la ayuda internacional, tanto en suministros como en cobertura aérea. Las furgonetas artilladas desplegadas en el promontorio eran una prueba de ello.

—Acabamos de instalar las ametralladoras en las traseras de los vehículos; son francesas y han llegado hace poco. También estamos recibiendo gafas de visión nocturna, imprescindibles en este entorno, y misiles teledirigidos Milan que nos envían desde Alemania. Respecto a la cobertura aérea, nos la dan siempre que la pedimos —dijo el oficial, que ya había pasado siete años con las tropas norteamericanas en Irak.

Combate urbano

Conduciendo hacia el sur con el muro siempre a nuestra derecha, llegamos a Naufal, una aldea árabe en la que el PKK mantenía una de sus posiciones. Desde la casa que se había convertido en cuartel general de la guerrilla, el *heval* Selim enseñaba músculo militar, aunque prefería no desvelar el número de guerrilleros desplegados en este frente.

—Tenemos los suficientes para luchar contra el Dáesh —zanjó con una sonrisa bajo un bigote demasiado ralo para los estándares.

Desde el promontorio protegido por sacos terreros a pocos metros de allí, dos kurdas casi adolescentes oteaban la localidad de Wastaniya con la ayuda de unos prismáticos. El último ataque de la Coalición se había saldado con la muerte de veinte yihadistas, entre los que se encontraban ocho chechenos. Si a este lado de la trinchera había kurdos llegados de los cuatro países que los dividen, el enemigo era muchísimo más internacional en el opuesto, donde se juntaban combatientes llegados desde Marruecos hasta Indonesia, pasando por Europa. El armamento del PKK era mucho más discreto que el de los *peshmerga*: apenas un puñado de fusiles de asalto, alguno de largo alcance y un par de ametralladoras pesadas apuntando al horizonte. La guerrilla no parece beneficiarse del apoyo exterior del mismo modo que lo hacen sus colegas de trinchera, pero tampoco se habían olvidado de ellos. El *heval* Aso aseguraba que habían recibido un curso de combate urbano de dos meses de la mano de dos instructores italianos.

—Aprendí muchísimas cosas que no me habían enseñado durante mi instrucción en Kandil. Eran muy profesionales y nunca nos dejaron hacerles una foto ni nos dijeron a qué compañía pertenecían —recordaba aquel chaval de Tuz Jormato, una localidad cercana en la que la mayoría turcomana había cercado su propio barrio con bloques de hormigón.

Lo que hacía particularmente interesante aquella posición de combate era la aldea árabe de cincuenta familias a las que el muro de tierra les había

robado el atardecer. La mayoría en Naufal, a pesar de haber permanecido bajo control de Estado Islámico durante siete meses, no había abandonado sus casas. A petición del mando del PKK allí acuartelado, varios lugareños accedieron a hablar conmigo en una casa próxima a la que ocupaba la guerrilla. A primera vista, la relación entre civiles y combatientes parecía cordial: se intercambiaban sonrisas y apretones de manos, y los guerrilleros incluso se atrevían con unas palabras en árabe para romper el hielo. Arkan Bader Alí, nuestro anfitrión, daba la bienvenida a sus invitados con café árabe. Se toma de un trago y en una misma taza —poco más grande que un dedal—, que va cambiando de manos entre los agasajados. El ruido de los disparos a pocos metros de allí, unido al de munición más pesada, apenas arrancaba un leve gesto entre los congregados: todos parecían más que acostumbrados a la siniestra banda sonora. Pero el desafío era constante. Bader Alí lamentaba que sus tierras, como las de la mayoría en Naufal, hubieran quedado en la «tierra de nadie» entre los kurdos y EI. Sus vacas y ovejas se las apañaban al este del pueblo, pero el pasto, de por sí escaso en aquel erial, era ya casi inexistente. Enfundado en la tradicional *dishdasha* —camisa holgada hasta los pies—, como el resto de los lugareños, Yuma Huseín decía que los siete meses durante los que permanecieron bajo control de los yihadistas no habían alterado la vida del pueblo de forma significativa:

—Cuando llegaron aquí, anunciaron por los altavoces de la mezquita que la revolución había triunfado y que nos habían liberado de los infieles, pero no sufrimos amenazas de ningún tipo —contó el campesino. Los que se habían ido, matizó, lo hicieron por falta de trabajo o recursos, pero no por la guerra.

Mohamed al Ubaid asintió para añadir que Estado Islámico había matado a gente en Al Nur, al otro lado del muro, por haber sido miembros de los Consejos del Despertar, una milicia iraquí que luchó contra Al Qaeda con ayuda estadounidense, pero que en Naufal los dejaron en paz. El lugareño también recordó que dos jóvenes de la localidad se habían unido al Dáesh «desde el principio».

—¿No teníais miedo? ¿Por qué no huisteis cuando veíais que se

acercaban? —preguntó un guerrillero kurdo de Kobanî con curiosidad genuina.

—Ocurrió de la noche a la mañana. Para cuando nos dimos cuenta, la aldea ya había cambiado de manos —aclaró Al Ubaid.

Los guerrilleros ocultaban su incredulidad mirando al suelo, y alguno ni siquiera se molestó en disimularla. Era una de esas situaciones tensas en las que hay que tomar cada testimonio con pinzas. Resultaba evidente que combatientes y civiles recelaban los unos de los otros, y que estos últimos no hablarían con total libertad en presencia de los nuevos ocupantes de su aldea. A pesar de que el sentimiento de coacción era evidente, ninguno de los árabes soltó el alegato encendido contra Estado Islámico que todos esperaban oír, incluido yo mismo. Quizás fuera porque, a diferencia de lo que ocurre en los grandes núcleos urbanos, como Al Raqa o Mosul, la vida de la gente que vivía de rebaños escuálidos y dormía en casas de adobe tampoco se veía alterada de forma sustancial.

Tras una despedida tan forzadamente cordial como el resto de la reunión, un combatiente llegado desde las montañas de Irán apuntó a la profunda zanja que rodeaba su improvisado cuartel general en Naufal.

—La hemos cavado porque no nos fiamos de esta gente —reconoció el guerrillero justo antes de despedirse para volver a su guardia en el muro.

Éxodo

Aun dejando atrás las trincheras, la guerra seguía presente en cada segundo que uno pasaba en Kurdistán. Edificios todavía sin terminar se convertían en lo más parecido a un hogar para miles de familias llegadas de Mosul y del resto de las zonas que quedaban en la falla entre kurdos y árabes. Era una nueva oleada, como la que llegó tras la invasión en 2003 de Irak y, sobre todo, la provocada por el conflicto sectario detonado en 2006. Kurdistán había sido siempre refugio para todos, pero el éxodo masivo desde Turquía a Grecia, en el verano de 2015, también se nutriría de muchos kurdos de Irak. Un desplazamiento en un taxi compartido era siempre el mejor termómetro de la situación. Me subí a uno en Arbil para viajar a Dohuk y, desde ahí, cruzar a Siria. Lo normal es que viajen cuatro pasajeros, aunque aquella vez iba solo con Abdalá, un bagdadí. Poca gente viaja a la hora de comer. Hawkar, el conductor, hacía las labores de traductor de Abdalá ya en el *checkpoint* a la salida de la capital kurda. Los *peshmerga* más jóvenes no dominan el árabe y suelen desconfiar de cualquiera que venga de una parte del país que se les antoja un planeta lejano a los del norte.

—Vengo a trabajar, no a robar, ni siquiera a quedarme. ¿Qué miedo pueden tener los kurdos de un viajante de electrodomésticos? —se quejaba el árabe tras las primeras complicaciones con los uniformados.

Como era de suponer, la escena se repitió en el siguiente retén, el de Kalak, aunque allí el ambiente siempre era más tenso, ya que el desvío hacia la izquierda lleva directamente a Mosul. Tras veinte minutos de espera en el arcén, seguimos nuestro camino; hacia la derecha, por supuesto. Llevábamos casi una hora para hacer treinta kilómetros, pero finalmente avanzábamos. Además, el chófer parecía un hombre extremadamente paciente.

—Bagdad está cada día peor. Ya no se trata de chiíes contra suníes, sino más bien de todos contra todos —contó el tratante, refiriéndose al enésimo

capítulo en el historial de violencia de Irak: los enfrentamientos entre el ejército y las milicias afines al recientemente depuesto primer ministro, Nuri al Maliki.

Sin quitar la vista de la carretera, Hawkar escuchaba el relato de Abdalá mientras chasqueaba la lengua contra el paladar. Era su forma de transmitirle su solidaridad.

—¿No nos puedes llevar contigo a Europa? —bromeó, aunque sin descartar del todo la posibilidad de que el extranjero obrara un milagro que llegara en forma de visado. Siempre era así—. No es difícil —continuó el chófer—. Hoy por la mañana he visto que entrevistaban a varios kurdos de Irak que acababan de llegar a Alemania.

Rudaw, el principal canal de televisión del Kurdistán iraquí, llevaba semanas abriendo sus informativos con imágenes de compatriotas confortablemente instalados en albergues alemanes, todos recién duchados e inmensamente aliviados tras una travesía épica. Aquel era el tema estrella de conversación en bazares y centros comerciales, casas de té y barberías. El segundo puesto lo ocupaba Estado Islámico.

El chófer y yo ya sabíamos que el Rubicón en el camino del bagdadí iba a ser el retén de Badre, una localidad que da acceso al macizo de piedra sobre el que descansa Dohuk. Precisamente, de Badre lo habían prevenido en Arbil antes de subirse al taxi, pero Abdalá pensó que no sería para tanto. A menos de un kilómetro del puesto, paramos para recoger a un hombre de unos treinta años que caminaba por el arcén con una enorme mochila al hombro. Se llamaba Ahmed, era kurdo, de Siria, y también iba a Dohuk. Estaba exhausto y enfadado. Decía que se había pasado todo el día intentado llegar hasta Dohuk, pero que lo retenían en todos los *checkpoints* por su pasaporte sirio.

—Soy kurdo, hablo su misma lengua. No tienen derecho a tratarme como a un perro —dijo Ahmed, que reventó a sudar nada más entrar en el taxi.

Poco después llegábamos al puesto de control de Badre. La reacción del guardia fue la esperada:

—Paren el coche en el arcén.

Desfilamos los cuatro hacia un barracón de uralita en el que Hawkar exhibió su mejor sonrisa para presentarnos al oficial al mando.

—Somos un kurdo de Irak, otro de Siria y un árabe de Bagdad, y vamos todos a Europa, a casa del español —bromeó el conductor. Sonaba como un chiste, pero no lo era.

—El árabe no puede pasar sin la autorización de Dohuk —explicó el oficial.

Tras la traducción al árabe de Hawkar, Abdalá desplegó con un gesto totalmente mecanizado toda la documentación que había presentado mil veces durante el trayecto: el pasaporte, el billete del vuelo de Bagdad a Arbil con fecha del día anterior, la acreditación de su empresa y la fotocopia del documento del Ministerio de Empleo iraquí que certificaba su profesión. No era suficiente. Desesperado, el bagdadí decidió blandir su catálogo para disipar sospechas: batidoras, licuadoras y otros pequeños e inofensivos electrodomésticos iraníes, «tan baratos como los chinos, pero mucho más fiables». Fue inútil.

—Dile que lo siento, que no puedo dejar pasar a un árabe sin la autorización de la Policía de Dohuk —le dijo el *peshmerga* al conductor.

—Soy chií —respondió Abdalá, esta vez sin esperar la traducción de Hawkar—. El Dáesh me mataría si me pusiera las manos encima. ¿De qué tienen miedo? —Pero seguía siendo inútil.

Nos despedimos de Abdalá en el arcén. Ahora era el kurdo de Rojava el que chasqueaba la lengua mientras lo miraba por el retrovisor. Luego explicó su historia. Había llegado a Arbil desde Siria hacía cinco meses. Durante ese tiempo, había servido té, hecho camas, levantado muros… Incluso llegó a cantar en dos bodas, pero no era lo suficientemente bueno. El trabajo empezó a escasear justo cuando dejaron de llegar los sueldos de Bagdad a Arbil por el histórico contencioso sobre el petróleo entre ambas capitales. Los kurdos, basándose en su población, exigían el diecisiete por ciento del presupuesto anual iraquí; por su parte, Bagdad se negaba a dárselo íntegro bajo el argumento de que estaban vendiendo su petróleo por su cuenta sin que las arcas del Estado vieran un dinar de aquellas transacciones. La consecuencia más directa de aquello era que policías,

profesores y médicos, así como el resto de la Administración kurda, se quedaban sin cobrar. Acuciados por la necesidad, muchos kurdos de Irak habían desplazado de sus trabajos a sus hermanos de Siria, de igual manera que estos hicieron con los yazidíes huidos de Mosul, o Sinyar, a su llegada de Rojava. Sin ir más lejos, Hawkar conducía el taxi desde hacía solo tres meses. Antes era policía en Dohuk.

Ahmed se despidió desde el arcén, camino del campo de refugiados de Domiz, el primero en levantarse para los refugiados sirios en el Kurdistán de Irak. Su hermano lo esperaba allí para volver juntos a Dirbêsiyê, su aldea natal.

—¿Estás seguro de que no me puedes llevar contigo a Europa? —volvió a bromear el taxista antes de despedirse de su último pasajero.

4

LA ANTESALA DE OTRO DESASTRE

KARLOS ZURUTUZA

La somnolienta Arbil se había transformado desde la irrupción de Estado Islámico. En el otoño de 2016, nada más ponerse en marcha la ofensiva para recuperar Mosul de manos de los yihadistas, la capital de los kurdos de Irak se desperezaba a diario bajo el martilleo constante de los helicópteros: Black Hawk, Apaches, Chinook… Y siempre volando de dos en dos, como en Kabul o Bagdad. El denso tráfico aéreo maravillaba a los locales en el bazar a la vera de la milenaria ciudadela, y aún quedaba tiempo de ofrecer té a los extranjeros que deambulaban entre afanosos limpiabotas y puestos de dulces kurdos y quincalla china. La ofensiva en curso había arrastrado hasta allí a la recua habitual de mercenarios, periodistas o simples turistas de guerra. Resultaba difícil saber quién era quién porque casi todos lucían fular bajo la barba y pantalones tácticos. Yo acababa de llegar de Libia con una conexión desde Misurata vía Estambul, y quería ponerme al día lo antes posible. Llamé a mi amigo Yewan, un kurdo al que había conocido en Siria cuatro años atrás y que trabajaba ahora para la BBC. Yewan cubría el asalto «empotrado» con una unidad de élite del Ejército iraquí. Durante las tres

semanas que había pasado en el frente, decía que había visto de todo, incluso gente corriendo bajo tierra.

—Había túneles, kilómetros de túneles. Los soldados con los que viajábamos encontraron uno de los agujeros, por el que introdujeron docenas de neumáticos y les prendieron fuego antes de taparlo de nuevo —me contaba Yewan mientras me enseñaba en su portátil las imágenes de aquel humo negro que brotaba de la tierra.

Aguzando el oído, se podían escuchar los gritos de aquellos cuyos cadáveres encontrarían carbonizados poco después. Las localidades a las afueras de Mosul, como Bashika o Bartela, cayeron rápido, y el avance del contingente iraquí hasta la orilla oriental del Tigris parecía corroborar la tesis de que aquello acabaría pronto. Pero no fue más que un espejismo. Con los yihadistas atrincherados en la ciudad vieja de Mosul, donde miles de civiles eran usados como «escudos humanos», la batalla por la capital del califato en Irak se convirtió en un agónico casa por casa que duraría aún varios meses. Como ya lo imaginaba, Mosul se había transformado en otro «parque temático» para periodistas, muchos de los cuales ni siquiera habían pisado Arbil antes. No era el caso de Eddy van Wessel, un reconocido fotógrafo de guerra holandés con quien había coincidido varias veces antes en Irak, pero ni siquiera él se podía costear los seiscientos dólares diarios que estaban pidiendo los *fixers* para trabajar en el frente.

—Si sigo aquí es porque un canal de televisión holandés quiere hacer un documental sobre periodismo de conflicto y me han pedido que haga de hilo conductor. Sin ellos, mi *fixer* estaría ganando más que yo —decía Eddy, quien entró en Mosul por primera vez durante la ocupación de 2003 y fue uno de los pocos en cubrir las manifestaciones de 2013.

Las tarifas resultaban totalmente inasumibles para un *freelance*, por lo que muchos optaron por compartir gastos y hacinarse en el mismo vehículo para sacar las mismas fotos una vez en el frente. Luego se quejaban de que no las «colocaban», pero siempre había dinero para unos tragos en Ainkawa, el barrio cristiano de Arbil. Aquello era el circo de la guerra en todo su esplendor; el paraíso para *voyeurs* del desastre o presuntos periodistas en busca de un selfi con el que inflar su ego en las redes. Hay

demasiado de eso en este gremio. Por supuesto, llamé también a Ganem Alabed, mi amigo de Mosul, que, como casi todos los que conocí durante aquellas protestas de 2013, seguía en Arbil a la espera de volver finalmente a casa. Ganem había fichado por la CNN en calidad de asesor, y me aguardaba en el hotel de lujo donde se habían instalado los americanos. Ríos de té y café lubricaban la maquinaria de prensa en una *suite* en el piso 16 reconvertida en una auténtica sala de operaciones. Los cuadros de la habitación habían sido sustituidos por mapas de Mosul en los que se actualizaban los progresos de la ofensiva, y no había mejores vistas para una conexión en directo que las de su terraza. Por supuesto, también contaban con equipos en el frente, y, además de contrastar informaciones gracias a una extensa red de contactos, Ganem podía incluso conseguir vídeos exclusivos del centro de Mosul desde aquella misma habitación.

—Me basta con llamar a mi hermano. Sigue dentro junto con mi madre —me dijo poco antes de pedir permiso a sus jefes para llevarme a comer.

Lo que escucharía de su boca en aquel restaurante al oeste de la ciudad no podía ser más premonitorio:

—Cuando la ofensiva acabe, se reavivará el conflicto entre iraquíes, y no solo entre chiíes y suníes, sino también entre chiíes y chiíes, y entre los propios kurdos. Será cosa de todos contra todos —me dijo el mosulí.

Aquellos enfrentamientos intestinos a los que apuntaba eran ya corroborados, al menos en el caso de los kurdos, por las manifestaciones en Suleimaniya. Profesores y otros funcionarios de la segunda ciudad kurdoiraquí llevaban semanas protestando por el retraso de meses en el cobro de sus salarios, un agravio que achacaban a la corrupción en el Gobierno de Arbil. Desde Suleimaniya, mi amigo Falah lamentaba que Mosul acaparara toda la atención mediática.

—La lucha contra Estado Islámico es una prioridad, pero vivimos un momento en el que la división interna entre los kurdos de Irak nos retrotrae al clima prebélico de los noventa, cuando luchamos entre nosotros. ¿Cómo es posible que apenas nadie esté hablando de ello? —decía Falah.

Casi en noviembre, sus dos hijos no habían comenzado aún el curso escolar por la huelga que mantenían los profesores. No fue hasta el 9 de

julio de 2017 cuando el primer ministro iraquí viajó personalmente hasta Mosul para anunciar la victoria. Si bien los combates se prolongaron durante dos semanas más en la ciudad vieja en forma de escaramuzas, la mayor parte de la prensa había abandonado ya la zona. Nadie, ni siquiera los propios kurdos de Irak, podían imaginar que estaban en vísperas de uno de los momentos más trágicos de su historia reciente.

5

EL REFERÉNDUM DE INDEPENDENCIA Y LAS GARRAS DE BAGDAD

DAVID MESEGUER

En el barrio de Saladino en Suleimaniya, todo el mundo sabía dónde estaba la casa de Hayi Abdullah. Su historia personal era de sobra conocida entre un vecindario que se refería a él con admiración y respeto. A pesar del bochorno y de su delicado estado de salud, Hayi nos esperaba sentado en el portal de su vivienda, cobijado bajo la sombra que proyectaba un gran generador de electricidad. Yan, uno de mis *fixers* de confianza en el Kurdistán iraquí y originario de Afrín, estaba incluso más emocionado que yo por la entrevista que estábamos a punto de realizar.

—Viví en la República de Mahabad y ahora sueño de nuevo con un Kurdistán independiente —dijo aquel anciano de ochenta y nueve años oriundo de Suleimaniya a menos de cuatro días del referéndum de independencia que iba a celebrarse en la región autónoma kurda de Irak.

Su frágil estado físico contrastaba con la clarividencia con la que recordaba el momento en el que los kurdos gozaron por primera y única vez

de una suerte de Estado propio.

—Tenía dieciséis años y estaba haciendo el servicio militar en Bagdad. Tres amigos y yo nos enteramos de lo que estaba sucediendo en Mahabad, y no dudamos en ir hacia allá —rememoraba aquel señor, descendiente de una estirpe dedicada al comercio de tabaco.

Para contextualizar las palabras de Abdullah, había que retroceder hasta agosto de 1941, cuando, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, fuerzas soviéticas y británicas invadieron Irán. El objetivo de aquella ocupación fue controlar los yacimientos de petróleo iraníes y asegurar el suministro para las tropas de Stalin que luchaban contra los nazis en el frente oriental. Los ocupantes obligaron al sah Reza Pahlaví, a quien acusaban de ser colaboracionista de la Alemania nazi, a abdicar en favor de su hijo y a tener que exiliarse.

La parte norte de Irán quedó bajó la ocupación militar de Moscú, a pesar de que la Administración iraní prosiguió con su actividad en la región. El nacionalismo kurdo, que desde hacía décadas venía desempeñando una intensa actividad política y armada, aprovechó aquella situación de inestabilidad en el Kurdistán iraní para hacerse con el control de la ciudad de Mahabad y los territorios colindantes.

Si bien el Ejército Rojo no mantenía efectivos en Mahabad, la URSS favoreció que la Administración kurda, dirigida por Qazî Mohamed, gobernara la región de forma efectiva durante casi cinco años, manteniendo alejadas a las tropas iraníes. Un lustro de autogobierno que en su último año, el 22 de enero de 1946, vivió uno de los momentos más importantes en la reciente historia del pueblo kurdo: la proclamación oficial de la República de Mahabad.

Aunque fue durante un periodo muy fugaz, los kurdos demostraron que eran capaces de llevar las riendas de un Estado propio. Mahabad funcionó casi como un laboratorio, en el que los kurdos pudieron testar algunos de los puntos clave de su ideario. La lucha por una sociedad igualitaria, el ensalzamiento de la cultura kurda, el empoderamiento de la mujer o la enseñanza del kurdo son políticas plenamente vigentes que ya se implementaron en aquella república independiente.

—En Mahabad todo el mundo estaba contento. Era el paraíso, nadie quería que aquello acabara —recordaba Hayi Abdullah, a quien le asignaron la tarea de enseñar kurdo en una escuela.

Mientras aquel anciano rememoraba ciertos pasajes desde un gran sofá aterciopelado situado en el salón, a mi *fixer* Yan le brillaban los ojos, pues era consciente del valor histórico de aquel testimonio. Además, su juventud también había estado marcada por la enseñanza de su lengua autóctona.

Licenciado en Filología Inglesa, Yan había llegado hacía una década al Kurdistán iraquí, huyendo de la represión del régimen sirio. Las clases de kurdo clandestinas que impartía a sus compañeros estudiantes en la Universidad de Alepo y su militancia política fueron motivos más que suficientes para hacer saltar las alarmas de la mujabarat siria, los servicios secretos. Ante la disyuntiva de cárcel o exilio, aquel joven de la región de Afrín optó por esta segunda opción y se instaló en Suleimaniya, adonde llegó a través de Turquía.

La escalada de la tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial provocó que Moscú se retirara finalmente de las zonas que ocupaba en Irán y dejara a los kurdos de Mahabad abandonados a su suerte. Desprovistos de un Ejército potente, y a pesar de que líderes tribales del sur como Mustafá Barzani fueron con sus hombres a defender la República, los kurdos acabaron sucumbiendo ante la superioridad militar iraní. Mientras que el líder kurdo Qazî Mohamed se entregó a las autoridades de Teherán —más tarde sería ahorcado—, Mustafá Barzani y algunos de sus hombres encontraron cobijo en territorio soviético. Aunque el sueño de un Kurdistán independiente acabó esfumándose el 15 de diciembre de 1946, en el imaginario colectivo quedó un fuerte poso de sentimiento pankurdo, y la sociedad comenzó a tomar conciencia política de la importancia de luchar por sus derechos.

—Los soviéticos nos abandonaron en Mahabad, y ahora temo que Estados Unidos pueda hacer lo mismo —comentó Hayi Abdullah en relación con las presiones y amenazas que estaba recibiendo en los últimos días el Gobierno Regional del Kurdistán iraquí para que cancelara el referéndum previsto para el 25 de septiembre.

El encuentro con aquel anciano de Suleimaniya, que supuraba historia en cada palabra, supuso la primera de las muchas voces que recopilaría aquellos días en torno a un plebiscito sobre la independencia de los kurdos de Irak que tenía partidarios y detractores casi a partes iguales.

El referéndum de Barzani

La gran cantidad de vallas publicitarias y banderolas a favor del «sí» en las calles de Suleimaniya contrastaba con la poca efusividad que mostraban algunos transeúntes, más preocupados por cuestiones mundanas como las dificultades para cobrar el salario y el encarecimiento de muchos productos de primera necesidad.

Con el apoyo de sesenta y cinco de los ciento once diputados del Parlamento kurdo, el referéndum de independencia iba a celebrarse en un clima de profunda división entre las principales fuerzas políticas y la objeción de Bagdad y de países como Estados Unidos, Turquía e Irán. El principal avalador de aquel plebiscito unilateral era el presidente del Irak kurdo, Masud Barzani, quien vendía la votación como «una deuda histórica» que el mundo tenía con los kurdos y la consecución de un Estado independiente como «la mejor solución a los problemas económicos y sociales de la región».

El momento elegido no era casual. El referéndum iba a celebrarse en una coyuntura marcada por la reciente derrota de Estado Islámico y por una relación con el Gobierno central iraquí cada vez más tensa. Arbil había aprovechado la irrupción de EI en 2014 y la fragilidad del Ejecutivo iraquí para asumir la exportación de crudo, lo que provocó que Bagdad cortara el diecisiete por ciento del presupuesto federal destinado a la región autónoma kurda. Aquella medida había situado al GRK al borde de la quiebra y sumido el territorio en una profunda crisis económica, marcada por los recortes e impagos de los salarios públicos.

—La oligarquía ha vendido el plebiscito y la independencia como la solución a los problemas del pueblo, pero lo cierto es que se trata de un mecanismo para legitimarse en el poder y seguir enriqueciéndose —me explicaba Kamal Chomani, un analista y periodista local a quien conocía desde mi primer viaje al Kurdistán iraquí, en 2011. Su desconfianza hacia las intenciones reales del presidente Masud Barzani y las clases dirigentes

contrastaba con el entusiasmo mostrado por el señor Hayi Abdullah durante su entrevista—. La delicada situación económica que sufren los kurdos no ha frenado las ansias de la familia Barzani por seguir amasando dinero —denunciaba mientras detallaba el conglomerado de empresas que la estirpe del presidente poseía en sectores tan diversos como el energético, el de las telecomunicaciones y el de los medios de comunicación.

Chomani era uno de los pocos periodistas que se atrevía a denunciar públicamente las prácticas corruptas de los gobernantes en medio de una atmósfera muy crispada, en la que algunos colegas de profesión y activistas habían recibido amenazas o palizas y otros, incluso, habían perdido la vida.

Mientras que el Partido Democrático del Kurdistán y buena parte de la Unión Patriótica del Kurdistán daban apoyo firme al plebiscito, fuerzas de más reciente creación como Gorran (Movimiento por el Cambio) mostraban su escepticismo ante la idoneidad y el propósito de la votación; unas posturas diametralmente opuestas que generaron mucha tensión y cruces de acusaciones durante los días previos al referéndum. Especialmente duro fue el buró político de la UPK, que arremetió contra aquellos kurdos contrarios al referéndum acusándolos de «traidores». Un destacado dirigente de la formación llegó a decir que aquellos que se oponían a la independencia eran «peores que Estado Islámico».

—Antes de dar ningún paso hacia la autodeterminación, tenemos que solucionar los graves problemas políticos y económicos, la falta de justicia social y la inexistencia de un Estado de derecho —me dijo el portavoz de Gorran, Shorish Hayi, desde la sede del partido en Suleimaniya. La formación, que había hecho de la lucha contra la corrupción uno de sus buques insignia, afirmaba que su objetivo también era un Kurdistán libre e independiente, pero no a cualquier precio.

HALABYA Y LOS TERRITORIOS EN DISPUTA

A poco más de hora y media en coche desde Suleimaniya se encuentra Halabya, ciudad mundialmente conocida por ser escenario a finales de los ochenta del terrible ataque con armas químicas perpetrado por el régimen de Sadam Huseín. Si en otras poblaciones de Kurdistán algunos sectores de la sociedad evaluaban la idoneidad del plebiscito y el sentido de su voto en clave socioeconómica, en Halabya la gente principalmente apelaba al dolor y a la animadversión hacia Bagdad para votar por el «sí».

—En estos días previos al referéndum se está notando mucho el aumento de visitantes al mausoleo —indicaba Akram Mohamed, trabajador del memorial de Halabya en honor a las cerca de cuatro mil víctimas que entre el 16 y el 18 de marzo de 1988 causaron los ataques químicos de la aviación iraquí.

Finalizado en 2003, aquel mausoleo ubicado en la entrada suroeste de la ciudad no solo era un tributo a los mártires, sino también una muestra del rechazo a la represión que para muchos kurdos había simbolizado históricamente el Gobierno central iraquí.

Esta aversión se hacía evidente desde el mismo acceso principal al recinto. Situada a mano izquierda y rodeada por un cuidado jardín, había una gran escultura circular en la que cinco bombas pintadas con los colores iraquíes caían sobre la bandera kurda. Esta tenía escrito el número cuatro mil, en referencia al número total de víctimas, y el mensaje «No olvidamos». Un centenar de metros más adelante, el fuselaje de un cazabombardero iraquí recordaba de nuevo quiénes habían sido los autores de la masacre.

El mausoleo, que albergaba una amplia exposición de fotografías y una sala de convenciones, era un gran edificio circular de color negro, en cuya cúpula había esculpidas cuatro manos abiertas hacia arriba que simbolizaban las partes de Kurdistán sosteniendo la libertad. En la parte inferior de la escultura, había un conjunto de grandes rocas que

representaban las heridas del pueblo kurdo.

—Es muy importante que nuestros hijos conozcan nuestra historia reciente de lucha y sufrimiento —explicaba Ferhad, que se había desplazado a Halabya desde la ciudad kurda de Koya junto con su esposa e hijos. Como Ferhad, eran muchos los ciudadanos que habían decidido acercarse al memorial desafiando los más de cuarenta grados a la sombra, conscientes de la enorme trascendencia histórica de aquellos días para Kurdistán—. Voy a participar en el referéndum y votaré «sí» a la independencia —señaló aquel hombre de cuarenta y tres años enfundado en un *cilî* negro, el traje tradicional kurdo, de prominentes pantalones anchos.

Atendiendo a los visitantes estaba Akram Mohamed, un hombre de cuarenta años que había perdido a sus padres y a tres hermanos durante el ataque. Akram, que llevaba ocho años trabajando en el memorial, accedió a acompañarnos a Yan y a mí hasta una de las fotografías, en la que se observaba un camión cargado con varios cadáveres que se había detenido por el desfallecimiento del conductor. Sentados en el suelo y recostados en una pared, aparecían dos niños rodeados de cuerpos. Uno de ellos abrazaba el cuerpo de una mujer con uno de sus brazos y se tapaba el rostro con la otra mano. El otro niño, desencajado, miraba hacia ninguna parte. Era Akram.

—Esa mujer del vestido lila es mi madre —indicó mientras señalaba un cuerpo que yacía en la parte posterior del vehículo.

A diferencia de centenares de personas de Halabya, Akram no padecía secuelas del ataque químico porque, según explicó, pudo vomitar. Una suerte que no corrió su compañero de trabajo en el memorial, Mohamed Said, un antiguo *peshmerga* que sufría severos problemas de piel. A pesar de que se cumplían ya casi treinta años de la masacre, aún existía un elevado índice de mortalidad infantil, y muchos de los bebés presentaban problemas respiratorios, en la piel y en los labios.

—Nos escondimos en unas cuevas subterráneas toda la noche. Al día siguiente, cuando pensábamos que los ataques habían cesado, decidimos ir a Anab, una aldea cercana a Halabya y donde yo nací. Los aviones bombardearon de nuevo, y fue horrible —recordaba Mohamed, que perdió

a su padre, a tres hermanos y a dos hermanas con tan solo seis años. Un año antes, su madre había fallecido por un mortero lanzado por el ejército iraní.

La masacre de Halabya se produjo durante los últimos coletazos de la guerra entre Irak e Irán (1980-1988), cuando el Gobierno de Sadam Huseín quiso castigar a los kurdos por su apoyo al régimen del ayatolá Jomeini. En el marco de la llamada Campaña Al Anfal y ante el avance de las fuerzas iraníes en el Kurdistán iraquí, la aviación de Bagdad bombardeó centenares de aldeas kurdas, y en algunos casos, como el de Halabya, lo hizo con armas químicas. Diseñada por Alí Hasan al Mayid, conocido popularmente como Alí el Químico y primo de Sadam, la oleada de ataques dejó más de cincuenta mil muertos entre la población kurda.

—Queremos ser libres para que una masacre como aquella no se repita. Ya basta de ser un pueblo dividido sometido a cuatro Estados —manifestó Mohamed en referencia al referéndum de independencia que iba a celebrarse en pocas horas.

Antes de abandonar el mausoleo, quise visitar la sala en cuya pared había expuestos decenas de documentos oficiales del Partido Baaz en los que Sadam Huseín y Alí Hasan al Mayid autorizaban los ataques con agentes tóxicos. Inmediatamente debajo y situados en el interior de una vitrina, había dos documentos relativos a aquellas dos personas, pero en un sentido completamente diferente. Se trataba de sus sentencias de muerte, firmadas el 30 de diciembre de 2006, en el caso de Sadam Huseín, y el 25 de enero de 2010, en el caso de Alí el Químico, del que el museo también mostraba la cuerda con la que fue ahorcado. Aquella peregrina mezcla de homenaje a las víctimas y humillación y rabia hacia los verdugos hizo que Yan y yo abandonáramos aquel lugar con una extraña sensación.

El ajetreo y el murmullo del bazar de Halabya contrastaban con el silencio del mausoleo que acabábamos de visitar. El objetivo de aquel paseo antes de poner rumbo a Kirkuk era obtener la opinión de varias mujeres con relación al plebiscito. El azar hizo que en nuestro camino se cruzaran Mahar, Farida y Lawla, tres docentes que formaban parte del comité local encargado de velar por la celebración del referéndum. Aparte de la enseñanza, las tres profesoras tenían en común que habían permanecido seis

meses presas en las cárceles de Sadam.

—Hay Estados de solo siete mil habitantes. Aquí, en el Kurdistán iraquí, somos más de cuatro millones. ¿Por qué no podemos tener un Estado? —dijo Mahar, de treinta y nueve años y profesora de Historia.

Antes de proseguir con sus compras, las tres docentes quisieron dejar claro que la votación iba a celebrarse, a pesar de las amenazas del Gobierno central y de países como Turquía e Irán.

Si dentro de los lindes oficiales del GRK dichas amenazas habían provocado el efecto contrario convirtiendo indecisos y posibles abstencionistas en votantes, en los territorios en disputa entre Arbil y Bagdad —a excepción de la población kurda—, buena parte de las diferentes comunidades locales se mostraban favorables al boicot.

De camino a la sede que el Partido por los Derechos de los Turcomanos Iraquíes tenía en el centro de Kirkuk, en los barrios orientales de mayoría kurda podían observarse más banderas y simbología nacional que en muchas calles de Arbil o Suleimaniya. Mediante aquella exaltación patriótica, los kurdos querían acentuar su legítimo derecho a realizar un referéndum en un territorio que históricamente habían reclamado como propio. Aquella era una situación muy diferente a la del centro de la ciudad, donde la importante comunidad turcomana chií había colgado decenas de banderines con inscripciones e imágenes del imán Huseín, el venerado santón de los chiíes.

—Kirkuk es un barril de TNT a punto de estallar, y puede hacerlo después del anuncio de los resultados del referéndum —advertía Sami Abdulaziz, segundo de a bordo del Partido por los Derechos de los Turcomanos Iraquíes.

Aquella formación, adscrita al Frente Turcomano Iraquí, era una firme defensora de la unidad de Irak y, en consecuencia, rechazaba la votación tanto en las regiones kurdas como en las zonas en disputa, pues consideraba que el plebiscito suponía una violación de la Constitución y de sus leyes.

Ismaíl al Hadidi, líder tribal y representante del consejo árabe en Kirkuk, compartía parcialmente esta opinión. El jeque sostenía que los árabes de Kirkuk no estaban en contra del referéndum en la región

autónoma kurda, pero sí en los territorios en litigio con Bagdad. El notable de la comunidad árabe creía que Estado Islámico y el terrorismo habían afectado a la mentalidad de la gente, y temía que el plebiscito pudiera generar enfrentamientos y traer más inestabilidad a la región.

—En los últimos días no hemos parado de mantener reuniones y enviar cartas a las autoridades kurdas para que paren un referéndum de consecuencias fatales —señaló Ismaíl al Hadidi.

A pesar de su objeción a la votación, el líder del consejo árabe local reconocía que una autonomía como la kurda podía ser una solución para el resto de los territorios del país, pero que la geografía y la demografía de Irak lo impedían.

La victoria del «sí» y la furia de Bagdad

Después de haber estado en Suleimaniya, Halabya y Kirkuk cogiendo el pulso a la calle, decidí pasar la jornada del referéndum en la capital kurda por su valor simbólico y por ser la plaza fuerte del presidente Masud Barzani. A pesar de todas las amenazas, la votación arrancó de buena mañana muy tranquilamente y transcurrió sin incidentes en la práctica totalidad del territorio hasta el cierre de los colegios electorales. A diferencia de lo que sucedería una semana más tarde en Cataluña, el plebiscito kurdo se realizó sin altercados, aunque Bagdad descargaría toda su furia días después.

—La autonomía de 1991 no es suficiente —señalaba Safia a las puertas de un centro de votación en Arbil tras haber depositado su papeleta—. Mi madre fue asesinada por los aviones del régimen en 1963, así que no quiero saber nada de Bagdad —comentaba aquella mujer refugiada en Noruega, que había viajado a propósito con su marido e hija para participar en el referéndum de independencia.

La ilusión y la alegría eran la tónica general entre los votantes que llenaban los pasillos de aquella escuela de primaria, situada a tan solo diez minutos de la majestuosa ciudadela de Arbil. «¡Y ahora, a convertirnos en un Estado, *inshallah* (“si Dios quiere”)!», gritaba un hombre tras haber votado. La jornada era de tal trascendencia histórica para los kurdos que muchos de ellos habían desempolvado los vestidos y trajes tradicionales del Nouruz, el Año Nuevo kurdo, para acudir a las urnas.

—Kurdistán es el país en el que quiero vivir y en el que quiero morir —decía Leyla, una mujer que había acudido a votar con sus dos hijos y su marido policía—. Nadie nos va a decir cómo vivir ni qué hacer, excepto Masud Barzani —añadió aquella mujer, en referencia al presidente kurdo.

—Esperamos que nuestro presidente cumpla su palabra y proclame el nuevo Estado kurdo antes de dos años —advertía Miran, un joven de treinta y dos años con un adhesivo de la bandera kurda a la altura del corazón—.

Solo Israel nos apoya. Estados Unidos debería replantearse su objeción, porque siempre hemos sido sus aliados —destacaba aquel hombre en un perfecto inglés.

Finalmente, el plebiscito no vinculante y considerado ilegal por Bagdad contó con una participación del 72 por ciento, y el «sí» a la independencia, con el 92,73 por ciento de los votos, consiguió una aplastante victoria.

—Habrá muchas dificultades en el camino, pero con unidad y voluntad las superaremos. Kurdistán tiene ahora un futuro más brillante —dijo Masud Barzani tras hacerse oficial el recuento de votos.

Según la hoja de ruta prevista, el Parlamento kurdo surgido de unas elecciones que aún debían celebrarse sería el encargado de aprobar unas leyes que permitirían refrendar lo votado en el plebiscito. El presidente kurdo estimaba que la declaración de independencia podría producirse antes de dos años.

Tras una buena ducha, y con el relajo que suponía haber mandado las crónicas después de una intensa jornada de trabajo, me cité con el periodista vasco Mikel Ayestaran para cenar en un puesto callejero bajo los muros de la ciudadela. Mientras degustábamos kebabs de pollo y verduras asadas a la parrilla, ambos coincidíamos en lo complicado que iba a ser para el Gobierno kurdo implementar el resultado del referéndum, puesto que Bagdad, así como Ankara y Teherán, no iban a quedarse de brazos cruzados.

Aquellos augurios, por desgracia para el pueblo kurdo, acabaron cumpliéndose. Pocos días después del plebiscito, el Gobierno iraquí lanzó una ofensiva militar sin encontrar apenas resistencia por parte de los *peshmerga*, lo que permitió a las tropas gubernamentales recuperar buena parte de los territorios en disputa perdidos a favor de los kurdos en 2003, así como durante la ofensiva de Estado Islámico en el verano de 2014. Ciudades tan importantes como Kirkuk y destacadas infraestructuras como la North Oil Company y los campos de crudo de Baba Gurgur, situados al noroeste de la «Jerusalén kurda», pasaron a manos del Gobierno central.

Ante el desafío lanzado por Masud Barzani, Bagdad también reaccionó política y económicamente con fuertes sanciones a los bancos kurdos, y

cerró momentáneamente las fronteras y los aeropuertos internacionales, gestionados hasta ese momento por las autoridades del GRK. El cierre de los aeródromos se hizo efectivo tan solo cuatro días después del referéndum, por lo que muchos periodistas tuvimos que apresurarnos para salir de territorio kurdo y no quedarnos atrapados *sine die*. A esas sanciones y bloqueo también se sumaron Teherán y Ankara, que, pese a tener agendas completamente opuestas en conflictos como el de Siria, cerraron filas con Bagdad para garantizar la unidad territorial de Irak.

Lejos de conseguir el sueño de un Estado independiente, el referéndum y las consecuentes presiones a nivel nacional e internacional provocaron que Arbil renunciara a su hoja de ruta secesionista y acudiera a la mesa de negociación con Bagdad para recuperar y renegociar algunas competencias autonómicas que ya ostentaba previamente y que el Gobierno central iraquí había suprimido. En lugar de avanzar, los kurdos de Irak habían dado cinco pasos hacia atrás al volver a sus fronteras de antes de 2003. Solo el tiempo dirá si fue para coger impulso hacia el sueño de un Estado propio o para quedarse anclados en el Irak que un siglo antes había dibujado el acuerdo Sykes-Pîcot.

TERCERA PARTE

ROJHILAT (NACIENTE)

1

ENTRE LA LÍRICA Y EL DRAMA

KARLOS ZURUTUZA

En la película *La pizarra,* la cineasta iraní de entonces veinte años Samira Majmalbaf narra la huida por las montañas hacia ninguna parte de un grupo de mujeres y ancianos kurdos atrapados por el fuego cruzado de la guerra irano-iraquí (1980-1988). La belleza de los paisajes de los montes Zagros, la vestimenta tradicional de los protagonistas o la imagen de un profesor caminando con su pizarra a la espalda conferían a la cinta un gran lirismo, y quizás fuera ese factor lo que le reportó el premio del jurado en el Festival de Cannes en el año 2000. Se decía lo mismo de la obra del kurdoiraní Bahman Gobadi. Películas como *Un tiempo para caballos borrachos* o la aún más conocida *Las tortugas también vuelan* no solo pusieron el foco sobre su tierra natal en salas de cines de todo el mundo; también arrancaron aplausos y una larga ristra de premios.

Como ocurre a menudo en prensa con ciertos temas, el cine iraní desapareció de las carteleras para no volver, pero quien viera aquellas películas probablemente recuerde aquellas imágenes en las que solo las armas, o el estruendo de las mismas, indicaban que la trama se desarrollaba

en la actualidad. En su libro *Kurdistán: viaje al país prohibido* (Foca, 2005), Manuel Martorell narra cómo el propio Gobadi le explica durante un encuentro en Teherán que ni Majmalbaf ni él mismo buscaban filmar un cine lírico, sino que era más bien todo lo contrario: al intentar recrear prácticamente de forma documental la vida en esa parte de Irán, el producto final era casi poesía cinematográfica.

Fueron esas películas y, sobre todo, el fantástico relato de Martorell en un libro absolutamente referencial sobre el tema kurdo lo que me llevó a comprobar *in situ* cuánto había de cierto en esas afirmaciones. Con un visado iraní estampado en mi pasaporte, en septiembre de 2005 intenté acceder directamente desde el Kurdistán de Irak al valle de Hawraman, donde transcurría el relato de la joven cineasta iraní. Dado que se trata de un valle fronterizo, pensé que lo más fácil sería acceder desde Suleimaniya, pero estaba equivocado. La víspera de enfilar al puesto de frontera, alguien me avisó de que los *peshmerga* ya me habrían bloqueado el paso antes de llegar al puesto iraní: aquel paso era solo para kurdos locales o para peregrinos iraníes camino de Kerbala, Náyaf y el resto de los lugares sagrados para los chiíes. Para llegar a un valle que quedaba a un puñado de kilómetros de donde estaba, tendría que desandar todo el camino a través del Kurdistán iraquí —Suleimaniya está en el extremo suroriental— hasta la frontera turca y, de ahí, girar hacia el este, cruzar a Irán y enfilar de nuevo hacia el sur: cerca de mil kilómetros de rodeo por tierra, por carreteras casi impracticables la mayoría de las veces.

Cruzar a Turquía para atravesar todo el sudeste kurdo con un sello del Kurdistán iraquí en el pasaporte fue todo lo exasperante que podía esperar: fuera en un autobús o en un *dolmuş*, esos taxi-furgoneta que atraviesan toda Anatolia, no podía dejar de sentirme culpable por ralentizar el camino del resto de los pasajeros, que esperaban pacientemente mientras la policía militar turca me interrogaba en cada control. Y fueron muchos hasta llegar a Yüksekova, el pueblo justo en la frontera con Irán. *«Vatan bölünmez»* («La patria es indivisible»), *«Ne mutlu Türküm diyene»* («Dichoso aquel que se dice turco»), volvía a leer en murales o en esas leyendas hechas con piedras y pintadas de blanco en cualquier elevación de terreno. Una vez en la

frontera, el último bloque de viviendas en el lado turco desplegaba un retrato gigante de Atatürk, el padre de la Turquía moderna, pintado sobre toda su fachada; justo enfrente, Jomeini lo miraba desafiante desde otro edificio igualmente desconchado. La teocracia chií en Irán era el homólogo del kemalismo en Turquía o el baazismo en Siria, una versión más de los gobiernos monolíticos y excluyentes en esta parte del mundo. No obstante, y a diferencia de como ocurría en Turquía, o en Siria, «Kurdistán» no solo no es una palabra tabú en Irán, sino que incluso hay una región que lleva ese nombre, aunque esta sea mucho menor que la franja real de tierra que ocupan los kurdos al noroeste del país. Se calcula que rondan los diez millones en un Estado en el que, si bien los farsis suman algo más de la mitad de la población, el resto se reparte entre —además de kurdos— luros, baluches, árabes, turcomanos y azeríes. Estos últimos son más del doble en Irán que en la propia Azerbaiyán.

Pocos países he conocido con una gente tan hospitalaria y tan culta como los iraníes, en cualquiera de sus versiones. Camino de Sanandaj, la capital kurda del país, recuerdo compartir un taxi- furgoneta con un chaval que paró el vehículo en medio de la nada para bajarse una hora más tarde en un lugar parecido. Durante el trayecto no dejó de ponerme en aprietos preguntándome por poetas españoles. Su favorito era Lorca, de quien me atrevería a decir que es el español más conocido en Irán junto con Iniesta. Siempre me he preguntado cuánta gente sería capaz de nombrar un solo poeta persa donde vivo yo.

Llegué a Sanandaj de madrugada, y el taxista me dejó a las puertas de un hotel de lujo de las afueras que yo no podía pagar. El chaval de la recepción, Farzan se llamaba, me dejó pasar las horas que quedaban hasta que amaneciera en el sofá de la entrada, y luego me invitó a desayunar. Se acababa de licenciar en Filología Inglesa y, hasta que pudiera encontrar un trabajo, atendería en la recepción de aquel hotel. Farzan era el primero de muchos iraníes con los que me cruzaría, y a los que su condición de kurdos condenaba a compartir los arcenes de la sociedad con árabes, baluches y el resto de los no farsis y no chiíes del país. Tras perder el contacto por email con él, me lo volvería a encontrar en Suleimaniya ocho años más tarde.

Farzan había cumplido entonces los treinta y cinco, pero solo había encontrado trabajo de camarero en un restaurante, en el que servía junto con otros tres kurdos de Irak casi adolescentes.

En la avenida Ferdousi, la arteria principal de Sanandaj, había dos salas de cine y varias pastelerías a la sombra de una hilera de árboles. La ciudad carecía del dinamismo de Teherán o Isfahán, pero también del sofocante control que ejercía la policía islámica en el resto del país. Los kurdos son suníes en su mayoría, por lo que resultaba raro encontrar mujeres cubiertas con chador. Sin embargo, la aparente normalidad en el centro de aquella capital de provincia no era, ni mucho menos, reflejo del subdesarrollo de la región kurda de Irán. Los kurdos de la zona que habían perdido sus tierras emigraban a Sanandaj para no encontrar nada y, de ahí, a Teherán, o incluso más lejos. Como Astjar, un joven de veinticinco años a quien conocí cuando se empeñó en pagar mi sándwich de cordero ya antes de presentarse. Cuando no era uno de los comensales, era el propio dueño del restaurante el que invitaba al extranjero.

Astjar había encontrado en la lejana Tailandia una alternativa a la falta de oportunidades de su tierra. Era campeón de *kick-boxing*, subcampeón del mundo para ser exactos, y lo conocían por el sobrenombre de Oscar.

—No encontrarás un piloto de aviación kurdo o un arquitecto baluche. Esos puestos son para los farsis. A nosotros nos toca conducir taxis o vender melones en el bazar —me explicó desde su casa, tras enseñarme su enorme colección de trofeos y unas fotos de su último combate. Su rival había sido un finlandés con la espalda completamente tatuada, al que ganó a los puntos.

Los kurdos comparten un origen indoeuropeo común con los farsis, y sus lenguas son muy parecidas. Además, ambos pueblos celebran el Nouruz con la llegada de la primavera, el 21 de marzo. Resulta paradójico que la tribu irania más antigua de Irán sea también la más castigada. Cualquier protesta, por pacífica que fuera, era respondida con brutalidad por la policía, a menudo con castigos «ejemplarizantes» como el de Shivan Qaderi, un activista al que habían arrastrado por las calles de Mahabad tras matarlo a tiros en una manifestación. Por supuesto, los periodistas locales

tampoco se libraban de esa persecución; gente como Siamuk Pourzand, que se volvió loco tras ser torturado a sus setenta y ocho años, o Alí-Reza Jabari, de sesenta, condenado a doscientos cincuenta y tres latigazos «por atentar sus artículos contra los valores fundamentales de la República Islámica». El corredor de la muerte iraní siempre estaba atestado de kurdos, y el régimen también se encargaba de acallar voces discordantes fuera de sus fronteras. Se decía que el propio Mahmud Ahmadineyad —presidente del país entre 2005 y 2013— había sido uno de los que habían orquestado el atentado contra Abdulrahman Gasemlu, líder del Partido Democrático del Kurdistán de Irán, asesinado en Viena en 1989. Tras haber participado en el levantamiento que acabó con la dinastía de los Pahlaví en 1979, Gasemlu no solo desobedeció las órdenes de desarmarse de Jomeini, sino que además declaró la autonomía kurda. Escaramuzas entre sus hombres y fuerzas leales al ayatolá desembocaron en un conflicto abierto. Jomeini llegó a declarar la yihad, la guerra santa, contra los rebeldes kurdos.

Del mismo modo que la capital austríaca, muchas otras ciudades europeas o de Oriente Medio habían sido el escenario en el que disidentes kurdos perdieron la vida a manos de sicarios de Teherán. Sin ir más lejos, Suleimaniya era un lugar recurrente para ajustar cuentas, lo que explica la desconfianza de la población local hacia los kurdos de Irán. Al igual que hacía en Turquía, y como haría después en Siria, mis entrevistas con activistas locales o, simplemente, gente del mundo de la cultura se realizaban a través de contactos de contactos, y nunca en lugares públicos. La paranoia era generalizada: todos tenían miedo de ser vistos hablando con un extranjero por algún policía de incógnito o un chivato cualquiera.

—Vivo con el miedo constante a que me detengan —me dijo Neriman, seudónimo de un periodista que escribía una columna semanal en kurdo en uno de los periódicos de Sanandaj. A su hermano lo había amenazado un oficial de la embajada iraní en su librería de Upsala, en Suecia. Neriman decía que ni siquiera en Escandinavia estaban a salvo.

La fascinación que un país tan imponente como Irán ejerce sobre el extranjero se va erosionando con cada testimonio personal que los iraníes comparten con el visitante. Hasta que fui vetado en el país por cubrir las

elecciones de 2009 sin acreditación de prensa, no hubo viaje en el que alguien a quien había conocido apenas unos minutos atrás no se desahogara conmigo. Compartir desde el dolor hasta comprometedoras confidencias con un completo extraño puede resultar raro donde vivo, pero no en un país tan asfixiante como Irán. De hecho, eso era especialmente habitual entre los homosexuales. Recuerdo una conversación casual con uno de ellos en una casa de té que desembocó en un reguero de lágrimas. Tras una sesión de terapia improvisada, aquel joven me dijo que me había contado todo aquello porque yo no tenía a nadie a quien contárselo o, al menos, a nadie que le pudiera traer problemas. Aquella misma mañana habían ahorcado a dos por el mismo «delito» en Mashhad, al noreste del país. Tenían quince años.

Me fui de Sanandaj con una sensación que me ha perseguido demasiado a menudo trabajando en Kurdistán: la de poner innecesariamente en peligro a gente para escribir un artículo que no cambiará en nada sus vidas. Pero no podía irme del país sin visitar aquel valle que había visto por primera vez en una película iraní. Atravesándolo de norte a sur, y descendiendo por una carretera que serpenteaba entre el mar de árboles que había divisado desde las alturas, vi que los hombres vestían aquellos curiosos chalecos con hombros en forma de cuerno a los que llaman *kolobal*, y que todos calzaban unas peculiares alpargatas blancas, las *klash*, que tienen la punta y el tacón reforzados con clavos para caminar entre las piedras. Niñas vestidas con trajes de princesa rojos, azules y amarillos saltaban entre casas escalonadas, de esas en las que el tejado de una es también la terraza del vecino de arriba. Pasé aquella noche en la aldea de Paveh, ante la insistencia de un hombre al que había ayudado a empujar su furgoneta tras quedarse sin batería. Camino de su casa, paramos dos veces, primero para recoger a un sobrino suyo que chapurreaba algo de inglés y, luego, para comprar un cordero con el que agasajarían al invitado. Tras una cena a la que se sumaron familiares y vecinos, mi anfitrión me dio una colchoneta y me hizo un hueco en la terraza, donde dormían los hombres (las mujeres lo hacían en el tejado). Bajo aquel cielo estrellado pensé en aquel supuesto «lirismo fabricado» de las cintas de Majmalbaf o Gobadi. La poesía era inherente al

lugar, y también el drama. Era exactamente como en las películas.

2

KANDIL BAJO LAS BOMBAS IRANÍES

DAVID MESEGUER

Una vez más, el principio newtoniano de acción y reacción quedó corroborado en Kurdistán. Tan solo cuarenta y ocho horas después de la declaración unilateral de la autonomía democrática por parte del movimiento político kurdo afín al PKK en Turquía, el entonces presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, envió a cinco mil miembros de la Guardia Revolucionaria iraní a la vertiente oriental de Kandil para luchar contra el Partido por una Vida Libre del Kurdistán (PJAK, por sus siglas en kurdo).

Durante la primavera del año 2011, la facción iraní del PKK se había mostrado especialmente activa realizando ataques puntuales contra intereses de Teherán, pero lo que más temía el régimen de los ayatolás era que el auge de las protestas y las reivindicaciones kurdas en Turquía pudiera contagiarse a su territorio.

Los primeros bombardeos de la artillería iraní sobre posiciones del PJAK se produjeron el 16 de julio, y rápidamente los principales medios kurdos se hicieron eco de ello. La ofensiva de los pasdaranes —como se conoce popularmente a los guardianes de la Revolución islámica en Irán—

me pilló en Diyarbakir, donde había llegado mes y medio antes para cubrir las elecciones generales turcas, y aún seguía allí informando sobre los últimos movimientos políticos del BDP y acciones armadas del PKK.

Interesado en seguir el rastro de la sacudida kurda, a las pocas horas de conocer lo que estaba sucediendo en Kandil ya me encontraba subido en un autobús de la compañía Can Diyarbakir de camino a Arbil. El tedioso viaje entre las históricas capitales del Kurdistán norte y sur podía acercarse a las doce horas de trayecto por culpa de los trámites burocráticos que había que realizar en el paso fronterizo de Ibrahim Jalil. Por suerte, aquellos autobuses contaban con un estupendo servicio de *catering* que permitía al pasajero disfrutar de un refrigerio hasta en tres ocasiones. Tanto dormir como trabajar en el bus se convertían en una excelente opción, ya que gran parte del trayecto transcurría de noche y era imposible disfrutar del paisaje.

Tras instalarme en un hotel céntrico de Arbil cercano a la ciudadela, comencé una ronda de contactos y fijé un par de encuentros con periodistas locales. Era mi primera vez en el Kurdistán iraquí, y necesitaba atar toda la logística para subir a Kandil y tener el visto bueno de la guerrilla kurda para poder entrevistarme con algún mando.

—Aquí tienes el contacto de la familia Goli. Son refugiados kurdos de Irán muy bien conectados con el PJAK. Según me cuentan, están organizando una comitiva de periodistas y civiles para subir a las montañas y expresar su apoyo a los milicianos —me dijo Mohamed Salih, un reportero local que colaboraba con varios medios anglosajones y que, obviamente, hablaba un inglés excelente.

Haciendo gala de la hospitalidad que se estilaba por aquellos lares, aquel periodista treintañero había venido a buscarme al hotel para llevarme a una terraza de Ainkawa, un barrio de mayoría cristiana cercano al aeropuerto de Arbil.

Con unas temperaturas cercanas a los cuarenta y cinco grados a la sombra durante el día, bazares, restaurantes y cafés comenzaban a abarrotarse de gente con la caída del sol. En una cena regada con cerveza danesa Tuborg, Mohamed me puso al corriente de la situación en los montes Zagros —la extensa cordillera con picos de más de tres mil metros

que separa el Kurdistán iraquí del iraní— y me indicó dónde se encontraban algunos de los campos que alojaban a los civiles desplazados por los combates entre el PJAK y los pasdaranes.

—De momento no voy a subir a Kandil. Los medios extranjeros con los que colaboro sí han publicado notas de agencia informando del inicio de los combates, pero, si la cosa no va a más, no creo que me pidan ninguna pieza. La guerra en Libia y lo que ocurre en Siria lo está monopolizando todo —señaló Mohamed, un acérrimo seguidor del Barça, hipnotizado por las dotes del entonces técnico culé Pep Guardiola.

La familia Goli, que había llegado al Kurdistán iraquí en marzo de 2010 huyendo de la represión en Irán, estaba instalada en Suleimaniya, así que a la mañana siguiente cogí un taxi compartido desde Arbil hacia el sur. Aunque el trayecto transcurría por las afueras de Kirkuk, escenario de esporádicos atentados de Estado Islámico, aquella era la forma más rápida y segura de moverse por la región. Tanto Suleimaniya como el acceso a Kandil desde Kaladiza estaban controlados por la Unión Patriótica del Kurdistán, por lo que establecer el campo base en la ciudad fundada en 1784 por un príncipe kurdo de la dinastía de los Baban era la mejor opción para poder trabajar con comodidad y rapidez. Urbe cuna de decenas de poetas e intelectuales kurdos, Suleimaniya se diferenciaba de la conservadora Arbil por ser una ciudad mucho más abierta y cosmopolita.

UNA ESTIRPE LUCHADORA

Los Goli eran una más entre las miles de familias kurdas de Turquía, Irán y Siria que en las últimas décadas se habían instalado en el Kurdistán iraquí, huyendo de la represión en sus respectivos países. Si bien es cierto que el sur se había convertido en el santuario para todos aquellos refugiados, la vida no era nada sencilla, ya que muchos kurdos de Irak los trataban como ciudadanos de segunda y mano de obra barata. Ante esta situación, muchos desplazados kurdos veían su estancia en la región autónoma de Irak como algo meramente temporal, un medio para poder dar el salto a Occidente y mejorar, así, sus condiciones de vida.

—Trabajadores de ACNUR [Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados] ya nos han entrevistado en un par de ocasiones. Nuestro caso está siendo estudiado, y espero que en breve sepamos si aceptan nuestra solicitud de asilo en algún país europeo —explicaba Yasir Goli desde una casa unifamiliar muy modesta que aquella saga originaria de Sanandaj había alquilado a las afueras de Suleimaniya.

En una morada prácticamente sin muebles, la conversación con los cinco miembros de la familia tenía lugar sobre la moqueta del salón, acompañados por el omnipresente té y unos dulces típicos de la región.

Yasir, de veintiocho años, pelo moreno e incipientes entradas, era el mayor de tres hermanos y el único miembro de la familia que hablaba inglés. Tanto sus hermanos Amer y Amar como sus padres Fátima y Saleh precisaban de su traducción para poder dirigirse a mí. Aunque Yasir era el que más peligro corría en el Kurdistán iraní por su activismo estudiantil, todos los Goli habían tenido problemas con las fuerzas de seguridad iraníes.

—Llegamos aquí hace año y medio gracias a un grupo de contrabandistas que nos ayudaron a cruzar la frontera a través de las montañas. De no habernos fugado, es muy probable que me hubieran ejecutado, como ha ocurrido con tantos otros activistas kurdos —señaló Yasir, poniendo de relieve las graves violaciones de los derechos humanos

que se estaban produciendo en Irán, con episodios tan lamentables y frecuentes como el ahorcamiento público de activistas opositores.

En 2006, mientras estudiaba Desarrollo Económico en la Universidad Islámica de Azad, en Sanandaj, Yasir fundó junto con otros compañeros el Sindicato de Estudiantes Kurdos. Goli, que más tarde sería elegido secretario general, tuvo un rol muy activo en la organización de actividades en defensa de los derechos de la minoría kurda y en la lucha contra la segregación por sexos en las aulas. También protagonizó numerosas intervenciones en los medios de comunicación para denunciar la situación de los presos políticos kurdos en las cárceles iraníes y la ejecución de algunos de ellos.

Yasir, que tras acabar la licenciatura comenzó a cursar un máster de arquitectura, fue arrestado por miembros de los servicios de inteligencia en octubre de 2007. Después de ser interrogado, torturado y permanecer durante ochenta y cinco días incomunicado en el cuartel general de la inteligencia iraní en Sanandaj, fue transferido a la prisión central, ubicada en la misma ciudad. Al joven economista lo acusaban de ser un peligro para la seguridad nacional, estar detrás de la organización de protestas y distribuir propaganda contra el Estado. Yasir, que padecía severos problemas cardíacos, tuvo que ser ingresado en el hospital en repetidas ocasiones durante su reclusión como consecuencia de su delicado estado de salud. Sus padres y hermanos también fueron arrestados e interrogados varias veces por sus continuas protestas por las condiciones de confinamiento de su familiar y de otros presos kurdos.

—Todo lo que me ha pasado es culpa de mi madre. Si ella no nos hubiera inculcado desde pequeños la lucha por la justicia social, ahora no estaríamos en esta situación —bromeó Yasir, y provocó la carcajada de todos los presentes en la estancia.

En efecto, Fátima, desde que había creado la asociación Madres de la Reconciliación, una organización que prestaba apoyo a familias afectadas por el conflicto, ya fueran soldados de la Guardia Revolucionaria iraní, policías, combatientes del PJAK o guerrilleros de otras milicias kurdas, llevaba años inoculando el ADN de lucha por los derechos humanos a todos

sus allegados. A la espera de juicio y tras el pago de una cuantiosa fianza, Yasir y sus padres fueron puestos en libertad provisional. Temiendo por sus vidas y sin ningún tipo de confianza en la justicia iraní, los cinco miembros del núcleo familiar emprendieron el camino del exilio hacia el Kurdistán iraquí.

Antes de dar por finalizado aquel encuentro con los Goli, el joven economista me aseguró que no había ningún problema en subir con ellos a Kandil y que me avisaría por teléfono una vez confirmada la logística. Viajar con una comitiva de civiles y periodistas no era la mejor opción para hacer una buena cobertura, pero, dada la situación de incertidumbre provocada por los enfrentamientos armados, hacerlo de aquella forma me garantizaba el acceso al terreno y la posibilidad de hablar con miembros de la guerrilla kurda.

Guerrilleros y desplazados

Después de pasar el último punto de control de los *peshmerga* de la Unión Patriótica del Kurdistán, los dos autobuses que formaban el convoy dejaron atrás el asfalto y se adentraron en el macizo de Kandil a través de una polvorienta y estrecha pista. El camino, siempre hacia arriba, transcurría por un angosto valle surcado por un río con numerosos rápidos y saltos de agua. Al poco de iniciar un leve descenso y ponernos prácticamente al nivel del río, los dos vehículos de pasajeros se detuvieron al lado de una gran explanada en el lecho del río. Allí había una decena de tiendas de campaña con el logo de ACNUR que acogían a familias desplazadas por los combates.

Aunque en el ambiente reinaba la calma y no se escuchaba ningún tipo de explosión, la carcasa de un proyectil de artillería situada junto a una de las tiendas y un puente destruido un centenar de metros más adelante permitían hacerse una idea de lo sucedido unas horas antes. Yasir, que viajaba junto a sus hermanos Amer y Amar, comentó que aquel era el punto de encuentro acordado con los guerrilleros del PJAK. Mientras esperábamos la llegada de los combatientes, el grupo de civiles que había ido hasta allí para mostrar su apoyo a la facción iraní del PKK conversaba y compartía dulces con los locales desplazados por los enfrentamientos. Algunos habían venido de Suleimaniya envueltos en banderas de Abdullah Öcalan y simbología de la KCK, la organización paraguas de todos los organismos político-militares y civiles vinculados con el PKK.

Al cabo de media hora, una Toyota *pick-up* hizo acto de aparición con dos combatientes en la parte delantera del vehículo y cuatro en la trasera, todos armados con fusiles de asalto. Cuando los guerrilleros pusieron pie a tierra, las personas allí congregadas rápidamente se abalanzaron sobre ellos, agasajándolos con abrazos y besos. Con una kufiya de color negro sobre los hombros y un bigote tan escarpado y salvaje como las montañas que nos rodeaban, Rewar Abdanan saludó efusivamente a los Goli. Originario de

Ilam, en el sur del Kurdistán iraní, aquel miliciano miembro de la ejecutiva del PJAK llevaba trece años en la más absoluta clandestinidad, primero como combatiente del PKK y, después, como miembro de la rama iraní tras su creación en 2004.

Como consecuencia de la escalada de la represión del régimen de los ayatolás contra la población kurda, el PKK decidió fundar el Partido por una Vida Libre del Kurdistán. La franquicia, con el mismo ideario, uniformes y campos de entrenamiento, se distinguía porque el grueso de sus milicianas y milicianos eran kurdos del este y centraban todos sus esfuerzos en atacar objetivos dentro de territorio iraní. Mientras que partidos-milicia como el Partido Democrático del Kurdistán de Irán (PDKI) tenían más apoyo en ciudades norteñas mayoritariamente suníes, como Mahabad o Piranshahr, el PJAK contaba con más simpatías y adhesiones en regiones del sur predominantemente chiíes, como Ilam o Sanandaj.

—La declaración de autonomía democrática en el Kurdistán turco y la gran implicación de los kurdos en las revueltas de Siria e Irak preocupan mucho a Ahmadineyad. Por eso, quiere acabar con el PJAK y ocupar Kandil para evitar que la «primavera kurda» se extienda a su territorio —señaló en primera instancia Rewar Abdanan, sentado bajo la sombra de un árbol junto al río.

El mando del PJAK, que denunciaba la colaboración entre el Ejército turco y los pasdaranes en la última campaña militar, criticaba la falta de voluntad negociadora de Teherán después de que el Gobierno iraní hubiera desestimado la propuesta de paz presentada por el líder del PKK, Murat Karayilan.

—Hace un año, el PJAK proclamó un alto el fuego y el Gobierno ha respondido de forma fascista. La ejecución de activistas kurdos y la prohibición de cualquier manifestación cultural son un ejemplo. El primer paso en democracia es reconocer los otros pueblos y las otras identidades; en cambio, Irán quiere destruir nuestra cultura. La única identidad que conocen es el chador —dijo con un tono bastante seco Abdanan, ante la atenta mirada de Yasir.

Después de unas horas de calma, las refriegas entre la milicia kurda y la

Guardia Revolucionaria iraní volvieron al día siguiente. Mientras que los Goli habían regresado a Suleimaniya con la comitiva, yo había optado por pasar la noche en una suerte de pensión en la cercana población de Rania. Recordaré aquel antro el resto de mi vida. Se trataba de la antigua prisión de la ciudad, y cada celda había sido reconvertida en una habitación. Aunque me considero una persona todoterreno y casi sin manías, el hedor y las nulas condiciones de higiene y salubridad de aquel espacio superaban con creces mi capacidad de aguante. Pero era tan tarde y tenía tan pocas esperanzas de encontrar otro lugar que decidí quedarme. Gracias a mi saco de dormir, evité entrar en contacto con las sábanas —por llamarlo de algún modo— de aquel camastro, y con los primeros rayos de sol abandoné aquel lugar como alma que lleva el diablo. Ha sido la única vez en mi vida que hubieran tenido que pagarme por dormir allí y no al revés.

Si el día anterior había viajado a Kandil con una cantidad ingente de personas, en esta ocasión me encontraba absolutamente solo y sin traductor en un recóndito lugar, muy cercano a la frontera iraní. A poco más de media hora de Rania en taxi, las tiendas del campo de desplazados de Goyar y un convoy *peshmerga* marcaban el punto exacto hasta el que se podía llegar por motivos de seguridad. En aquel momento de la mañana, los bombardeos de la artillería iraní estaban siendo muy intensos, y las explosiones podían observarse y oírse en la lejanía. El terreno era tan abrupto que algunos *peshmerga* utilizaban burros para poder patrullar las zonas de más difícil acceso.

Tras merodear por la zona y hablar con algunos milicianos de la UPK, el comandante del destacamento me asignó a uno de sus hombres, que chapurreaba el inglés, para que me acompañara durante unas horas a hablar con los civiles desplazados. El Comité Internacional de la Cruz Roja y ACNUR eran las dos organizaciones encargadas de disponer los campos y de dar cobertura sanitaria y logística a unas personas desplazadas que, poco a poco, iban contándose por millares.

—Hemos traído a todos los animales porque no sabemos cuándo volveremos. No es la primera vez que ocurre. En una ocasión tuvimos que estar hasta seis meses lejos de casa por culpa de los bombardeos —

explicaba Alí, un vecino desplazado de la cercana aldea de Swune—. Cuando no es Turquía, es Irán. Estamos hartos —protestaba aquel hombre de unos cincuenta años y ojos zarcos que compartía campamento con cerca de ochocientos residentes de diferentes poblaciones de la región de Kaladiza.

Lo cierto es que, desde que el PKK estableció su cuartel general en Kandil a principios de los 2000 y, posteriormente, se creara el PJAK, ambas potencias regionales han atacado periódicamente el macizo montañoso, provocando decenas de muertes entre la población civil. Por enésima vez, Teherán y Ankara acusaban al presidente del Gobierno Regional del Kurdistán iraquí, Masud Barzani, de «dar cobertura a los terroristas y entregar trescientas mil hectáreas de terreno» para que el PKK y el PJAK pudieran «establecer sus bases de operaciones». Por este motivo, ambos Gobiernos siempre han defendido su derecho a combatir los rebeldes kurdos a ambos lados de la frontera. Para garantizar la seguridad de los civiles que escapaban de los combates, las autoridades de Arbil habían desplegado a doce mil *peshmerga* a lo largo de la frontera con Irán.

Como en todo conflicto, el número de bajas difería mucho en función del bando que difundiera la información. Según la televisión iraní Press TV, dos miembros de las fuerzas iraníes y veintiún guerrilleros del PJAK habían muerto en los últimos dos días en la región de Sardasht, mientras que los hospitales de la zona confirmaban el deceso de tres civiles. En una conversación telefónica, Ahmet Deniz, portavoz del KCK, cifraba en doscientos cincuenta los soldados iraníes abatidos por los rebeldes kurdos, entre ellos tres altos mandos, y quince bajas en las filas kurdas. El vocero de la guerrilla hablaba, además, de numeroso armamento capturado por el PJAK al Ejército iraní. Tras casi dos meses de combates, en septiembre de 2011, el PJAK declaró una tregua unilateral y retiró a sus tropas del territorio iraní, circunstancia que aprovechó Teherán para sacar pecho y anunciar oficialmente su victoria. De nuevo se cumplía la máxima de que, en toda guerra, la primera víctima es la verdad.

3

EL HOMBRE TRAS LA HISTORIA DEL PKK

KARLOS ZURUTUZA

Siempre que las circunstancias lo permiten, el responsable de prensa del PKK en Kandil responde al teléfono o al email. Cuando uno quiere ir a entrevistar a este o aquel alto rango de la guerrilla, es imprescindible avisar con tiempo, ya que, dependiendo de quién se trate, pueden necesitar días para atravesar las montañas hasta llegar al punto de reunión. Llevaba años yendo a Kandil al menos una vez cada año gracias a Roj Welat; ese era el nombre en clave de un kurdo de Dersim, Turquía, cuya prolongada estancia en Australia se dejaba notar en su acento. Aquel día de marzo de 2013, Roj se despedía de mí. El movimiento lo enviaba a Estados Unidos, donde haría *lobby* para el maquis kurdo, pero, según decía, me dejaba «en buenas manos». Su sucesor en el cargo iba a ser Zagros Hiwa, un kurdo de Irán de treinta y ocho años. Como si se tratara de un intelectual al que se le ha ocurrido probarse ropa militar, vestía una camisa azul celeste bajo el uniforme verde oliva de la guerrilla. En realidad, era más o menos así. Sus gestos pausados, su forma de hablar igualmente sosegada, incluso su forma de andar lo delataban como alguien llegado del este de Kurdistán. Muchos

lo achacan a ese «elemento persa» ausente en los kurdos de Turquía y, sobre todo, en los de Irak.

Al poco de conocerlo, supe que la suya era una historia que quería contar, aunque haría falta más de una visita al bastión del PKK en las montañas para conseguir ganarme su confianza. Volvía allí a menudo para recoger la «versión de Kandil» sobre el último proceso de paz fallido, la última oleada de arrestos, la situación de los kurdos de Siria… Al principio las entrevistas se hacían bajo techo, pero el aumento de la vigilancia sobre la zona y los cada vez más frecuentes bombardeos tras la ruptura del proceso de paz, en 2015, obligaron a cambiar los hábitos. Zagros me recogía en la aldea de Bokriskan y, después de dejar allí los teléfonos móviles que pudieran emitir alguna señal y ser localizados, me llevaba a un lugar en las montañas al que una arboleda protegía de la vista de los drones. La parte de atrás de la camioneta iba cargada con sillas de plástico, agua, algo de fruta y las banderas del PKK que colgarían a la espalda del entrevistado desde dos pequeños mástiles. Antes de responder a la primera pregunta, cada líder guerrillero hacía una exposición sobre el pueblo kurdo y su papel en Oriente Medio que solía durar entre diez y veinte minutos. Zagros traducía pacientemente al inglés; a veces del kurdo, pero también del turco, lengua que muchos guerrilleros dominan mejor como resultado de las políticas de asimilación de Ankara. No fue este el caso de Bese Hozat, una de las líderes del movimiento. Su lengua materna era el zazaki, una arcaica variedad kurda que el propio Zagros tenía dificultades para entender. «Bienvenido a Mesopotamia», me dijo entonces la guerrillera, incidiendo así en la maravillosa diversidad de aquel rincón del mundo.

Durante una visita en el otoño de 2014, Zagros me dijo que tenía una sorpresa para mí. Había una familia en Kandil que había llegado desde Jorasán, un enclave kurdo al noreste de Irán cuya población desciende de kurdos forzosamente desplazados hasta allí en el siglo XVI para proteger la frontera nororiental de Persia. A pesar de vivir en un territorio totalmente desconectado físicamente del resto de Kurdistán durante quinientos años, los jorasaníes mantienen aún vivas tanto su lengua como su cultura. Se trataba de un matrimonio sin hijos, algo muy raro entre los kurdos.

Renegaban de Irán, aunque no dieron demasiados detalles de lo que los había llevado a instalarse en Kandil un par de meses atrás. La razón, explicó él, era que querían vivir en el lugar donde los kurdos fueran libres.

—Ya estamos en casa —me dijo al final de aquella comida a base de pollo con patatas fritas y arroz.

Tras el té, Zagros y yo acudimos a la cita que teníamos concertada con Zeki Shengali, uno de los líderes del PKK. Cuatro años más tarde, vería su esquela tras ser alcanzado en un bombardeo turco sobre Sinyar. Varios medios kurdos utilizaron entonces la foto que le había sacado en Kandil. Aparecía sonriente, como si lo del bombardeo hubiera sido un falso rumor.

Durante los últimos años, he visitado varias veces con Zagros el cementerio que el PKK tiene en Bokriskan. Es un recinto amurallado repleto de hileras de lápidas en mármol, en las que figura el nombre del difunto bajo una bandera del movimiento, y sin distintivos religiosos. Las rodean otras mucho más humildes que tuvieron que improvisar por la oleada de cuerpos que llegaban de Siria e Irak, la mayoría de ellos caídos en la batalla contra EI. El cementerio de Bokriskan era un lugar de reunión para los muertos, pero también para los vivos. Durante un almuerzo en el pequeño edificio a la entrada, un guerrillero de Van (Turquía) bromeó diciendo que tenía «una parcela con vistas reservada en el camposanto». Durante aquella misma comida, le dije a Zagros que después de tanta entrevista con los mandos ya solo me quedaba la suya—. Si crees realmente que mi relato tiene algo que aportar, entonces no tengo objeción —respondió.

Zagros apenas tenía cuatro años cuando estalló la revolución que sacudió al país en 1979, pero decía conservar una imagen «muy viva» de aquello:

—Recuerdo a la gente huir cuando el ejército entró en Kurdistán; recuerdo las ejecuciones en las calles… Tuvimos que abandonar nuestra aldea para ir a la ciudad, a Sanandaj —contaba, remontándose a los inicios de la década de los ochenta.

A pesar de que los kurdos de Irán habían participado activamente en el levantamiento que derrocó a Mohamed Reza Pahlaví, el nuevo liderazgo del

ayatolá Jomeini reprimió duramente la oleada nacionalista kurda tras la caída del sátrapa que gobernó el país desde 1941. Fueron años difíciles, en los que los padres de Zagros, ambos campesinos, apenas contaban con recursos para mantener a sus siete hijos en la ciudad. Contra todo pronóstico, aquel kurdo se forjó su propio camino a través de una vía inesperada.

—En la escuela tuve un muy buen profesor que me transmitió el interés por el inglés —recordaba el combatiente, quien acabaría licenciándose en Filología Inglesa en Sanandaj en 1996 con un expediente excelente.

De hecho, Zagros era ya profesor de secundaria cuando obtuvo un posgrado en Enseñanza del Inglés como Lengua Extranjera. Muy a su pesar, aquel sería el final de su hasta entonces brillante trayectoria académica. Tras aprobar el examen para desarrollar su tesis y doctorarse en la Universidad de Shiraz, fue finalmente descartado cuando la Comisión de Supervisión Académica dictaminó que aquel joven era «una amenaza para el Estado». Ser kurdo y suní es un doble hándicap en un país gobernado por una élite persa y chií. Aquel lingüista kurdo difícilmente podía imaginar que la próxima vez que pisaría una clase sería en el macizo de Kandil.

Las montañas

Zagros se empezó a plantear «seriamente» la posibilidad de unirse a la guerrilla tras el complot internacional para arrestar a Öcalan de 1999. Después de abandonar Siria por la presión de Turquía sobre Damasco, el cofundador y líder del PKK inició un periplo internacional que acabó con su arresto en Kenia a manos de agentes especiales turcos mientras se dirigía de la embajada griega al aeropuerto de Nairobi. La captura del «enemigo número uno» de Turquía fue reclamada por las autoridades de Ankara como una gran victoria. Por su parte, los kurdos denunciaron «un complot internacional» que involucró a varios servicios de seguridad, entre ellos, la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés), el Servicio de Seguridad británico (MI5) y el Mosad.

Zagros decía que había visto reflejada en Öcalan «la soledad del pueblo kurdo frente al mundo». Tras leer sus libros y participar en muchas discusiones y debates, decidió unirse al movimiento en 2001. Como cualquier otro recluta, recibió entrenamiento militar y clases de pensamiento político durante el habitual periodo de tres meses, y desde entonces aseguraba haber hecho casi de todo: desde combatir a cielo abierto hasta instruir a los recién llegados en las aulas de la guerrilla en las montañas. En realidad, cuando lo conocí en 2013, podía decirse que acababa de salir de clase. Desde aquel día, había asistido a informadores llegados de todas partes y en números que aumentaron con la irrupción de Estado Islámico en la región. Zagros lamentaba que algunos fueran «para confirmar sus prejuicios», pero subrayaba que la mayoría contaba la verdad. Y eso, decía, incluía también a los turcos.

—Yo sabía muy poco de periodismo cuando llegué por primera vez, pero desde entonces he conocido a cientos de periodistas de todas partes del mundo —decía aquel guerrillero que llevaba diez años sin ver a su familia. La última vez había sido en 2005, cuando sus padres accedieron a la región en una visita no exenta de riesgos.

A pesar de todo lo que había dejado atrás en su ascensión a la montaña, Zagros se veía a sí mismo como un «eterno estudiante»: había mejorado sus habilidades sociales, así como sus niveles de inglés, árabe, persa y turco, y, sobre todo, había aprendido mucho sobre el papel y el lenguaje de los medios de comunicación.

El relato de Zagros no deja de ser una historia personal que quizás no justifique un capítulo en este libro para el lector. Si la incluyo, es porque creo que arroja algo de luz sobre las raíces de un conflicto tan fosilizado como el kurdo. ¿Habría llegado Zagros a Kandil de haber podido continuar con su brillante trayectoria académica? Me he hecho esta pregunta muchas veces, aunque tal vez ni él mismo tenga la respuesta. En cualquier caso, esta solo despejaría la trayectoria vital de un único individuo. La pregunta, sin embargo, esboza ya el escenario para millones de ellos.

4

LOS FARDOS DEL PECADO

DAVID MESEGUER

—El contrabandista dice que hay más de tres metros de nieve en la montaña y que las rutas están impracticables. No saben cuándo volverán a ponerse en marcha. Quizás sea necesario esperar dos o tres días, o toda una semana, quién sabe —nos dijo Kamal tras finalizar la llamada transfronteriza que había mantenido con un porteador kurdoiraní.

Las explicaciones recibidas por aquel periodista treintañero desde el salón de su casa en Choman, una localidad kurdoiraquí de treinta mil habitantes situada a veinticinco kilómetros de la frontera con Irán, no venían sino a confirmar lo que el fotoperiodista catalán Guillem Sartorio y yo observábamos a través del cristal de la ventana, lleno de vaho. Lejos de remitir, una copiosa nevada que había arrancado tres jornadas atrás seguía acumulando centímetros y centímetros de nieve. Todo parecía apuntar a que la caprichosa meteorología iba a echar al traste la posibilidad de contar una historia muy poco documentada periodísticamente y en la que Guillem y yo llevábamos meses trabajando: el contrabando de alcohol que porteadores kurdoiraníes introducen ilegalmente en el país de los ayatolás.

Si bien la BBC Persian Television había emitido un breve reportaje sobre dicha actividad a mediados de los 2000, prácticamente no existían documentos gráficos que explicaran el *modus operandi* de unos hombres que se enfrentan incluso a la pena de muerte por un puñado de dólares. Realizar aquel reportaje significaba, además, poder explicar las condiciones socioeconómicas en las que vive buena parte de la población del Kurdistán iraní sin la necesidad de pedir un visado de periodista a las autoridades de Teherán (que, por otra parte, rara vez conceden). Lejos de vernos vencidos por la frustración, y para evitar perder jornadas de trabajo, apelamos a una de las aptitudes más valiosas que un reportero adquiere con la experiencia: la capacidad de improvisación. Como había sucedido en nuestro caso, un periodista puede haberse pasado semanas produciendo un reportaje, es decir, preparando contactos, alojamiento, transporte…, y que un factor externo inesperado obligue a cambiar por completo el plan de trabajo.

Tras comentarlo con nuestro *fixer* Kamal, finalmente tomamos la decisión de viajar a Suleimaniya para cubrir otros temas y que, desde Choman, el joven periodista nos mantuviera informados de la evolución de las condiciones meteorológicas y de la actividad de los contrabandistas. Después de visitar el frente del PKK contra EI en las llanuras de Kirkuk y documentar la situación de los refugiados kurdosirios en un campo cercano a Suleimaniya, volvimos a contactar con Kamal para ver si, por fin, la diosa Fortuna se situaba de nuestro lado.

—Aunque hace tres días que ha dejado de nevar, todavía hay muchísima nieve acumulada. El grupo de contrabandistas con el que tengo contacto sigue sin estar operativo. Me comentan que los senderos y las rutas de alta montaña siguen bloqueados —nos dijo el reportero kurdo por vía telefónica —. Pero la previsión para los próximos días es buena. Venid a Choman y quizás tengamos suerte —señaló nuestro *fixer,* tratando de inyectarnos optimismo.

Con estudios de Magisterio en su haber, Kamal se había forjado a sí mismo como periodista y analista reporteando sobre las diferentes dimensiones del conflicto kurdo. Su actitud crítica con los dos principales partidos del Kurdistán iraquí, el PDK y la UPK, así como su espíritu libre e

independiente, no sujeto a la dinámica de los medios afines a partidos políticos, le habían hecho ganarse defensores y detractores a partes iguales.

—Preparamos nuestras cosas y subimos a Choman en taxi —le dijimos a Kamal desde Suleimaniya.

Nuestro guía conocía aquella parte de los montes Zagros y sus dinámicas de contrabando y guerrillas como nadie. Si él pensaba que aún era posible realizar el reportaje, debíamos creerle.

Ríos de alcohol hacia Irán

En el trayecto de más de cinco horas hasta Choman, aproveché para tomar algunas notas de lo que implicaba el consumo de alcohol en Irán. Allí, su ingesta supone un auténtico desafío a los dictados de las autoridades religiosas. Como en cualquier régimen gobernado por la ley islámica, en Irán existen dos mundos: el público, regido por el orden, la censura y la moral; y el privado, donde la subversión, lo inmoral e incluso el pecado tienen cabida. Por lo tanto, si en el país de los ayatolás el consumo de bebidas alcohólicas está tajantemente prohibido, ¿cómo llegan hasta allí?

La respuesta estaba en los pies de Irfán, un contrabandista kurdoiraní de treinta y dos años. Con semblante exhausto y recostado frente a una hoguera improvisada en el claro de una ladera donde la hierba ganaba terreno a la nieve, aquel joven de cuerpo atlético comenzó a despojarse de sus maltrechas botas y de sus gruesos calcetines para mostrar la dureza de su trabajo. Uno, dos, tres… y hasta seis calcetines, que, como si de capas de cebolla se tratara, protegían unos pies castigados por las gélidas temperaturas y los kilómetros acumulados. La piel carcomida de los dedos y unas uñas de color cobrizo advertían de la extremada dureza de aquella actividad ilegal. Escurridizos y sigilosos como una manada de lobos, conseguir localizar a los hombres que abastecen de alcohol a los muebles bar de Irán había sido una misión bastante complicada.

Una vez en Choman, y para no quedarnos inactivos en su casa, Kamal nos propuso subir a las montañas para convivir con un batallón *peshmerga* del Partido Democrático del Kurdistán de Irán, una de las guerrillas que lucha contra el régimen de Teherán, al tiempo que él seguiría insistiendo con el grupo de contrabandistas que conocía. En el transcurso de una marcha militar por la ladera de un angosto pico, los milicianos hicieron un alto en el camino para otear las posiciones de la Guardia Revolucionaria iraní a golpe de prismático. Mientras aquello sucedía, uno de los *peshmerga* advirtió en la lejanía la presencia de una caravana de porteadores que,

luchando en cada paso contra el gran manto de nieve, se habían acabado internando en territorio iraquí.

—No son los porteadores que yo conozco, pero no os preocupéis, que voy a tratar de convencerlos para que hablen con nosotros —nos dijo Kamal a Guillem y a mí para calmar nuestra ansia periodística, consciente de que llevábamos meses esperando aquel momento.

Asombrados por el encuentro con reporteros extranjeros en tan inhóspito paraje, Kamal persuadió a los contrabandistas para que accedieran a explicar los entresijos de su profesión, aunque con la condición de mencionar solo sus nombres de pila y de no tomar instantáneas que permitieran determinar su identidad.

—Realizamos este trabajo aun a sabiendas de su dureza y del enorme riesgo que implica. Las personas que estamos aquí no disponemos de ni siquiera veinticinco dólares en nuestros bolsillos. No tenemos otra alternativa para alimentar a nuestras familias —señaló Irfán con la aprobación de sus doce compañeros de expedición, diseminados alrededor de una fogata en cuyo centro humeaba una tetera metálica.

El grupo de contrabandistas había decidido reponer fuerzas en aquel lugar indómito del Kurdistán iraquí tras diez horas de ruta a través de unas montañas completamente nevadas que superaban los tres mil metros.

Eran las tres de la tarde y, tal como explicaban, habían emprendido la marcha a las cinco de la madrugada desde el lado iraní de la frontera, aprovechando los últimos minutos de oscuridad para burlar con mayor facilidad a los guardas fronterizos iraníes. A pesar de los veintiún grados bajo cero que se habían alcanzado durante la noche y del metro de nieve acumulado en algunos puntos de la ruta, el camino de ida había sido relativamente sencillo al haberlo realizado sin ningún tipo de carga.

Irfán, padre de dos hijos y con diecisiete años de experiencia en el mundo del contrabando, decía que cualquier persona que se negaba a pasar por el aro del sistema era considerada un traidor y carecía de oportunidades de trabajo. Por aquel motivo, explicaba, en las zonas kurdas de Irán, la situación es terrible. Como él, todos los porteadores que componían la caravana eran originarios de Piranshahr, una ciudad del Kurdistán iraní de

cien mil habitantes situada a escasos kilómetros de la frontera con Irak.

Según datos oficiales del Gobierno de Teherán, en 2017 la tasa de desempleo en Irán se situaba en torno al 11,5 por ciento, mientras que en las zonas de mayoría kurda alcanzaba el 13 por ciento. Una cifra muy cuestionada por los representantes de esta región en el Parlamento iraní, quienes indicaban un paro por encima del 50 por ciento. Siguiendo el mismo patrón de conducta que los gobiernos centrales de Turquía, Siria e Irak hasta la caída de Sadam Huseín, el régimen de los ayatolás, que ocupó el poder tras la Revolución islámica de 1979, había dedicado menor inversión en las regiones kurdas para ralentizar el desarrollo y evitar, así, el empoderamiento de movimientos autonomistas o, incluso, secesionistas.

La precaria situación económica por la que atravesaban aquellos hombres se apreciaba en la sencilla vestimenta y el rudimentario material de los que disponían para afrontar tan dura actividad. Allí no había polares térmicos de marca ni botas Gore-Tex aislantes del frío. De hecho, sus cazadoras, jerséis de lana, pantalones, mochilas, botas, zurrones de piel o bastones eran tan básicos que, en cierta medida, recordaban a los del equipo que llevaba Edmund Hillary en los años cincuenta cuando se convirtió en el primer alpinista en coronar el Everest. Lo único que todos llevaban bien protegido del frío y la humedad —y que indicaba que nos encontrábamos en la segunda década del siglo XXI— era el *smartphone*. Con él, aparte de tomar fotos y vídeos durante la travesía que después compartían con sus allegados, llamaban a los miembros de la organización una vez alcanzaban territorio iraquí.

—Nosotros salimos de Irán y llamamos a los que almacenan el producto cuando hemos conseguido llegar a la frontera sin sufrir ningún tipo de percance. Es entonces cuando ellos preparan toda la mercancía para nuestra llegada —detallaba Xerzat, un joven de dieciocho años de mofletes rojizos que, hasta hacía uno, trabajaba en una fábrica textil.

Con «ellos» se refería a los responsables de la organización, que además eran los encargados de adquirir los diferentes productos y transportarlos hasta una caseta prefabricada de color blanco, situada en medio del monte, que ejercía las funciones de almacén. Eran ellos quienes sacaban mayor

tajada de aquel arriesgado pero suculento negocio.

—Durante el invierno, transportamos de todo: ropa, televisores de plasma, diferentes tipos de aparatos electrónicos…, pero, sobre todo, tabaco y alcohol —pormenorizó Irfán mientras parecía poner fin a su descanso.

A lo lejos se divisaba la silueta de tres hombres armados con fusiles AK-47 que llegaban a pie acompañados por mastines. Cualquier precaución era poca en una región donde los auténticos dueños de las laderas eran los lobos. Los encargados de aprovisionar el barracón y distribuir el alcohol habían llegado, y los porteadores se preparaban para que les entregaran las botellas que deberían cargar hasta Irán. Apartado de cualquier mirada indiscreta, el punto de abastecimiento y descanso de los contrabandistas se encontraba aproximadamente a cinco kilómetros de la frontera iraní, en las inmediaciones de la población kurdoiraquí de Hacî Omeran.

Xerzat comentó que trabajaban durante las cuatro estaciones del año, siempre que existiera una ruta libre para partir. Mientras tanto, los responsables del almacén abrían las puertas de la caseta prefabricada y las de un pequeño habitáculo anexo, cubierto por una lona azul de plástico. En su interior, la poca luz que entraba dejaba atisbar decenas de cajas apiladas de diferentes tipologías de alcohol y marcas. *Whisky* Chivas Regal de doce años o vodka Grey Goose eran algunos de los logotipos que podían identificarse, así como varios lotes de vino búlgaro. Una botella de setenta centilitros de aquel *whisky* escocés costaba alrededor de veinticuatro dólares en un supermercado, el litro de aquel vodka destilado en Francia rondaba los treinta dólares, mientras que el vino búlgaro no superaba los diez dólares por unidad. Precios que se multiplicaban hasta por diez en el mercado negro de Irán.

—Cuanto más lejos de la frontera con Irak, más se encarece el producto. No vale lo mismo una botella de *whisky* en Tabriz que en Teherán —subrayó Ismaíl, un hombre de cincuenta y dos años y padre de cuatro hijos que era el más veterano del grupo—. Un Chivas puede alcanzar los doscientos dólares en la capital, una botella de vodka, cien, y el vino se sitúa sobre los cincuenta dólares —detalló aquel porteador de largo mostacho y con más de una década a sus espaldas ejerciendo el

contrabando.

Tras revisar las existencias de botellas disponibles, los encargados del almacén abrieron el capó de un todoterreno situado justo enfrente de la caseta que llevaba varios días inmovilizado por culpa de la copiosa nevada. Aunque no podrían utilizarlo hasta que el nivel de nieve disminuyera, aprovecharon la ocasión para poner en marcha el motor y echar líquido anticongelante. Una vez realizada la tarea de mantenimiento del vehículo, uno de los responsables de la organización sacó del bolsillo interior de su austera cazadora una pequeña libreta y la apoyó en el lateral del cuatro por cuatro. Acto seguido, comenzó a apuntar en farsi y a vocear el nombre de los trece porteadores y el tipo de alcohol y la cantidad de botellas que cargaría cada uno: «Yasir, nueve de Chivas y seis de Grey Goose; Xerzat, nueve de vino y nueve de Grey Goose…».

Mientras esperaba a ser mencionado y que le asignaran su carga, Irfán aprovechó para explicar más detalles de aquella actividad tan antigua como la creación de las fronteras.

Aquel hombre de treinta y pocos años, y que en algún momento de su vida había combinado el contrabando con la construcción, aseguraba que por cada viaje podían ganar unos setenta dólares por persona. También señalaba que, si las condiciones meteorológicas eran buenas y no había ningún tipo de contratiempo, podían hacer hasta tres viajes semanales. Una cantidad de dinero por cada porte nada desdeñable teniendo en cuenta que el salario medio en Irán se situaba alrededor de los cuatrocientos noventa dólares y que el salario mínimo era de doscientos cuarenta y ocho dólares, pero quizás no excesivamente elevada por todos los riesgos que conllevaba.

Disparos, minas y congelaciones

Finalizada la asignación, los trece porteadores se arremolinaron frente a la entrada del habitáculo cubierto con un plástico azul y esperaron a que los encargados del operativo les fuesen entregando todas las cajas que deberían transportar aquella jornada. De uno en uno, Xerzat, Ismaíl, Irfán y sus compañeros desfilaron con las cajas de alcohol hasta el claro donde habían descansado y tenían todos sus enseres. Allí, con cuchillos y otros utensilios cortantes, los contrabandistas comenzaron a rajar las cajas de cartón dividiéndolas en tres partes y, posteriormente, distribuyeron las botellas respetando la asignación establecida. A continuación, envolvieron con suma destreza cada tercio de caja, que contenía tres botellas, con una cinta adhesiva que las protegería de los golpes durante la larga travesía.

—El peso que llevamos depende de la capacidad de cada uno y del clima. Pero solemos cargar entre treinta y cuarenta kilos por persona —explicaba Ismaíl mientras preparaba su fardo.

Con la rapidez y maña de alguien que ha repetido la misma operación decenas de veces, cada contrabandista apilaba verticalmente entre cinco y seis paquetes de tres botellas que volvía a encintar para formar un gran bulto. Después, envolvían el paquete con una lona negra impermeable de plástico, en cuyos extremos había unas correas de las que los porteadores tiraban con ahínco para facilitar el empaque. Ya solo faltaba cubrirlo todo con una gran lona de color beis manchada de tierra que tenía varias correas que sujetaban la carga y actuaban como asas de una singular mochila.

Bien sujeto y atado todo, Ismaíl se sentó en el suelo y pasó los brazos entre las asas. Con un movimiento brusco, se levantó para comprobar la fiabilidad y comodidad del fardo. Un compañero lo ayudó a ajustar algunas correas y hebillas. El veterano porteador dio unos pasos para cerciorarse de que la carga estaba a su gusto, y luego volvió a sentarse para desprenderse del fardo. Los doce hombres restantes realizaron el mismo protocolo, y lo que antes había sido un claro lleno de enseres era ahora un campo repleto

de grandes bultos esparcidos.

—Ahora queda lo más duro y peligroso: la vuelta —comentó Xerzat, consciente de los riesgos que deberían afrontar en las próximas horas. Si el trayecto de ida se situaba en torno a las diez horas sin carga alguna, el regreso con los fardos por aquellas cumbres nevadas de más de tres mil metros podía alcanzar las veinte horas de travesía.

Mientras se formaba un corrillo de porteadores curiosos por escuchar la conversación, Irfán explicaba que los pasdaranes siempre los atacaban cuando regresaban a Irán, pues sabían que iban cargados y era más difícil huir. Aunque no se trataba de una caza sistemática del ejército iraní contra los contrabandistas, sino más bien de jugar al gato y al ratón, sí que es cierto que en determinados momentos la presión del régimen de los ayatolás contra aquella actividad ilegal era máxima. De hecho, según la organización kurdoiraní de derechos humanos Hengaw, en los dos primeros meses de 2017, cuatro contrabandistas habían muerto y doce habían resultado heridos como consecuencia de los disparos de la Guardia Revolucionaria iraní.

—En una ocasión, los soldados iraníes nos vieron y comenzaron a disparar. Tuvimos que pasar toda la noche agazapados, sin movernos y sin comida. Tenía tan poca energía que, por culpa de las congelaciones, casi pierdo uno de mis dedos —dijo Irfán bajo la atenta mirada de sus compañeros. El clima era tan distendido que la cascada de anécdotas y vivencias se sucedía.

—Los que más compran y consumen el alcohol que traemos son los que nos disparan —subrayó Xerzat con un tono a medio camino entre la indignación y el asombro.

—Un día me arrestaron, y lo primero que hicieron fue abrir el bulto que llevaba y beberse el mejor alcohol. El resto de botellas las vendieron —denunció Irfán de forma vehemente.

Los contrabandistas explicaban que, en caso de ser arrestados, eran considerados activistas políticos y podían ser objeto de torturas y vejaciones por parte de las fuerzas de seguridad iraníes. Pero, mientras algunos activistas kurdoiraníes estaban en el corredor de la muerte esperando la horca, los porteadores solían ser liberados tras el pago de una sanción.

El ambiente era tranquilo y relajado. Los fardos ya estaban preparados y aún quedaba mucho margen para iniciar la caminata hacia Irán, que se realizaría a altas horas de la noche y luego de haber cenado. Bajo aquella coyuntura, las explicaciones sobre el *modus operandi* y los diferentes riesgos a los que están expuestos los porteadores seguían fluyendo de forma natural. Los contrabandistas coincidían en señalar que la gran cantidad de nieve acumulada y las numerosas minas antipersona enterradas durante la guerra entre Irak e Irán de 1980 a 1988 hacían necesaria la presencia de un guía que conociera cada rincón de la ruta como la palma de su mano. Según explicaban los porteadores, este encabezaba la caravana e iba exento de carga para que, de este modo, pudiera andar mucho más ligero y estar solo pendiente del camino. Cuando se cansaba, era relevado por otro hombre, que le cedía su fardo.

—Cuando las tormentas de nieve son muy intensas, no puedes ver ni dos metros delante de ti. Este es el motivo por el que algunas personas se quedan atrás y mueren congeladas —señaló Ismaíl antes de exponer dos casos que ejemplificaban a la perfección la dureza de aquella actividad—. A dos amigos les tuvieron que amputar las piernas a causa de las congelaciones. También conozco el caso de un hombre que se fracturó la pierna y no tenía cobertura para llamar. Se quitó la vida con un cuchillo —explicó el porteador más veterano del grupo.

Tras frotarse animosamente las manos para combatir el intenso frío, Irfán se arrancó a contar que, cuando no había demasiada nieve y la climatología era favorable, utilizaban caballos para transportar los fardos. Advertía, no obstante, de que los animales tampoco estaban a salvo de los disparos de los guardias iraníes ni de los ataques de los lobos. Por suerte para los contrabandistas, las distintas guerrillas que luchan contra Teherán y operan en la región no entorpecen sus actividades, aunque sí deben pagarles un «impuesto revolucionario» para poder usar las rutas.

—Cuando sabemos que ha sucedido algún tipo de escaramuza entre los guerrilleros y el ejército iraní, no salimos a la montaña, pues la vigilancia es mucho mayor —apuntó Xerzat para, acto seguido, recordar una anécdota—. En una ocasión, un enfrentamiento nos pilló de travesía y tuvimos que

quedarnos escondidos cuatro días en las montañas hasta que la situación se relajó.

Imponente en un cielo completamente claro, el astro rey regaló los últimos rayos y desapareció tras una majestuosa montaña. Como si de un aviso se tratara, el grupo de contrabandistas comenzó a prepararse para ir a cenar y recargar energías en una aldea situada a quince minutos del almacén antes de iniciar, a plena oscuridad, el camino de regreso a Irán.

—No podemos utilizar ningún tipo de luz para guiarnos, ni tampoco fumar, porque la guardia fronteriza nos detectaría —advirtió Ismaíl antes de despedirse.

—Al otro lado de la frontera, llegamos a una pequeña aldea desde donde llamamos por teléfono y, en cuestión de minutos, llegan varios vehículos, en los que cargamos todos los fardos y, luego, desaparecemos —detalló Irfán con el aplomo de alguien que llevaba más de tres lustros dedicado al negocio del contrabando.

Era hora de ir a cenar. Los trece porteadores y los tres responsables del almacén recogieron todos sus enseres y desaparecieron sigilosos entre la penumbra. Dos días después, un mensaje de Telegram nos certificó que la expedición había sido un éxito y que tanto porteadores como carga habían llegado a Irán sin contratiempos. Gracias a los pies de Irfán, alguna persona podrá seguir «pecando» en el país de los ayatolás.

5

EL MAQUIS KURDO QUE LUCHA CONTRA IRÁN

DAVID MESEGUER

—Este emplazamiento es un objetivo militar. Si decidís quedaros, será bajo vuestra responsabilidad —advirtió con voz firme el comandante Rahim Manguri instantes después del protocolario saludo de bienvenida.

Aunque aquel invierno de 2017 había congelado los combates entre la Guardia Revolucionaria iraní y los *peshmerga* del Partido Democrático del Kurdistán de Irán, el mando guerrillero era consciente de que las hostilidades podían reanudarse en cualquier momento, y quiso dejar constancia de su advertencia. Acompañado por el fotógrafo Guillem Sartorio y nuestro *fixer* Kamal, el encuentro con aquella unidad guerrillera kurda se produjo en una humilde y diminuta vivienda reconvertida en un improvisado acuartelamiento militar.

—Estamos en una zona con una actividad guerrillera muy intensa. El PKK, el PDKI y los comunistas de Komala tienen bases aquí —señaló Kamal, muy buen conocedor de aquella región, de la que era oriundo.

Escondida en el fondo de un inhóspito valle del Kurdistán iraquí rodeado por elevadísimas montañas, el trayecto hasta aquella base

peshmerga, situada a escasos cinco kilómetros de la frontera con Irán, no era nada sencillo. La enorme capa de nieve acumulada había dejado los accesos impracticables, por lo que una larga caminata en medio de una fuerte ventisca y un tramo en un todoterreno equipado con cadenas habían sido necesarios para llegar al bastión de aquella organización político-militar que en 2015 decidió reanudar la lucha contra el régimen iraní.

En un momento en el que grupos armados de latitudes lejanas como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) habían decidido abandonar la lucha armada, resultaba interesante conocer los motivos por los que una organización histórica como el PDKI había apostado por volver a empuñar las armas. Durante las veinticuatro horas en las que compartimos innumerables rondas de té, largas conversaciones hasta altas horas de la madrugada y maratonianos patrullajes por la montaña, pudimos entender por qué la veintena de jóvenes que cohabitaban en aquel puesto guerrillero lo habían abandonado todo para echarse al monte y convertirse en *peshmerga*.

A pesar de que el sol brillaba con todo su esplendor, el frío era tan intenso que el único combatiente kurdo que permanecía fuera de la cabaña era el centinela. El resto de la tropa se encontraba a resguardo en la estancia principal de la vivienda, en cuyo centro había un brasero que devoraba madera a un ritmo frenético. Una gran cantidad de botas, calcetines y otras prendas humedecidas por la nieve se apoyaban en la parte inferior del hornillo metálico. En la parte superior hervía una gran tetera, de la que pronto comenzaron a rellenarse vasos para todos los allí presentes.

—Hemos retomado la lucha armada porque somos conscientes de que el régimen iraní nunca va a tener en cuenta nuestras demandas. Debemos presionarlos, y la mejor manera de hacerlo es mediante las armas —expuso de forma tajante Rahim Manguri ante la atenta mirada de sus jóvenes cadetes, diseminados por toda la habitación alrededor de la lumbre.

De cincuenta y dos años y originario de Piranshahr, una ciudad kurdoiraní de cien mil habitantes fronteriza con Irak, el responsable de aquel destacamento explicaba que en 1979 se unió al PDKI como militante político y que, tres años más tarde, se convirtió en miliciano *peshmerga*.

—Lo hice por la represión del régimen iraní contra mi pueblo. No podía quedarme de brazos cruzados —subrayó el comandante, interpelando con la mirada a Kamal para asegurarse de que nos traducía con precisión sus explicaciones.

Como miles de kurdos en Irán, Manguri inició su activismo político a finales de los setenta, cuando un amplio espectro de agentes políticos, sociales y religiosos del país se movilizaron para acabar con el sah de Persia. Tras la Revolución iraní de 1979, el recién nombrado líder supremo, el ayatolá Ruholah Jomeini, prohibió las formaciones políticas kurdas y el aparato del PDKI tuvo que exiliarse.

De orientación socialdemócrata, los orígenes del Hadaka —como es popularmente conocida la formación en kurdo— se remontan a 1945. Como la gran mayoría de partidos kurdos, el PDKI también cuenta con su propia milicia y tiene sus bases en la retaguardia montañosa del Kurdistán iraquí. Tras varios años sin actividad armada por expresa demanda de su partido homónimo en Irak, la organización volvió a las armas en 2015, tras el levantamiento popular que se produjo en la región a causa de la muerte en Mahabad de una mujer que, presuntamente, huía de un pasdarán que quería violarla.

—El pueblo kurdo lleva muchos años bajo la opresión del sah de Persia y el régimen de los ayatolás, y es por este motivo que somos tan pobres. No queremos un Kurdistán independiente, porque económica y políticamente es muy complicado. Apostamos por un sistema democrático y federal para poder beneficiarnos de los recursos de Irán —detallaba Yamal Bornasar desde un extremo de la estancia para completar la exposición de su superior.

Con una incipiente calvicie y un cuidado bigote, aquel joven de veinticinco años y originario de Mahabad se unió al partido en 2011.

—Durante cinco años, desarrollé actividades políticas en la clandestinidad dentro de Irán. El verano pasado decidí subir a las montañas y convertirme en *peshmerga*, porque, de haberme quedado, me hubieran arrestado casi con total seguridad —dijo Yamal, quien a la altura del corazón lucía enganchada a su uniforme una chapa con el emblema del partido.

Desde su llegada al poder en 1979, el régimen de los ayatolás ha impuesto normas discriminatorias contra los alrededor de diez millones de kurdos que viven en Irán y contra otras minorías en ámbitos sociales, culturales, religiosos, políticos y económicos. Por poner solo un ejemplo, a los padres se les prohíbe registrar a sus hijos con determinados nombres kurdos. Según Hengaw, la asociación kurdoiraní de derechos humanos que monitoriza la situación en el Kurdistán iraní, en 2016 fueron ejecutados ciento treinta y ocho kurdos en Irán. Mientras el régimen iraní aduce en sus sentencias de muerte delitos como el tráfico de drogas, asesinatos o crímenes sexuales, las formaciones kurdas denuncian que en su gran mayoría se trata de crímenes de raíz ideológica contra activistas.

Los incidentes en Mahabad del verano de 2015 coincidieron con el anuncio del histórico acuerdo nuclear entre la Casa Blanca, presidida entonces por Barack Obama, y el Gobierno iraní.

—No esperamos que la Administración Trump nos facilite armas ni ayuda económica, pero creemos que el nuevo presidente tiene el firme compromiso de reactivar las sanciones a Irán —destacó el comandante Rahim Manguri, utilizando la primera persona del plural para trasladar la posición oficial del partido ante el cambio de Gobierno en Estados Unidos. La milicia-partido consideraba que el acercamiento entre ambos ejecutivos durante la etapa Obama fue negativo y no había tenido efectos en la mejora de la situación de la población kurda.

Preparados para un verano «caliente»

Después de finiquitar el segundo vaso de té, un altisonante «¡Vamos!» del comandante provocó que todos los milicianos se levantaran del suelo como un resorte. Rápidamente, agarraron sus fusiles de asalto AK-47 y se calzaron para salir a realizar una marcha por las montañas nevadas que duraría varias horas.

—Por la mañana tenemos educación política y militar. Leemos y estudiamos a diferentes filósofos y politólogos. Después hacemos entrenamiento físico y maniobras militares. Es importante estar bien preparados para cuando llegue el momento de entrar en combate —comentó Yamal mientras acariciaba uno de los tres mastines que vigilaban la parte exterior del complejo de humildes casetas convertidas en la guarida de aquella suerte de maquis kurdo.

Una vez agrupados, el pelotón de veinte milicianos *peshmerga* comenzó su andadura a paso ligero, a pesar de la espesa capa de nieve que cubría el camino. En fila de a uno y separados por una distancia de tres o cuatro metros, los combatientes se dirigían pendiente arriba en dirección a la frontera iraní.

—Vine hasta aquí cruzando ilegalmente la frontera a través de las montañas. Fue duro, pero valió la pena —recordaba Sadi Muradpur entre jadeos, para no perder el rebufo de su compañero. Originario de Piranshahr, aquel chico de diecinueve años de sonrisa indeleble se unió a la milicia del PDKI durante la primavera de 2016—. Estaba estudiando para poder acceder a la universidad y necesitaba un trabajo para poder pagarme los estudios, pero me cerraron todas las puertas por ser kurdo. Casos de discriminación como el mío son los que animan a muchos jóvenes a dar el paso de convertirse en *peshmerga* —explicó.

Mientras proseguía la marcha ladera arriba por algunos tramos en los que el cuerpo se hundía en la nieve hasta la cintura, Sadi nos contó que su abuelo también fue miliciano del PDKI y murió en los años ochenta a

manos del ejército iraní.

—En mi casa he mamado lucha y política desde que nací. Antes de venir aquí, yo formaba parte de una célula durmiente y clandestina del partido en la ciudad —indicó el joven justo antes de hacer un descanso en un gran bloque de hormigón, situado en un falso llano de la montaña.

En un ambiente muy tranquilo, los jóvenes guerrilleros aprovecharon la pausa para mirar por la mirilla de un rifle de francotirador Dragunov, e incluso alguno se atrevió a hacer prácticas de tiro contra una gran roca ubicada a un par de centenar de metros.

Durante el receso, el comandante Manguri aportó algunos datos más sobre la idiosincrasia y la estructura de los *peshmerga* del Hadaka:

—No podemos decir de cuántos combatientes disponemos por una cuestión de seguridad. Pero, desde que retomamos la lucha armada hace dos años, hemos tenido muchas incorporaciones.

El responsable del destacamento hizo hincapié en que todos los combatientes eran del Kurdistán iraní y superaban la mayoría de edad, y resaltó la existencia de algunos veteranos que llevaban más de treinta años en las montañas.

—Con este estilo de vida en la más absoluta clandestinidad, nos toca renunciar a muchas cosas y a toda una serie de comodidades. Pero nada de eso importa cuando se trata de servir a mi nación —subrayó orgulloso Rahim Manguri.

Coincidiendo con la celebración de las elecciones presidenciales iraníes en mayo de 2017, varios grupos kurdos que también permanecían inactivos anunciaron su retorno a la lucha armada, lo que hacía intuir que aquel verano iba a ser muy «caliente» en la cordillera que separa el Kurdistán iraquí del iraní. Una lucha en la que las mujeres también juegan un rol muy importante.

—Esta unidad *peshmerga* está formada exclusivamente por hombres, pero tenemos muchas mujeres desplegadas en las bases cercanas —señaló Yamal Bornasar mientras algunos milicianos utilizaban la mirilla telescópica del Dragunov para otear las posiciones de la Guardia Revolucionaria iraní, que se encontraba en la montaña de enfrente—. A

diferencia de otras milicias kurdas, aquí los combatientes pueden tener relaciones sentimentales, e incluso algunos de ellos están casados —detalló antes de volver a formar en fila de a uno y emprender el trayecto de regreso a la base.

Cambiar tu mente para cambiar la sociedad

—Desde que retomamos la lucha armada, cerca de treinta *peshmerga* han perdido la vida en enfrentamientos con la Guardia Revolucionaria iraní —precisó el comandante mientras el pelotón se aproximaba al improvisado cuartel—. No tengo miedo a entrar en combate porque hemos crecido en una sociedad en la que siempre hemos oído historias de heroísmo y resistencia de los *peshmerga*. Estamos preparados para luchar, y no me importa cuán fuerte sea el enemigo —recalcó Yamal sin pestañear.

El gélido ambiente que reinaba en las inmediaciones de la base militar se vio alterado por el olor y el humo que emanaban de la cocina, situada en un pequeño habitáculo junto a la vivienda principal. Atraídos por el perfume del rancho, los cadetes se acercaron a husmear y conocer cuál era el menú para la cena. Una gran cazuela de espaguetis con carne y tomate fue transportada al interior de la casa para que la tropa recuperara las energías gastadas durante la caminata vespertina.

—Cocinar, limpiar… Absolutamente todo lo hacen los combatientes: es la mejor forma de adquirir disciplina —comentó Rahim Manguri mientras todos los *peshmerga* tomaban asiento frente a un fino mantel de plástico situado en el suelo.

Después de casi cinco minutos de silencio, solo quebrantado por el ruido de las cucharas y el masticar de los milicianos, Sadi Muradpur explicó cómo mantenía el contacto con sus familiares a pesar de vivir en el exilio:

—Hablo con ellos regularmente por teléfono. Aunque algunas veces han cruzado la frontera de forma legal y nos hemos reunido en alguna ciudad del Kurdistán iraquí —explicó el joven, que rebañaba con pan los últimos restos de tomate de los espaguetis—. Dos de mis tíos, uno por parte de madre y otro por parte de padre, y uno de mis primos están ahora en prisión. Cinco amigos también han sido detenidos por su actividad política —añadió Sadi mientras se comenzaban a servir vasos de té, como punto final a la cena—. A muchos activistas políticos perseguidos por el régimen

los ayudamos a huir de Irán y a cruzar la frontera —agregó Sadi para poner de relieve una de las múltiples funciones que desempeñaba la guerrilla.

La política y la situación en Irán volvieron a monopolizar el coloquio:

—No deseamos el tipo de cambio que se ha producido en Irak, Libia o Siria, que han quedado completamente destruidos. Queremos el cambio a un sistema democrático, poder negociar y un intercambio de contrapartidas —se afanó en subrayar el comandante Manguri.

Tras lavar todos los enseres y cubiertos utilizados durante la cena, los milicianos comenzaron a preparar sus camas en las dos estancias principales de la casa. No había colchones, por lo que la alfombra que cubría el suelo y dos gruesas mantas para combatir el frío eran más que suficientes para dormir. Cada guerrillero situaba su fusil AK-47 cerca de su cabeza, apoyado sobre la pared. Mientras la veintena de soldados se acomodaban para pernoctar, Yamal aprovechó para explicarnos que el partido les entrega un pequeño salario de cuarenta euros al mes.

—No es mucho, pero nos sirve para comprar alguna cosa. No hay que olvidar que somos voluntarios, e incluso hay algún compañero que devuelve el dinero al partido —pormenorizó el joven antes de desear buenas noches a los presentes en la habitación, entre los que nos encontrábamos Guillem y yo, que compartíamos estancia con los milicianos.

Cuando el reloj marcaba las seis de la mañana, y tras dormir ocho horas, los primeros rayos de un sol radiante comenzaron a filtrarse lentamente por las ventanas. Después de varios días de fuertes nevadas, las últimas cuarenta y ocho horas habían estado dominadas por la ausencia de precipitaciones. Con más o menos pereza, los *peshmerga* recogieron sus mantas y salieron al exterior de la vivienda para ir al baño y calentar agua en los fogones de la cocina. Yamal aprovechó el momento de aseo personal para peinarse el menguante cabello y acicalarse el bigote. Aunque los jóvenes bromeaban entre ellos, el más cotidiano de los gestos estaba marcado por la disciplina. Mientras se vestían, uno de los milicianos dejó al descubierto un tatuaje en el antebrazo con el siguiente mensaje en persa: «Cómo no voy a morir por una nación sin bandera».

Tras terminar un heterogéneo desayuno a base de tomate, aceitunas, queso, pepino y tortilla, entre otros víveres, llegó el momento en el que los *peshmerga* debían estudiar o limpiar sus armas, en función de la tarea encomendada a cada uno. En la estancia que servía como comedor, un combatiente desmontaba con sumo esmero su Kaláshnikov AK-47. Pieza a pieza, el arma quedó reducida a un endeble esqueleto de metal. Con una pequeña mopa, el joven recorrió todos los entresijos del arma de fabricación rusa. A escasos metros, Yamal estaba sentado con las piernas entrecruzadas leyendo con suma atención *Las ideas revolucionarias de Karl Marx* de Alex Callinicos.

—Estudiamos filosofía y política porque nuestro líder legendario, Abdulrahman Gasemlu, decía: «Si no cambias tu mente, no puedes cambiar la sociedad» —explicó el joven de Mahabad—. Aunque Karl Marx aspiraba a establecer un sistema comunista, en su obra aborda los pilares básicos del socialismo, que es el sistema que nosotros defendemos —añadió Yamal.

El máximo dirigente del PDKI, Abdulrahman Gasemlu, fue presuntamente asesinado por la inteligencia iraní el 13 de julio de 1989 en Viena, donde iban a tener lugar unas conversaciones de paz entre la facción kurda y el régimen de los ayatolás. Gasemlu, un intelectual que dio clases en la Universidad de Praga hasta la invasión soviética, se convirtió en presidente del PDKI en 1971. Con el estallido de la Revolución islámica en Irán, el Hadaka aumentó su actividad política y armada, por lo que el ayatolá Jomeini designó al líder kurdo «enemigo de Dios».

Su muerte a manos de agentes secretos de la Guardia Revolucionaria no fue la única. En los últimos años, se ha registrado una intensa actividad del espionaje iraní en territorio kurdoiraquí, que se ha traducido en el asesinato de varios mandos del PDKI mediante disparos a bocajarro o coches bomba. Por este motivo, los *peshmerga* de aquella unidad militar eran conscientes de que, incluso lejos de las montañas, no podían bajar la guardia, pues «el enemigo puede esconderse en cualquier parte».

Guillem, Kamal y yo aprovechamos el momento de estudio de los combatientes, dominado por el silencio y la concentración, para abandonar aquel recóndito lugar en las montañas fronterizas con Irán del Kurdistán

iraquí, seguros de que, cuando el hielo se derritiera, el maquis kurdo ocuparía las laderas de aquellas cumbres para atacar a su enemigo. Y así fue como finalmente sucedió. En marzo de 2017, el PDKI y otras cinco organizaciones kurdoiraníes establecieron un acuerdo para coordinar sus ataques contra las fuerzas iraníes. La primavera y el verano de aquel año fueron especialmente violentos, con decenas de muertos en ambos bandos.

CUARTA PARTE

ROJAVA (PONIENTE)

0

MENOS QUE CERO

KARLOS ZURUTUZA

Bastó una conversación trivial entre aceitunas con pimentón y raki, ese anís turco tan popular en todo Oriente Medio. Romper el hielo con uno de los hombres más buscados en Siria fue cuestión de segundos, y eso si es que alguna vez hubo hielo. Durante aquel primer encuentro en Alepo, en una de las casas entre las que el fugitivo rotaba para evitar ser capturado, aquel kurdo afable y de gestos extremadamente pausados se presentó a sí mismo como «uno de entre muchos disidentes políticos más». Pero no era uno cualquiera. Corría la primavera de 2008, y ni él ni nadie podían imaginar que, apenas tres años más tarde, lideraría a los kurdos de Siria en uno de los momentos más relevantes de la historia de este pueblo. Se llamaba Salih Muslim.

Antes del «año 0», el terremoto que en 2011 sacudió eso que se da en llamar «mundo árabe», eran los turoperadores, y no los yihadistas, los que campaban a sus anchas en Palmira o la ciudad vieja de Alepo. Los que conocieron la Siria del turismo recordarán aquellas efigies y retratos de los Asad —la dinastía en el poder desde hace casi cinco décadas—, padre e hijo, alzándose en piedra, bronce o cartón en plazas, avenidas y azoteas; las mismas que escrutaban la ciudad con gesto adusto desde enormes carteles

en la calle o los parabrisas de los taxis. En locales de kebab o zumos de fruta, en barberías o tiendas de ropa, los Asad estaban en todas partes. Parecía imposible esconderse, pero también que alguien tuviera la necesidad de hacerlo en un país que presumía de ser un oasis de paz en una de las zonas más convulsas del mundo. Pero ocurría. Muslim huía de la mujabarat, los servicios secretos, mientras su mujer permanecía presa y su hijo mayor luchaba con el maquis kurdo en las montañas. De hecho, aquella primera entrevista con el líder kurdo tuvo que publicarse sin foto: en el único retrato que le hice, se veía a su espalda el ascensor que usaba una de sus hijas, discapacitada por la polio, para subir a su habitación. Hasta el último cadete en incorporarse a la inteligencia del régimen habría sido capaz de localizar la casa de la familia Alush. Hoy ya no existe, y la usuaria de aquel ascensor es ciudadana sueca. Antes del «año 0», la de los kurdos de Siria era una realidad completamente desconocida para el resto del mundo: si un pueblo que ronda los cuarenta millones de individuos repartidos por el corazón de Oriente Medio apenas despertaba interés, ¿qué opciones tenían los miembros de aquella comunidad en un país donde apenas sumaban tres millones?

El mundo no solo se había olvidado de los kurdos, sino que incluso desconocía su existencia en Siria. Para Muslim, sin embargo, se trataba de una realidad de la que no podía escapar. A altas horas de la madrugada, el disidente recordaba las torturas sufridas en las cárceles de Al Asad. Tras los diez años que había pasado trabajando en Arabia Saudí como ingeniero químico, Muslim volvió a Siria para convertirse en uno de los fundadores del clandestino Partido de la Unión Democrática (PYD, por sus siglas en kurdo) en 2003; un gesto que lo condenaría a vivir bajo la sombra que cubría la vida de todo disidente político en el país. Su apuesta respecto a la solución del conflicto kurdo era la misma que la del PKK; según Muslim, el PYD compartía la estrategia del maquis kurdo para conseguir un cierto grado de autonomía para las zonas kurdas y el respeto de los derechos lingüísticos y culturales de su pueblo. Para ello, había que concentrar la lucha en Turquía: un golpe de timón en el país vecino, decía, provocaría un cambio de rumbo para la región en su conjunto.

Un pueblo invisible

Pero, más que la creación del PYD en 2003, fueron las protestas en Yazira, la región nororiental de mayoría kurda, al año siguiente las que adelantaron lo que estaba por venir. En marzo de 2004, tras el reconocimiento del control autónomo kurdo del norte de Irak, se produjo una auténtica insurrección entre los kurdos de Siria. La chispa prendió tras un partido de fútbol en Qamishli, la principal ciudad del noreste sirio, y derivó en una ola de protestas. Los disturbios se extendieron por toda Yazira, llegando incluso hasta los barrios kurdos de Alepo y Damasco. El ejército necesitó de armas pesadas y cobertura aérea para poder contener unas manifestaciones que se saldaron con más de tres decenas de kurdos muertos y miles de desplazados hacia la región kurda de Irak.

Habría que remontarse al menos cuarenta años atrás para entender la ira de los kurdos de Siria. El 12 de noviembre de 1963, el teniente Mohamed Talab al Hilal, jefe de los servicios secretos de Al Hasaka —al noreste del país—, publicó un informe de seguridad que marcaría los tiempos de Damasco para abordar la cuestión kurda en Siria. Aquel documento subrayaba que el pueblo kurdo no existía porque carecía de historia o civilización; no eran más que «un tumor maligno que crece en una parte del cuerpo de la nación árabe». El remedio, remataba Al Hilal, era extirparlo. Siguiendo las recomendaciones de aquel teniente, Damasco trazó las líneas de lo que se daría en llamar el Cinturón Árabe: una franja de tierra cultivable que se extendía por Yazira a lo largo de doscientos ochenta kilómetros, y paralelo a la frontera turca. Aquello fue el anticipo de la deportación masiva de ciento cuarenta mil kurdos, muchos de los cuales ya habían sido privados de su ciudadanía siria. Serían remplazados por colonos árabes en una campaña que, según la prensa oficial —no había otra—, buscaba «salvaguardar la arabidad de Yazira». No obstante, los colonos no llegaron hasta 1973, año en el que se completó la presa de Al Tabqa en el Éufrates. Además de garantizar el regadío en el «granero» de Siria, anegar

las aldeas de cuatro mil familias árabes significaba que estas no tuvieran más remedio que desplazarse a las cuarenta y una granjas «modelo» pensadas para ellos en las tierras de los kurdos.

Damasco no dejaba nada al azar, y fue concienzudamente expeditivo. Miles de jóvenes desaparecían en manos de la policía; solo volvían a aparecer aquellos cuyas familias conseguían dar con un funcionario corrupto al que sobornar con sumas que se contaban en miles de dólares. El régimen llegó incluso a privar de ciudadanía a decenas de miles de individuos que, como única identificación, contaban con un documento que indicaba explícitamente que su portador era «de origen extranjero», aunque no decía de dónde, y que se le prohibía abandonar el país. Por supuesto, no podían votar, comprar una casa o tierras ni trabajar en la Administración. Se les llamó *«ayanib»*, «extranjeros» en lengua árabe. El caso de los *majtumin*, «indocumentados», era todavía peor, ya que estos ni siquiera contaban con los derechos civiles más básicos. Los kurdos indocumentados casados eran considerados solteros, de modo que no podían compartir una habitación de hotel y, por supuesto, los hijos de la pareja heredaban los problemas que acarreaba no existir en los papeles. Eran auténticos parias entre los parias, pero el desconocimiento de aquella brutal realidad era tal que, ante la falta de información en la prensa generalista, había que recurrir a la literatura. En su novela *Las plumas*, el escritor Salim Barakat construye un inquietante relato que gira en torno a un kurdo de Qamishli que emprende la búsqueda de su hermano gemelo tras su misteriosa desaparición. Barakat, que aporta un relato en primera persona de aquella pesadilla, tenía veinte años cuando huyó de Siria en 1971, y ha escrito prácticamente toda su obra en exilio. Tras un largo periplo por el Líbano, Chipre, Argelia y Túnez, reside actualmente en Suecia, gracias a un programa para escritores perseguidos. Por supuesto, todos sus libros siguen prohibidos en Siria.

Asimilar a los kurdos, «arabizarlos», también pasaba por eliminar hasta el último rastro de ellos. En 1967, los libros de texto comenzaron a omitir toda mención a su presencia en Siria, y fue en 1977 cuando se prohibieron sus topónimos: Serêkanîye se convirtió en Ras al Ain; Kobanî en Ayn al Arab; Dêrikê en Al Malikiyah... Siria podía ser multiconfesional, cierto,

pues había cristianos, drusos, musulmanes e incluso ateos, pero todos eran «árabes» por decreto. Lo decía ya el nombre oficial del país, «República Árabe Siria», y lo amartillaba el artículo 8 de su Constitución: «El órgano líder del Estado sirio, así como el de toda la sociedad, es el Partido Árabe Socialista de la Resurrección [Baaz]». Si bien existían ocho partidos más, Siria era, en esencia, un Estado unipartidista desde un golpe de Estado en 1963. Tras purgar todo el aparato político en 1970, Hafez al Asad —padre de Bachar— pasó de ministro de Defensa a presidente del país, cargo que ocupó hasta su muerte en el año 2000. La Constitución hubo de ser modificada en junio de aquel mismo año, reduciendo la edad mínima del presidenciable de cuarenta a treinta y cuatro años. Así, Al Asad hijo podía asumir el cargo en estricto cumplimiento constitucional.

En su libro *Syria's Kurds* (Routledge, 2008), el investigador Jordi Tejel asegura que los kurdos constituían «una minoría periférica y fácilmente arabizable» a ojos del Gobierno sirio, y que difícilmente podrían influir en la política siria. Además de desplazarlos, uno de los objetivos del Cinturón Árabe era distanciarlos de sus hermanos en el lado turco de la frontera. Muchos acabaron en barrios alepinos como los de Al Ashrafiya o Sheij Maqsud, arrabales que llegaron a albergar a medio millón de kurdos. Ante aquella compleja coyuntura, la actividad política se desarrollaba en la más absoluta oscuridad. Activistas kurdos como Muslim se jugaban la cárcel, e incluso la vida, enarbolando siglas de partidos clandestinos que tenían sus réplicas legales en el Kurdistán iraquí, o igualmente prohibidas en el turco. En 2008 se hablaba de en torno a una docena de partidos políticos kurdos, pero nadie era capaz de dar una cifra exacta. Por supuesto, todos eran ilegales, algo que no pillaba a nadie por sorpresa en un país que negaba a los kurdos el derecho a reunirse. Por aquel entonces, se había hecho famoso el caso de aquellos alumnos kurdos de Alepo que querían organizar un viaje de fin de estudios a las playas de Latakia. La tentativa había sido abortada tras amenazas desde el Gobierno a compañías de autobuses y hoteles dispuestos a asistir al grupo. Si un viaje de fin de curso constituía una amenaza para el régimen, el secretismo de los disidentes políticos kurdos era más que comprensible. Dar con ellos pasaba por complejas

negociaciones con contactos de contactos y, de ahí, a concertar entrevistas en lugares cuya localización no llegaba a conocer hasta llegar allí. Y a veces ni eso.

«Mañana te recogerá un coche a las ocho de la mañana frente a la estación de Damasco», fueron las instrucciones para llegar hasta un líder del Partido Democrático Kurdo de Siria (PDKS) que se hacía llamar Servan. Fundado en 1957, el PDKS era el partido hermano del Partido Democrático del Kurdistán (PDK) de Masud Barzani, así como el más antiguo de entre los kurdos de Siria. A diferencia del PYD, el PDKS se desmarcaba abiertamente del PKK.

—¿Por qué deberíamos alinearnos con un partido que contó con el apoyo de Al Asad durante años? Nosotros somos kurdos de Siria, no de Turquía —repitió el disidente varias veces durante la entrevista.

La antigua alianza entre Damasco y el PKK seguía presente en la memoria de muchos kurdos de Siria. Fue en 1977 cuando Ankara anunció la construcción de un vasto sistema de presas con el fin de explotar los recursos hidrológicos del Tigris y el Éufrates. La versión oficial turca era que dicho proyecto aceleraría el desarrollo económico y social del sudeste de Anatolia, pero tanto Damasco como Bagdad denunciaron que perderían en torno a un cuarenta y un noventa por ciento del caudal del Éufrates, respectivamente. La respuesta de Hafez al Asad fue invitar a docenas de movimientos de liberación, entre los que se encontraban miembros del recién creado PKK bajo el mando de su líder y fundador, Abdullah Öcalan, quien permanece encarcelado en una isla-prisión en Turquía desde su arresto en 1999.

Mientras Ankara se preparaba para un nuevo golpe de Estado en 1980, Öcalan se trasladó a Damasco y, de ahí, al valle de la Becá, en el Líbano, donde su movimiento tuvo sus bases en las décadas de los ochenta y los noventa. Amenazada por la alianza turco-israelí de 1996, y peligrosamente dependiente del cauce del Éufrates, Siria sucumbió finalmente a la presión para que retirara su apoyo a la guerrilla kurda. Öcalan fue expulsado en octubre de 1998, e inició un periplo internacional que concluiría con su arresto en Kenia cuatro meses después. Fue entonces cuando el movimiento

trasladó sus bases a las montañas Kandil (en el Kurdistán de Irak), ya en el corazón del territorio kurdo; un bastión de piedra al que seguían llegando kurdos de Turquía, Irán, Irak y, por supuesto, Siria. Barrios alepinos como el de Sheij Maqsud eran una auténtica cantera de combatientes movidos por un ideal de libertad, pero también espoleados por la falta de oportunidades en su propio país. Aun contando con un pasaporte, o incluso un título universitario, jóvenes como Mahmud eran conscientes de que el estigma de ser kurdos les acabaría por cerrar muchas puertas. Aquel veinteañero compartía un apartamento con otros siete estudiantes de Derecho como él. Reconocía que había estado a punto de seguir los pasos de su hermano y unirse al PKK nada más acabar la secundaria, pero que su padre lo había convencido de que siguiera estudiando.

—Si no puedo ser abogado, me iré a las montañas. No estoy dispuesto a limpiar zapatos o a vender sandalias de plástico en el mercado cuando acabe la carrera —dijo el chaval justo antes de enseñar orgulloso un carnet del PYD que se había hecho él mismo.

KOBANÎ ANTES DE KOBANÎ

La Siria de antes de 2011 recordaba mucho al Irán de hoy en día, un país maravilloso y extraordinariamente hospitalario, siempre y cuando uno no meta las narices donde no lo llaman. Como ocurre en Teherán, los periodistas acreditados tenían que pedir permiso para poder trabajar fuera de Damasco. Recuerdo que Mikel Ayestaran me dijo entonces que una entrevista con Bachar al Asad estuvo a punto de suspenderse tras conocerse que un colega alemán se había entrevistado con un líder opositor en la clandestinidad pocos días antes. Por supuesto, no había informado de ello al aparato del régimen. La entrevista acabó celebrándose, pero sin el alemán, que tuvo que ser evacuado para ser operado de urgencia en su país. No se descartaba la posibilidad de que hubiera sido envenenado. Mantener un perfil bajo resultaba imprescindible para trabajar en la trastienda de Siria. Durante aquel primer viaje, fueron los Alush, los anfitriones de Muslim durante aquella noche y otras muchas, los que facilitaron mi labor, así como mi primer viaje a Kobanî. Faltaban aún seis años para que el mundo la pusiera en el mapa tras ser brutalmente asediada por Estado Islámico, pero lo cierto es que Kobanî llevaba casi un siglo dando fe de la brutalidad con la que se dibujaron las fronteras en esta parte del mundo. Había sido levantada como asentamiento temporal en 1892, durante el trazado de la línea férrea Berlín-Bagdad. La palabra *«kobanî»* no es sino una mala apropiación del alemán *«kompanie»*. Cuando se fijaron las fronteras entre Siria y Turquía, a falta de un elemento físico como un río o una cordillera, se optó por la vía férrea: se podía viajar entre Europa y Asia en el Expreso de Oriente, pero miles de familias kurdas, árabes y asirias resultaron divididas en sus respectivos nuevos países. De hecho, la actual ciudad fronteriza de Mürşitpinar, al norte de la vía del tren, había sido un suburbio de Kobanî. Aún hoy, el tren sigue circulando por un pasillo en tierra de nadie acotado por las alambradas a ambos lados.

En 2008, Kobanî era una ciudad fea y gris en la que la única nota de

color venía de los habituales carteles de Al Asad, saludando sonriente de traje y corbata o posando desafiante de camuflaje. Las mejores vistas sobre aquel erial de hormigón probablemente las disfrutaban los centinelas turcos en las torretas de vigilancia, que también miraban impotentes cómo los niños tiraban piedras al soldado que iba sentado en el último vagón del tren. Un kurdo de Kobanî afincado en Madrid ya me había dicho antes que aquella era la única diversión de los críos y no tan críos en su ciudad natal. Como el resto de las zonas kurdas, Kobanî era un lugar en el que los periodistas no eran bienvenidos. Y convenía no tentar a la suerte porque, además de la omnipresencia de los servicios secretos, lugares como aquel estaban plagados de confidentes que trabajaban por un sobresueldo o, simplemente, bajo coacción.

—Me obligan a mandar un informe cada semana, y a menudo tengo que inventármelo todo. No quiero poner a nadie en peligro, ni tampoco a mí mismo —reconocía un maestro de escuela de unos cincuenta años que prefería no dar su nombre.

Tras alojarme con su familia en Alepo, Omar Alush se había ofrecido a llevarme a su Kobanî natal. Lo recuerdo llevándome por aldeas en las que no había tendido eléctrico. «Gracias, Bachar», repetía con ironía en aquellas ocasiones, generalmente mientras el coche botaba por un amago de carretera. Nunca perdía la sonrisa, ni siquiera en los momentos más difíciles. Omar era plenamente consciente de que, una vez en Kobanî, la sola presencia de un extranjero era algo que difícilmente pasaría inadvertido para el aparato de seguridad.

—¿Quién es este? —lo abordó un policía vestido de paisano.

No había pasado ni una hora desde que habíamos llegado. Uno podía decir que había acabado en el barrio alepino de Sheij Maqsud sin querer, pero la excusa del turismo nunca funcionaba en Kobanî. Omar lo tenía muy difícil para buscar una coartada convincente.

—Pásate mañana por la mañana por la comisaría —le espetó el policía.

Mi anfitrión le quitó hierro al asunto:

—Mientras los sueldos de los policías apenas les den para vivir, estamos salvados. Esto serán entre cien y trescientos euros, pero no me llevarán a la

cárcel —me aseguró Omar, a quien nada parecía quitarle nunca la sonrisa.

Según decía, Damasco no buscaba la detención de este o aquel disidente, sino crear un estado de paranoia en el que la gente se sintiera continuamente observada y escuchada. No en vano, la mujabarat siria era un servicio secreto diseñado por la Stasi, lo mismo que en el Irak de Sadam, o en el Egipto de Naser.

—Yo mismo apenas hablo por teléfono y mido hasta las palabras que escribo en mis emails —acotaba el kurdo.

Era difícil saber hasta qué punto se filtraban los correos electrónicos, pero lo cierto es que más de cien portales de internet (YouTube o Facebook entre ellos) resultaban inaccesibles en Siria ya en 2008.

Omar esgrimía razones para ser discreto. Tenía fama de filántropo por haber levantado un hospital en su Kobanî natal, pero también era uno de los fundadores del PYD. Lo vería por última vez en agosto de 2017, cuando desempeñaba la labor de mediador entre kurdos y árabes de la región de Al Raqa. En 2008, Omar hacía lo imposible por facilitar mi trabajo. Si conseguir entrevistas con disidentes políticos o simples poetas en su lengua prohibida era ya complicado en Alepo, en Kobanî parecía misión imposible.

Condujimos de noche hacia un restaurante en las afueras de la ciudad. En uno de sus reservados, nos esperaba un hombre que acababa de perder a su hijo luchando en Kandil contra los turcos. Llamaba la atención la cantidad de kurdosirios en el PKK, sobre todo teniendo en cuenta que estos representaban menos del diez por ciento de la población total de kurdos. El doctor Hamid —así se presentó el padre del mártir— decía no sentir tristeza por la pérdida de su hijo: había hecho «lo correcto», y muchos otros seguirían sus pasos.

A los pocos minutos de comenzar la entrevista, alguien corrió bruscamente la cortina del reservado y se quedó mirándonos fijamente.

—¿Ya tienes tu material para tu informe? —le increpó Omar. El desconocido desapareció tras la cortina sin decir nada.

Le dije a Omar que los informes sobre él se estarían amontonando peligrosamente en las dependencias de la mujabarat, que era mejor que me fuera antes de causar más problemas. A pesar de su insistencia para que me

quedara, aquella sería mi última noche en Kobanî en mucho tiempo.

Al día, siguiente, antes de coger un autobús de vuelta a Alepo, Omar dijo que teníamos una invitación para comer en casa de Mahmud, el hermano de Salih Muslim. Mahmud era médico y estaba al cuidado de Servan y Perwin, hijo e hija de Salih. En torno a una mesa a rebosar de comida, como es la norma cuando hay invitados, hablamos de su padre fugitivo y de su madre presa, pero también de asuntos más triviales que ayudaran a desconectar del enorme sacrificio que los Muslim estaban pagando por su compromiso político. Al despedirnos, Perwin me regaló una cajita que contenía un pin con el mapa de Kurdistán.

—No te lo pongas mientras estés en Siria —me previno la adolescente con una sonrisa cómplice.

Su hermano Servan, de quince años, apenas hablaba inglés, pero me despidió con los habituales tres besos en la mejilla derecha y uno en la izquierda. Lo mataría un francotirador del Frente Al Nusra —la filial de Al Qaeda en Siria— en 2013. Cinco años antes, me despedí de su padre por teléfono nada más cruzar la frontera por Qamishli hacia Turquía. Por supuesto, ni me dio detalles de su localización, ni yo se los pedí.

—Estoy bien, ya sabes, en la misma situación —me respondió, pronunciando por primera vez una frase que oiría cada vez que lo llamara durante los tres años siguientes.

Fue en abril de 2011 cuando Al Asad aprobó un decreto que concedía la ciudadanía a los kurdos registrados como *ayanib*, pero no a los *majtumin*. Muslim me confirmó por teléfono que se había levantado la orden de búsqueda y captura sobre él.

—Están pasando muchas cosas muy rápido, tendrías que venir a verlo —me dijo al final de aquella conversación.

Nos volveríamos a ver en agosto de 2012. Para entonces, los kurdos habían salido a la superficie de un país que comenzaba a desintegrarse.

UNA REVOLUCIÓN SILENCIOSA

Tras poco más de un año del comienzo de la guerra en Siria, los kurdos proclaman de forma oficial la liberación de las zonas donde su población es compacta, en el norte del país. Se trata, no obstante, de un territorio fragmentado a lo largo de la frontera turca. David decide cubrir un capítulo de la guerra de Siria que seguía oculto a ojos del mundo desde el enclave kurdo de Afrín, al que accede desde Turquía. Por su parte, Karlos llega desde Irak a la región de Yazira, en el noreste del país.

1

LOS PRIMEROS LATIDOS DE LA REVOLUCIÓN KURDA

DAVID MESEGUER

—¡Salud, y que mañana tengamos suerte en el frente de Alepo! —exclamó el enviado especial de *El País*, Álvaro de Cózar, tras echarle un trago a una botella de *whisky* que el reportero había traído en su petate para una ocasión especial.

Hechos los honores, el frasco fue pasando por las manos de la media docena de periodistas que nos habíamos acomodado en la azotea de la caseta de los vestuarios de un campo de fútbol para dormir a la intemperie. Aquello no era nada excepcional, ya que, en Siria y buena parte de Oriente Medio, los habitantes locales recurren a los terrados para poder pegar ojo durante las bochornosas noches de verano. En las mismas instalaciones, una quincena de reporteros había improvisado oficina y dormitorio sobre la hierba artificial de aquella cancha a las afueras de Marea, una localidad del Alepo rural situada cuarenta kilómetros al norte de la gran urbe. Era noche cerrada, y el sonido de los teclados y la locución de algunas crónicas se

entremezclaban con el rumor de los aviones del régimen sirio y las explosiones en la lejanía.

Hacía apenas un par de semanas que la guerra había prendido en la ciudad más poblada de Siria, y decenas de periodistas extranjeros acudieron a la zona para cubrir los primeros enfrentamientos urbanos entre las tropas gubernamentales y el Ejército Libre Sirio (ELS). Debido a la dificultad para obtener un permiso del Gobierno de Bachar al Asad, muchos medios y periodistas *freelance* optaron por desplazarse al norte del país y documentar el conflicto desde el bando opositor. A finales de julio de 2012, una operación relámpago del ELS tomó el paso fronterizo de Bab al Salam y numerosas poblaciones del norte de la provincia de Alepo como Azaz, Tel Rifat o Marea. Esta última era el centro de operaciones de los medios de comunicación en la retaguardia, y desde allí periodistas locales organizaban viajes diarios de ida y vuelta al frente de Alepo por unos cincuenta dólares por persona.

Al amanecer, coches y monovolúmenes se llenaron a toda prisa de reporteros cargados con sus respectivas cámaras, mochilas, chalecos antibalas, cascos… En apenas un par de minutos, el circo mediático que siempre se forma alrededor del inicio de una guerra o de una ofensiva importante se puso en marcha con rumbo a la ciudad de Alepo. Aunque la lucha por el corazón económico del país era de una gran transcendencia para el devenir del conflicto y había captado buena parte del interés de los medios, la revolución silenciosa que desde hacía poco más de tres semanas estaban protagonizando los kurdos de Siria se me antojaba aún más interesante. El interés por la cuestión kurda y la necesidad, como *freelance*, de cubrir temas inéditos me empujaron hacia Afrín, uno de los tres cantones kurdos de Siria autogestionados por el PYD.

Mientras la caravana de periodistas se dirigía hacia el sur en dirección a Alepo, un reportero de la zona convertido en *fixer* aprovechó que tenía que ir a recoger a un grupo de reporteros extranjeros a la frontera para dejarme en Azaz. En la rebautizada plaza de los Mártires, Faiq y su hijo Mohamed observaban con asombro algunos restos de la batalla fruto de los intensos combates entre los soldados del régimen y los alzados. Era la primera vez

en meses que salían de Afrín, un enclave de mayoría kurda situado al noroeste de la provincia de Alepo. Aunque la zona bajo control del PYD estaba a tan solo diez minutos por carretera, padre e hijo no se sentían demasiado cómodos en Azaz. Así que, tras saludarlos, subimos al coche para marcharnos lo antes posible. Sin saberlo, ellos serían mi familia y mi hogar en cada uno de los viajes realizados a la región.

De cabello cano y frondoso, Faiq era un electricista autónomo que rondaba la cincuentena. Casado y con dos hijos y una hija adolescentes, el estallido de la guerra había truncado la actividad profesional que desarrollaba a medio caballo entre la región de Afrín y la ciudad de Alepo. Como tantos miles de personas en Rojava, Faiq simpatizaba con el PKK y tenía familiares involucrados en la nueva Administración que había tomado las riendas del poder en aquella parte de Siria.

En los arrabales de Azaz, los niños jugaban entre los amasijos de los tanques calcinados. El paisaje posbélico de aquella localidad mayoritariamente árabe y controlada por los rebeldes contrastaba con la situación estable y sin enfrentamientos armados que se vivía a tan solo quince kilómetros. Al superar el último punto de control del ELS, en apenas unos minutos, las banderas de la Siria rebelde dejaron paso a la bandera tricolor kurda, verde, roja y amarilla, y a los pósteres del líder del PKK, Abdullah Öcalan. El *checkpoint* de Kafer Yana, dispuesto por las Unidades de Protección Popular (YPG), la presencia de milicianas y la simbología que lo engalanaba no dejaban lugar a dudas: estábamos en Rojava. Así es como los kurdos de Siria llamaban a su tierra.

AUTOGESTIÓN DEL TERRITORIO

—Hace poco más de un mes que el PYD, tras la retirada del Gobierno sirio, está controlando y gestionando la región —señalaba Bedran Ciakurd, uno de los máximos dirigentes en Afrín del Movimiento Democrático Popular del Kurdistán occidental (TEV-DEM, por sus siglas en kurdo), el organismo que engloba el PYD y otras organizaciones afines al PKK.

La conversación, como en la mayoría de edificios oficiales de la nueva Administración, se desarrollaba en un despacho bajo la atenta mirada de un retrato de Apo, Abdullah Öcalan.

Lo cierto es que el propio Ciakurd había sido miembro del PKK durante años y había regresado hacía pocos meses a Siria procedente de Kandil, el bastión montañoso de la guerrilla kurda en el norte de Irak. Como él, a partir de 2011, centenares de experimentados combatientes kurdosirios fueron enviados de vuelta a casa para crear y entrenar a las YPG, la milicia que se encargaría de la protección de los enclaves de mayoría kurda en Siria.

Aparte de la obtención del visto bueno para visitar la región, esta primera entrevista era un excelente termómetro para conocer la situación y saber por qué las tropas de Al Asad habían decidido abandonarla el 20 de julio sin prácticamente oponer resistencia. La liberación de Afrín se había producido tras dos horas de combates, con un saldo de tres oficiales de inteligencia arrestados y dos personas muertas en un conocido restaurante de la localidad, destruido por un bombardeo.

—En ciudades como Kobanî o Amuda, la cesión del control del territorio se ha producido sin incidentes armados por la presión del pueblo kurdo. En cambio, en Afrín, Dêrikê y los barrios de mayoría kurda de Alepo, las YPG y el ejército sirio sí han tenido algunos encontronazos —detallaba Ciakurd, poniendo de relieve la complejidad de la situación en función de cada región. Lo cierto es que la retirada del Gobierno de Damasco y sus tropas de las áreas septentrionales de mayoría kurda

coincidió con importantes logros de la oposición armada en provincias como Idlib, Homs, Alepo y la periferia de la capital siria.

Ayudados por los miles de nuevos combatientes que se habían unido a sus filas tras desertar de las fuerzas gubernamentales, los rebeldes se habían hecho también fuertes en algunos barrios de Homs y Alepo. Ante esta coyuntura, en julio de 2012, Bachar al Asad decidió una retirada táctica de su Administración y efectivos militares de las zonas kurdas que podía tener un doble objetivo. Por un lado, ceder el control efectivo del territorio al PYD y, de este modo, presionar a Turquía, aliada de la oposición desde el inicio de la guerra siria y enfrentada con el PKK desde 1984, en un conflicto que ya ha dejado cerca de cuarenta y cinco mil muertos. Por el otro, utilizar dichas tropas en la defensa de ciudades de vital importancia como Homs y Alepo, donde el Ejército Libre Sirio controlaba varios distritos.

La conversación con Bedran Ciakurd tuvo lugar con la presencia de varios miembros del PYD en la sala, curiosos por la llegada de un reportero extranjero a la región y ávidos por compartir las vivencias que habían sufrido en carne propia.

—Vestí a mi hijo con los colores kurdos, rojo, verde y amarillo, y me detuvieron. Pasé tres años en prisión, donde me torturaron y me arrancaron siete dientes —denunció Hanif Mesto, un miembro del PYD liberado tan solo tres meses atrás.

La alianza del régimen sirio, liderado por Hafez al Asad, y el PKK durante los años ochenta y noventa y la consecuente paz social en las zonas de mayoría kurda cambiaron radicalmente a finales de los noventa y principios de los 2000 con la Primavera de Damasco. Este fue el nombre que recibió el proceso de reforma que impulsó el oftalmólogo Bachar al Asad tras llegar al poder, y que tuvo entre sus prioridades el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y comerciales con Ankara. Como contrapartida, Turquía exigió a Damasco la expulsión del PKK de su territorio y la lucha contra el movimiento político-militar liderado por Abdullah Öcalan. Por este motivo, cuando en marzo de 2011 estalló la guerra civil, al movimiento kurdo bajo el paraguas ideológico del PKK se le

planteó una disyuntiva: unirse a un ELS apoyado por Turquía, con una agenda marcadamente arabista y que comenzaba a intuirse islamista, o seguir siendo fiel al régimen de Damasco, con sus antecedentes represivos tan cercanos. Ante unas opciones nada halagüeñas para el pueblo kurdo, el PYD apostó finalmente por una tercera vía: la autogestión.

Después de la primera toma de contacto, Bedran Ciakurd me emplazó a vernos de nuevo con más tiempo para poder profundizar y explicar con más detalle el proyecto político que el PYD quería desplegar en los tres enclaves septentrionales bajo su control.

A pesar de las pocas semanas transcurridas, la nueva autoridad regional se había afanado en retirar todos los símbolos y monumentos relacionados con el régimen. En la entrada sur de Afrín, por ejemplo, las caras de Hafez y Bachar al Asad, dibujadas en una gran valla publicitaria, habían sido borradas a golpe de martillo. Lo mismo había sucedido con la demolición de una estatua de Hafez que presidía una de las principales plazas de la ciudad. Paulatinamente, dichos espacios fueron ocupados por imágenes de mártires de las YPG y del PKK, pósteres de Apo o esculturas de Kawa, un héroe de la mitología kurda.

La apuesta por esta «tercera vía» permitió a los kurdos mantenerse alejados de los combates entre Gobierno y oposición durante los primeros compases de la guerra, y este hecho se reflejaba sobre el terreno. Mientras que la devastación causada por los choques había hecho inhabitables ciertos barrios de urbes como Homs o Dará, en la región de Afrín las infraestructuras seguían totalmente intactas. La estabilidad en este enclave provocó que centenares de desplazados que huían de la guerra se trasladaran a la región buscando cobijo. El perfecto estado de viviendas, naves industriales, carreteras, puentes y plantas de producción de energía eléctrica podía observarse en el trayecto de media hora existente entre las poblaciones de Afrín y Yendires, ciudad de veinte mil habitantes muy cercana a la frontera occidental con Turquía. Atravesábamos un camino plagado de campos de olivos a ambos lados de la carretera, lo que hacía intuir al visitante que la aceituna era uno de los principales motores económicos de la región. Antes del conflicto, la enorme producción local de

aceite de oliva posibilitaba que buena parte del famoso y archiconocido jabón de Alepo se elaborara en numerosas empresas diseminadas por todo el cantón.

Los kurdos hablan de once millones de olivos diseminados por un territorio que cuenta con un clima y una geografía idóneos para el cultivo de este fruto. De hecho, Afrín es la región de las cuatro partes de Kurdistán más occidental y cercana al mar Mediterráneo. En línea recta, apenas hay cincuenta kilómetros entre la costa turca y la frontera con esta parte de Siria, por lo que la climatología es muy suave. El enclave, en el que antes de la guerra vivían alrededor de medio millón de personas, es predominantemente montañoso, con cerros que no superan los mil metros de altitud, lo que convertiría a la región en un escenario ideal para la guerra de guerrillas en el caso de que el conflicto llegara a sus lindes.

Mientras Faiq conducía su viejo coche de fabricación coreana, su hijo Mohamed iba señalando las diferentes almazaras que se encontraban en la entrada de Yendires y contaba en un impecable inglés que su familia poseía más de un millar de olivos. El *checkpoint* situado en la entrada de la villa ejemplificaba a la perfección el poco tiempo transcurrido desde el cambio de *statu quo.* Hacía muy poco tiempo que las YPG se habían constituido como milicia y, a falta de uniformes y armamento militar, las personas que custodiaban el punto de control vestían de civiles y portaban escopetas de caza y pistolas. Según los mandos de la milicia, en cada una de las trescientas cincuenta y ocho aldeas de la región de Afrín, la selección de la decena aproximada de miembros que se ocupaban de cada *checkpoint* se repartía de forma rotatoria entre las diferentes viviendas de los municipios. Al acceder al centro de la ciudad, una enorme lona bajo la que se cobijaban centenares de personas nos impedía el paso hacia el bazar. Siguiendo la tradición extendida por buena parte de Oriente Medio, la carpa había sido dispuesta por la familia de un joven miliciano del PKK que acababa de morir combatiendo al ejército turco en Şemdinli, una región montañosa de la provincia kurdoturca de Hakkâri. Hasta aquel momento, más de cinco mil guerrilleros de la región de Afrín, en la que el PKK contaba con un amplio apoyo popular, habían dado su vida por la causa kurda desde el inicio de las

hostilidades con Turquía.

—Llevábamos años esperando esta oportunidad, y por fin podemos gestionar nuestro territorio —expresó con una gran satisfacción Atef Abdo, miembro del PYD y máximo responsable del parlamento del pueblo kurdo en la región, que había ido a Yendires para dar el pésame a la familia del guerrillero fallecido.

Con un frondoso mostacho y unos rasgos faciales muy semejantes a los de Abdullah Öcalan, Abdo señalaba que de aquella cámara legislativa dependían los dieciocho consejos encargados de administrar la región. Seguridad, Medio Ambiente, Economía, Juventud, Educación e incluso un consejo específico para resolver las disputas entre kurdos y árabes eran algunos de los gabinetes creados para hacer más llevadera la gobernabilidad de la zona.

—La constitución de dichos consejos no ha sido complicada, puesto que tenemos las estructuras y la experiencia adquirida durante los últimos años de Gobierno de Hafez al Asad —apuntaba Rokan Ahmad, responsable de la Unión de Mujeres Kurdas en Afrín y también presente en el multitudinario pésame.

Siguiendo el sistema igualitario de la ideología del PKK, todas las estructuras políticas, civiles y militares que tenían algún vínculo con el PYD nacieron bajo un co-liderazgo. Es, sin duda, la lucha por los derechos de las mujeres y la firme oposición al sistema patriarcal uno de los elementos que ha hecho de la revolución de Rojava uno de los movimientos de cambio social más radicales e interesantes de todo Oriente Medio. El éxito de la rapidez y la efectividad con las que el PYD tomó las riendas de la Administración se debió en gran parte a que la ruptura con el Gobierno central de Damasco fue solo parcial. Los líderes de la formación kurda no tenían ningún reparo en reconocer que el Estado seguía financiando algunas partidas presupuestarias. Quizás por este motivo buena parte de los funcionarios estatales continuaron trabajando para la nueva Administración regional.

Tratando de captar el sentimiento de la población en una tetería de Yendires, existía la opinión generalizada de que uno de los elementos que

más preocupaban a la población de Rojava era la posibilidad de que la histórica división entre los principales movimientos políticos kurdos derivara en algún tipo de conflicto interno. Para evitar llegar a este punto fatídico, y a pesar de las fuertes discrepancias desde el inicio de la revolución, a finales de julio el presidente del Gobierno Regional del Kurdistán iraquí, Masud Barzani, logró que las dos principales facciones kurdas de Siria, el Consejo Nacional Kurdo (CNK, formado por dieciséis partidos, en su mayoría próximos a Barzani y Yalal Talabani) y el PYD, sellaran un acuerdo histórico en Arbil y crearan el Comité Supremo Kurdo.

—El PYD está trabajando aún en solitario en las administraciones oficiales, pero estamos cerrando los últimos flecos para que comencemos a gobernar juntos —detallaba Kamiran Hasan, responsable del Partido Kurdo Progresista Democrático en Afrín, formación integrada en el CNK.

A pesar del pacto, sobre el terreno daba la sensación de que había poca disposición para dejar que este Gobierno de unidad nacional echara a andar. Bedran Ciakurd explicaba que «el PYD cuenta con cerca del setenta por ciento del apoyo popular en Rojava, excepto en Qamishli, donde la población se reparte a partes iguales». Aunque aquel Gobierno de unidad nacional nació con muy buena intención, su recorrido fue muy breve a causa de la gran rivalidad interna, lo que provocó que gran parte de las facciones kurdas rivales del PYD se acabaran integrando en la organización paraguas de la oposición siria al régimen.

NUESTRA LENGUA, NUESTRO HONOR

En una de las calles principales de Yendires, llamaba la atención el tumulto que se agolpaba frente a una persiana bajada. Era la barbería de Haidar, un auténtico templo para los amantes del bigote. La destreza de este joven de treinta y dos años bien valía la espera a que sus tijeras comenzaran a modelar el mostacho. Al cabo de poco rato, Haidar hizo acto de aparición en su motocicleta. Del portaequipajes delantero cogió una pila de ejemplares de *Ronahî* —la revista de la resistencia kurda— y los repartió entre la clientela.

—Cada jueves a las cinco de la madrugada, un equipo de voluntarios nos ponemos en marcha para repartir este semanario político en lengua kurda y árabe. Cuando termino, vengo a la barbería. Es mi manera de contribuir a la causa —explicaba el joven barbero mientras abría el local.

Como Haidar, decenas de personas compaginaban su trabajo diario con el voluntariado en alguno de los ámbitos sociales en los que la revolución estaba incidiendo. E incluso había jóvenes estudiantes que altruistamente realizaban varios cometidos a la vez. No era extraño encontrárselos cámara en mano grabando una manifestación para Ronahî TV, el grupo mediático próximo al PYD, por la mañana y, por la tarde, dando clases de kurdo en algún centro escolar. Aquellos gestos personales y cotidianos eran, sin duda, los primeros latidos de la revolución kurda en Siria.

La enseñanza del kurdo y la rotulación en la lengua autóctona fueron una de las primeras medidas tomadas tras el establecimiento de la nueva Administración. En las aulas de una de las escuelas de Yendires podían encontrarse varios ejemplos de voluntarios que, de forma totalmente desinteresada, se habían ofrecido a impartir clases en su lengua materna. Era el caso de Roj, un excombatiente del PKK que, después de pasar ocho años en las cárceles turcas, había vuelto a Yendires para aportar su granito de arena a la revolución.

—Ver a nuestros niños estudiando kurdo parecía toda una quimera en un

país que, durante los últimos cincuenta años, ha vivido bajo la dictadura del Partido Baaz, y donde el único idioma y alfabeto permitido en la educación ha sido el árabe —señalaba el exguerrillero mientras mostraba uno de los libros que utilizaba para la enseñanza.

A pesar de las políticas de arabización que el régimen sirio llevó a cabo durante la década de los sesenta y setenta y de la educación monolingüe, la población kurda ha resistido a la asimilación, y su lengua goza de buena salud entre la población local. Un ejemplo de este aprecio por el idioma propio era la frase que muchas aulas tenían escrita sobre la pizarra: *«Zimanê me, rûmeta me ye»* («Nuestra lengua, nuestro honor»).

—Si perdemos el idioma, perdemos nuestra identidad y nuestra manera de ver el mundo —remarcaba Roj mientras sus alumnos ocupaban los pupitres. Él y los diferentes maestros de la escuela coincidían en que «su objetivo a largo plazo no es solo enseñar el kurdo, sino enseñar en kurdo».

El principal obstáculo que se encontraron las escuelas fue la falta de formación entre los profesores, que siempre habían ejercido la docencia en árabe. Para hacer frente a esta situación, el Comité de Educación del Kurdistán sirio estaba preparando a voluntarios, quienes, tras un curso intensivo, se integrarían en el sistema educativo del próximo septiembre, cuando comenzara el nuevo año escolar. Lo que hicieron las escuelas de la región fue aprovechar el periodo estival para ofrecer clases intensivas de lengua, historia, geografía y cultura kurda a sus alumnos de nueve a doce de la mañana.

—La captación de docentes se ha hecho puerta por puerta, con anuncios en carteles e incluso con reclamos sonoros en las plazas de los pueblos —indicaba Tamouz Semali, responsable del Comité de Educación en Yendires.

En el caso de aquella escuela de Yendires, la gran mayoría de los docentes que atendían a los cursos de formación eran chicas de diecisiete y dieciocho años que acababan de finalizar los estudios de secundaria. Pero, entre las jóvenes caras de los futuros maestros, destacaban las arrugas de Alí Alí, un farmacéutico jubilado de setenta años.

—A pesar de la edad que tengo, cuando me enteré de que buscaban

personas interesadas en impartir clases de kurdo, no lo dudé ni un momento. Conozco la lengua porque la he estudiado durante veinticinco años en la clandestinidad. Si me despierto, pienso, como y duermo en kurdo, ¿por qué no podemos aprender a escribirlo? Es nuestro derecho —dijo Alí Alí con un gran brillo en sus ojos.

El hecho de que la mayoría de los futuros maestros hubieran estudiado el inglés y el francés y estuvieran familiarizados con el alfabeto latino facilitaba el aprendizaje del kurmanyí, la variedad dialectal hablada en las regiones kurdas de Siria y Turquía. El soraní, en cambio, la variedad dialectal predominante en el Kurdistán iraquí e iraní, se transcribe con caracteres árabes. Para educar en kurdo de forma unificada en todo Rojava, el Comité de Educación tomó como referencia la gramática de Celadet Alî Bedirxan, un intelectual que en 1932 adaptó el kurdo al alfabeto latino y fundó la revista literaria *Hawar,* la primera publicación de este tipo en lengua kurda en Siria.

Fue precisamente el lanzamiento de varios medios de comunicación en kurdo como Ronahî lo que ayudó a la normalización de la lengua. Este grupo mediático de humildes recursos contaba con un semanario impreso y una televisión que combinaba la actualidad con una extensa programación cultural e, incluso, clases de kurdo televisadas. El Comité de Educación estaba manteniendo constantes reuniones para planificar el curso que debía iniciarse en septiembre y diseñar todo el material educativo necesario para alumnos y docentes.

—En el nuevo curso, todas las asignaturas genéricas como Historia, Matemáticas, Biología... se impartirán en lengua kurda y, además, habrá clases de árabe, inglés y francés. Obviar el árabe en la educación de nuestros niños sería repetir lo que el régimen hizo con nuestra lengua —destacaba Tamouz Semali.

La revolución silenciosa que estaba teniendo lugar en las zonas de mayoría kurda del norte de Siria era observada por Ankara con preocupación. Tras la toma de control de los territorios de mayoría kurda por parte del PYD, el entonces primer ministro turco, Recep Tayyip Erdoğan, se apresuró a decir que observaban «con inquietud la cooperación

entre la organización terrorista del PKK y el PYD» y apeló al «derecho a intervenir en el interior de Siria para proteger las fronteras turcas». No sería la primera vez que Ankara realizaba una operación transfronteriza. Desde que el PKK estableció su cuartel general en Kandil, el ejército turco había llevado a cabo diferentes incursiones militares. Como medida disuasoria, Turquía decidió enviar un convoy compuesto por una veintena de vehículos militares a la región fronteriza de Kilis y reforzó la presencia armada a lo largo de los novecientos once kilómetros de frontera con Siria.

—Los kurdos no le tenemos miedo a Erdoğan. Si el Gobierno turco nos ataca, nos defenderemos —dijo el máximo responsable del parlamento del pueblo kurdo en Afrín poco antes de despedirnos.

Se trataba de todo un presagio de lo que sucedería, casi seis años más tarde, con la operación militar Rama de Olivo y la posterior ocupación turca.

2

EL «PEQUEÑO KURDISTÁN» DE ALEPO

DAVID MESEGUER

Saif y sus cuatro amigos tenían el gesto desencajado. Acababan de regresar de la manifestación opositora que todos los viernes tenía lugar en el céntrico barrio alepino de Bustan al Qasar, y todavía no habían asimilado lo que el objetivo de sus videocámaras acaba de registrar. A pesar de que la protesta cambiaba cada semana de ubicación por cuestiones de seguridad, aquel 16 de noviembre de 2012, los morteros lanzados por las tropas gubernamentales sirias habían hecho blanco en una calle cercana a la mezquita de Bader al Alaman, repleta de gente. Trece manifestantes habían muerto, y los heridos se contaban por decenas. Tras conocer lo ocurrido, Ahmed y yo nos miramos sin cruzar palabra. Horas antes habíamos maldecido nuestra mala fortuna porque no encontrábamos vehículo para recorrer los apenas sesenta kilómetros que separan el paso fronterizo turco-sirio de Bab al Salam y la ciudad de Alepo. Nuestra intención era llegar a tiempo para cubrir la protesta. De haber estado allí, no sabemos cuál habría sido nuestro destino, pero, sin duda, las dos horas de retraso convirtieron aquel contratiempo en un gran golpe de suerte.

Ahmed tenía poco más de veinte años y, aunque su familia era oriunda de Alepo, vivía desde hacía años con su madre en la vecina Turquía. Su padre era ingeniero y trabajaba en Arabia Saudí. Apenas se reunían una vez al año, durante el mes de ramadán. Era la primera vez desde el inicio de la guerra que Ahmed viajaba a su ciudad natal; no obstante, el joven activista llevaba meses implicado en la revolución opositora, colaborando en la difusión de las protestas contra el régimen a través de las redes sociales. Un *fixer* de confianza me había hablado de las intenciones de Ahmed y nos puso en contacto. Tras conversar varias semanas por Facebook y constatar que estaba muy bien conectado, consideré que acompañarlo en su regreso a Alepo era una muy buena opción para conocer la realidad de los barrios controlados por la oposición. Como él, centenares de jóvenes sirios en el extranjero habían decidido viajar al país que los vio nacer para tomar parte en lo que ellos consideraban un movimiento revolucionario. Los movía la posibilidad de vivir *in situ* un momento histórico que podía acabar con las casi cinco décadas de dictadura del Partido Baaz.

—Cuando hay luz, trabajamos. Cuando no, tratamos de echar una cabezada —explicaba Saif, un joven estudiante de ingeniería eléctrica que coordinaba el reducido grupo de activistas, amigos de la infancia de Ahmed.

La destrucción de algunas de las infraestructuras más importantes de Alepo estaba provocando constantes cortes en el suministro eléctrico, por lo que la existencia de corriente marcaba el ritmo vital de muchos sirios y, aún más si cabe, el de aquellos guerrilleros del teclado. Por este motivo, los jóvenes veinteañeros aprovecharon que había electricidad y se apresuraron a subir a YouTube las imágenes de la manifestación y de las desastrosas consecuencias del ataque. De fondo, el audio de la televisión con las imágenes de los bombardeos israelíes sobre Gaza se mezclaba con el estruendo de los obuses, que caían no muy lejos de aquel humilde piso de Bustan al Qasar creando una extraña atmósfera.

Desde la llegada de la guerra a Alepo en julio, los barrios orientales en manos de los alzados eran objetivo día y noche de la aviación y la artillería del Gobierno sirio. Aquella situación había provocado la huida de miles de

personas de la urbe alepina hacia otras partes de Siria, como Damasco o la región kurda, así como a Turquía. La marcha de los vecinos era bien visible en las calles semidesiertas de Bustan al Qasar, que antes la guerra contaba con cerca de trescientos mil habitantes y ahora, en cambio, apenas llegaba a los veinte mil.

Mientras Saif y sus amigos seguían concentrados en las pantallas de sus ordenadores, cuatro combatientes de la brigada Abu Amar, del Ejército Libre de Siria, hicieron acto de presencia en el salón. Todos ellos llevaban una cinta negra atada en la frente donde se leía la *shahada*, la declaración de fe: «No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta». El grupo, que contaba con doscientos combatientes y tenía una clara motivación religiosa, acababa de recibir el relevo en el frente de Al Ramusa, una barriada cercana al aeropuerto en la parte sur de la ciudad.

Tarek, uno de los rebeldes, tomó asiento junto a uno de los activistas y le mencionó la confluencia de dos calles para que las introdujera en Google Maps.

—Es evidente que no proporciona imágenes en tiempo real como lo hace un satélite, pero nos ayuda a hacernos una idea de qué edificios controlan las fuerzas del régimen y saber desde dónde nos disparan —comentó Tarek.

La misión de su unidad era hostigar a las fuerzas de Al Asad que se encontraban en Al Ramusa, desde donde bombardeaban los barrios de Al Sukari y Bustan al Qasar. En unos días, dicha brigada tenía previsto lanzar una ofensiva para intentar asfixiar una de las pocas vías de entrada que las tropas de Damasco aún conservaban en la ciudad, junto al aeropuerto.

«¡Fiuuuuu…!» De repente, la tranquilidad reinante en aquella estancia se vio alterada por el inconfundible zumbido de la caída de un obús de mortero. Todos echamos cuerpo a tierra y nos cubrimos la cabeza con las manos. Todos menos Faruk, que, tras ver nuestra reacción, comenzó a reír a carcajada limpia mostrando y zarandeando el móvil de un lado hacia el otro.

—Pero… ¡tú eres imbécil! —gritó Saif, aún con el susto en el cuerpo—. ¡No hagas este tipo de bromas! —añadió, poco antes de que él y todos los presentes comenzáramos a reír al percatarnos de que lo que habíamos

escuchado era en realidad un sonido procedente del teléfono de Faruk. La guerra se había vuelto tan cotidiana y estaba tan metida en las carnes de la población alepina que incluso muchas de las bromas que los jóvenes gastaban entre ellos tenían algún tipo de vínculo con el conflicto, con afán de desdramatizarlo.

Tras una noche de intensos bombardeos, Ahmed y yo madrugamos para ver cómo el barrio rebelde despertaba. En las calles, llamaban la atención las sábanas de color negro tendidas en los cruces para evitar la acción de los francotiradores y la gran cantidad de edificios de los que solo quedaba el esqueleto a causa de los combates. Los escombros se amontonaban junto a la basura, creando un ambiente denso e insalubre. Los habitantes de Bustan al Qasar habían integrado la cotidianeidad de los bombardeos en sus rutinas y andaban por la acera pegados a las fachadas buscando cobijo.

«¡Puuuum!» Esta vez, sí: un proyectil de mortero de verdad impactó a tan solo cincuenta metros de la panadería donde nos encontrábamos. Casi por acto reflejo, Ahmed y yo nos metimos a toda prisa en el interior de un portal. Tras esperar alrededor de un minuto por si caía un segundo obús, salimos de nuevo a la calle, sin saber el alcance real del ataque. Un hombre corriendo con una niña ensangrentada en brazos y gritando auxilio fue lo primero que vimos. No era nada nuevo: las tropas del régimen atacaban de forma sistemática y deliberada lugares en los que se producían aglomeraciones, como panaderías, hospitales o manifestaciones. Alepo, como el resto del país, había quedado dividido en tres partes. Era una auténtica Siria en miniatura. La zona oeste estaba bajo control del Gobierno; el ELS y las milicias islamistas dominaban la parte este, mientras que los barrios de mayoría kurda de Sheij Maqsud y Al Ashrafiya, en el noroeste, habían quedado en manos del PYD. Excepto algunos ataques esporádicos perpetrados por brigadas rebeldes, el «pequeño Kurdistán» de Alepo había conseguido mantenerse al margen de la guerra, en contraposición al resto de la ciudad, que estaba sumido en un auténtico infierno. Ningún medio de comunicación occidental había cubierto la situación en el Alepo kurdo desde el estallido de la guerra, y poder hacerlo suponía un gran reto profesional.

En la entrada de una diminuta guardería de Bustan al Qasar reconvertida en comisaría de Policía, los miembros de Amn al Thawra —los servicios de seguridad de la revolución— se repartían las calles y distribuían las tareas de vigilancia. En la pared de lo que en su día había sido un jardín de infancia, compartían espacio un grafiti de los Teletubbies y la bandera de la oposición siria.

—Después de un bombardeo, velamos por que no se produzcan robos entre los escombros —señaló Abu Fuad, el segundo oficial de rango de aquella unidad policial—. También nos encargamos de los *checkpoints*, el tráfico y la detención de colaboradores del régimen o de miembros del Ejército Libre Sirio que presentan un comportamiento inadecuado —añadió el mando tras haber finalizado la asignación de las tareas.

La integridad que transmitía Abu Fuad y la firmeza de sus palabras lo convertían en el interlocutor idóneo para preguntarle por la relación del ELS con el Frente Al Nusra y las YPG. Hasta aquel momento, pocas personas en el barrio con las que había podido hablar se habían atrevido a cuestionar al grupo yihadista, que, con una gran cantidad de combatientes extranjeros en sus filas y con la voluntad de instaurar la *sharía* —la aplicación más estricta de la ley islámica—, se había convertido en una de las milicias que más bajas causaban en el enemigo, recurriendo incluso al empleo de ataques suicidas.

—Actúan de forma independiente al resto de unidades del ELS, y siempre están en primera línea —dijo Abu Fuad, que añadió acto seguido —: Es muy loable el trabajo que hacen, porque son las tropas de choque contra el Ejército del régimen, pero la hoja de ruta que tienen para el futuro de Siria nos preocupa.

La ambigüedad y cautela con las que el mando policial hablaba de Al Nusra contrastaban con la firmeza de su visión respecto al papel y las aspiraciones del PYD.

—El PKK está colaborando con el régimen. Cuando venzamos a Al Asad, iremos a por ellos —aseveró de forma tajante el agente rebelde, utilizando el nombre de la guerrilla kurda que actuaba en Turquía para referirse al PYD.

Amenaza islamista

Aunque la distancia entre los barrios de Bustan al Qasar y Sheij Maqsud era de tan solo siete kilómetros en línea recta a través del casco urbano y existían algunos pasos abiertos desde la zona rebelde, la forma más segura de entrar en el «pequeño Kurdistán» de Alepo era ir a Afrín y, una vez allí, hablar con las personas adecuadas para que organizaran la logística del viaje. Ahmed consiguió que unos milicianos del ELS que llevaban a un compañero herido a Turquía aceptaran acercarme a la población fronteriza de Azaz. Por seguridad y para evitar suspicacias, no les dije que allí me esperaba Faiq, el contacto de Afrín que me proporcionaba cobijo en el cantón kurdo. En el trayecto de salida de la parte oriental de la ciudad, los cuarteles de Al Nusra, engalanados con banderas y pancartas negras repletas de simbología islamista, eran fácilmente identificables. En aquellos primeros compases del conflicto, Al Nusra todavía no había mostrado hostilidad hacia la presencia de periodistas occidentales, aunque su postura cambiaría meses más tarde.

La situación en Afrín había evolucionado mucho desde julio a causa de los combates entre las YPG y los grupos islamistas, que suponían la apertura de un nuevo frente en la contienda siria. En octubre se habían producido choques entre la milicia kurda y el ELS en el barrio alepino de Al Ashrafiya y en Qestel Cendo, en la región de Afrín, mientras que en aquel preciso momento la población de Serêkanîye, en el cantón de Yazira, estaba siendo escenario de enfrentamientos entre las YPG y los grupos islamistas del Frente Al Nusra y Guraba al Sham. Las refriegas en esta última villa fronteriza con Turquía habían causado treinta y cuatro muertos, y la escalada de la violencia dependía de un frágil alto el fuego alcanzado después de que el PYD propusiera un comité mixto, compuesto por kurdos y árabes, para gobernar la ciudad. Fruto de aquel insólito pacto y como hecho excepcional, en Serêkanîye pudieron verse durante algunos días *checkpoints* conjuntos donde ondeaban la bandera amarilla de las YPG y la

negra de Al Nusra, hasta que las hostilidades entre ambas partes volvieron a estallar.

Cuando los kurdos tomaron las armas en julio, la organización de las Unidades de Protección Popular era muy precaria, los voluntarios carecían de formación y disciplina militar y su arsenal se reducía principalmente a armamento ligero. Ahora, debido a la amenaza que suponían las organizaciones islamistas, la milicia kurda se había profesionalizado: había incorporado a cientos de mujeres en sus filas, la ropa civil había sido sustituida por uniformes y en los *checkpoints* podían observarse *pick-ups* dispuestas con Doshkas, ametralladoras de gran calibre de fabricación rusa. Como consecuencia del estado de alerta en el que estaba sumida la región de Afrín, las YPG habían incrementado la presencia de efectivos en las vías de comunicación de gran valor estratégico.

—Cada *checkpoint* cuenta con unos veinte milicianos, pero si la situación lo requiere, somos capaces de movilizar rápidamente a más de un centenar de efectivos —explicaba Mohamed Yemu, responsable del punto de control en la carretera que unía Yendires con el paso fronterizo de Bab al Hawa, ubicado en la provincia de Idlib.

Ya en Afrín, y con algunas jornadas por delante hasta que la logística para viajar al «pequeño Kurdistán» estuviera preparada, era importante oír aquellas voces que afirmaban que Turquía estaba dando apoyo a ciertas milicias rebeldes con el fin de aniquilar cualquier atisbo de autonomía kurda en Siria. Ararat, un periodista de Ronahî TV que había cubierto un mes antes los combates en Qestel Cendo, población cercana al paso fronterizo de Bab al Salam, aseguró que «el ataque de la *katiba* [brigada] Asefat al Shamal [Tormenta del Norte] se produjo desde el lado turco de la frontera». Desde que el pasado mes de julio dicha brigada, liderada por Amar al Dadiji, se hizo con el control de la frontera —punto estratégico y de vital importancia económica—, se había enfrentado con brigadas rivales del ELS que querían arrebatarle el mando del puesto fronterizo. Este grupo armado, que antes de la guerra se lucraba con el contrabando transfronterizo, contaba en sus filas con la presencia de combatientes sirios de ascendencia turcomana, por lo que los mandos del TEV-DEM creían que

Ankara les estaba dando apoyo para desestabilizar el cantón de Afrín.

—Ankara no puede permitir bajo ningún concepto que los kurdos de Siria tengamos derechos y libertad, y está apoyando a grupos islamistas para combatirnos —advertía Atef Abdo desde su despacho en el edificio que albergaba las dependencias de la nueva Administración—. Turquía está financiando las *katibas* Salahedin y Azadi, que cuentan con mercenarios kurdos en sus filas —denunciaba Abdo con relación a los grupos del ELS que Ankara estaría utilizando como quinta columna y que habían protagonizado incidentes armados con las YPG en Al Ashrafiya.

La acuciante fragmentación que comenzaba a sufrir el ELS estaba dificultando la interlocución entre la milicia kurda y los grupos rebeldes. Aref Sheiko, destacado miembro del TEV-DEM, reconocía que las relaciones con el Ejército Libre Sirio, comandado por Riad al Asad, eran fluidas, mientras que los contactos con las facciones opositoras islamistas eran prácticamente inexistentes. La buena relación del PYD con los grupos opositores leales a Riad Al Asad, así como con las ciudades colindantes de mayoría chií de Nubul y Al Zahrá, controladas por el Gobierno, provocaron que Afrín no quedara aislada durante aquellos primeros meses de conflicto. Este hecho permitió la llegada de armamento y milicianos procedentes de los cantones de Kobanî y Yazira, y también el flujo de efectivos militares entre Afrín y los barrios kurdos de Alepo.

La excepcionalidad de la situación tras casi cincuenta años de dictadura y la ilusión que la revolución kurda estaba despertando entre determinados sectores de la población provocaron un efecto llamada entre la diáspora. A cuentagotas, algunos exiliados por motivos políticos o económicos estaban regresando a Rojava para ser partícipes de aquel momento histórico y ofrecer su ayuda. Era el caso de Kendal, un hombre de mediana edad que había hecho fortuna en Rumanía, donde regentaba varios negocios de hostelería.

—En los ochenta me marché para encontrar un futuro mejor lejos de aquí. En aquella época, un kurdo no tenía muchas más alternativas que trabajar en el campo y malvivir —señaló aquel empresario al que conocí en la plaza principal de Afrín. Vestido con vaqueros, una americana de pana

gris oscura y portando un maletín de piel marrón, el regreso de Kendal era meramente temporal, pero cargado de simbolismo—. He vuelto porque es un deber moral ayudar a mi pueblo —dijo con firmeza—. El ELS tiene el apoyo de países como Turquía o Arabia Saudí. Detrás del régimen hay rusos e iraníes, en cambio, nosotros solo tenemos a nuestra gente, y por eso estoy aquí —remarcó Kendal.

Aunque el empresario no precisó de qué forma iba a contribuir a la revolución, después supe que en aquel viejo maletín portaba veinte mil euros que acabó entregando a las autoridades de Afrín y que, casi con total certeza, fueron destinados a la compra de armamento. Mientras kurdos como Kendal regresaban de forma fugaz a su tierra natal para contribuir económicamente a la causa, había muchos otros que llegaban con la firme idea de quedarse e integrarse como voluntarios en la milicia o en alguna organización de la sociedad civil.

El otro Alepo

Tras tres días de espera, Faiq me avisó de que ya estaba todo preparado para viajar al «pequeño Kurdistán» de Alepo. En un acuartelamiento de las YPG a las afueras de Afrín me esperaba un todoterreno con tres chicos jóvenes vestidos de civil sentados en la parte de atrás y el conductor, Serwan, un cincuentón de largo mostacho que vestía los típicos pantalones bombachos kurdos de color caqui y sostenía un AK-47 del que no se separaba.

En condiciones normales, los poco más de sesenta kilómetros que separaban Afrín de Alepo podían recorrerse en una hora, pero tener que esquivar los frentes de guerra entre el régimen y la oposición y transitar únicamente por los *checkpoints* controlados por brigadas del ELS «amigas» requerían prácticamente media jornada. Después de dejar atrás las últimas estribaciones orientales del Kurd-Dagh, las montañas kurdas, enseguida nos topamos con el primer punto de control del ELS. Aunque Serwan tenía clara la ruta —siempre por caminos secundarios de tierra poco transitados —, aprovechó la presencia de combatientes rebeldes para preguntar por la situación en las zonas calientes de Nubul y Al Zahrá, así como en los alrededores del asediado aeropuerto militar de Menagh, donde los soldados de Al Asad llevaban ya varios meses resistiendo.

Los tres jóvenes que me acompañaban eran combatientes de las YPG que habían recibido formación militar en los campos de entrenamiento de Afrín e iban a Alepo como refuerzo. Viajaban con ropas civiles para no levantar suspicacias durante el recorrido; un trayecto en el que, en ciudades de la periferia noroeste de Alepo como Anadan o Haritan, podían observarse una gran cantidad de tanques y vehículos calcinados a causa de los virulentos combates ocurridos durante el verano. En Anadan estuvimos cerca de dos horas parados mientras Serwan acordaba con la brigada local del ELS la forma en la que íbamos a entrar en Alepo. Fue una espera tensa porque los aviones del régimen no paraban de sobrevolar la zona y las explosiones de los bombardeos se escuchaban no demasiado lejos de allí.

Finalmente, Serwan nos condujo hasta Haritan, donde nos esperaba un destartalado coche al volante del cual estaba Mohamed, un combatiente rebelde de sonrisa permanente. Tras despedirnos de Serwan, los tres milicianos de las YPG y yo subimos al vehículo para realizar la última parte del recorrido.

—Árabes y kurdos somos hermanos. Para derrocar a Bachar, debemos estar todos juntos —comentó Mohamed después de hacer las pertinentes presentaciones.

Si en las villas que habíamos dejado atrás podían verse civiles transitando por las calles, el trayecto entre Haritan y la entrada Alepo era una auténtica tierra de nadie. Naves industriales y complejos fabriles completamente desiertos dibujaban un paisaje fantasmagórico. El último escollo que tuvimos que sortear antes de entrar en la ciudad asediada fue cruzar una carretera totalmente vacía, cortada por unos bloques de roca enormes que impedían el tráfico y en cuyos flancos estaban las posiciones del régimen y del ELS separadas por poco más de medio kilómetro.

La entrada a Alepo se produjo por un descampado del barrio de Al Lairamun, un suburbio en manos de los rebeldes colindante con Al Ashrafiya. Mohamed nos dejó en un *checkpoint* conjunto en el que ondeaban las banderas del ELS y las YPG. El contraste era evidente. Dejábamos atrás la simbología de la Siria opositora, cargada en muchos momentos de connotaciones islamistas, y de nuevo volvíamos a calles engalanadas con los retratos de Abdullah Öcalan y las fotografías de las milicianas y milicianos kurdos caídos en combate.

Ubicados sobre una colina en la parte noroeste de la ciudad, los distritos periféricos de Sheij Maqsud y Al Ashrafiya, y también Bustan al Basha, recibieron durante la década de los setenta a miles de kurdos procedentes tanto del cercano Afrín como de Kobanî y Yazira. La presión ejercida por la política de asimilación del Gobierno sirio a través del Cinturón Árabe y el éxodo interior a causa de la falta de oportunidades en las zonas rurales de Rojava empujaron a decenas de miles de kurdos a instalarse en Alepo. En dichos arrabales vivían principalmente judíos, que mayoritariamente emigraron tras la creación del Estado de Israel en 1948, y cristianos asirios

y armenios, que se habían instalado allí durante la Primera Guerra Mundial huyendo del genocidio al que estaban siendo sometidos sus respectivos pueblos en territorio otomano. En una época en la que existía mucha tensión con las tribus árabes suníes a las que el régimen, como uno de los ejes de su política de asimilación, había desplazado a las zonas de mayoría kurda, los kurdos recién llegados a Alepo creyeron que la convivencia sería mucho más fácil en una zona poblada por minorías y geográficamente cercana a Afrín.

Una de las escenas cotidianas que más impactaba del «pequeño Kurdistán» eran las decenas de personas que se reunían a diario en un parque con vistas a toda la ciudad, desde donde seguían la guerra en vivo y en directo. Sin pantallas, sin filtros y como si de un anfiteatro se tratara, la ubicación privilegiada permitía observar los bombardeos, las explosiones y las columnas de humo en tiempo real. Mientras gran parte de la que había sido capital económica de Siria estaba sometida a los combates que desde julio libraban las fuerzas leales a Bachar al Asad y el ELS, los habitantes de Al Ashrafiya y Sheij Maqsud habían podido mantenerse al margen de la guerra y ser meros espectadores. A partir de ese momento serían muy pocas las ocasiones en las que los kurdos podrían esquivar un conflicto que alcanzaría hasta el último centímetro de suelo sirio.

—Apostamos por una actitud defensiva y no queremos que régimen ni rebeldes actúen en nuestro territorio —comentó Bedran Ciakurd, el líder del TEV-DEM en la región de Alepo con el que me había encontrado meses atrás en Afrín, cuando el PYD acababa de tomar el control de los tres cantones kurdos y del «pequeño Kurdistán».

La ausencia de enfrentamientos en aquella parte de la ciudad se había visto truncada a finales de octubre como consecuencia de los choques entre las YPG y la brigada Salahedin del ELS después de que los rebeldes trataran de penetrar en Al Ashrafiya. Los combates habían dejado veinte muertos y cerca de doscientos prisioneros que ambas partes acababan de intercambiar hacía poco. Siguiendo la línea argumental de los mandos del PYD en Afrín, Ciakurd acusaba a Turquía de estar detrás de aquellos ataques y de colaborar con Al Qaeda para desestabilizar Rojava. Una de las

personas capturadas por el ELS en su incursión fue Nuyin, una figura importante del PYD en la ciudad y de quien se había anunciado su muerte a manos de los opositores. Un extremo desmentido por Zelal, máxima dirigente de la Unión de Mujeres Kurdas en Alepo, quien aseguraba que estaba «viva y en buen estado».

—El ELS le proporcionó un trato correcto, pero después fue trasladada a Turquía y, allí, el ejército la torturó con descargas eléctricas. Tras dejarla en libertad, la compañera abandonó tierras turcas, y ahora se encuentra fuera de peligro en el extranjero —detalló Zelal.

Aunque fueran vínculos frágiles, las YPG eran conscientes de su condición de inferioridad y de la importancia de mantener relaciones tanto con el ELS como con Damasco. Hadyi Amin, mando del ELS y designado interlocutor para hablar con la milicia kurda, llegó al cuartel que las YPG tenían en Al Ashrafiya con un ciudadano kurdo detenido, acusado de colaborador del régimen.

—Lo hemos traído aquí para interrogarlo conjuntamente y garantizar que ambas partes estén presentes —dijo el mando opositor. Aquel protocolo era fruto de un pacto firmado por rebeldes y kurdos en la ciudad de Alepo.

—Ambas partes tenemos en común que somos contrarias al régimen. Después de los enfrentamientos, mantuvimos una reunión en la que estuvieron presentes miembros del ELS, las YPG y una especie de consejo de ancianos de las comunidades árabes y kurdas del barrio —señaló Bedran Ciakurd desde el cuartel de las YPG, al que había acudido para citarse con Hadyi Amin.

Fruto de aquella reunión a la que Ciakurd hacía alusión, se creó un comité conjunto y se selló un acuerdo de no agresión. Aquel órgano compartido, formado por miembros de las dos facciones, supervisaba que ninguna parte penetrara en zonas controladas por la otra, así como el intercambio de prisioneros, y velaba por que en los puntos de control sensibles ondearan las banderas de las YPG, el ELS y el propio comité. A pesar de la tregua, la tensión y desconfianza entre la milicia kurda y la *katiba* Salahedin estaban presentes en el ambiente, y la población tenía miedo a que se reactivaran las hostilidades.

Sheij Maqsud y Al Ashrafiya limitaban con barrios controlados tanto por los rebeldes como por el régimen. Era el caso de Bustan al Basha y Midan, distritos que, separados de los suburbios kurdos por la vía del tren, eran escenarios de fuertes combates. La ubicación geográfica provocaba que algunas viviendas del «pequeño Kurdistán» colindantes con dichos distritos se vieran afectadas por los choques y, por ello, las YPG habían redoblado la vigilancia en los puntos más sensibles. Así sucedía con la calle Nadi Gele, a la altura en la que confluían los camposantos armenio, judío y cristiano. En aquel punto, el *checkpoint* kurdo apenas distaba trescientos metros del primer puesto de control de las tropas gubernamentales.

—Detrás del cementerio armenio, el régimen tiene colocadas varias baterías de artillería con las que hostiga a los rebeldes en Bustan al Basha —señaló el combatiente de las YPG responsable de aquel control—. El ELS suele atacar este punto, y las bombas caen en el cementerio, muy cerca de aquí.

Mientras que durante el día había dos decenas de combatientes velando por la seguridad de aquel punto, la cantidad podía ascender hasta los sesenta milicianos cuando llegaba la noche.

El control kurdo de aquellos dos barrios de gran extensión provocaba que, en muchos puntos de Alepo, soldados gubernamentales y rebeldes no pudieran entrar en el cuerpo a cuerpo y, por lo tanto, debieran sortear las zonas kurdas con fuego de mortero y artillería.

—La gran mayoría de los ciudadanos que pasan de zona rebelde a zona del régimen lo hace por nuestros *checkpoints* y, por eso, el registro de coches y enseres personales es fundamental para que ninguna de las dos partes pueda acusarnos —apuntó Cihan Awaz, una combatiente de las Unidades Femeninas de Protección (YPJ, por sus siglas en kurdo, la sección femenina de las Unidades de Protección Popular) que estaba de guardia en un control entre Sheij Maqsud y Bustan al Basha. La presencia de mujeres en la milicia kurda iba creciendo a pasos agigantados, pero también destacaba la adhesión de combatientes árabes que, defraudados con la conducta de los rebeldes, habían desertado de los rangos del ELS.

—Mi familia y amigos no están orgullosos de mí. Me consideran un

traidor y creen que me he vendido —aseguraba Mohamed desde el cuartel general de las YPG en Alepo, al que acaba de llegar tras realizar su guardia correspondiente—. El Ejército Libre Sirio se ha desviado de su principal cometido: combatir el régimen. Algunos de sus miembros roban y amenazan a la población civil. Su lucha se ha desvirtuado —destacó aquel joven de poco más de veinte años.

Aunque el grueso de la milicia lo componían mujeres y hombres de origen kurdo, era frecuente encontrar en sus filas a milicianos de diferentes etnias y religiones. Mientras que en regiones como Yazira había una nutrida presencia de combatientes árabes cristianos, en Alepo el alistamiento de jóvenes árabes suníes iba en aumento, tanto por aquellos que abandonaban el ELS como por jóvenes residentes en Al Ashrafiya y Sheij Maqsud que veían en las YPG la única alternativa para defender sus hogares y comercios. Ahmed, un joven de veinte años del barrio de Salahedin, era otro caso más de desertores en las filas rebeldes.

—Cuando, en julio, la revolución llegó a la puerta de mi casa, decidí unirme al Ejército Libre Sirio. Para tener las mejores posiciones en el frente, expulsamos a muchas familias de su hogar e incluso ejecutamos a varias personas. Fue muy duro, porque algunos eran vecinos a los que conocía desde niño —se sinceró el miliciano, con su rostro oculto bajo una kufiya de color rojo, el popular pañuelo utilizado en gran parte de Oriente Medio y originario de la ciudad iraquí de Kufa—. Hace un mes que decidí abandonar el ELS, y luego me escondí en Al Ashrafiya. Tras conocer a algunos de los miembros de las YPG, quise integrarme en sus unidades. Me siento aceptado, ya que no dividen por etnias y existe un trato igualitario —detalló Ahmed.

Para facilitar la integración de los recién llegados y evitar malentendidos, los mandos de las YPG trataban de dar todas las instrucciones colectivas en árabe. Hasta aquel momento, no se habían documentado casos de deserciones de miembros del ELS hacia filas kurdas. Quienes habían abandonado el bando opositor lo habían hecho motivados principalmente por convicciones religiosas, y se habían integrado en milicias de corte islamista como el Frente Al Nusra o Guraba al Sham.

Aquel diciembre, el periódico británico *The Guardian* sacó a la luz que los saqueos y las luchas internas en el seno del ELS en Alepo estaban dificultando la acción unitaria contra el régimen. La llegada del invierno y el hecho de que las municiones capturadas al Ejército sirio comenzaran a escasear habían convertido el robo y el mercado negro en una forma importante de financiación para determinadas *katibas* rebeldes. Por otro lado, en un vídeo difundido por *The New York Times,* se observaba cómo la población civil que guardaba cola en una panadería de Alepo cargaba duramente contra el ELS, acusándolos de ladrones y de apoyar, al mismo tiempo, la instauración de un ejército islamista.

—Me gusta que el objetivo prioritario de las YPG sea defender a la población civil y, por este motivo, estaré con ellos hasta que termine la guerra —comentó Alí, un joven combatiente árabe procedente del barrio de Al Sukari, en el sur de Alepo.

Para aquellos milicianos, tomar la decisión de abandonar el bando rebelde rompiendo, en muchos casos, lazos familiares y de amistad era un camino de no retorno. A ojos de muchos opositores, el PYD era un colaborador del régimen y, por lo tanto, enrolarse en su milicia armada era interpretado como un gesto de alta traición. Esta acusación de colaboracionistas del régimen también la defendían los combatientes kurdos de las *katibas* rebeldes Salahedin y Azadi, que criticaban al PYD por su postura y falta de implicación en la lucha contra Bachar al Asad.

—La gente sabe por lo que luchamos. Cualquier sirio árabe, kurdo, armenio, hombre o mujer que comulgue con nuestras ideas es bienvenido. No se trata de una lucha sectaria, sino ideológica —dijo Bedran Ciakurd con relación al asunto.

La ausencia de combates en el «pequeño Kurdistán» se observaba en las calles, donde prácticamente no había destrucción y la mayoría de los comercios abrían diariamente.

—Sin electricidad no podemos encender las neveras para conservar el género —se quejaba un joven comerciante de la calle 20 de Al Ashrafiya. Aunque la mayoría de los comerciantes se habían visto obligados a comprar generadores eléctricos que funcionaban con gasolina, el desmesurado precio

del carburante provocaba que no los utilizaran con demasiada asiduidad. Otra de las diferencias existentes entre el Alepo rebelde y los barrios controlados por el PYD era la ausencia de suciedad en las calles. La formación kurda había organizado brigadas de limpieza que recogían los desechos diariamente y también se encargaban de la distribución del pan en los hornos.

—Comparada con otros ciudadanos de Alepo, la gente de estos barrios puede llevar una vida relativamente normal —aseguraba Ciakurd. La estabilidad dentro del infierno que en aquel momento era Alepo provocó que miles de desplazados procedentes de otros barrios de la ciudad se instalaran allí.

Feiziegh y su familia procedían de Tariq al Bab y se habían instalado en la escuela Yasir Yasir de Sheij Maqsud.

—No tenemos electricidad, y empieza a hacer mucho frío —se lamentaba aquella mujer de avanzada edad—. Mis dos hijos fueron llamados a filas por el Ejército del régimen y hace meses que no sé nada de ellos —dijo aquella madre, angustiada por desconocer el paradero de sus descendientes.

Las aulas de aquella escuela estaban ocupadas por veinticinco familias que habían abandonado sus hogares el anterior mes de julio, cuando los combates alcanzaron sus barriadas. Mantas y ropa tendida ocupaban el espacio destinado a los pupitres. Metáfora del destino, donde se alojaba la familia de Feiziegh había un retrato de Bachar al Asad, situado sobre la pizarra, que los observaba y les recordaba cada vez que levantaban la vista que él era uno de los culpables de su situación.

—Desde el verano, solo una organización católica trajo ayuda humanitaria en una ocasión —denunció Abu Guivara, el responsable de la escuela que acogía a las familias. Los desplazados que allí se alojaban eran principalmente árabes, aunque también había kurdos, armenios y cristianos asirios—. Los kurdos hemos sido maltratados por el régimen durante años, y sabemos cómo hay que tratar a las personas en esas circunstancias —recalcó el encargado del centro escolar reconvertido en campo de desplazados.

Y, como sucedía en muchos conflictos de Europa y Asia, uno de los pueblos que siempre se encontraba en medio de las hostilidades era el de los gitanos. A las afueras de Al Ashrafiya había ubicado un campamento de tiendas donde tres centenares de zíngaros intentaban sobrevivir a las bajas temperaturas, y cuyas cabras se comían cualquier desecho debido a la ausencia de pasto.

La paz en el oasis kurdo de Alepo no duró demasiado. En 2013, Estado Islámico, que se hizo fuerte en la provincia y en la ciudad alepina tras imponer su ley en los territorios controlados por la oposición, puso el «pequeño Kurdistán» en su punto de mira y lo castigó con asiduidad. Aunque fue de forma puntual, las tensiones entre el régimen y las YPG en ciudades como Al Hasaka o Qamishli también se trasladaron a Alepo y, principalmente en 2014, el distrito fue objetivo de los bombardeos aéreos de la aviación siria.

Pero la peor época para Sheij Maqsud y Al Ashrafiya fue entre 2015 y 2016, cuando los «cañones del infierno» —grandes morteros de fabricación casera que disparaban bombonas de gas rellenas de explosivos— utilizados por las milicias opositoras islamistas se cebaron con la zona, provocando la destrucción de buena parte del distrito y la huida de gran parte de sus habitantes. A pesar de estar contra las cuerdas, las YPG lograron resistir y, en diciembre de 2016, en colaboración con las fuerzas del régimen, lograron expulsar a los opositores de la ciudad y permitir que Bachar al Asad recuperara el control total de Alepo.

3

EL PRIMER NOURUZ SIN AL ASAD

DAVID MESEGUER

Las persianas metálicas de los comercios de Yendires golpeaban con contundencia contra el suelo. Aunque el reloj tan solo marcaba las once de la mañana, los tenderos echaban el cierre a sus establecimientos para dirigirse hacia la plaza del ayuntamiento, donde iba a tener lugar una manifestación en honor a las víctimas kurdas fallecidas durante las protestas de Qamishli, el 12 de marzo de 2004.

—Por fin somos libres y podemos rendir tributo a nuestros mártires como se merecen —comentó Hasan, un frutero que acudía al homenaje acompañado por tres de sus hijos.

Ataviadas con banderas del PYD, centenares de personas se reunieron delante del consistorio local, presidido por una gran lona con el retrato de Abdullah Öcalan. Después de sonar el *Ey Reqîb* —el himno nacional kurdo — y de tres minutos de un sepulcral silencio, Xelil Abás, miembro del consejo local, empuñó el micro para dirigirse a la muchedumbre allí congregada: «La sangre de nuestros mártires no fue en vano. Hoy, nueve años después de la masacre de Qamishli, gran parte de Rojava vive libre del

yugo del régimen», voceó el político, arrancando una atronadora ovación.

A trescientos metros tenía lugar una concentración paralela, organizada por los partidos del Consejo Nacional Kurdo y encabezada por una gran fotografía de Mustafá Barzani. Las dos movilizaciones eran un ejemplo más de la división social y política existente en el seno de la sociedad de Rojava. El Comité Supremo Kurdo teóricamente aún funcionaba, pero el poder real estaba en manos del PYD.

Aquella era mi tercera cobertura en la región de Afrín, y la época elegida para desplazarme a la zona más occidental de Kurdistán no había sido casual. Marzo es el mes por antonomasia para los kurdos. La llegada de la primavera conlleva la celebración más importante del año, pero también el recuerdo de algunos de los episodios más fatídicos en la reciente historia de este pueblo milenario. La alegría y el fuego del Nouruz —el Año Nuevo kurdo— conviven en el imaginario colectivo con la rabia y la sangre de las masacres de Qamishli y Halabya. Una celebración y unos actos conmemorativos que, bajo la dictadura de los Asad, debían hacerse a escondidas, pues con ellos se enfrentaba el riesgo de la detención y el encarcelamiento. Además, se cumplía el segundo aniversario del inicio de la guerra de Siria, por lo que aquel viaje era una excelente oportunidad para comprobar cómo los kurdos de Afrín vivían su primer marzo de autogobierno, sin la presencia de la Administración central y de todos los aparatos del Estado.

Llegar a la región aquel marzo de 2013 no fue complicado, pero el viaje daba mucho respeto. Aunque el acceso por el paso turco-sirio de Bab al Salam seguía abierto para la prensa, la fragmentación del Ejército Libre Sirio y la eclosión de numerosas brigadas islamistas hacían a uno temer por su seguridad. Entre los compañeros ya era conocida la desaparición, meses atrás, del periodista estadounidense James Foley y del británico John Cantlie en la provincia de Idlib, por lo que era necesario asegurar cada paso y planificar muy bien el trayecto corto pero peligroso entre la frontera y la región de Afrín. En aquel mismo punto, solo cinco meses más tarde sería secuestrado y posteriormente entregado a Estado Islámico el reportero norteamericano Steven Sotloff.

Aunque suelo viajar solo, en aquella ocasión lo hice acompañado por el periodista y camarógrafo catalán Oriol Gracià, con la intención de grabar un documental sobre la revolución silenciosa que los kurdos estaban protagonizando en aquella parte de Siria. Faiq, mi contacto en la región, nos acogió durante las casi dos semanas que necesitamos para documentar aquellas jornadas históricas. Los discursos de homenaje que se escuchaban en aquel acto de Yendires transmitían a partes iguales el recuerdo hacia las víctimas y la animadversión hacia el régimen por la crueldad mostrada en aquel fatídico episodio de 2004. La chispa del levantamiento popular en Qamishli prendió durante la celebración de un partido de fútbol entre el equipo local Al Yihad y el Al Fatwa, de Deir ez-Zor. Momentos antes del inicio del encuentro, algunos aficionados árabes de la escuadra visitante comenzaron a corear consignas pro Sadam Huseín y antikurdas, enfureciendo a los seguidores del Al Yihad. Como respuesta, los hinchas locales izaron la bandera kurda en el estadio y respondieron con eslóganes prokurdos, lo que desembocó en una batalla campal entre ambas aficiones y la contundente actuación de la policía siria.

Para la población kurda de Qamishli, los disturbios rápidamente tomaron una connotación reivindicativa y se expandieron por toda la ciudad. La quema de la oficina local del Partido Baaz y el derrumbamiento de una estatua de Hafez al Asad provocaron la rápida respuesta del ejército de Bachar, que desplegó a miles de soldados, apoyados por tanques y helicópteros. Según apuntaron los reportes de la agencia Associated Press, más de tres decenas de kurdos murieron en aquellos disturbios antes de que el régimen restableciera el control sobre la población sublevada.

Las protestas tuvieron réplicas en algunos barrios de mayoría kurda de Alepo y Damasco con idéntica respuesta represiva por parte del Gobierno. En Sheij Maqsud, la joven Farida Ahmad murió abatida por disparos de la policía. Sus padres, presentes en el acto de Yendires y originarios de una aldea cercana, aprovecharon el homenaje para lanzar un mensaje de recuerdo hacia a su hija y encabezar una pequeña comitiva que fue a visitar sus restos mortales al pequeño cementerio de su villa natal.

Cuatro días más tarde y de forma prácticamente idéntica, las calles de

las principales ciudades de Rojava volvieron a llenarse para conmemorar el vigésimo quinto aniversario del bombardeo con armas químicas ordenado por Sadam Huseín contra la población kurdoiraquí de Halabya, en el que murieron cerca de cinco mil personas, en su mayoría civiles.

La gran carga emotiva de aquellas jornadas podía percibirse igualmente en los medios de comunicación kurdos y, especialmente, en televisiones como Ronahî o Stêrk, que de forma casi ininterrumpida emitían reportajes y tertulias en los que se hablaba de la represión sufrida en el pasado, pero también del optimismo que despertaban la situación de autogobierno en Rojava y la posibilidad real de un alto el fuego entre el Gobierno turco y el PKK.

En las cárceles de Al Asad

—En 2008, la mujabarat me arrestó acusándome de terrorismo y de conspirar contra el Gobierno —explicaba Abu Seido, un agricultor y militante histórico del PYD residente en una pequeña aldea de Afrín escondida entre montañas—. Les dije que no era un terrorista, sino, simplemente, un kurdo libre y patriota. Algo que, evidentemente, no les gustó. En el centro de detención me quitaron la ropa, me echaron agua fría y me torturaron. Se cebaron. Fueron extremadamente crueles —recordaba aquel cincuentón regordete de tupido mostacho y sonrisa permanente.

Enseñar kurdo en la clandestinidad, celebrar el Nouruz o dar charlas políticas en la universidad podían ser motivos más que suficientes para pasar una buena temporada entre barrotes. Más concretamente, en unas opacas e insalubres cárceles sirias, en las que convivían una extensa y variada amalgama de personas que el régimen de Al Asad consideraba potencialmente peligrosas para su estabilidad. Opositores de diferente signo político, yihadistas y kurdos se hacinaban en las prisiones junto a los delincuentes comunes. Además, los presos de esas cárceles, tras el estallido del conflicto, se convirtieron en cartas que Damasco supo jugar con maestría tanto para legitimar su discurso como para desestabilizar a potencias extranjeras implicadas en la contienda.

Con la liberación de numerosos yihadistas entre 2011 y 2012 —algunos de ellos se situarían después al frente de brigadas opositoras islamistas—, el régimen trataría de ganar más legitimidad de cara al exterior y justificar su acción armada contra «una oposición que no exigía reformas democráticas, sino que estaba liderada por terroristas con una agenda claramente islamista».

Por otro lado, la excarcelación de decenas de militantes kurdos permitió al PYD reorganizar todas sus estructuras y hacer efectiva la gestión del territorio tras la retirada de las tropas de Damasco. El objetivo de esta medida era presionar a la Turquía del entonces primer ministro Recep

Tayyip Erdoğan, principal aliado del Ejército Libre Sirio. Precisamente, Abu Seido pudo beneficiarse de la «medida de gracia» de Al Asad y fue puesto en libertad a finales de 2011, tras pasar tres años y medio en la cárcel. A pesar de su largo cautiverio en las prisiones del Gobierno sirio, el campesino se mostraba muy cauto a la hora de hablar de las intenciones reales de la oposición armada y defendía la apuesta del PYD por la tercera vía.

—Conseguimos expulsar al régimen de Afrín de forma pacífica. La oposición siria quería que nos alzáramos en armas contra Al Asad, pero solo hay que observar lo que ha pasado en ciudades como Dará, Homs y Hama, donde la guerra lo ha destruido todo —dijo Abu Seido para justificar la postura de las organizaciones afines al PKK en Siria.

Tras una charla que duró cerca de una hora, sugerí a Abu Seido que me acompañara a Yendires a visitar a Mustafá Rashwalik, el portavoz de la formación Yekîtî, un partido bajo el paraguas del Consejo Nacional Kurdo. Sentarlos frente a frente fue una buena opción para calibrar la salud del Comité Supremo Kurdo, que había estado a punto de disolverse en varias ocasiones debido a las disputas entre el PYD y algunos partidos kurdos de la órbita de Barzani. Una tensión latente entre los *apoçis*, los seguidores de la ideología de Abdullah Öcalan, y ciertos sectores del CNK que había dejado muertes en ambos bandos y la fuga de algunas formaciones rivales del PYD a la Coalición Nacional para las Fuerzas de la Oposición y la Revolución Siria (CNFORS). El principal exponente de la ruptura fue Abdulhakim Bashar, histórico líder del PDK en Siria, a quien los afines al PKK acusaban de colaboracionista con Turquía.

—El Comité Supremo Kurdo proporciona servicios sociales y seguridad militar, además de desarrollar tareas en muchas otras áreas e, incluso, ocuparse de promover y gestionar la producción del aceite de oliva —expuso en primer término Mustafá Rashwalik ante la atenta mirada de Abu Seido—. Si tenemos problemas, no podemos hablar a espaldas de los demás. Debemos ser muy claros, críticos con nuestras acciones y resolver nuestras disputas dentro de este comité —continuó el portavoz de Yekîtî, mientras un militante del partido repartía vasos de té para los allí presentes.

—Es la primera vez en la historia de Rojava que los kurdos nos autogobernamos. Hasta la fecha, podemos considerarla una muy buena experiencia, pero con casi total seguridad algunas cosas saldrán mal, porque no debemos olvidar que durante siglos hemos vivido bajo la cultura de las dictaduras —interpeló Abu Seido para justificar algunos de los errores cometidos por la nueva Administración.

El histórico militante del PYD argumentaba que se habían acostumbrado a los malos hábitos de los regímenes autocráticos y que aquello no podía cambiarse de un día para otro.

—Solo seremos libres si conseguimos romper con esa herencia —añadió Seido, mientras Rashwalik asentía con la cabeza.

El ambiente que se respiraba en la sede de Yekîtî era de cierta cordialidad, a pesar de la tensión vivida entre las principales facciones kurdas durante los homenajes a las víctimas de Qamishli y Halabya. Sin duda, el objetivo común de combatir al Frente Al Nusra y otros grupos yihadistas había dejado las diferencias existentes en un segundo plano.

Nouruz y proceso de paz en Turquía

A pesar de la fragmentación del Ejército Libre Sirio en decenas de brigadas y la extrema radicalización de alguna de ellas, el autogobierno kurdo seguía manteniendo buenas relaciones con ciertas facciones opositoras; una entente que permitía la entrada de todo tipo de bienes y productos en la región. La relativa estabilidad en Afrín, en comparación con otras zonas de Siria, y la abundancia de víveres empujaban a algunos combatientes opositores a adentrarse en zona bajo control de las YPG para comprar provisiones. En los bazares locales era habitual toparse con vehículos con grandes adhesivos de la bandera tricolor del ELS y la *shahada* «No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta» pegados en la luna trasera.

—A pesar de la calma aparente, no podemos bajar la guardia. En las últimas semanas hemos frustrado varios intentos de infiltraciones tanto de la mujabarat como de los yihadistas —apuntaba Ferhad Derik, una de las figuras más importantes del TEV-DEM en Siria y a quien el movimiento había destinado a Afrín meses atrás. Desde su despacho en el consistorio de Afrín, coordinaba el operativo de seguridad en la región y, por lo tanto, era el mejor conocedor de todos los microconflictos que a los foráneos se nos escapaban.

El mando kurdo estaba intranquilo por el incremento de la presencia de combatientes chechenos y uzbekos en Atmah. Derik señalaba que, en esta pequeña aldea de la provincia de Idlib a tan solo quince kilómetros de Yendires, había un gran campo con miles de civiles desplazados, pero también cuarteles de Al Nusra y grupos extremistas.

—Otro de los temas candentes es la actitud de dos tribus árabes que el Partido Baaz trajo décadas atrás para contrarrestar y presionar a los kurdos. Han protagonizado ciertos episodios de odio y racismo. Estamos manteniendo conversaciones para convencerlos y hacerles partícipes de la nueva Administración —indicó el dirigente del TEV-DEM, notablemente preocupado por el dispositivo de seguridad de la celebración del Nouruz,

que iba a tener lugar al día siguiente—. Será una jornada de fiesta, pero en ningún momento bajaremos la guardia. Si el régimen o los yihadistas tratan de entrar en Afrín por la fuerza, nos defenderemos —concluyó Ferhad Derik para, después, escoltado por algunos milicianos de las YPG, abandonar el edificio.

Los orígenes del Nouruz se remontan a tres mil años atrás. Según cuenta la leyenda, en la Asiria del rey Zuhak, los kurdos no tenían primavera por culpa de la crueldad del monarca, que cada día exigía el tributo de un joven para comerse sus sesos. Ante tal injusticia, el herrero kurdo Kawa —quien se negó a entregar a sus hijos al tirano— organizó un ejército de jóvenes alzados que el 20 de marzo se dirigió hacia la residencia real. Tras derrotar al monarca, la primavera regresó al día siguiente. Para anunciar a los pueblos de Mesopotamia que ya eran libres, el herrero encendió un gran fuego. Por este motivo, el Nouruz se festeja saltando hogueras en el equinoccio de primavera para despedir el invierno y dar la bienvenida a la nueva estación. En las últimas décadas, esta celebración, compartida con los persas, es aprovechada por los kurdos de las cuatro partes para reafirmar su identidad oprimida y reivindicar sus derechos, desafiando las prohibiciones impuestas por el poder central.

«¡Viva la unidad del pueblo kurdo!» y «¡No hay vida sin nuestro líder Öcalan!» eran los dos grandes lemas que retumbaban en la lejanía mientras me acercaba a una gran explanada ubicada en un prado a las afueras de Afrín. Decenas de miles de personas se habían reunido aquel 21 de marzo para celebrar el primer Nouruz en cincuenta años sin la presencia del régimen sirio y, también, el histórico alto el fuego anunciado aquella misma jornada por el líder del PKK, Abdullah Öcalan, tras alcanzar un acuerdo con el Gobierno turco. En torno a un gran escenario, una muchedumbre ataviada con banderas tricolores de Kurdistán, la amarilla de las YPG y la roja del PKK se disponía a pasar una jornada de pícnic en familia mientras escuchaba los discursos de los líderes políticos y disfrutaba de las actuaciones de grupos de folklore local.

—El Nouruz es mucho más que un simple pícnic o diversión. Esta celebración marca el camino contra la crueldad. El Nouruz es paz y

fraternidad, pero también es la revolución armada y el éxito —señaló Mohamed, un agricultor de mediana edad que había acudido a la fiesta junto a toda su familia.

Cinco madres de milicianos kurdos muertos en combate contra el Ejército turco fueron las encargadas de prender la hoguera con la que comenzaron las celebraciones. Cuando el fuego empezó a arder con virulencia, se guardó un ensordecedor minuto de silencio, en el que los miles de asistentes levantaron sus manos al viento y escenificaron su respeto a los mártires con el símbolo de la victoria. El tributo acabó cuando, desde el escenario, se oyó un solemne «*Şehîd namirin*» («los mártires nunca mueren») que arrancó una atronadora ovación de la multitud.

Desde la tarima del escenario, Sinam Mohamed, una de las mujeres con mayor peso en el seno del TEV-DEM, comenzó a leer algunos pasajes de la misiva que Öcalan había hecho llegar a Selahattin Demirtaş cuarenta y ocho horas antes. El copresidente del Partido Paz y Democracia (BDP) —principal formación política kurda en Turquía— visitó al líder del PKK en la isla-prisión de İmrali, donde el mando guerrillero permanece encarcelado a cadena perpetua desde 1999.

«Hoy es el inicio de una nueva era. Un tiempo en el que comienzan los derechos democráticos, la libertad y la igualdad. El derramamiento de sangre turca y kurda se detendrá. No hablarán las armas, sino la política», leyó Sinam Mohamed, parafraseando a Öcalan, ante los miles de personas congregadas.

El histórico anuncio del alto el fuego se produjo después de que las conversaciones de paz entre el Gobierno de Ankara y el PKK se relanzaran, a pesar de serios contratiempos, a principios de año. El asesinato en enero de tres militantes kurdas en París puso contra las cuerdas el proceso de paz, pero la liberación aquel mismo marzo de ocho prisioneros turcos retenidos por la guerrilla en sus bases de Kandil supuso un espaldarazo para la consecución del acuerdo. El primer compromiso que la guerrilla adquirió y materializó fue la retirada progresiva de sus milicianos de territorio turco hacia su bastión en el Kurdistán iraquí. Por su parte, el entonces primer ministro turco, Recep Tayyip Erdoğan, garantizó que el ejército turco no

atacaría a los combatientes del PKK durante su eventual repliegue. Una promesa que el Gobierno turco también cumplió.

Aunque los términos del acuerdo de paz y los pasos para implementarlo estaban aún muy en el aire, desde el lado kurdo se esperaba que Ankara incluyera el reconocimiento de sus derechos en la reforma constitucional que el Parlamento turco tenía previsto votar en los próximos meses. Entre las principales demandas, destacaban la enseñanza del kurdo en las escuelas públicas de Turquía y la amnistía para los miles de presos políticos, sindicalistas y periodistas kurdos que no tuvieran delitos de sangre. Aunque el Gobierno turco descartaba una amnistía general, sí se mostraba abierto a negociar las condiciones legales de una posible desmovilización de la guerrilla y la integración de sus combatientes en la sociedad civil.

Al finalizar la celebración del Nouruz en Afrín, el ambiente que se respiraba entre bambalinas era de mucho optimismo. La cúpula de las YPG consideraba que el alto el fuego en Turquía posibilitaría la llegada a territorio sirio de una importante cantidad de guerrilleros del PKK —muchos de ellos, originarios de Rojava y con amplia experiencia en combate—, así como de armamento para reforzar los múltiples frentes que los kurdos tenían abiertos. Una llegada de refuerzos que se acabó produciendo y que, meses después, sería decisiva para contener las acometidas de Estado Islámico.

4

MILICIANAS KURDAS CONTRA ESTADO ISLÁMICO

DAVID MESEGUER

—Cuando pare, baja de la moto y empieza a correr. Simplemente sigue a las personas que tendrás delante. Ellas ya saben por dónde hay que cruzar la frontera —me indicó el chico kurdo que iba a acercarme al punto más próximo entre la carretera turca D-140 y Siria cuando la ruta estuviera despejada de gendarmes.

Era mediodía y hacía apenas una hora que había llegado a Deliosman, una pequeña aldea turca situada a escasos metros de la frontera con la región de Afrín. La jornada había arrancado bien temprano en la estación de autobuses que conectaban las ciudades sureñas de Gaziantep y Kilis. Desde este último punto, y para no levantar sospechas, un minibús era la mejor opción para alcanzar Deliosman. Con los pasos fronterizos de Bab al Salam y Bab al Hawa tomados por Estado Islámico, la única manera de acceder a Afrín era cruzando ilegalmente desde Turquía.

Faiq, mi suerte de familia en Afrín, había contactado con uno de los

contrabandistas que se encontraban en el lado turco de la frontera para que me introdujera en suelo sirio. Durante aquel otoño de 2013, el proceso de paz entre Ankara y el PKK seguía vivo, por lo que las autoridades turcas eran bastante permisivas con la entrada de personas y de algunos productos a una región que, a causa del sitio yihadista, estaba completamente aislada por la parte sur.

—Vamos, sube —me dijo apresuradamente el joven veinteañero tras recibir una llamada de un miembro de la red de contrabandistas, en la que le indicaron que había vía libre. La enorme mochila de ropa que cargaba en la espalda y otra más pequeña con el ordenador y la cámara que portaba en el pecho no eran el equipaje más adecuado para hacer de paquete en la motocicleta, ni tampoco para recorrer al trote los cerca de trescientos metros que separaban la carretera del lado sirio.

Una gran furgoneta blanca parada en el arcén, de la que no paraban de salir personas cargadas con bultos, indicaba el punto para el desembarco. Después de bajar de la motocicleta, comencé a correr y a seguir a dos chicos adolescentes que tenía delante. El polvoriento sendero transcurría a campo abierto entre suaves lomas, en una zona minada por el Ejército turco a ambos lados de la frontera. El linde entre Turquía y Siria lo delimitaban dos hileras de alambre de concertinas, que presentaban algunos huecos provocados por el frecuente tráfico de personas.

Ya en suelo sirio, continué corriendo hasta que observé que las personas que tenía delante aminoraban el paso. Más relajado, giré la vista y me di cuenta de que, en el punto exacto por el que habíamos cruzado, había un vehículo militar de la gendarmería turca. Los contrabandistas aprovechaban cada cambio de guardia y la permisividad de las autoridades turcas para realizar el traslado de personas y productos. En una vasta explanada cercana a un campo de olivos, una multitud de coches, furgonetas y motocicletas esperaban a los recién llegados. Allí estaban Faiq y Hasan Hasan, un profesor de inglés de Yendires con el que había forjado una buena relación durante la cobertura de los festejos del Nouruz.

La situación en el tablero sirio y en Afrín habían cambiado radicalmente desde marzo de 2013. El entonces autodenominado Estado Islámico de Irak

y el Levante se había desmarcado del Frente Al Nusra y, desde el verano, había protagonizado una rápida expansión militar en algunas provincias del norte del país, como Al Raqa, Deir ez-Zor, Idlib o Alepo, tras arrebatar el control de amplias zonas a los grupos opositores al régimen sirio. Con su macroproyecto de califato y su cuidada propaganda, la organización yihadista, liderada por Abu Bakr al Bagdadi, estaba atrayendo a miles de muyahidines de todo el mundo, y su expansión territorial parecía imparable.

En el caso de Afrín, el enclave kurdo permanecía completamente asediado desde septiembre, después de que Estado Islámico expulsara al ELS de las zonas de Idlib y Alepo colindantes con la región. La frontera turca en la parte norte y las poblaciones de mayoría chií de Nubul y Al Zahrá, controladas por el Gobierno sirio en el extremo este, habían permitido a las YPG concentrar la práctica totalidad de sus efectivos militares en un extenso frente meridional para contener el avance de los yihadistas. Como hacía meses que ningún periodista extranjero reportaba desde la región, Hasan Hasan y su sobrino Dalil, ambos licenciados en Filología Inglesa por la Universidad de Alepo, se ofrecieron a trabajar conmigo y a aparcar su actividad docente durante unos días.

Hasan Hasan era un hombre alto de cuarenta y tres años y complexión delgada que siempre lucía camisas muy bien planchadas y brillantes zapatos. Nunca salía de casa sin previamente haberse acicalado el pelo y alisado su negro mostacho. Aunque era original de la aldea de Miskê Jorîn, tenía su vivienda y academia de inglés en Yendires. Era un hombre muy culto, y sabía algunas frases en español gracias a las retransmisiones vía satélite de la liga de fútbol.

Su sobrino Dalil era un joven delgaducho de metro setenta, tez blanca y ojos azules que combinaba algunas clases particulares con el trabajo en el Comité de Relaciones Exteriores de Afrín. Dalil, que tenía veinticuatro años, destacaba por su impecable educación y su sexto sentido para buscar historias potentes, como ya había demostrado durante la cobertura del Nouruz. Su aspecto físico, más propio del de un país nórdico, había provocado en más de una ocasión la confusión de hacer creer a los autóctonos que él era el reportero europeo y yo, el traductor kurdo que lo

acompañaba.

Para dar parte de mi llegada a las autoridades locales, la primera parada obligatoria fue la sede del autogobierno cantonal en la ciudad de Afrín. Allí estaba Bedran Ciakurd, uno de los mandamases del TEV-DEM en la región, al que ya conocía de anteriores ocasiones.

—Al asedio de los yihadistas por el sur, hay que añadir la negativa turca a la entrada de productos básicos y medicamentos por el norte. Es un acto de lesa humanidad y va en contra de los tratados internacionales de guerra y de los derechos humanos —denunció Ciakurd al ser preguntado por el cerco al que estaba siendo sometido Afrín—. Este embargo en nombre del islam y la yihad tiene como objetivo que nuestro pueblo se rinda y emigre, dejando Afrín y las otras zonas kurdas de Siria a merced de Turquía —añadió el dirigente del TEV-DEM mientras firmaba algunos de los permisos que necesitábamos para movernos por la zona.

Después de abandonar el cuartel general del autogobierno kurdo, propuse dar un paseo por el centro de la ciudad para calibrar el ánimo de los residentes. En los comercios y puestos de alimentos, podía observarse que muchos productos básicos y bienes de primera necesidad escaseaban, y que los precios se habían disparado como consecuencia del bloqueo.

—Antes del conflicto, el Estado subvencionaba el pan, por lo que un kilo solo costaba quince libras sirias. Ahora, el precio se ha disparado hasta las ciento treinta libras, casi un dólar —se quejaba un joven que acababa de comprar alrededor de veinte láminas de pan en una panadería donde una interminable cola de gente aguardaba su turno.

El responsable de aquella panadería, situada en un cruce muy concurrido, indicaba que, si el asedio continuaba, Afrín solo tendría reservas de harina para los próximos tres meses.

Una subida similar había experimentado la gasolina, que alcanzaba las doscientas libras el litro. Paradójicamente, uno de los pocos productos cuyo precio estaba por los suelos era el aceite de oliva, el principal motor económico de la región. En plena época de la cosecha de la aceituna, el embargo yihadista estaba provocando que las almazaras, ante la imposibilidad de poder exportar, acumularan miles y miles de garrafas de

aceite.

A POCOS METROS DE LA BANDERA NEGRA

Tras dar un paseo por el centro de Afrín y comprobar las consecuencias directas del cerco sobre la vida cotidiana de los residentes, Hasan, Dalil y yo decidimos sentarnos en una cafetería para planificar la cobertura y determinar qué tipo de historias podía generar un mayor interés entre los medios. Más allá de la consolidación del proyecto político en Rojava, la lucha contra una fuerza de reciente aparición en Siria como Estado Islámico era, sin duda, el tema estrella a nivel informativo. Después de sopesar los diferentes emplazamientos de la milicia kurda en el frente, decidimos que la aldea de Bosoufane presentaba varios elementos lo suficientemente interesantes como para cubrir la guerra contra Estado Islámico desde allí.

Tras dormir toda la noche a pierna suelta y poder descargar la tensión acumulada durante el cruce fronterizo ilegal, el día siguiente arrancó con un trayecto en coche desde Afrín a Bosoufane que discurría por pedregosos y escarpados caminos. A dos horas de distancia, aquella diminuta villa yazidí, situada en el límite sur de la región y a escasos kilómetros de la iglesia de San Simeón Estilita, era la base de un importante destacamento militar y uno de los frentes más activos durante las últimas semanas. Además, las Unidades de Protección de la Mujer tenían una notable presencia en aquel inhóspito paraje de colinas rocosas y labrados campos de olivos de tierra rojiza.

—Como no pueden apoderarse de Afrín por la vía militar, ahora intentan ahogarnos prohibiendo la entrada de alimentos y productos de primera necesidad —señalaba Piling Serewa, jefe del destacamento de las YPG y quien nos había conducido, a través de una extensa red de trincheras, hasta un búnker protegido por sacos terreros.

Desde la fortificación, construida por la milicia kurda, podía divisarse una posición de Estado Islámico presidida por su inconfundible bandera negra y situada a tan solo trescientos metros. Mientras el comandante explicaba cómo se habían desarrollado los combates en las últimas

semanas, un miliciano irrumpió en el búnker para entregarle un panfleto que EI estaba repartiendo entre los civiles que cruzaban sus *checkpoints* con dirección al enclave kurdo. «A partir del 1 de diciembre estará prohibida la entrada de cualquier tipo de mercancía en la región de Afrín controlada por el PKK, milicia aliada del régimen. Las personas que deseen entrar o salir serán llevadas ante un tribunal islámico para investigar si tienen cualquier tipo de relación con los infieles», advertía la misiva. Con este lenguaje, los grupos yihadistas trataban de desprestigiar la tercera vía adoptada por el PYD y su posición de autodefensa ante el régimen, la oposición y los grupos islamistas. En su propaganda bélica, Estado Islámico acusaba a los kurdos de infieles y, en el caso concreto de Afrín, de dar cobertura a las tropas gubernamentales que resistían en las poblaciones chiíes de Nubul y Al Zahrá. Además, aquellos días, la organización fundamentalista había difundido el rumor de un ataque inminente sobre la región y, por ello, aconsejaba a la población árabe residente en Afrín que abandonara la zona.

—Esto no va a ocurrir, porque los árabes valoran mucho la seguridad y la estabilidad de Afrín. Al principio de la guerra, los árabes estaban asustados porque pensaban que los expulsaríamos de Kurdistán, pero ahora nos apoyan y muchos de ellos se han integrado en las YPG —afirmaba el comandante Serewa con relación a las proclamas de EI.

La calma y la ausencia de combates en Bosoufane durante los últimos cuatro días contrastaban con los frentes de Qestel Cendo, cerca de Azaz, y de Yendires, que seguían activos y se cobraban muertes a diario en ambos bandos. Junto con los enfrentamientos armados, en el autogobierno también existía una profunda preocupación por la detención arbitraria de multitud de ciudadanos kurdos en los controles de carretera de Estado Islámico. Unos días atrás, el Observatorio Sirio para los Derechos Humanos había informado del «arresto de cincuenta estudiantes de Kobanî que se dirigían a Alepo a realizar unos exámenes». A menudo, los yihadistas exigían importantes sumas de dinero a los familiares para liberar a sus parientes retenidos.

Uno los grandes interrogantes era cómo las autoridades de Afrín —aislada geográficamente de los cantones de Kobanî y Yazira, y sin la

retaguardia del Kurdistán iraquí— se las habían ingeniado para introducir todo tipo de armamento en la región desde el inicio del conflicto sirio.

—Durante los dos primeros años de guerra, utilizamos la brigada Yabat al Akrad para traer armas desde Yazira hasta aquí. Al ser una unidad adscrita al ELS, podía cruzar todos los puntos de control rebeldes sin problemas —explicaba Piling Serewa—. Salim İdris, el alto mando del ELS, también nos ha vendido armas, y muchos arsenales han entrado desde Turquía de forma clandestina.

Los combatientes de la brigada rebelde Tormenta del Norte también habían huido a Afrín y entregado parte de su armamento pesado a la milicia kurda después de que Estado Islámico los expulsara de Azaz el pasado mes de septiembre. Al margen de las armas procedentes de grupos opositores, las YPG también contaban en su haber con varios blindados y lanzaderas de cohetes Katiusha que los soldados del régimen se habían llevado consigo tras perder el cercano aeropuerto militar de Menagh y buscar cobijo en el enclave kurdo.

MILICIANAS EN EL FRENTE

Tras pasar toda la mañana con el jefe de destacamento, Piling Serewa, y empaparnos al máximo de la situación militar en la región, Dalil y yo nos dirigimos a la base que las YPJ tenían a tan solo cinco minutos a pie, a través de las trincheras. El cuartel de las milicianas era una casa de campo protegida por grandes bidones repletos de tierra y provista de amplios boquetes en las paredes interiores que permitían el paso de una estancia a otra. Como consecuencia de los combates registrados días atrás, la fachada presentaba algunos orificios de proyectil de ametralladora.

—Nuestro enemigo quiere imponer la servidumbre de la mujer. Como rechazamos esta idea, estamos aquí para combatirlos —aseguraba Sakine, una de las ocho combatientes, que en aquel momento se encontraba montando guardia en la terraza de aquella casa campestre.

—El Dáesh concibe a la mujer como un ser débil y puramente decorativo. Solo recurre a ella para tener sexo. Las mujeres tenemos aptitudes, y la mejor manera de demostrarlo es combatiendo a los yihadistas para hacer que se sientan inferiores —remarcaba Farida Abdo, una policía de Afrín que había sido enviada al frente como apoyo.

Tomando como marco ideológico las tesis de Abdullah Öcalan, uno de los ejes centrales de la revolución de los kurdos de Siria era la apuesta por la activa participación de las mujeres en las diferentes esferas de la sociedad, con especial hincapié en el ámbito político-militar, donde debía existir un liderazgo compartido con los hombres.

Desde marzo de 2013, la milicia y la policía kurda tenían su propia sección femenina, con una gran autonomía respecto a la estructura central. En aquellos momentos, según datos del autogobierno kurdo, la cuota femenina en las tropas de combate se situaba en torno al treinta y cinco por ciento, aunque con el objetivo de acercarse al cincuenta por ciento.

—Las mujeres de Rojava estamos llevando a cabo una doble lucha. Queremos el reconocimiento de los derechos del pueblo kurdo y conseguir

la emancipación de la mujer en un Oriente Medio marcadamente patriarcal —indicó Yanda Welat, una jovencísima soldado de permanente sonrisa, al ser preguntada por los motivos de su adhesión a la milicia.

La ideología y, sobre todo, la acuciante amenaza yihadista habían empujado a centenares de jóvenes kurdas como Sakine y Yanda a alistarse en las YPJ, dejando atrás estudios y trabajo y siendo conscientes de que iban a pasar largas temporadas en el frente sin poder ver a sus familias. Organizaciones de defensa de los derechos humanos como Human Rights Watch habían comenzado a denunciar la imposición de «normas estrictas y discriminatorias para las mujeres» por parte de Estado Islámico y el Frente Al Nusra en las zonas bajo su control. En un informe, HRW advertía que la estricta aplicación de la *sharía*, la ley islámica, conllevaba «la imposición de códigos de conducta y vestimenta», y que ello tenía «una afectación directa en la vida cotidiana de niñas y mujeres, limitando su capacidad para recibir una educación reglada y mantener a sus familias».

—Los milicianos del Dáesh nos temen incluso más que a los hombres, porque, según sus creencias, si mueren en combate abatidos por una mujer, no alcanzarán el paraíso —señaló Zilan, una combatiente de veinte años que no quitaba la vista del horizonte, donde se situaban las posiciones del enemigo.

Mientras charlábamos sobre el rol de la mujer en la sociedad y en la guerra, Yanda Welat se desentendió momentáneamente de la conversación y comenzó a jugar con un cachorro de perro que se había acercado hasta donde estábamos. Fue un momento que aproveché para retratar a la miliciana y mostrar, así, la cotidianeidad del frente de guerra, más allá de los combates. Vergonzosa y reacia al principio, finalmente conseguí que Yanda posara para un retrato. Nunca llegué imaginar que, un año y medio más tarde, acabaría enviando aquella fotografía a su familia tras enterarme por Facebook de su fallecimiento. Según pude averiguar meses después de nuestro encuentro, Yanda fue destinada a la defensa del barrio alepino de Sheij Maqsud. Un bombardeo aéreo del Ejército sirio acabó con su corta vida en febrero de 2015. Curtida en la lucha contra Estado Islámico y caída ante el régimen, Yanda Welat era la ejemplificación perfecta de los

múltiples frentes que los kurdos tenían abiertos en Siria.

—El hombre siempre ha significado poder y hegemonía. La guerra, también. La participación de la mujer en la guerra es la máxima expresión de igualdad —quiso destacar Yindar, una miliciana de cabello castaño que consiguió con sus palabras la aprobación de sus compañeras.

Las ocho jóvenes milicianas presentes en aquella posición defensiva habían sobrevivido a una fuerte ofensiva de los yihadistas, lanzada sobre aquel mismo lugar un mes atrás. Entre las anécdotas y los detalles del desarrollo de los combates, algunas chicas coincidieron en destacar el papel jugado por Roksen, una comandante de las YPJ de treinta y cuatro años fallecida heroicamente durante los enfrentamientos. La notable admiración que sentían las combatientes hacía la figura de Roksen hizo que en mí se despertara una enorme curiosidad por querer indagar más sobre la vida de aquella mujer. Por ello, cuando consideré que en Bosoufane había obtenido los testimonios e imágenes suficientes para explicar el día a día de milicianas y milicianos en el frente, el tándem de *fixers* y yo pusimos rumbo a Kaxre, la villa de la soldado caída en combate. En el trayecto, tanto Hasan como su sobrino Dalil aprovecharon para facilitarme contexto y explicarme que Kaxre era una de las aldeas de Afrín de las que más guerrilleros del PKK habían salido. Ubicada entre colinas en el corazón de la región, Kaxre era una diminuta población de callejuelas empinadas sin asfaltar que vivía principalmente de la agricultura y el pastoreo.

Como todo el vecindario, la morada de la familia de Roksen destacaba exteriormente por sus extremas austeridad y humildad. Una sencillez que, después de que una prima de la miliciana nos abriera la puerta, pudimos corroborar que también existía en su interior. Sentada junto a una chimenea que funcionaba a pleno rendimiento, descansaba Badiá, la madre de Roksen. A pesar de que en el pasado la familia ya había perdido a algunos de sus miembros militantes en el PKK, el reciente fallecimiento de la combatiente había dejado una profunda tristeza entre los parientes.

—Durante su adolescencia, Roksen fue una prometedora karateca, pero, poco después de la detención de Öcalan en 1999, decidió abandonar Kaxre y se desplazó a Kandil para unirse a la guerrilla —explicaba su madre,

situada justo debajo de un fotomontaje colgado en la pared donde aparecía su hija vestida de miliciana y junto al líder del PKK.

En su relato, Badiá contó que, coincidiendo con la tregua establecida por el PKK en marzo de 2013 y el relanzamiento del proceso de paz en Turquía, Roksen fue enviada de regreso a Rojava con el reto de impulsar la creación del ala femenina de la milicia kurda. Al poco de su retorno a Siria, la combatiente fue herida en la pierna por un francotirador del régimen cuando se encontraba en Alepo instruyendo a las YPJ.

—Era una mujer muy comprometida con la causa y, cuando se recuperó, rápidamente se puso al servicio de la milicia. A causa de su amplia experiencia militar, a Roksen le encargaron la comandancia de una división de las YPJ en la primera línea de fuego contra el Dáesh —señaló su madre, con un tono de voz en el que se entremezclaban orgullo y tristeza a partes iguales.

El destacamento liderado por la combatiente de Kaxre tenía la misión de contener a los yihadistas que presionaban a la región de Afrín desde la provincia de Idlib. Tras no tener noticias de Roksen durante tres días, Badiá recibió una llamada de su hermano en la que le comunicó el fallecimiento de su hija a manos de Estado Islámico. Al parecer, los yihadistas se hicieron con el cadáver de la comandante de las YPJ, y entre sus pertenencias encontraron un teléfono móvil. Para anunciar y mofarse de su muerte, buscaron a un familiar en la agenda de contactos del aparato, y fue entonces cuando realizaron una llamada al tío de la miliciana.

—Mi hija murió en Bosoufane cuando cubría la retirada de sus compañeras. Sobrepasadas por el enemigo, esperó a que sus camaradas se pusieran a cubierto y, cuando tuvo a los yihadistas encima, se inmoló con una granada para no ser detenida —apuntaba orgullosa Badiá.

Para protegerla y no herir su sensibilidad, el relato que había trascendido a la madre de Roksen y a la opinión pública de Afrín distaba un poco de la realidad. Según me contó después Abdulrahman Morshed, miembro del comité negociador kurdo que había mantenido algunas reuniones con los yihadistas para intercambiar cadáveres, prisioneros y gestionar treguas, las causas por las que el cuerpo de Roksen apareció

totalmente irreconocible fueron otras.

—Los extremistas lanzaron su cadáver a los perros y lo desfiguraron completamente. Lo sé porque, en una reunión mantenida en la aldea de Atmah, canjeamos su féretro por los de los emires de EI Abdulkarim Imarati, de los Emiratos Árabes Unidos, y Omar Dogof, de origen checheno —detalló Morshed.

El negociador también explicó que no se procedió al intercambio de cadáveres hasta que agentes de la CIA acudieron a la morgue de Afrín para identificar y certificar la muerte de los dos líderes yihadistas, hecho que corroboraba la presencia de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos en Siria.

A pesar de la profunda tristeza que había dejado el vacío de Roksen, Badiá se reconfortaba con la idea de que la sangre de su hija había contribuido a la autonomía que los kurdos estaban consolidando en Siria y a la emancipación de la mujer en Oriente Medio.

Un año más tarde, el testigo de la heroica lucha de las milicianas de Afrín contra Estado Islámico sería recogido por las YPJ en la ciudad de Kobanî. En septiembre de 2014, aprovechando que aquel era el cantón kurdo más frágil a nivel defensivo, la organización yihadista lanzó una contundente ofensiva que le permitió plantarse en el casco urbano de Kobanî en cuestión de muy pocos días. Varios centenares de combatientes de las YPJ y las YPG, que tan solo contaban con armas ligeras, fueron capaces de plantar cara a miles de yihadistas que no dudaban en recurrir a ataques suicidas para avanzar posiciones. La firme resistencia de milicianas como Arîn Mîrkan, Narin Afrin o Hebun Sinya y la dramática situación de la resistencia kurda —EI llegó a controlar más de la mitad de la ciudad de Kobanî— fueron determinantes para captar la atención mundial y motivar la reacción de grandes potencias como Estados Unidos y Francia.

Los bombardeos de Estados Unidos en Kobanî a finales de octubre supusieron un punto de inflexión en la contienda y provocaron que la milicia kurda comenzara a recuperar terreno a los yihadistas. La cooperación entre la aviación de varios países dio lugar al nacimiento de la Coalición Internacional contra el Estado Islámico de Irak y el Levante,

liderada por Washington, y supuso el inicio de la Operación Resolución Inherente, para acabar con los fundamentalistas en Siria e Irak. Esta alianza entre kurdos y Estados Unidos fue el embrión de las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), una coalición militar nacida en 2015 y liderada por las YPG, en la que también se integraron milicias árabes del ELS y facciones cristianas. Una alianza que, desde el inicio de su andadura, despertaría los recelos de Turquía.

5

SALIR A LA SUPERFICIE

KARLOS ZURUTUZA

—¿Cuándo llegas? —me preguntó Salih Muslim por teléfono desde el lado sirio de la alambrada.

—Diría que me encuentro a unos doscientos metros de donde estás, pero voy a tener que dar un rodeo por el norte de Irak —le contesté desde Turquía.

Aunque no llegué a conocer el Berlín dividido, no podía ser muy diferente de aquello: zanjas, alambre de espino y minas para separar dos ciudades, Nusaybin y Qamishli; la primera en Turquía y la segunda en Siria, pero a ambos lados de una misma calle. Cuatro años atrás había atravesado aquella frontera caminando; en cambio, en agosto de 2012, el paso estaba cerrado a causa de la guerra en Siria (de ahí, lo del rodeo). Tres días y cuatrocientos kilómetros más tarde, me encontraba en la frontera entre el Kurdistán iraquí y el sirio. La providencia quiso que mi camino se cruzara con el de Yewan Abdi, un refugiado kurdo. No guardo un recuerdo claro de cómo había aparecido en el hotel de Arbil aquel día de agosto, pero sí de aquella mezcla de expectación y euforia en el ambiente. Mientras media docena de kurdos discutían entre ellos sobre cuál era la mejor opción para llegar a Siria, aquel chaval de veintisiete años me hablaba de

contrabandistas que te pasaban durante la noche. Luego me dio el contacto de uno y las instrucciones para llegar hasta él. Tomé buena nota de aquello, aunque al final no haría falta. Yewan me llamó a medianoche para preguntarme si podía acompañarme. Decía que llevaba tres años sin ver a su madre.

Al día siguiente, aprovechando las cuatro horas de coche desde Arbil hasta el punto de paso, escuché su historia. Tres años atrás había sido arrestado en Damasco por publicar una revista universitaria en árabe y kurdo; un «acto de sedición» en toda regla para el régimen de Bachar al Asad. Lo torturaron durante veintisiete días, y solo quedó libre tras sobornar su familia a un funcionario con dos mil dólares (más o menos, veinte veces el sueldo de un mes en Siria). Aquella era una historia recurrente entre muchas familias kurdas. Una vez en la calle, Yewan escapó al Líbano, que era la forma más rápida de salir del país; de ahí pasó a Turquía y, luego, hasta Arbil. Tres años después, caminábamos de noche juntos, al paso que marcaba aquel contrabandista. En torno a la medianoche y a escasos minutos de dejar atrás la última aldea en territorio iraquí, nos vimos sorprendidos por las linternas de los *peshmerga*. Los soldados kurdos de Irak estaban más preocupados por los yihadistas, de modo que nos dejaron continuar la marcha hacia el *checkpoint* en el lado sirio. En la «tierra de nadie» de la frontera, una furgoneta esperaba con el motor en marcha, aunque sin luces. El conductor y su compañero se presentaron como «combatientes del PKK». Ya nos habían dicho que era la guerrilla kurda, y no el Ejército sirio, el que gestionaba aquel puesto de frontera cercano a la localidad de Dêrikê, a unos mil kilómetros al noreste de Damasco.

—Esperamos a alguien más, pero no tardaremos en irnos —nos dijo uno de los guerrilleros. Pocos minutos después, una hilera de hombres llegados desde el lado iraquí descargaban apresuradamente sacos y objetos de todo tipo en la parte trasera de la furgoneta.

—Es todo lo que tengo. El día que me fui juré no volver hasta que mi tierra fuera gobernada por mi pueblo —soltó una anciana nada más acomodarse en el asiento delantero del coche. Se llamaba Asma. Había huido de Siria hacía treinta y dos años por aquel mismo paso de frontera y,

decía, dando el pecho a su hija recién nacida. No la traía de vuelta porque había muerto dos años atrás, vistiendo el uniforme del PKK y luchando contra los turcos. Lo que más lamentaba Asma era que su hija no pudiera volver a ver su tierra natal.

Los hombres armados que controlaban el paso en el lado sirio también decían pertenecer al PKK.

—Lo soy desde que nací —presumió uno de ellos, que no tendría más de veinte años.

Nos ofrecieron té y pastas mientras esperábamos a que viniera a buscarnos Dost, uno de los hermanos de Yewan. Luego condujimos de noche hacia el oeste, atravesando una carretera ocasionalmente iluminada por columnas de fuego. Junto a ellas, un puñado de extractoras se bebían el petróleo del subsuelo a un ritmo lento pero constante. Aquello era el recordatorio de que la región de Yazira no solo era el «granero» de Siria, sino también su gasolinera. Llegamos de madrugada a Girkê Legê, donde el ambiente era totalmente festivo. Los colores kurdos eran omnipresentes en murales, banderas y grafitis; se oía música kurda a todo volumen desde tiendas y cafetines aún abiertos, y una pastelería frente a la que docenas hacían cola para comprar *baklava* —el dulce turco hegemónico en todo Oriente Medio— hacía el agosto. Justo delante, un partido político kurdo inauguraba su sede, en la que algunos hombres se abrazaban efusivamente como parte de un ritual que escenificaba el fin del período en la clandestinidad.

El relato que se desvelaba ante mis ojos coincidía en cada sílaba con el que me iba desgranando David desde Afrín durante aquellos primeros días de la liberación. También me vino a la mente el ambiente de la Barcelona de 1936 que George Orwell retrata en *Homenaje a Cataluña*, con las iniciales de los partidos comunistas y anarquistas pintadas en las paredes y altavoces tronando canciones revolucionarias sobre las Ramblas. Si los republicanos catalanes se llamaban «camarada» entre ellos, los kurdos del PYD recurrían a *«heval»*, y el resto, al más respetuoso *«kaka»*. Por otro lado, Orwell también apuntó que en la capital catalana «se respiraba el infame ambiente de la guerra»; en Rojava, televisores en barberías, tiendas

de cambio o casas de té retransmitían en directo cómo la milenaria Alepo era reducida a escombros. Por el momento, en Girkê Legê presumían de no haber pegado un solo tiro desde el inicio de la guerra civil, y las banderas sirias y los retratos de los Asad, padre e hijo, seguían siendo visibles desde las comisarías de Policía y los puestos de control en la carretera.

Había vuelto a Siria, pero esta vez sin visado ni sello en el pasaporte de ningún tipo. Un encontronazo en un retén cualquiera podría llevarme a la cárcel, aunque Yewan decía que no debía preocuparme, que no estaban trabajando. En cualquier caso, todo seguía resultando muy confuso. Durante los días siguientes tomaríamos siempre carreteras alternativas para no tener que atravesar los retenes de Al Asad.

El «corazón» de Kurdistán

Se decía que el pistoletazo de salida a la liberación de Rojava se había dado en Kobanî. Durante la noche del 18 al 19 de julio, un grupo de milicianos kurdos pobremente armados había bloqueado los accesos al enclave mientras la gente se congregaba alrededor de los edificios del Gobierno para ocuparlos. A los soldados de Al Asad se les habría garantizado su seguridad si deponían las armas y abandonaban el lugar. La imagen de la multitud reunida se añadía a la de una oposición siria armada en todo el país, cuya victoria se daba por sentada tras los precedentes de Túnez, Egipto y, sobre todo, Libia. Todavía faltaba mucho para descubrir que Siria sería la excepción, por lo que Kobanî no fue más que el inicio de una reacción en cadena que se extendería de forma inexorable por el noreste del país. El único punto sustancialmente conflictivo fue el de Dêrikê, justo en la frontera con el Kurdistán de Irak. Hicieron falta doce días y varios muertos hasta que un batallón del Ejército accedió a abandonar su posición.

La primera impresión de Rojava bajo control kurdo era emocionante, pero mucho más lo fue ver a Yewan abrazar a su madre tras tres años sin verse. Tengo esas imágenes grabadas en la memoria, y también en vídeo. Las he visto en más de una ocasión con Yewan y su familia, ya que, desde aquella primera vez, he seguido volviendo a Keshka, su aldea natal. Como la mayoría de los kurdos de Yazira, Yewan decía que era de Qamishli cuando le preguntaban por su procedencia. No era por dárselas de «capitalino», sino porque prácticamente nadie había oído hablar de Keshka. No la busquen en los mapas: como decía Melville, «los lugares verdaderos nunca lo están». Se tarda unos diez minutos en llegar desde Girkê Legê. Hay que ir hacia el norte, en dirección a las luces que brillan desde el lado turco de la frontera; Keshka está justo en ese piquito nororiental de Siria, y casi equidistante de las fronteras de Irak y Turquía. Uno sabía que se encontraba en el mismísimo «corazón» de Kurdistán porque los teléfonos móviles enloquecían: «¡Blip! Gracias por usar AsiaCell, la única con

cobertura en todo Irak», «¡Blip! Navegue por la red de telefonía turca con Turkcell», «¡Blip! Bienvenido a Siria: siéntase como en casa con MTN»… El teléfono sirio raramente funcionaba durante las visitas a Keshka, pero la comunicación nunca faltó. Del techo de la cocina colgaba un teléfono móvil turco, justo sobre una baldosa en la que uno había de permanecer inmóvil. Si dabas un solo paso en cualquier dirección, la comunicación vía Turkcell se esfumaba. Keshka era una aldea siria más de granjas desperdigadas, sin otro orden que el que marca el de las tierras cultivables. De existir un centro urbano, sería el espacio comprendido entre la pequeña escuela de primaria, la explanada donde se despliega un mercado de ganado cada sábado y la panadería, propiedad de un tío de Yewan. Para comprar *baklava*, cambiar dinero o llenar el depósito del coche había que ir a Girkê Legê, ya que en Keshka no hay más que lo que da la tierra. Eso sí, entre el trigo o las aceitunas, uno puede llegar a encontrar serpientes y escorpiones grabados en la roca en una zona junto al río e, incluso, monedas de oro antiquísimas. La tierra rezuma Mesopotamia, y no habrá familia en Keshka que no tenga un puñado de ellas guardado en su casa. Un primo de Yewan se presentó un día con una biblia siria manuscrita en hojas de cuero que podía tener más de mil años. Quisimos convencerlo de que aquello era suyo, pero también del resto de las gentes del noreste de Siria. Aquellas palabras sonarían huecas a los oídos de alguien a quien la guerra ha cercenado su juventud. Probablemente, la biblia esté hoy en manos de algún coleccionista privado en Europa o Estados Unidos.

Durante aquel primer viaje a Rojava bajo control kurdo, Yewan y yo nos movíamos en moto, un vehículo imprescindible para evitar los puestos de carretera de Al Asad a través de pistas entre campos sembrados de grano. Justo eran aquellas primeras semanas en las que el régimen seguía presente antes de desaparecer casi por completo de la zona. Se sucedían las deserciones de policías, militares y otros miembros del aparato de seguridad por todo el país, pero el noreste era una incógnita. Más allá de la narrativa oficial de los kurdos, se hablaba de un pacto entre el PYD, liderado por Muslim, y Al Asad; una especie de tratado de «no agresión», tácito o explícito, pero que evitó que el noreste sirio quedara arrasado como Alepo.

Durante aquel impás inicial, destacamentos en puestos remotos de frontera se habían quedado aislados, por lo que muchos dependían de la comida que los kurdos locales les proporcionaban para sobrevivir. Desde los barracones de Gundik Shalal, justo en la frontera turca, un policía que respondía al nombre de Furat Aziz decía que la mitad de sus veinte hombres habían huido: algunos se habían unido al Ejército Libre Sirio; otros habían cruzado al Kurdistán iraquí. Los que se habían quedado eran árabes de Alepo y de Deir ez-Zor a partes iguales. Aziz decía que no se podía permitir abandonar su puesto.

—Tengo once hijos. ¿Cómo los voy a alimentar si me voy? —espetó el funcionario durante aquella entrevista en casa de un primo de Yewan, a un kilómetro de la frontera. El resto de sus compañeros, añadió, esperarían a que el ELS tomara el control de la zona para unirse a ellos. Pero aquello nunca ocurrió.

Durante aquellos primeros días de la revolución kurda, en el noreste se vivían situaciones tan paradójicas como acabar compartiendo la cena con aquel policía de Al Asad en activo y un kurdo que, tras desertar del Ejército sirio, había ido a parar ahí. Se llamaba Dilhar y era uno de los muchos reclutas a los que la guerra pilló cumpliendo el servicio militar. A pesar de que ya había hecho los quince meses reglamentarios, lo habían retenido ocho más.

—En el cuartel es muy difícil saber lo que está ocurriendo fuera. Los teléfonos móviles están prohibidos, y los oficiales no paraban de repetir que luchábamos contra terroristas de Al Qaeda y yihadistas llegados de todo el mundo —decía el chaval. Había pedido un permiso de un día para ir a Damasco; allí lo esperaba su padre para traerlo hasta casa. Cruzó todos los puestos de control con el documento de identidad de un primo, porque en el Ejército les habían requisado la documentación—. Cada *checkpoint* de Damasco hasta aquí era una pequeña victoria —recordaba el joven, que atribuía el éxito de su deserción al parecido físico con su primo Ahmed.

Un mes antes, el Gobierno Regional del Kurdistán iraquí admitió haber acogido y entrenado a seiscientos cincuenta soldados kurdos del Ejército sirio que habían desertado en bloque. Todavía se ignoraba si, a su regreso a

Siria, estos se unirían al ELS o combatirían por su cuenta contra las tropas de Al Asad. Se decía que cobraban en torno a doscientos cincuenta dólares mensuales, lo cual era una fortuna en un país en el que los maestros apenas se llevaban cien al bolsillo. Mientras Barzani acuartelaba a sus sirios en el territorio kurdo de Irak, kurdos y kurdas se unían a las YPG al otro lado de la frontera. Aquel contingente, que vio la luz en 2011, no solo acabaría convirtiéndose en las fuerzas armadas del noreste sirio, sino también en uno de los arietes en la lucha definitiva contra Estado Islámico. Faltaban casi dos años —hasta el brutal asedio de Kobanî a manos de EI— para que el resto del mundo reparara en las kurdas que vestían el uniforme de camuflaje del contingente, pero lo cierto es que llevaban más de treinta años combatiendo junto a sus compañeros en las filas del PKK. Si bien no resultaban tan fotogénicas para periódicos y revistas, las mujeres que gestionaban los llamados centros de Formación y Emancipación de la Mujer eran tan revolucionarias como aquellas que habían cogido las armas. Para el otoño de 2016, se daba la cifra de dieciséis centros en los que se organizaban talleres de alfabetización, informática, gimnasia para embarazadas… «Todo dirigido por y para mujeres», me explicó Nafia Brahim, una de las responsables del centro de Qamishli.

—El curso más demandado es el de Mujer y Derechos. La emancipación de la mujer empieza por que esta comprenda que tiene derecho a emanciparse; a ser un individuo capaz de dirigir su propia vida —contaba Brahim con un enorme retrato de Abdullah Öcalan a su espalda y el entusiasmo propio de alguien que había pasado por dicho proceso no hacía mucho.

La habían casado a los catorce y a los veinte ya tenía cuatro hijos; recién cumplidos los cincuenta, decía que trabajaba para que ninguna otra mujer dejara de ser dueña de su propio destino. A su lado, Nuha Mahmud, otra de las responsables, se congratulaba de que, aunque en un número menor, hubiera también mujeres árabes y cristianas que se acercaran al centro en busca de ayuda. Acababan de mediar con la diócesis local para un caso de divorcio de una cristiana. Decía que, para ellas, era siempre mucho más complicado que para las musulmanas. Aitan Huseín, la más joven del

grupo, acababa de cumplir los dieciséis y compaginaba su labor con sus estudios de secundaria. Aun así, las veteranas afirmaban que era una «pieza clave» en los procesos de asistencia a adolescentes de su misma edad. Aitan aseguraba contar con una visión privilegiada por el hecho de trabajar con mujeres de todas las edades. Además, se sentía afortunada: su familia no le impondría «ni matrimonio ni carga extra de ninguna clase». La suya era la primera generación de un grupo de mujeres aún demasiado exclusivo en Oriente Medio.

ACUERDOS

Desde el anuncio oficial de la liberación del territorio, el aparato del PYD parecía hegemónico en el noreste sirio, pero Qamishli era otra historia: si bien la presencia de Al Asad era testimonial en las zonas limítrofes, en la capital de Yazira el régimen controlaba el centro de la ciudad, así como el aeropuerto, imprescindible para mantener un puente aéreo con Damasco. El PYD controlaba el resto de los distritos, y Salih Muslim me esperaba al oeste de Qamishli.

—Ahora eres tú el que se esconde. ¿Ves cómo han cambiado las cosas? —me soltó el nuevo líder de los kurdos de Siria con una sonrisa, nada más despedirse de un equipo de la BBC.

Éramos los únicos periodistas en la recién estrenada capital kurda de Siria. Tras los británicos, llegó mi turno de preguntas. La primera era obligada.

—No ha habido ningún pacto con Al Asad —me respondió Muslim bajo un ventilador que movía la batería de un coche aparcado fuera—. Al Asad no quiere abrir un nuevo frente con las minorías, de modo que, simplemente, no interviene en la zona.

Como era de esperar, el kurdo no se saltaría una sola coma del discurso oficial a pesar de nuestra vieja amistad. Se rumoreaba también que Al Asad había replegado sus tropas a Alepo y Damasco, donde, dado el alto nivel de actividad insurgente, parecían hacer más falta. Aunque Muslim decía no poder ni confirmar ni desmentir la afirmación, se mostraba receloso del papel que algunos grupos islamistas estaban jugando entre el ELS. Además del apoyo militar y logístico que recibían de Turquía —su principal puerta de entrada—, el líder kurdo insistía en que el régimen había liberado a decenas de ellos de las cárceles, muchos de los cuales habían sido enviados por el régimen a combatir en Irak contra los norteamericanos.

—Son individuos muy conocidos en Siria —subrayó. El objetivo, aseguró Muslim, era «convertir un conflicto político en uno religioso y

sustituir el diálogo por un enfrentamiento armado». Sea como fuere, en marzo de 2013, pocos en Yazira tenían dudas de que el régimen también estuviera detrás de grupos yihadistas, lo que contribuía a generar más desconcierto entre la población.

—No sabemos si es el Al Nusra auténtico o el de Al Asad —decía Yewan sobre el grupo que había tomado la pequeña localidad de Suedi, a escasos veinte kilómetros de Girkê Legê.

Nos acercamos a quinientos metros del *checkpoint* de entrada, flanqueado por sendas banderas negras. Un árabe que acababa de cruzarlo en coche nos dio la fotocopia que le habían entregado unos minutos antes. «Sabed que Suedi ha sido liberado y que, a partir de hoy, aquí solo regirá la ley de Dios», tradujo Yewan de un documento que llevaba el sello del Frente Al Nusra. Esa era la marca de Al Qaeda en Siria. En Dêrikê, en Qamishli, en Girkê Legê… todo el mundo estaba convencido de que había dos Frente Al Nusra: el que apareció durante el invierno de 2012, y otro que, según decían, habría sido fundado por los servicios secretos de Al Asad. En el cuartel general de las YPG en Qamishli, Redur Xelil, portavoz del contingente kurdo, suscribía dicha lectura.

—Turquía les da todo lo que necesitan para matarnos, desde armas hasta atención médica en los hospitales al otro lado de la frontera —denunciaba aquel kurdo, que había vuelto a Siria tras pasar diez años en las filas del PKK.

Un año más tarde, Jalil seguía sin morderse la lengua. «De no ser por los yihadistas, el régimen habría caído hace tiempo» fue el titular de aquella segunda entrevista. El alto oficial de las YPG también veía la mano del régimen tras los yihadistas.

En el otoño de 2013 me había acercado hasta Ceylanpinar, un pueblo kurdoturco al que solo una valla y la vía del tren separaban de Serêkanîye, ya en el lado sirio. Se decía que aquel era uno de los puntos principales de cruce para yihadistas que accedían a Rojava desde Turquía, lo cual explicaría el castigo al que se sometió a Serêkanîye, en el extremo occidental de la región de Yazira. Toda la gente que entrevisté durante aquella cobertura en Ceylanpinar coincidía en que la oleada de yihadistas

atravesando la frontera había comenzado a principios del mes de octubre. Entonces, más de uno había llamado a la Policía al ver «gente sospechosa» por el pueblo, pero la respuesta sería siempre la misma: «Está todo bajo control». Las páginas web kurdas ardían con vídeos en los que se veían circular autobuses con las cortinas echadas y de los que acabarían bajando decenas de presuntos yihadistas, u otros, aún más explícitos, que mostraban al ejército turco escoltando ambulancias en las que se evacuaba a heridos en Serêkanîye para que fueran atendidos en hospitales del lado turco de la frontera. En uno de ellos, unos enfermeros corrían con una camilla en la que llevaban a un herido con una frondosa barba, tras el cordón policial que contenía a una masa de kurdos indignados por lo que ocurría ante sus ojos. Por supuesto, los kurdos heridos al otro lado de la frontera no disfrutaban de aquel servicio.

Intenté colarme sin éxito en tres de aquellos hospitales en los que casi había más militares que personal médico. Como era de esperar, el gobernador provincial, del Partido de la Justicia y el Desarrollo, negaba tajantemente lo que resultaba un secreto a voces. En palabras del alcalde de Ceylanpinar, del BDP kurdo, su pueblo se había convertido en «una base para Al Qaeda en Turquía».

Los kurdos denunciaban aquello sin que nadie pareciera escucharlos, y también el supuesto apoyo de Damasco a grupos yihadistas para dinamitar la rebelión. No obstante, ni siquiera acusaciones tan graves como las lanzadas por el aparato político y militar de los kurdos de Siria espantaban el fantasma de una presunta colaboración entre Qamishli y Damasco. ¿Cómo se explicaba, si no, el control «mixto» de la principal ciudad del noreste? En marzo de 2013, el caso de Rumelan, la única refinería entonces en activo, a ochocientos kilómetros al noreste de Damasco, ejemplificaba esos acuerdos a los que partes enfrentadas llegan siempre en todas las guerras cuando existe un interés común. Un trabajador en la planta desde hacía más de veinticinco años, que respondía al nombre falso de Firat Dicle, hablaba de dos reuniones secretas celebradas a los pocos días de que el régimen abandonara la planta. En una misma mesa se habían sentado los kurdos, el Ejército Libre Sirio y un representante del Gobierno de Bachar al

Asad.

—Los invitados se reunieron en el edificio de la Administración para decidir cómo repartir los beneficios de Rumelan en tres partes. Al final, se acordó que un tercio fuera para el ELS y otro para el PYD, mientras que Damasco se quedó con el cuarenta por ciento —recordaba Dicle. Lo sabía de buena fuente porque, según decía, lo habían contratado como traductor para unos encuentros en los que los kurdos se habían negado a hablar en árabe. Desde la cúpula del PYD local desmentían dichas afirmaciones. Abu Mohamed, delegado local, tachaba aquello de «un simple rumor que circula desde hace una semana».

¿Podría una eventual interrupción en el suministro de petróleo acelerar el colapso del régimen que tanto el ELS como los kurdos de Siria ansiaban? El principal delegado político en Rumelan tampoco vaciló en su respuesta:

—Una interrupción en el suministro sería catastrófica para nosotros. La oposición al régimen quedaría paralizada, mientras que Damasco seguiría recibiendo combustible de Irán, Rusia y China.

Daba igual. El apoyo logístico y militar desde las potencias regionales e internacionales seguía llegando a todas las facciones en disputa. Mientras tanto, los sirios se convertían en figurantes de una macabra obra de teatro, cuyo final desconocían. El guion ya no estaba en sus manos.

Los «otros» kurdos

La guerra en Siria y el control kurdo del noreste convirtieron un pequeño pueblo de siríacos y yazidíes en un inesperado centro neurálgico entre Irak y Siria. A finales de 2012, Peshjabur —así se llamaba la aldea— vio cómo un paso de frontera que solo usaban contrabandistas o guerrilleros, siempre de noche, pasaba a ser un puesto oficial gestionado por el Ejército kurdo de Irak: los soldados registraban equipajes mientras los funcionarios, tras una ventanilla, gestionaban el tráfico humano desde sus terminales. No se estampaba ningún sello en los pasaportes, aunque más llamativo resultaba el hecho de que el tránsito se hiciera en una pequeña embarcación que atravesaba el Jabur, uno de los afluentes del Tigris.

Volvía a Rojava con la idea de documentar a esa gran parte del pueblo kurdo de Siria que, si bien rechazaba de pleno el control de Damasco, no acababa de comulgar con las tesis del aparato que pilotaba ahora el noreste sirio. Más que la vida y milagros de Öcalan, la mayoría de ellos reivindicaban la memoria de Mustafá Barzani, líder histórico entre los kurdos de Irak, y esperaban la participación directa en Rojava de su hijo Masud, presidente de la Región Autónoma Kurda de Irak. Había entrevistado a varios de sus líderes durante aquel primer viaje en 2008, entonces en la clandestinidad. Cinco años más tarde contaban con delegaciones en casi todas las localidades kurdas del noreste y, por supuesto, en Qamishli. Se trataba de lugares de reunión en los que casi siempre reinaba un ambiente festivo, con gente de todas las edades intercambiando saludos antes de encadenar tazas de té y cigarrillos.

El que presumía de ser el partido más antiguo de los kurdos de Siria también contaba con sangre nueva en sus filas. Cuatro veinteañeras apilaban sillas de tres patas para convertir un pequeño almacén en un local para los «hijos e hijas de la revolución»; otro más de entre la plétora de colectivos juveniles surgidos desde 2011. No todos eran del agrado de la nueva Administración:

—A los pocos días de la liberación, la policía kurda me obligó a quitar la bandera del balcón —se quejaba una de la jóvenes, refiriéndose a la enseña elegida por la oposición árabe, verde, blanca y negra y con tres estrellas rojas.

La seguía luciendo en un pendiente en su lóbulo derecho, mientras que el izquierdo lo ocupaba la bandera de los kurdos de Irak. A su lado, Sozan, otra «hija de la revolución», denunciaba haber sufrido registros y amenazas de la policía kurda.

—Les dije abiertamente que estaban cometiendo muchos errores y que no me gustaba cómo hacían las cosas —recordaba la joven. Decía que la revolución parecía haberse detenido en Kurdistán.

En un intento de contrarrestar la incontestable hegemonía del PYD, Masud Barzani había apadrinado el llamado Consejo Nacional Kurdo en octubre de 2011, una entidad que englobaba a once partidos que se desmarcaban de la «tercera vía» de Muslim y los suyos. La que se autodenominaba «Gobierno en el exilio» contaba con representaciones en todo el territorio. Dirbêsiyê, cuarenta kilómetros al oeste de Qamishli, no era una excepción. Desde allí, Abdulkarim Omar se refería a Barzani como un hombre «conciliador» y acusaba al PYD de negarse a hablar con el resto de los partidos. Una de las patatas más calientes eran los *Roj peshmerga*, el contingente de hombres reclutados entre desertores kurdos del Ejército sirio que Barzani pretendía desplegar en Rojava «para ayudar en la lucha contra los islamistas». Muslim y los suyos los veían como «una cabeza de puente» de Arbil para extender su control sobre el noreste sirio, y su respuesta era siempre la misma: «Las únicas fuerzas legítimas en Rojava son las YPG». El termómetro de la tensión entre Qamishli y Arbil solía ser el paso de Peshjabur, auténtico cordón umbilical para una región rodeada de turcos y árabes hostiles y que Barzani solía mandar cerrar como medida de presión.

Para cuando, en julio de 2012, el noreste sirio se declaró oficialmente liberado, cientos de miembros del PKK habían accedido ya a la zona a través del Kurdistán iraquí con el objetivo de gestionar la seguridad y la defensa del territorio. A pesar de que el aparato del PYD y Arbil habían firmado un acuerdo en esa misma fecha para la creación de una entidad

paraguas que los englobara a todos, la existencia de un enemigo común parecía ser el único elemento de cohesión. El acoso de las células yihadistas que accedían al territorio con cobertura turca iba desplazando a la población local de zonas estratégicas como Serêkanîye, en el extremo más occidental de Yazira. Tras perder su casa y su trabajo en un taller de coches, Jalid Mus era uno de los muchos que se habían instalado en Dirbêsiyê sin planes a corto plazo. Para Mus, Masud Barzani era «el líder kurdo más cualificado». También decía que, aunque había intentado unirse a las YPG para defender Serêkanîye, no le habían dejado por no pertenecer a ninguna de sus organizaciones periféricas.

—Esto es muy pequeño y, al final, todos nos conocemos. Todos sabemos cuáles son las filias y las fobias de los demás —decía aquel kurdo de treinta y siete años desde el cuarto piso de un bloque de apartamentos casi en ruinas y en un barrio sin asfaltar.

Mientras compartíamos carne de cordero en una comida que él difícilmente podría pagar, Mus aportaba el relato de alguien a quien el entusiasmo de los primeros días de la revolución ya había abandonado. Decía estar convencido de que ni el Gobierno ni la oposición árabe reconocerían jamás los derechos de los kurdos, y que a Al Qaeda le daba igual si estos eran del PYD, del PDKS o de cualquier otro partido.

—Ellos solo ven kurdos a los que hay que exterminar —resumió aquel desplazado por la guerra.

6

«DEMOCRACIA RADICAL»

KARLOS ZURUTUZA

No había un horario para la recogida de basura en Qamishli, pero de eso intentaba encargarse la nueva Administración. Además de los que combatían en el frente o gestionaban el tráfico por las carreteras, los que arrojaban las bolsas a la trasera de un camión también eran voluntarios. A menudo, en plena faena, alguno hacía el símbolo de la victoria con los dedos y exclamaba: *«Biji YPG!»* («¡Vivan las YPG!»). Tras el gesto, un hombre de unos cincuenta años se despidió llevándose la mano al corazón y disculpándose por no poder estrechármela. Se trataba de héroes anónimos: ni siquiera contaban con unos guantes de goma para hacer un trabajo tan desagradecido como aquel. La revolución se hacía en el frente, pero, sobre todo, en la retaguardia. Aunque fuera recogiendo la basura.

Habían pasado más de dos años desde que los kurdos se hicieran con el control de Yazira, pero la ecuación seguía sin despejarse del todo en Qamishli. La ciudad contaba con dos administraciones: la de Damasco y la kurda, y solo esta última se encargaba de que la basura no bloquease calles y plazas. En el barrio de Alaya, al este de la ciudad, la carretilla se había

convertido en un elemento imprescindible para la supervivencia: se utilizaba para transportar la basura a un descampado; una vez descargada, el volquete se llenaba de barro, con el que se aislaría luego el techo de uralita de las casas. Alaya no solo era el distrito más pobre de la ciudad, sino también el único al que no llegaba el servicio de limpieza. Así, familias como la de Salah Osman se quedaban atrapadas entre miles de ratas que campaban a sus anchas en la montaña de basura frente a su casa.

—¿Veis toda esta basura? Mis hijas no paran de limpiar, pero los vecinos siguen trayendo aquí sus desperdicios. ¿Por qué no vienen los kurdos a limpiar el barrio? Estamos dispuestos a pagar para que lo hagan, porque lo que no podemos es continuar así —se quejaba Osman, después de haber mandado de vuelta a casa a un adolescente que aún no había descargado su carretilla.

Su vecino, antes trabajador del servicio de limpieza del Gobierno de Al Asad, decía que, de los veinte camiones de recogida con los que contaban antes de la guerra, solo cuatro seguían operativos, y nunca llegaban hasta allí. También aseguraba que la mayoría en Alaya no tenía objeción en que los kurdos entraran a trabajar, pero que entendía sus razones para no hacerlo:

—Hay un grupo de gente en el barrio que los amenaza y los ataca, por lo que no se atreven a limpiar —subrayó aquel funcionario en paro. Los que seguían en activo, los kurdos, decían que tenían ocho voluntarios «deseosos de trabajar». No parecía fácil. Desde su despacho a la entrada del barrio, Ahmed Suleiman, responsable del servicio de limpieza, decía que los recibían a pedradas cada vez que intentaban limpiar, y que incluso les habían disparado. Tres de sus hombres habían resultado heridos «por gente que no tolera la presencia kurda en la ciudad». La versión era corroborada por Hasim Mohamed, comandante en jefe de la Policía kurda en Qamishli, que apuntaba a «células durmientes yihadistas» tras los ataques.

Un enorme retrato de Öcalan presidía su despacho en el centro de la ciudad. A su lado, un póster mostraba un idílico paisaje nevado. Podrían ser los Alpes, aunque en realidad no hacía falta irse tan lejos.

—Es una zona de la frontera con Turquía. Combatí allí durante años —

recordó con una nostalgia indisimulada Mohamed, quien aseguraba haber conocido a miembros de ETA en Libia veinte años atrás.

Los ataques a recogedores de basura o policías no pillaban a nadie por sorpresa, y menos a los que trabajaban en el ayuntamiento kurdo. Sus dependencias se desplegaban en el edificio del antiguo hotel Hadaya, en el centro de la ciudad, donde otro grupo de trabajadores se encargaba de limpiar la cara a las paredes tras un ataque suicida que se había saldado con cinco muertos y más de una docena de heridos. Gobernado por un coalcalde y una coalcaldesa, tal como obligaban las normas de paridad de género en toda la Administración, Qamishli se enfrentaba a un auténtico desafío para ofrecer los servicios más básicos a sus residentes. Rauda Hasan, la regidora, decía necesitar toda una mañana para enumerar los fuegos que tenían que apagar con urgencia:

—Podría empezar con el riesgo de cólera por el tema de la basura, o por la falta de seguridad, pero, como ha podido comprobar, también tenemos problemas con el suministro eléctrico, que llega de Al Raqa. Ahora está cortado porque la ciudad está bajo control de los yihadistas. Tanto las oficinas del régimen como el aeropuerto cuentan con veinticuatro horas de luz, pero el resto de la ciudad, solo de cuatro, así que dependemos de los generadores eléctricos —explicó aquella kurda de treinta años sobre un mapa sombreado de la ciudad: rojo para las zonas del régimen y amarillo para las kurdas.

La falta de electricidad afectaba a la conservación de los alimentos, y luego también estaba el problema con las medicinas: o faltaban, o llegaban caducadas tras haber sido retenidas demasiado tiempo en la frontera turca o kurda de Irak. La escasez de prácticamente todo parecía uno de los precios a pagar por los kurdos de Siria desde su emancipación, en el verano de 2012. A pesar de su apuesta por distanciarse tanto del régimen como de la oposición, Ankara no veía con buenos ojos un movimiento que decía compartir la agenda del PKK. Por su parte, Arbil insistía en no reconocer dicha Administración alegando que una parte de la población no estaba representada por ella. Pero quizás más que eso pesaran sus excelentes relaciones comerciales con Ankara, que incluían suculentos contratos de

gas y crudo.

ANARQUISMO 2.0

Aunque el embargo afectaba a toda Yazira, fue la delicada situación de seguridad de Qamishli la que motivó que los órganos de Gobierno del cantón se trasladaran a la pequeña localidad de Amuda, veinticinco kilómetros más al oeste. Aquella ciudad somnolienta de veinticinco mil habitantes y donde nunca había pasado nada se convirtió, de la noche a la mañana, en el laboratorio para un experimento político sin precedentes en todo Oriente Medio. El edificio del llamado Autogobierno Democrático del Cantón de Yazira se había levantado sobre las antiguas dependencias de los servicios secretos sirios. Tras un control que me pareció demasiado laxo —apenas un vistazo al pasaporte y a la mochila—, Elizabeth Gawrie, vicepresidenta, me recibió con un apretón de manos y un *shlomo* («paz», en su siríaco materno). Profesora de matemáticas en el pasado, Gawrie llevaba ahora en su puesto desde enero de 2014, cuando la Administración kurda decidió trasladar su cuartel general. Entre sorbos de té y pastas turcas, Gawrie explicaba que cada cantón —Afrín, Kobanî y Yazira— contaba con su propio Ejecutivo, formados por un presidente, dos vicepresidentes y varios ministerios: Economía, Mujer, Comercio, Derechos Humanos… Así hasta un total de veintidós. Entre los ministros de Yazira se contaban cuatro árabes, tres cristianos y un checheno (Siria acoge a una significativa comunidad de origen caucásico desde finales del siglo XIX).

—Hemos vivido todos juntos durante siglos y no hay ningún motivo para no seguir haciéndolo —subrayó la vicepresidenta del cantón de Yazira antes de rematar su discurso con una fórmula recurrente entre muchos cargos políticos del noreste: «El Autogobierno Democrático es un modelo de convivencia que podría funcionar en todo el país».

Los miembros del Gobierno de Yazira pertenecían a once partidos políticos, aunque también había espacio para los independientes. El presidente del cantón, Akram Heso, era uno de ellos. Durante la que sería la última entrevista del día, hablaba de «la autodeterminación directa»,

también llamada «democracia radical»; descentralizar el poder para que el pueblo sea capaz de tomar y ejecutar sus propias decisiones, según apostillaba el kurdo desde la sala en la que se reunían los veinticinco integrantes del consejo. Decía que aquella «versión sofisticada de la democracia» sintonizaba con muchos de los movimientos sociales en Europa, entre ellos, el 15M español. Aunque a menudo sonara improvisado, aquel era un discurso que hundía sus raíces en un modelo cuyas líneas generales habían sido trazadas en 2005 por Abdullah Öcalan. Ankara seguía acusando al movimiento de liberación kurdo de secesionismo, pero lo cierto es que el propio Öcalan había descartado la idea de un Estado propio como solución a la cuestión kurda ya a principios de los noventa. La evolución de su ideario iría mucho más allá, virando del marxismo-leninismo convencional hacia el llamado «municipalismo libertario». Se dice que la correspondencia que mantuvo desde la cárcel con el anarquista norteamericano Murray Bookchin, quien esbozó esta concepción de un Estado descentralizado, se encuentra detrás de su giro ideológico: no se desafiaba la territorialidad de Oriente Medio, pero sí se apostaba por una atomización de los poderes tradicionalmente monolíticos de la región.

—Más que una cuestión puramente territorial, Afrín, Yazira y Kobanî representan un ideal de convivencia pacífica —zanjó Heso al final de la entrevista.

No resultaba casual que el Gobierno de Yazira se hubiera trasladado a Amuda nada más redactarse el «contrato social». Este era una especie de Constitución que enfatizaba el carácter multicultural de la región a la vez que rechazaba el régimen centralista. Los tres cantones formarían parte de una «Siria democrática». De hecho, su artículo 7 explicitaba que todas las regiones de Siria tenían derecho a sumarse a la Administración Autonómica Democrática, fuera uniéndose a cualquiera de los tres cantones o formando el suyo propio. Si bien resultaba demasiado conservador para el discurso imperante, aquel primer documento ponía sobre el papel un acuerdo de mínimos sobre el carácter emancipador del sistema. La «radicalización» de la que presumían los kurdos se manifestaría ya en todo su esplendor con la articulación de comunas por los tres cantones a lo largo de 2015. Aquella

era la unidad más elemental del autogobierno kurdo.

7

CUANDO LA FE NO MUEVE MONTAÑAS

KARLOS ZURUTUZA

Se llamaba Malki Hana y, aunque vestía el uniforme verde oliva de la milicia cristiana, dejó claro desde el principio que no era cristiano, que era siríaco, «nada más». Luego insistió en que no sacara fotos que pudieran identificar a sus hombres. La mayoría eran desertores del Ejército, y el régimen podía tomar represalias contra sus familias.

—A mí no me importa: todo el mundo sabe quién soy —soltó aquel antiguo mecánico de coches de treinta y cuatro años.

La guerra lo había obligado a reinventarse en comandante de uno de los grupos armados más desconocidos de Siria. Sutoro («protección» en la lengua siríaca) estaba formado, casi exclusivamente, por miembros de dicha comunidad. Acababa de conocer a Malki Hana en el cuartel que tenían en Dêrikê, muy cerca de la frontera iraquí. El comandante se recostó en su silla de plástico y esperó a que alguien sirviera el té antes de entrar en detalles.

—Comenzamos a organizar nuestra milicia a medida que el régimen se retiraba del noreste. Sutoro es nuestra alternativa al caos en el que está sumido el país —continuó Hana.

A su espalda colgaban las fotos de cuatro mártires locales, dos de los cuales vestían el uniforme del PKK. Hana hablaba de «colaboración fluida» con las fuerzas de seguridad kurda y repitió varias veces que conducían operaciones conjuntas. A menudo, eso sí, necesitaban de traductores, pues muchos de sus socios eran kurdos de Turquía y no hablaban árabe. Para Hana y los suyos, el árabe era su segunda lengua; la materna era el turoyo, una variante moderna del antiguo arameo que no contó con una forma escrita hasta principios del siglo XX. Desgraciadamente, la lengua milenaria parecía ir menguando irremisiblemente: censos anteriores a la guerra situaban la cifra de los siríacos en Siria en torno al diez por ciento de una población total de veintitrés millones. Pero el que fuera refugio durante décadas para muchos cristianos de Oriente, sobre todo para aquellos que huían de Irak, se había convertido en una nueva trampa para las minorías no musulmanas. Naciones Unidas denunciaba que más de dos millones de sirios habían abandonado el país desde el comienzo de la guerra.

—Siríacos, kurdos, árabes… Todos se van —lamentaba Hana.

Responsabilizaba de ello a grupos afines a Al Qaeda que accedían a la zona través de la frontera turca y mantenían un asedio sobre la región desde el otoño de 2012. Los que se quedaban no tenían más remedio que organizarse para defender sus casas: hacía falta gente en el frente, pero también para gestionar la seguridad en las calles y carreteras. De esto último se encargaba la Asayish, la Policía kurda. El correoso tráfico de camiones de ganado, taxis-furgoneta y vehículos militares no tenía más remedio que serpentear pacientemente entre los bloques de hormigón pintados de azul celeste que obligaban a reducir la velocidad antes de cada puesto de control. La seguridad era máxima en Rumelan, la principal refinería de petróleo del noreste. Las extractoras seguían paradas: ante la imposibilidad de transportarlo hasta Banyas, en la costa del Mediterráneo, los depósitos estaban a rebosar. La culpa la tenían los continuos sabotajes en el oleoducto, no tanto a manos de grupos armados, sino más bien de aquellos que habían encontrado en el refinado «casero» una forma de sobrevivir. Las enormes columnas de humo se elevaban sobre el rectilíneo horizonte de Yazira desde cubas en las que se destilaba gasolina de la

manera más rudimentaria. Luego esta se vendía en botellas de plástico a los márgenes de la carretera. Los motores acababan cediendo por la baja calidad del combustible, y muchos vehículos tenían que ser remolcados hasta Qamishli, donde el aire se había vuelto irrespirable por el humo de los generadores que bloqueaban las aceras. El estruendo que provocaban en el céntrico y abigarrado barrio de Wusta era insoportable, pero era eso o conformarse con cuatro horas de luz al día. Las carencias en el suministro eléctrico hacían cada vez más difícil conservar los alimentos básicos, cuyo precio se había multiplicado por cinco desde el comienzo de la guerra y, por diez, el de la gasolina. Muchos negocios habían echado la persiana, pero en Wusta todavía quedaban un puñado de cafeterías abiertas y algún cibercafé.

El Gobierno seguía presente allí, como lo recordaban los numerosos retratos de los Asad. A escasos metros del amurallado cuartel de los servicios secretos sirios se encontraba la sede del Partido de la Unión Siríaca, una organización establecida en 2005 y que permaneció en la clandestinidad hasta que la nueva coyuntura en el noreste le permitió salir a la superficie. La incertidumbre en torno a la aparente inacción del régimen ante lo que se entendía como grupos no alineados con él obligaba a tomar precauciones.

Me vinieron a buscar al este de la ciudad, de mayoría kurda; conducía Kino Gabriel, quien haría también de traductor, y al que volvería a ver tres años más tarde comandando el batallón siríaco en la ofensiva de Al Raqa. El que sería el futuro líder militar me presentó al entonces líder político, Isoue Geouryie. Tras el té, Geouriye decía lamentar que muchos de los suyos se hubieran conformado con tener seguridad «en vez de reivindicar sus derechos como pueblo».

—Tanto Hafez como su hijo Bachar han negado sistemáticamente nuestra existencia. Lo demuestra el hecho de que la Constitución siria no reconociera a los siríacos como pueblo, ni aceptara que uno de nosotros pudiera ser presidente, ni que un musulmán pudiera convertirse al cristianismo, pero sí lo contrario… Era un régimen arabista y pretendidamente laico, en el que los pueblos no árabes, como el de los kurdos o los siríacos, no tenían cabida —explicó aquel veterano disidente

en un despacho flanqueado por la bandera de su partido y otra con un sol alado, el símbolo de los siríacos. No en vano, Geouryie también insistía en lo de no ser identificado únicamente por la fe—: Somos siríacos, un pueblo con una lengua y cultura propias. Somos la prueba viva de la continuidad ininterrumpida del pueblo y la civilización de Mesopotamia —dijo el opositor antes de ponerse a enumerar las denominaciones históricas de su pueblo: acadios, babilonios, caldeos, asirios, arameos, siríacos…—. En ningún caso, árabes —subrayó.

Geouryie aseguraba no tener miedo a las represalias, a pesar de que había conocido la cárcel y de que muchos de sus colaboradores permanecían presos en Damasco. Aun así, hablaba de algunos «pasos importantes» que se habían dado, como el del reconocimiento del turoyo como lengua cooficial junto con el árabe y el kurdo. La educación en su lengua materna también era una novedad en Siria.

—Esta región a la que kurdos y árabes llaman Yazira es Gozarto para nosotros, y a Rojava la definimos como parte de Beth Nahrain, que es el término siríaco para Mesopotamia. Nadie tiene ningún problema con esto —dijo el líder político. Aseguraba sentirse «ciudadano de primera clase» por primera vez en su vida.

A pesar del excelso pasado al que apelaba Geouryie, nada en Qamishli parecía indicar que nos encontráramos en un asentamiento milenario. Sus casas cuadradas de color terroso se distribuyen a lo largo de monótonas calles rectilíneas, entre las que se cuentan, eso sí, una docena de iglesias. En su libro *En busca de los últimos cristianos de Irán e Irak* (Barrabés, 2006), el periodista y escritor Ferran Barber lo explica así: «Qamishli surgió de la nada, sobre los algodonales y los campos de cebada de un pedazo de Mesopotamia, a partir de un centro de refugiados creado por el Ejército francés durante los años veinte». Según parece, aquel fue el final del trayecto para muchos armenios que lograron escapar al genocidio, así como el de otros tantos asirios. Y es que tan desconocido como el origen de estos últimos es el genocidio que acabó con cientos de miles de ellos en Turquía. Ya bajo el régimen de los Asad, los cristianos habían sido considerados como un colectivo acomodado en un país, Siria, que había sido

indudablemente hospitalario con los que huían del desastre en el vecino Irak.

En 2008, los cristianos se habían convertido en una coartada recurrente para justificar mi presencia en Qamishli: cada vez que un oficial de la mujabarat me daba el alto en la calle, su rostro se relajaba al escuchar que estaba trabajando en un inofensivo artículo «para una publicación cristiana de mi parroquia en España». Mencionar a los kurdos me habría traído muchos problemas entonces. Eran los días en los que las tiendas no parecían cerrar nunca en Qamishli: cuando la llamada al rezo paralizaba la ciudad, los menos devotos seguían comprando relojes en las joyerías regentadas por los armenios, probándose unos pantalones vaqueros o bebiendo cerveza en el recién inaugurado Babel Bar. Tengo grabada la imagen de aquellas tres jóvenes cubiertas con el velo islámico paseando entre los escaparates.

—Vienen a ver a los hombres: los cristianos somos mucho más guapos —fanfarroneaba Berlam, un siríaco veinteañero a quien había conocido en una barbería.

A nadie le llamaba la atención el hecho de que las musulmanas se pasearan por allí. Eso sí, que encontraran al hombre de sus sueños entre Berlam y sus amigos era algo mucho más improbable.

—Sus propios padres o hermanos las matarían si se enteraran —soltó el chaval—. Yo haría lo mismo si mi hermana se fuera con un árabe o un kurdo.

«Juntos, pero no revueltos» parecía la máxima de una supuesta convivencia entre diferentes comunidades arbitrada por los llamados «crímenes de honor».Berlam vestía vaqueros y una camiseta de manga corta que le permitía lucir orgulloso sus tatuajes: el rostro de Jesucristo crucificado en el hombro y un sol alado justo debajo.

—Todos nos tatuamos. Somos los primeros cristianos y estamos muy orgullosos de ello —dijo antes de comentar que ya estaba pensando en completar su colección con una cruz en el brazo izquierdo.

La excepción quizás fuera la de aquel cristiano local que había llegado a Italia en patera desde Libia y había pedido asilo político:

—Dijo que era kurdo, que si volvía a Siria lo torturarían hasta matarlo. Pero, cuando los oficiales de aduanas le hicieron quitarse la ropa para registrarlo a fondo, se encontraron con una cruz que le cubría toda la espalda: «¿Kurdo, tú? ¿Con esa cruz...?». Y lo mandaron de vuelta —contó Berlam, apurando una cerveza entre risas.

Seis años más tarde, rodeados por facciones islamistas de todos los colores en el sur y un vecino turco que se mostraba igualmente hostil, convivir no era suficiente para los pueblos de Yazira. Tenían que organizarse para defender su casa. En el cuartel general de Sutoro, al oeste de la capital, un comandante de treinta y tres años que respondía al nombre de Luey Shamaon decía que contaba con doscientos hombres en sus filas y admitía, a la vez, que otros tantos se habían alineado con las fuerzas de Al Asad. La fractura entre las fuerzas siríacas se había producido siete meses atrás, cuando el régimen había arrestado a varios miembros de Sutoro. No tardaron en quedar libres más que el tiempo que necesitaron los hombres de Luey para retener a otros con los que intercambiarlos. Las fuerzas alineadas con Al Asad vestían un uniforme gris (a diferencia del verde oliva de Sutoro) y se identificaban bajo el nombre de «Sootoro». Era la misma palabra, pero con la adaptación fonética del inglés.

Luey me presentó a algunos de sus hombres, la mayoría de ellos chavales en la veintena a los que la guerra había pillado en la universidad. A falta de algo mejor que hacer, más de uno se había alistado, no tanto por convicción, sino para combatir el aburrimiento. Entre otras muchas cosas, la guerra también es un paréntesis en la vida de la gente; hay que buscar alternativas para mitigar la sensación de perder el tiempo entre un pasado ya cerrado y un futuro abierto en canal. Pregunté a varios de ellos si tenían contacto con los miembros de Sootoro, pues imaginaba que habría algunas relaciones familiares en una comunidad tan endogámica como aquella. Uno de los veinteañeros me dijo que sí, pero que solo a nivel personal.

—Cuando me quito este uniforme, puedo discutir pacíficamente de política con cualquiera —dijo uno de ellos, corroborando la idea de que la guerra no había acabado por romper los lazos entre la comunidad cristiana.

Los cibercafés seguían siendo un punto de encuentro habitual en

Qamishli. Desde uno de ellos, Lara, una universitaria siríaca de veintiún años, decía sentirse «muy agradecida» a Sutoro y a sus aliados kurdos.

—De no ser por las YPG, los islamistas nos habrían borrado del mapa hace mucho tiempo —dijo la universitaria. La supervivencia de su pueblo, añadió, estaba ligada a la de los kurdos.

Desde la terminal anexa, Edmon, armenio, eludía la conversación declarándose «neutral», pero Maryam, del mismo grupo de amigos, no se mordía la lengua:

—Sutoro se ha autoerigido en defensor de los cristianos sin preguntar a nadie. Que yo sepa, las únicas fuerzas armadas legítimas en Siria son las del Gobierno —sentenció la joven abogada mientras esperaba a hablar por Skype con su hermano en Suecia.

Casi toda su familia estaba allí, y ella no veía el momento de largarse. El exilio se convertiría en el destino de muchos sirios, la mayoría de los cuales llegaban a Europa utilizando la ruta de los Balcanes tras atravesar Turquía y el mar Egeo. Durante cada nueva cobertura en Siria, me enteraba de que muchos de aquellos a los que había conocido se encontraban en Estambul, Grecia, Italia… Tres años más tarde, cotejando las fotos de Sutoro con las fuerzas sirias durante el asalto de Al Raqa, alguien señaló que Malki Hana, el comandante de Dêrikê, había llegado a Alemania hacía ya algún tiempo.

8

VOTAR CON SANGRE POR BACHAR

DAVID MESEGUER

Después de cuatro coberturas consecutivas en Afrín, era casi una obligación desplazarme a la región occidental de Yazira para poder entender el proyecto político de los kurdos de Siria en su globalidad. Las elecciones presidenciales sirias, que iban a tener lugar el 3 de junio de 2014, constituían una excelente percha de actualidad para vender temas a los medios de comunicación y una buena oportunidad para poder comprobar *in situ* la situación en este amplio territorio de la provincia de Al Hasaka, marcada en aquel momento por la tensa relación entre el autogobierno kurdo y el régimen sirio, así como por la lucha sin cuartel de las YPG contra un Estado Islámico que no paraba de ganar territorio y adeptos para su proyecto de califato.

Llegar a Qamishli no fue nada sencillo. Las disputas entre el PYD y el Gobierno Regional del Kurdistán iraquí de Barzani habían provocado el cierre temporal del paso fronterizo de Peshjabur y, por lo tanto, había que buscar una ruta alternativa para entrar en Siria. Tras varios días de espera en Arbil, la capital del Kurdistán iraquí, un salvoconducto firmado por el

Gobierno iraquí nos iba a permitir al periodista holandés Wladimir van Wilgenburg y a mí cruzar por el puesto fronterizo de Rabia. Un permiso que habíamos solicitado al autogobierno de Rojava y que obtuvimos gracias a la estrecha colaboración que históricamente han mantenido el PKK y la Unión Patriótica del Kurdistán, una formación que en aquel entonces lideraba el aún presidente de Irak Yalal Talabani.

—La carretera no es segura. Si queréis pasar y continuar vuestra marcha, hacedlo. Pero será bajo vuestra responsabilidad —nos advirtió un oficial de policía iraquí apostado en un *checkpoint* situado a una decena de kilómetros de Mosul.

Para alcanzar el paso fronterizo de Rabia desde Arbil había que recorrer doscientos kilómetros por una carretera que atravesaba el casco urbano de Mosul y transcurría por las llanuras de la antigua Nínive hasta alcanzar territorio sirio. Una ruta que en las últimas semanas había sido escenario de numerosos ataques de Estado Islámico al Ejército iraquí. Aunque, aconsejados y tranquilizados por nuestro conductor, decidimos seguir adelante, las palabras del policía provocaron en mí un nerviosismo que continuó durante todo el trayecto hasta que alcanzamos suelo sirio. La advertencia del agente fue prácticamente una premonición, puesto que una semana después el grupo yihadista lanzó un ataque relámpago sobre Mosul y en apenas seis días, ante la espantada de las tropas gubernamentales, se hizo con el control de la segunda ciudad más importante de Irak.

Armado con todos los consejos y el contexto necesario gracias a la información publicada por Karlos en sus numerosos viajes a Yazira, la familiarización con la ciudad de Qamishli fue mucho más rápida de lo habitual. Al no disponer de un visado de Damasco, en el primer paseo por las zonas controladas por el Gobierno sirio había que mantener un perfil muy bajo para no llamar demasiado la atención. Como era de esperar, en la zona gubernamental abundaban las pancartas con la imagen de Bachar y mensajes patrióticos que pedían el voto para un presidente que buscaba siete años más de mandato y legitimarse en el poder a ojos de la comunidad internacional. En cambio, en los barrios controlados por el autogobierno kurdo, nada desafiaba a los retratos de Abdullah Öcalan ni a los mártires

fallecidos en combate.

Fractura y desconfianza

El concurrido bazar de Qamishli era el lugar idóneo para tomar el pulso de la población ante unos comicios presidenciales cuyo desenlace final era sabido por todos.

—Votaré por Bachar al Asad porque es el único que puede garantizar la estabilidad de Siria —decía Shuhada, una mujer cristiana de cuarenta y cuatro años que portaba varias bolsas repletas de fruta y verdura.

Su opinión contrastaba con la de Hosa Ibrahim, un taxista kurdo de treinta y tres años que se negaba participar en unas elecciones en las que el candidato favorito tenía «las manos manchadas de sangre», en referencia a los miles de civiles muertos fruto de los ataques del régimen sirio.

—La abstención es la mejor manera que tenemos los kurdos para demostrar el descontento con el no reconocimiento de nuestros derechos —aducía el taxista, de complexión fuerte y pelo canoso, a los mandos de un Saipa Saba amarillo de fabricación iraní.

Las teóricas elecciones presidenciales, por no llamarlas directamente farsa electoral, eran las primeras que se celebraban en territorio sirio en los más de cincuenta años con el Partido Baaz en el poder. La Constitución de 1973 oficializó el sistema de partido único y determinaba que el candidato a presidente presentado por el Baaz debía ser refrendado, primero, por el Parlamento sirio —en el que había una pequeña representación de partidos minoritarios de cartón piedra permitidos por el régimen— y, después, por el pueblo en un referéndum. Un mero trámite por el que pasaron tanto Hafez al Asad como su hijo Bachar.

Al simulacro electoral se iban a prestar el exministro de Bachar y diputado de la oposición tolerada Hasan al Nuri y el parlamentario comunista Maher Hayar, que públicamente siempre había hecho alarde de una estridente retórica contra Estados Unidos e Israel. Nada que no se hubiera visto en Oriente Medio o el norte de África antes del estallido de las revueltas árabes, cuando cada cierto tiempo dictadores como el tunecino

Ben Alí o el egipcio Hosni Mubarak orquestaban supuestos comicios democráticos en los que siempre revalidaban su puesto de presidente con alrededor del noventa por ciento de los sufragios.

Con EI acechando el cantón de Yazira, otro punto interesante para calibrar el ambiente preelectoral eran las ciudades que recientemente habían sido víctimas de la violencia yihadista o, por lo menos, sentían la amenaza muy de cerca. Ejemplo de ello era Serêkanîye, una población fronteriza con Turquía cuyas calles habían sido, entre finales de 2012 y principios de 2013, escenario de combates entre las YPG y el Frente Al Nusra. Ahora, el frente de guerra entre la milicia kurda y la organización islamista, liderada por Abu Bakr al Bagdadi, se situaba a tan solo treinta kilómetros al sur de la ciudad.

En el minibús que cubría los ciento quince kilómetros entre Qamishli y Serêkanîye, el reportero holandés Wladimir van Wilgenburg y yo aprovechamos las casi dos horas de viaje para realizar un sondeo entre los pasajeros que no ponían objeción a expresar su opinión.

—Votar no sirve para nada. El futuro de Siria está en manos extranjeras —aseguró en voz alta el conductor del vehículo para que todo el pasaje pudiera oírlo. Detenido en Qamishli por el régimen durante las protestas de 2004, este hombre de mediana edad afirmaba, en cambio, que sí votaría en unas hipotéticas elecciones al autogobierno del Kurdistán sirio, porque los resultados tendrían una influencia directa en su vida cotidiana.

—Votaré por el comunista Maher Hayar porque creo que es el que tiene un mejor proyecto de país —dijo Mohamed, un hombre de cuarenta y seis años, justo antes de apearse en Amuda.

Mientras algunas personas iban a votar o abstenerse por convicción, otros debían participar en los comicios casi por obligación. Como Ahmed, un estudiante de Derecho en Al Hasaka sentado en la plaza de copiloto, que debía hacerlo «para no tener problemas en la universidad». Una información que estaba en sintonía con el rumor que se había propagado aquellos días de que, tras las elecciones, tanto en instituciones públicas como en los controles de carretera gubernamentales, se iba a pedir la documentación que acreditara la participación en los comicios, a riesgo de

ser detenido y penalizado en el caso de no haberlo hecho.

Una vez puesto pie a tierra en Serêkanîye, rápidamente nos dirigimos hacia la iglesia de San Jorge con la intención de encontrarnos con algunos de los pocos miembros de la comunidad cristiana que todavía permanecían en la ciudad. En la puerta principal del templo ortodoxo había un fresco en el que se observaba a San Jorge cabalgando a lomos de un esbelto caballo blanco mientras apuntaba al dragón con su lanza para propinarle la estocada final. Inmortalizada miles de veces, la representación pictórica de la leyenda caballeresca sobre el metal de la puerta de entrada llamaba notablemente la atención, ya que estaba, literalmente, cosida a tiros. Aquel era uno de los restos bien visibles de la primera ofensiva islamista sobre la ciudad, en noviembre de 2012, y una muestra inequívoca de que los fundamentalistas habían situado a la población cristiana de Siria e Irak en su punto de mira.

—Antes de la guerra, todas las naciones y religiones vivíamos en armonía, y voy a votar por Bachar para que así continúe siendo —afirmó Elías Kerbo, un farmacéutico a punto de jubilarse que tenía su establecimiento justo enfrente de la iglesia de San Jorge.

Muy reticente al principio a hablar con dos periodistas extranjeros, la revelación de su opinión e intención de voto se produjo al cabo de unos minutos gracias a un capítulo de su pasado que guardaba relación con mis inicios en el mundo del periodismo. Mientras conversábamos sobre temas diversos para ganarnos su confianza, Elías nos contó que durante la práctica totalidad de los setenta residió en Croacia, cuando esta se encontraba integrada en la Yugoslavia dirigida por el mariscal Josip Broz, Tito. Al escuchar este pasaje de su vida, rápidamente y sin vacilar le pregunté en croata:

—¿Habla croata? Yo también.

En aquella ocasión no fueron las alusiones al Barça o al Real Madrid, sino el serbocroata básico que aprendí durante mis constantes visitas a Bosnia-Herzegovina entre 2006 y 2011, el elemento que rompió la barrera de desconfianza con el farmacéutico y que consiguió que este expresara sin ambages sus opiniones sobre la situación en Siria. Como Elías, miles de

sirios pudieron estudiar en el extranjero gracias a las estrechas relaciones que el Gobierno de Hafez al Asad mantenía con regímenes, principalmente de la órbita socialista, de diferentes partes del mundo. La Unión Soviética, Yugoslavia, Cuba o la España franquista fueron algunos de los países que acogieron a una gran cantidad de jóvenes sirios y les permitieron estudiar en sus universidades.

—Antes de la guerra solía asistir a las bodas de mis vecinos musulmanes. El respeto por las creencias de cada uno era la clave de la convivencia —destacó Elías, que había abierto su farmacia en Serêkanîye en 1984, tras regresar de su estancia en los Balcanes.

El farmacéutico explicaba que, cuando comenzó el conflicto en marzo de 2011, cerca de mil quinientos cristianos vivían en Ras al Ain (el nombre árabe de Serêkanîye), mientras que ahora solo quedaban alrededor de un centenar. De repente, el boticario interrumpió el diálogo para introducirse en la rebotica y regresar, acto seguido, con tres fragmentos de proyectil de mortero que puso sobre el mostrador.

—Los islamistas bombardearon mi farmacia, la iglesia y también el hospital. ¿Es esto una revolución? —exclamó enfurecido Elías, quien, a finales de 2012, abandonó la ciudad junto a su familia durante casi un año a causa de la presencia de fuerzas fundamentalistas en la ciudad—. Antes teníamos un país, y Occidente es cómplice de su ruptura en pedazos. Llaman dictador a Al Asad, pero lo cierto es que aquí somos mucho más democráticos que en Europa —argumentaba el boticario en un tono muy nostálgico, apelando a la estabilidad de tiempos prebélicos. —Siria debe permanecer unida y depender de Damasco. Bachar dijo en la televisión que estudiará una propuesta federal. Hay que creerle y ver qué tipo de sistema propone —concluyó Elías, mostrando su rechazo ante una posible fragmentación de Siria.

Mientras el farmacéutico era un ejemplo perfecto de la corriente dentro del cristianismo de esta región norteña de Siria que defendía a capa y espada a Bachar al Asad, había otro segmento de esta minoría religiosa que había decidido unirse a la tercera vía impulsada por los kurdos, debido a los antecedentes represivos del régimen contra determinadas formaciones

políticas siríacas.

El día siguiente a la visita a Serêkanîye, y a veinticuatro horas de la celebración de las elecciones presidenciales, el reportero neerlandés y yo aprovechamos para desplazarnos primero a Terbespiya y después a Amuda, dos ciudades a menos de una hora en coche de Qamishli, para encontrar voces cristianas díscolas con el Gobierno sirio y conocer el dispositivo que la Administración autonómica iba a preparar con el objetivo de evitar que los comicios se celebraran en las áreas bajo su control.

Voces a favor del autogobierno

—El Sónar se celebra estos días, ¿no? —me preguntó Johan Cosar, consciente de que el festival de música electrónica barcelonés tenía lugar durante los primeros días del mes de junio.

A pesar de la temática de la conversación, aquel exsargento suizo de treinta y dos años y pelo canoso no hablaba, *gin-tonic* en mano, desde el reservado de una discoteca, sino que lo hacía desde un búnker protegido con sacos terreros situado al sur de Terbespiya, a tan solo dos kilómetros de las primeras posiciones de Estado Islámico.

—He estado en Barcelona en cuatro ocasiones, y también en Ibiza. Pero, sin duda, mi festival favorito es Monegros —aclaró aquel joven amante de la música electrónica nacido en Locarno que había llegado a Siria justo dos años atrás. De padres siríacos, y aprovechando su experiencia en el Ejército suizo, a Johan Cosar se le encargó la misión de formar, entrenar y comandar el Consejo Militar Siríaco (MFS, por sus siglas en turoyo), una milicia cristiana que combatía codo a codo con las YPG contra los yihadistas.

Esta milicia de reciente formación era el ala militar del Partido de la Unión Siríaca, este último, contrario a la hoja de ruta centralizadora del Gobierno de Al Asad y copartícipe del autogobierno que administraba aquella parte de Siria. La no alineación con el régimen provocó sombríos episodios, como la desaparición y muerte en 2013 de Said Malki Cosar, vicepresidente del partido y padre de Johan. En plena oleada de detenciones de miembros del Partido de la Unión Siríaca por parte del Gobierno sirio, el padre de Johan estuvo arrestado e incomunicado durante varios días en Qamishli para, posteriormente, ser trasladado a una prisión cerca de Damasco, donde se perdió su rastro. Las autoridades estatales emitieron un certificado de defunción que afirmaba que Said Malki Cosar había muerto «como consecuencia de un ataque cardíaco», el mismo documento que, durante el transcurso de la guerra, han recibido multitud de familias cuyos

parientes han muerto en las prisiones sirias, ejecutados o a causa de las salvajes torturas infligidas.

—«Siria» viene de «Asiria». Somos el pueblo más antiguo de esta tierra, y no vamos a abandonarla —aseguraba Johan, fusil en mano, frente a una iglesia convertida en ruinas después de que EI la volara por los aires, seis meses atrás.

A diferencia de los centenares de voluntarios extranjeros que ya en aquella época comenzaban a enrolarse en las YPG para combatir a los yihadistas, Cosar sentía aquella región de Siria como el origen de sus raíces, y con su implicación quería frenar la diáspora de cuatrocientos cincuenta mil cristianos que se estimaba que habían abandonado Siria desde el estallido de la guerra.

—Hasta la formación de nuestra milicia, la única opción para defender a los cristianos era unirse al Ejército sirio. El régimen no ha parado de inculcar la idea de «estás conmigo o contra mí» —señalaba el comandante helvético cuya organización armada se financiaba principalmente con el dinero que llegaba de la diáspora siria en Europa—. Si el régimen cambiara su actitud hacia las minorías reconociendo los derechos de kurdos, siríacos o armenios, nuestros problemas con Damasco terminarían —quiso destacar Johan Cosar a modo de reflexión final.

Aunque siempre suele ser mucho más interesante conocer la opinión del ciudadano de a pie, y más en un contexto de guerra, la excepcionalidad de las elecciones presidenciales sirias obligaban a desplazarse al cuartel general del autogobierno kurdo en Amuda para conocer cómo iban a afrontar la jornada electoral.

—Hemos rechazado temporalmente situar nuestro Gobierno en Qamishli por cuestiones de seguridad y para no generar aún más tensión con el Gobierno sirio —explicaba Akram Heso, presidente del cantón de Yazira, minutos después de finalizar una reunión con la cúpula del ejecutivo.

Aunque el periodista holandés Wladimir van Wilgenburg y yo habíamos concertado una entrevista con el presidente Heso, aprovechamos la presencia en la misma sala de otros cargos del autogobierno y de mandos

del TEV-DEM para conocer su opinión sobre los comicios electorales.

—Siria es un país prácticamente destruido y con más de ciento cincuenta mil muertos bajo tierra. Hay millones de refugiados y desplazados, y muchas de las naciones que componen el pueblo sirio son contrarias a las elecciones. Es obvio que no se dan las condiciones adecuadas para celebrarlas —destacó Aldar Xelil, uno de los mandos del TEV-DEM con mayor peso en la región.

Con un vaso de té en las manos, desde un sillón contiguo al de Aldar Xelil, Heso decía que no podían evitar que se votara en las zonas controladas por el régimen, pero que harían todo lo posible para que no hubiera urnas en zonas bajo su control, pues consideraban ilegales aquellos comicios.

—Las personas que estudian en las zonas controladas por el régimen deben ir a votar si quieren mantener sus estudios. Si la gente quiere viajar para votar, que lo haga. Nosotros no vamos a impedirlo —dijo el presidente del cantón de Yazira, consciente de que, si cerraban el tráfico, muchísima gente sufriría represalias.

Aldar Xelil preveía que árabes y cristianos acudirían más a votar que los kurdos, porque entre los primeros el apego hacia el Gobierno era mayor. El alto cargo kurdo también consideraba que la autonomía de Cataluña o el modelo confederal suizo eran una buena referencia y posible solución para sus aspiraciones dentro de Siria.

Tensa jornada electoral

Al no disponer del visado de Damasco, y ante una jornada electoral que se preveía caliente, decidimos que podía resultar interesante «empotrarnos» con una unidad de la Policía kurda. Para ello, tal y como nos había indicado Serbest Resan, máximo responsable de la Asayish en Qamishli, acudimos a primerísima hora de la mañana a la comisaría principal de la ciudad.

Nada más entrar en el edificio, vimos a una quincena de policías que en aquel momento se encontraban desayunando en una de las estancias principales. «Sentaos», nos dijeron al vernos. Wladimir y yo tomamos asiento en el suelo junto a los agentes, en el borde de un extenso mantel en cuyo centro había platillos con yogur, huevo, pepino, tomate, queso, aceitunas y humus. Una vez provistos de té y pan, que en Siria sustituye en muchas ocasiones a los cubiertos, comenzamos a comer, conscientes de que el día de trabajo podía ser largo e intenso.

Serbest Resan, también presente en el desayuno, nos explicó que el día anterior habían mantenido conversaciones con funcionarios del régimen para advertirles que no querían centros electorales en las zonas bajo su control.

—Hoy vamos a patrullar las calles de nuestros barrios para evitar a toda costa que se celebren unas elecciones que no reconocemos como legales ni legítimas —indicó el mando policial.

La apertura de los colegios electorales estaba prevista a las siete de la mañana, y su cierre, doce horas más tarde, por lo que en pocos minutos debíamos estar preparados para salir a patrullar. Una vez finalizado el desayuno, y tras haber recogido todos los platos y restos de comida, los policías procedieron a rellenar de munición los cargadores de sus AK-47 y a dejar listos los fusiles de asalto. Nosotros aprovechamos aquel instante para revisar las tarjetas y las baterías de las cámaras y asegurarnos de que llevábamos suficientes bolígrafos para tomar notas, por si alguno se extraviaba en algún momento de tensión.

De repente, el calmado ambiente propio de aquellas tempranas horas matutinas se vio perturbado por la llamada de un informante de la Policía que alertaba de la apertura de un colegio electoral en el barrio de Al Kurnech. Acto seguido, cuatro agentes tomaron sus armas y nos gritaron para que los siguiéramos hasta una *pick-up* aparcada dentro del recinto de la comisaría. Debido a la ausencia de tráfico y a la gran velocidad a la que circulábamos, en apenas cinco minutos llegamos hasta el instituto estatal de secundaria que nos habían indicado. Tras saludar de forma poco amable al soldado gubernamental que guardaba el acceso al centro, los policías accedieron bruscamente en el recinto. En el vestíbulo anexo a la entrada principal del edificio había un gran revuelo protagonizado por una muchedumbre que se agolpaba junto a una pared, tratando de leer unos papeles colgados.

—Son las notas finales de curso de nuestros hijos —dijo una señora que aguardaba su turno para ojear el documento con el listado de alumnos.

Según nos explicaron después, los funcionarios sirios habían decidido hacer públicos ese día los resultados académicos con el objetivo de asegurarse una importante afluencia a los colegios electorales.

Tal y como indicaban unos carteles en el vestíbulo con la bandera estatal siria, el centro electoral propiamente dicho se encontraba en la primera planta del edificio. Al superar el último peldaño y girar hacia la izquierda para enfilar un largo pasillo, los agentes kurdos irrumpieron en la primera sala a la derecha, donde algunos votantes aguardaban su turno. La estancia, que resultó ser el despacho del director del instituto, estaba presidida por un gran retrato de Bachar al Asad colgado en la pared que quedaba justo detrás del escritorio, una gran mesa de madera noble sobre la que se apoyaban dos voluminosas urnas de plástico custodiadas por tres personas que revisaban la documentación de los votantes.

—¿Con qué autoridad os lleváis las urnas? —dijo el presidente de la mesa electoral tras intercambiar varias palabras con los agentes de Policía en un tono muy altivo.

—Esta zona está bajo nuestro control, y no vamos a permitir que se vote —le respondió uno de los policías kurdos.

Haciendo caso omiso a las quejas del responsable del centro electoral, los agentes cogieron violentamente las enormes urnas de plástico y abandonaron el edificio a la carrera. Para cubrir su retirada, uno de los policías disparó dos tiros intimidatorios al aire para, posteriormente, alcanzar el vehículo y salir de forma apresurada hacia la comisaría.

A las doce del mediodía, varias pilas de urnas se agolpaban en las dependencias centrales de la Policía kurda.

—Hasta el momento hemos impedido las elecciones en seis distritos y confiscado ciento veintiséis urnas en toda la ciudad. Algunas las pudimos intervenir ayer, antes de la apertura de los colegios electorales, y curiosamente ya contenían decenas de votos en su interior —señaló el mando policial, Serbest Resan.

En los aledaños de la comisaría, una decena de jóvenes militantes de partidos kurdos en la órbita de la oposición siria y contrarios a los comicios repartían panfletos con el lema «Elecciones sangrientas» y en los que se recordaba que la guerra había provocado ya ciento sesenta mil muertos y cerca de tres millones de refugiados. En contraste con la zona kurda, la televisión estatal siria mostraba calles repletas de gente y un ambiente festivo en los barrios de Qamishli controlados por el Gobierno. En algunas imágenes aparecían personas que acudían a los centros electorales con banderas sirias y retratos de Al Asad.

A primera hora de la tarde, ya con el ambiente mucho más calmado, la policía kurda decidió abrir algunas de las urnas que había requisado y chequear los votos que se hallaban en su interior. Con la fotografía y el nombre de los tres candidatos, la práctica totalidad de las papeletas tenían una señal bajo el rostro de Bachar al Asad. Incluso, algunos fieles defensores del régimen habían estampado su voto con el dedo pulgar ensangrentado. Una auténtica metáfora de aquellos que proclamaban «¡Dios, Siria, Bachar y nada más!». Se trataba de un simulacro democrático que, como no podía ser de otra manera, finalizó con la reelección del presidente, que contó con el 88,7 por ciento de los votos.

DEL SUEÑO A LA PESADILLA

El brutal bloqueo del territorio kurdo de Siria a manos de Ankara y Arbil impide la entrada de informadores en un momento clave en el que está en juego no solo el destino de los kurdos, sino también el de toda la región de Oriente Medio. Karlos vuelve para cubrir el asalto final contra el califato en Al Raqa, y David reconstruye la dramática ofensiva turca sobre Afrín de boca de sus supervivientes.

9

ASALTO FINAL A LA CAPITAL DEL CALIFATO

KARLOS ZURUTUZA

—¿Para qué quiere usted ir a Siria si ya ha estado antes varias veces?

La pregunta de aquel funcionario en la frontera kurda entre Irak y Siria resultaba desconcertante. Lo intenté: dije que necesitaba volver al mismo sitio una y otra vez, que la historia evoluciona y que un periodista tiene que estar ahí para contarlo. Adiviné la respuesta antes de acabar mi alegato.

—Lo siento, pero no puede usted cruzar.

Fue a finales de 2014 cuando el Gobierno regional kurdo aprobó una normativa que dejaba a la mayoría de periodistas varados en la orilla oriental del Jabur. Se especuló mucho sobre las razones tras aquella restricción: Arbil hablaba de «salvaguardar la integridad de los informadores», aunque muchos daban por hecho que la orden llegaba desde Ankara. Erdoğan, actual presidente turco y socio político y comercial de Barzani, no quería testigos incómodos que informaran, entre otras cosas, del apoyo turco a los yihadistas, ni tampoco más reportajes sobre cómo los kurdos lideraban las batallas contra Estado Islámico. A Ankara todo aquello se le había atragantado, sobre todo desde la liberación de Kobanî.

En realidad, cerrar el paso de Peshjabur era una medida acorde con la construcción de ese muro inexpugnable que Turquía acabó levantando a lo largo de la frontera entre Turquía y Siria. Más allá de cerrar el acceso a periodistas, se trataba de aumentar un grado más el bloqueo sobre el noreste sirio. Recurrí a contactos de contactos, y a más contactos. El teléfono ardía mientras intentaba dar con alguien capaz de abrir la garita de acceso a Rojava. Pero todo fue inútil. Solo muy de vez en cuando, algún colega cruzaba el Jabur tras explotar una presunta relación de amistad con Nechirvan Barzani, primer ministro del Kurdistán iraquí y sobrino del presidente. Es cierto que la BBC, la CNN y Sky News, así como el resto de los grandes medios internacionales, se acababan subiendo a la barca que atravesaba el río, pero el proceso implicaba largas esperas, intensas negociaciones e, incluso, la autocensura. Yewan me contó que una de aquellas veces les llegó a costar cuatro meses de espera y la promesa de no hacer «historias centradas en los combatientes de las YPG». Los periodistas independientes sin contactos en el Gobierno del Kurdistán de Irak solo podíamos cruzar el río de forma ilegal: se podía hacer con la gente del PKK, pero había que esperar a que se dieran las condiciones, y aquello podía llevar mucho tiempo de espera. Además, tampoco había garantías de conseguirlo. La opción más factible era pagar a contrabandistas tarifas que superaban con creces un vuelo a Arbil desde Bilbao. Era caro, agotador y, además, se corría el riesgo de ser arrestado, multado, deportado y vetado por los Barzani en caso de ser interceptados por una patrulla *peshmerga*. Pero era la única manera.

En agosto de 2017, el fotógrafo Ricardo García Vilanova y yo caminábamos de noche con dos kurdos para los que el bloqueo de la frontera se había convertido en una oportunidad de hacer dinero rápido, y mucho. Uno llevaba dos pequeños remos, mientras que el más corpulento cargaba con lo que, unas dos horas más tarde, se convertiría en un bote hinchable. Caminamos en silencio, parando para descansar siempre a petición del corpulento. Su carga era la más pesada. Mientras tanto, su compañero aprovechaba para llamar a su contacto al otro lado del río, ocultando la luz de su móvil bajo su camiseta.

—Allí, Turquía, allí, Irak, y allí, Siria —nos explicó el de los remos entre susurros, señalando hacia la oscuridad en tres direcciones.

Había consenso sobre la ruta, pero las luces de un coche patrulla *peshmerga* nos obligaron a agacharnos y esperar. Luego corrimos hasta la orilla del río: en menos de cinco minutos, inflaron el bote y nos echamos al agua. Ya solo quedaba remar hacia Siria.

Tras dos años sin pisar el noreste sirio, la primera impresión ante el deterioro de carreteras y calles fue de desánimo. Lejos quedaban aquellos momentos de euforia inicial, aunque también los días en los que los yihadistas parecían a punto de hacerse con cada pueblo a lo largo de la vía principal. Precisamente, los convoyes de personal norteamericano cargados de suministros y armas entorpeciendo aún más el tráfico eran el cambio más evidente. Habían pasado cuatro años desde que una amalgama de grupos yihadistas se hiciera con el control de Al Raqa, en la primavera de 2013. Un año más tarde la ciudad se convirtió oficialmente en la capital de Estado Islámico en Siria. No fue hasta junio de 2017 cuando dio comienzo una ofensiva a manos de las Fuerzas Democráticas Sirias, la coalición multiétnica respaldada con ataques aéreos de Estados Unidos. Hasta que la ciudad fuera liberada, el auténtico centro neurálgico de toda la zona era Ain Isa, una pequeña localidad a cincuenta kilómetros al norte de Al Raqa: además del cuartel general de las FDS y un campo de refugiados en el que se hacinaban familias de Al Raqa y Deir ez-Zor, Ain Isa albergaba al llamado Consejo Civil de Al Raqa, una suerte de Gobierno interino de la provincia conformado por doscientos notables. Aquella mañana de agosto, algunos estaban reunidos en el despacho de Omar Alush, aquel kurdo de Kobanî que fue el que posibilitó mi trabajo durante el viaje de 2008. Con los grifos del café árabe y el té turco a pleno rendimiento, el jeque Amir Mohamed Jabur, representante de uno de los clanes más numerosos al norte del Éufrates, recordaba al resto que «ellos», los kurdos, los habían liberado «del yugo islamista». El futuro, decía, pasaba por una Siria federal.

—Cualquier otro sistema fallará. Esta es la única alternativa al Dáesh y a Al Asad —apostilló el jeque, consciente de que sus palabras caían como un jarro de agua fría para otros miembros del consejo. No tardarían en

recordárselo.

—Siria es una, y nadie tiene derecho a romperla —intervino, con su dedo índice en alto, el jeque Hasan al Mandi, otro miembro del consejo.

Jabur le contestó que tanto Alemania como Estados Unidos seguían siendo países «solventes» a pesar de ser Estados federales, pero Al Mandi no parecía tenerlas todas consigo. Incluso sin escuchar la conversación, la escena resultaba enormemente elocuente: los notables árabes compartían la estancia con un kurdo que presumía de haber trabajado con Öcalan en Siria y dos veinteañeras de las YPJ. Una de ellas tenía la manga derecha recogida sobre un muñón. Omar me dijo después que había perdido su brazo en Kobanî. Sentado entre las dos uniformadas, Abdalá Arian, vicepresidente del consejo y uno de sus representantes beduinos, decía no perder la esperanza de que «toda Siria acabe unida en un proyecto democrático»:

—Esta es la única alternativa política a los regímenes autoritarios o islamistas desde Marruecos hasta Pakistán —aseguró aquel hombre que contaba con dos pasaportes, sirio y saudí. Decía que su familia había llegado del golfo Pérsico doscientos años atrás.

Apenas había sitio, pero todos insistieron en ceder su asiento al jeque Bashir Faisal al Huaidi, el último en llegar. Aunque no pertenecía al consejo, tampoco lo necesitaba para ganarse el respeto de los presentes. Al Huaidi no solo era el líder de los Bushaba, otra respetable familia de miles a esta orilla del Éufrates, sino que además se jactaba de haber rechazado una petición de entrevista del mismísimo Brett McGurk, el enviado estadounidense para la coalición contra Estado Islámico.

—Es una ocasión histórica para vivir juntos que no podemos desaprovechar —sentenció el notable antes de subrayar que nada de aquello habría sido posible sin el trabajo de Omar Alush. Luego se ofreció a posar para una exclusiva foto que, aseguró, nadie tenía.

Aquella fue la última vez que vi a Omar. Siete meses más tarde sería asesinado a tiros en su casa de Tal Abiad por un vecino que se había mudado allí el mismo día que él. No fue casual. Los kurdos apuntaron a la inteligencia turca. Una alianza con los árabes en el norte de Siria era algo que Ankara buscaba evitar a toda costa.

Los fantasmas de Al Raqa

Raras veces, diría que nunca, se habla de los preliminares antes de llegar a un frente de batalla; de los «permisos especiales», las fotocopias compulsadas junto a sellos y acreditaciones; de las reuniones y entrevistas personales con todo tipo de mandos, lleven o no uniforme… En definitiva, de la pesadilla burocrática que hay que salvar para poder llegar a la primera línea. Ricardo y yo lo habíamos sufrido un año antes en Sirte (Libia) y, de no ser por las insignias, habríamos dicho que seguíamos allí. El frente puede ser un caos, pero en el pasillo que lleva hasta él no se deja nada al azar. Durante los primeros días no quedaba otra que apuntarse a los *«tours* de guerra»: se traslada a un grupo de periodistas a una posición en el frente y se los trae de vuelta antes de que anochezca. En el frente oriental, las FDS luchaban casa por casa frente a la mezquita vieja de Al Raqa. El olor a cadáver, nada más bajarnos del blindado, era apabullante. Llegaba de un bulto tapado por un cortinón arrancado de un primer piso; el otro colgaba aún por fuera de una ventana sin cristales.

—Fue un suicida con un chaleco explosivo —aclaró uno de los combatientes. Las dos piernas cercenadas, a unos veinte metros de allí, daban fe de ello.

—Mohamed, ¿cuál es tu casa? —preguntamos al chaval que nos hacía de traductor. Se incorporó lo justo para señalar hacia el escombro sobre el que se alzaba otro edificio sin tripas. Su casa estaba, o estuvo, en el segundo piso: había que imaginarse tres habitaciones, un baño y un hermoso balcón con rejas que albergaba un gallinero.

Mohamed tenía veintisiete años. En otra vida había sido profesor de instituto, hasta que EI cerró las escuelas de Al Raqa y echó la persiana sobre las vidas de más de doscientas mil almas. Aquel día de agosto había convencido a sus mandos para que lo dejaran acompañar a los periodistas al frente. Ya antes de meternos en el blindado rumbo al centro de Al Raqa, nos contó que hacía dos meses que había abandonado la ciudad, tras pasar otro

dos preso por los yihadistas. Lo molieron a palos. Uno se podía acostumbrar a la falta de tabaco o de música; a la barba, a los dobladillos del pantalón cosidos a la altura de las pantorrillas, e incluso a las ejecuciones públicas de asistencia obligada hasta para los niños. Pero la tortura era otra cosa. Mohamed consiguió escapar, de noche, atravesando a nado uno de los canales que irrigan el Éufrates sobre este desierto. Luego se unió a las fuerzas que luchaban por expulsar a los extraños de su ciudad. Ese era también el plan de su primo Abdalá. Lo había intentado una semana antes, pero no tuvo tanta suerte. Lo pillaron en el agua, con la ropa metida en una bolsa de plástico.

—¿Huyes para unirte a los infieles? —le preguntó aquel tunecino mientras lo encañonaba.

—Voy a Europa —mintió Abdalá.

Solo un milagro quiso que le conmutaran la pena de muerte por cien latigazos frente a la misma mezquita que veíamos desintegrarse ahora ante nuestros ojos. Mohamed señaló el punto exacto donde se celebraran las ejecuciones y los castigos ejemplarizantes. Luego corrimos agachados por tejados, y también entre agujeros en tabiques que llevaban a casas donde las habitaciones de los críos estaban llenas de casquillos. Otras eran totalmente negras: cama, muebles, paredes, cuadros, lámparas… Como en la planta superior de la casa de los Lagueri, donde todo seguía en su sitio, pero quemado. En el piso de abajo, la milicia fumaba y se servía té en la vajilla de porcelana de la familia. De seguir con vida, los Lagueri estarían en el campo de Ain Isa. Supimos que era su casa porque Mohamed conocía bien a la familia.

—Ahmed Lagueri era profesor de primaria —recordó Mohamed desde una cocina donde se apilaban cajas de mortadela de vaca, junto a otras con granadas de bazuca.

En el salón había dos individuos sentados en un sofá y atados de pies y manos. La brigada decía que eran dos soldados que se habían peleado, aunque nadie se lo creyó. Justo sobre sus cabezas, Lagueri posaba junto a su mujer y sus hijos en una foto en la pared; un almuerzo en la playa, probablemente Latakia, en la costa siria. También en otra vida, y en otro

mundo. A Hasan, el hijo mayor, lo vimos sonreír sobre su moto nueva en una foto en la alacena del salón, justo frente a los detenidos. La ensoñación sobre la vida perdida de los Lagueri se vio interrumpida por un nuevo intercambio de disparos: dos árabes de las FDS se habían subido a la cama del matrimonio con un martillo para hacer dos agujeros en la pared.

—Están justo en la casa de enfrente —alertó el más joven. Disparaban mientras sus compañeros recargaban los cargadores vacíos, y así siguieron durante más de dos horas.

Finalmente se agotó la munición, y también la paciencia: alguien dio las coordenadas del enemigo «a los americanos», y no pasaron ni cinco minutos hasta que una bomba escupida desde el cielo sacudió a los Lagueri contra la pared. Solo entonces recuperaron la paz los fantasmas de la ciudad vieja de Al Raqa.

La campaña contra Estado Islámico en el noreste de Siria era una eficaz maquinaria, sostenida por un contingente de unos cincuenta mil combatientes y que contaba con el apoyo logístico en forma de suministros y ataques aéreos de firma estadounidense. A los norteamericanos también se los podía ver sobre el terreno, siempre en vehículos blindados y durante los traslados entre sus bases. Eran fácilmente identificables por los Hescos, esos cestos de alambre con forro de molesquina que se utilizan también en Irak o Afganistán. Su función en Siria pasaba más por proteger las bases de las miradas de los curiosos que de los coches bomba de los islamistas. Uno de los fuertes más imponentes de aquella nueva «guerra en la sombra» de Washington era el aeródromo que tenían en Ain Isa. Desde allí volaban los helicópteros Apache que reventaban el suelo bajo el cielo estrellado de Al Raqa cada noche, en operaciones no exentas de controversia por su grado de destrucción. Organismos como Amnistía Internacional habían criticado la campaña de fuego aéreo y artillería de Estados Unidos, subrayando que Al Raqa se había convertido en un «laberinto mortal» para los civiles aún atrapados en la ciudad. Naciones Unidas hablaba de miles de civiles atrapados, muchos de los cuales eran usados como «escudos humanos» por los yihadistas. El campo de refugiados de Ain Isa bullía con esas historias:

—Es una cuestión de puro azar, porque nunca sabes dónde va a caer la

siguiente bomba —nos contó Amina, una residente que pudo huir cuando los yihadistas que bloqueaban su calle abandonaron precipitadamente la posición.

Sobrevivió al asedio principalmente a base de sopas de hierbajos que crecían entre el escombro. Aquel era también el caso de casi todos los cerca de diez mil refugiados de aquel campamento. Mustafá Hayi, de treinta y siete años, abandonó su casa en Al Raqa porque querían matarlo y encerrar a su mujer para violarla; ese era el plan para los kurdos y las kurdas en la capital del califato. Durante la huida, su hija Rihana, de siete años, se había quedado ciega por la mina que acabó con la vida de su hermano Murad, de cinco. Naima, madre de tres ya antes de cumplir los treinta, recordaba cómo solía rebuscar latas de comida en las cocinas reventadas por los bombardeos.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? —preguntaba la superviviente, que seguía sin poder sacudirse la vergüenza de haber robado a los muertos. Así lo sentía ella. Al igual que el resto, también se acordaba de lo que todos llamaban «el día de las cabezas». Dos años atrás, habían aparecido pinchadas sobre enrejados de jardín, señales de tráfico… También estaban las de los botes de cristal, hasta un total de cincuenta y que, según los yihadistas, pertenecían a soldados del régimen.

A pocos metros del campo, ya desde la sala de operaciones de las FDS, el comandante Alí Hayo aseguraba que el final de EI estaba «cerca», pero admitía no poder pronunciarse sobre el futuro más inmediato:

—No sabemos hasta cuándo se quedarán los americanos, ni qué hará Turquía. Esas son dos de las mayores incógnitas —decía aquel antiguo oficial de la Policía del Gobierno de Bachar al Asad que desertó en 2012.

Hayo era un árabe natural de Yarábulus, una localidad al norte de Siria que permanecía bajo ocupación turca desde una ofensiva en agosto de 2016. El objetivo de dicha maniobra fue doble: por un lado, se pretendía expulsar a los militantes de Estado Islámico de esa zona fronteriza y contener el avance de los kurdos de Siria; por el otro, se buscaba impedir que los cantones de Afrín y Kobanî se conectaran territorialmente. Hayo confirmó que las zonas recuperadas a EI pasarían a integrar la llamada Federación

Democrática del Norte de Siria, el proyecto federal con origen en Rojava, pero que buscaba acomodar al resto de las comunidades del noreste del país.

Numerosos analistas y expertos coincidían en la relevancia de lo que sucedía en el noreste de Siria. Manuel Martorell hablaba de «un momento de enorme trascendencia histórica».

—Se está poniendo sobre la mesa que en Oriente Medio son posibles sistemas democráticos basados en el respeto a las diferencias culturales y religiosas y a los derechos de la mujer, y que no es cierto que en esta región las únicas alternativas sean las dictaduras o los movimientos islamistas, como hasta ahora generalmente se pensaba —decía el experto navarro.

Martorell suscribía la tesis de que dicho modelo sociopolítico era ya una referencia que podía revolucionar las sociedades musulmanas, «al menos, en esta castigada región de Oriente Medio». Desgraciadamente, añadía el periodista, había tenido que estallar una guerra cruel, quedar destruidas Siria e Irak y emerger la grave amenaza del Dáesh para que se revalorizase esa concepción plural y diversa.

Estrellas fugaces

En el cuartel de Ain Isa, uno coincidía con otros periodistas que cubrían el frente de Al Raqa. El mando de las FDS obligaba a la mayoría a dormir en Kobanî, lo que suponía seis horas diarias de coche entre ir y volver, pero no a nosotros. La amistad con Salih Muslim nos permitió a Ricardo y a mí pasar aquellas primeras noches allí junto con otro pequeño grupo de «escogidos». Casi todos eran kurdos, algunos del aparato de información y otros que se habían hecho un hueco como fotógrafos *freelance* en las agencias internacionales. Era el caso de Onder, un kurdo de Estambul que firmaba sus fotos con seudónimo para no tener problemas con la Policía turca y que volvía a casa siempre vía Georgia para no llamar la atención en un vuelo directo desde Arbil. Tanta precaución acabó no sirviendo para nada: su trabajo recibió un prestigioso galardón internacional y, de alguna manera, su nombre se acabó filtrando. Tras ser detenido en el aeropuerto de Estambul, el fotógrafo se enfrentaba a cargos de «propaganda del terror». Pedían dos años y medio de prisión. Todavía en libertad, Onder huyó del país. En marzo de 2018 me escribió desde una isla griega: ya era otro más de entre los muchos kurdos camino de Alemania.

El trabajo de Onder giraba en torno a la liberación de una ciudad a manos de esos mismos combatientes que descansaban en Ain Isa antes de volver a sus posiciones en el frente. En el comedor principal, los kurdos llegados desde Turquía necesitaban que los de Siria les hicieran de traductores para poder comunicarse con los combatientes árabes de las YPG. Su número crecía en proporción a los territorios liberados de manos de EI. La remesa más grande, por supuesto, era la procedente de Al Raqa, pero había muchos más, llegados prácticamente de todo el mundo. Recostada sobre unos cojines en el suelo de una de las estancias, Kimberley Taylor, combatiente británica de las YPJ, respondía a los correos electrónicos acumulados durante más de una semana sin conectarse. Decía que había sido el drama sufrido por las yazidíes de Sinyar lo que había

sacudido la conciencia de aquella licenciada en Matemáticas de veintiocho años. Había viajado a Rojava con el objetivo de escribir un reportaje sobre el movimiento feminista kurdo para un periódico socialista sueco, y acabó quedándose.

—Me enamoré de la ideología anticapitalista y feminista que había echado raíces aquí —explicó la joven de Blackburn, al norte de Inglaterra, que ya hablaba el kurdo con fluidez.

Taylor, que también respondía al nombre en clave de Zilan Dilmar entre la tropa, fue la primera británica en coger las armas por la causa kurda, pero era una más del contingente internacional. La mayoría sabían que tendrían problemas con la Justicia en sus países de origen: de hecho, la inglesa daba por seguro que tendría que permanecer en arresto domiciliario «en el mejor de los casos». Se calculaba que había en torno a cuatrocientos combatientes internacionales; gente como Arges Artiaga, un gallego de cuarenta y dos años y mirada huidiza al que las imágenes de la masacre de los yazidíes en Sinyar habían arrastrado hasta la primera línea de combate. David y yo lo conocimos en España en momentos distintos entre sus viajes a Rojava. A Michael Enright lo conocí en Al Raqa. Inglés de Manchester, trabajaba como actor en películas tan conocidas como *Piratas del Caribe* hasta que se unió a las YPG en 2015. En Ain Isa me contaba que había descubierto por pura casualidad cuál era su arma más efectiva en el frente.

—A medida que íbamos liberando aldeas de manos de EI, me fui dando cuenta de que los civiles seguían aterrorizados porque los yihadistas les habían dicho que los kurdos les cortarían la nariz y las orejas cuando llegaran —explicaba Enright desde el comedor del cuartel—. Unos trucos de magia obraban milagros: monedas que desaparecen, nudos imposibles… y enseguida se relajaban —contaba aquel inglés de pelo blanco e intensos ojos azules.

Tanto Artiaga como Enright recordaban haber leído entrevistas con alguno de los primeros voluntarios extranjeros en el noreste sirio. Había conocido a uno de aquellos combatientes internacionales en 2014, un veterano de la guerra de Irak y antiguo *sheriff* de Ohio (Estados Unidos) de cuarenta y dos años que había llegado a Rojava tras un «divorcio

complicado». Se llamaba Brian Wilson y, contra todo pronóstico, no parecía cumplir con el perfil de los exmilitares que buscaban aventuras fuertes.

—De momento gestiono la página de Facebook («Los Leones de Rojava») de los voluntarios internacionales. Es lo que me han pedido —me contó Wilson desde la localidad de Serêkanîye. En el otoño de 2014, los voluntarios extranjeros se contaban con los dedos de una mano, pero las redes sociales no tardarían en provocar un auténtico «efecto llamada».

La mayoría de los internacionales estaban desplegados en Al Raqa, y cuatro de ellos, con el único batallón sirio en las FDS. Kino Gabriel, aquel sirio de Qamishli a quien había conocido en 2013, comandaba la brigada, y no puso objeción a que nos saltáramos el tedioso protocolo de los *«tours* de guerra» uniéndonos a ellos: podríamos trabajar en el frente sin necesidad de volver al atardecer. Una vez en las afueras, en el suroeste de Al Raqa, bastaba dejarse llevar por el oído para dar con ellos: su puesto estaba justo al lado del de los norteamericanos, desde donde percutaba un mortero de ochenta y un milímetros cada cinco minutos. Día y noche. Como en cualquier otra posición estadounidense, nosotros no éramos bienvenidos, pero sí los sirios. Matai Hannah, uno de los comandantes del Consejo Militar Siríaco, acababa de recibir de sus vecinos una ración de combate MRE («carne lista para comer», por sus siglas en inglés).

—Su base está justo detrás de ese muro. Yo no tengo inconveniente en llevaros, pero a ellos no les va a gustar —se disculpaba el siríaco mientras esperaba a que el agua caliente pusiera a punto su comida empaquetada en Cincinnati. A sus veintidós años, Hannah había pagado su rango con un riñón, una cicatriz desde la ingle hasta el esófago y un balazo en la cabeza. Milagrosamente solo lo rozó, pero no fue en Al Raqa, sino en su Qamishli natal, en 2015. El enemigo, no obstante, era el mismo.

Había que esperar al «logista» para entrar en Al Raqa, el vehículo blindado que se encargaba de llevar los suministros a las posiciones en el frente de la ciudad sitiada. Los combatientes de remplazo nos invitaron a hacernos un hueco entre cajas de munición y comida. Una vez encajados como piezas de Tetris dentro del único Hummer siríaco, maniobramos derrapando entre el escombro de un barrio fantasma hasta llegar a la

primera de las dos posiciones que el MFS mantenía en el frente oeste.

—Llevamos semanas oyendo que la gran ofensiva va a ser mañana, pero seguimos esperando —se lamentaba Alexis, combatiente, mientras ayudaba a descargar raciones de mortadela de vaca. Aquel veinteañero de Al Hasaka era ya otro veterano más. Se había unido al MFS «casi de adolescente», cuando los kurdos tuvieron que salir al rescate de las fuerzas de Al Asad cercadas por EI en Al Hasaka. Como al resto, la inercia de la guerra lo había arrastrado hasta Al Raqa. Compartía batallón con otros siríacos como él, pero también había kurdos, árabes y tres voluntarios extranjeros. Uno de estos últimos respondía al nombre de Christian. Se mostró dispuesto a hablar, siempre y cuando no tuviera que abandonar su posición de francotirador en la azotea. Aquel californiano de veintiséis años hablaba de luchar «por una causa justa», pero su pasado reciente hablaba de motivaciones que quizás fueran más allá. Exveterano de la guerra de Irak, Christian había dejado los marines para unirse a la Legión Extranjera, de la que acabaría desertando para llegar hasta Al Raqa.

—No me movilizaron nunca, y yo no puedo estar parado —dijo el chaval. Si bien contaba con el respeto de la tropa por su probada experiencia en combate, su discurso político no iba más allá del «derrotar a EI».

Para escuchar una versión más elaborada hubo que atravesar los doscientos metros de escombro entre las dos posiciones del MFS. Desde allí, Macer Gifford (nombre falso, como el de Christian) se presentó a sí mismo como un «internacionalista», pero recordando que había sido un bróker más en la City de Londres cuando decidió dejarlo todo para viajar a Rojava, a finales de 2014.

—Es lamentable cómo hemos despreciado en Occidente a los pueblos de Oriente Medio. En casa todavía sigo escuchando aquello de «esta gente necesita un gobernante fuerte para mantenerla bajo control». Hoy resulta que son los kurdos los que nos están dando una lección a todos con un modelo democrático propio que empieza a echar raíces en la región —espetó el británico durante su guardia en la azotea en la que, dijo, era su «primera conversación real» en semanas. Gifford chapurreaba algo de

kurdo, pero no el árabe ni el turoyo de sus anfitriones.

El británico hablaba de una revolución «con todas las letras», y decía soñar con ver cómo se extendía por toda Siria y, luego, al resto de Oriente Medio. Durante aquella charla, que se prolongó hasta altas horas de la madrugada, Gifford adelantó que esperaba un acuerdo entre Al Asad y las FDS.

—Al Asad es un dictador, pero no es tonto, y creo que está dispuesto a negociar con las FDS. Quiero ver el fin de la guerra civil, y también este proyecto como un modelo para el resto de la región —dijo el inglés poco antes de que el sol se escondiera bajo el escombro de Al Raqa.

Era entonces cuando se intensificaban los combates. Al igual que en la retaguardia, en el frente de Al Raqa también se dormía en las azoteas de las casas por el calor extremo en estas fechas. Había que tomar algunas precauciones básicas, como evitar fumar, encender una linterna o mirar el móvil. Aunque el comandante Botan se lo repitió a los ocho hombres a su mando, ninguno se lo tomó demasiado en serio. Los yihadistas usaban drones que soltaban bombas, pero los de aquella noche eran inequívocamente norteamericanos; lo sabían por el ruido, menos estridente que los del enemigo. A las siete de la tarde, nada más anochecer, cayó la primera bomba a un centenar de metros. Un perro empezó a ladrar histérico en la calle, pero los hombres del MFS no dejaban de comer pipas para matar el rato. Veinte bombas más tarde, una tremenda explosión arrancó la primera reacción entre la tropa:

—Esa ha sido gorda —dijo alguien.

—Que se jodan.

El cielo estaba precioso en una noche repleta de estrellas fugaces. «Una, dos, tres…», contaban distraídos los combatientes, señalándolas con unas manos que solo intuíamos por sus cigarrillos encendidos. Las explosiones se oían en cadena, pero no nos impidieron adivinar la entrada en escena de un nuevo actor.

—Apache —indicó alguien, refiriéndose al helicóptero norteamericano sobre nuestras cabezas. No lo veíamos porque volaba sin luces. Decían que aparecía cada noche. La siguiente explosión —dejamos de contar a partir de

la número cuarenta— hizo retumbar las paredes bajo nuestra azotea. El perro volvió a ladrar, justo cuando los yihadistas comenzaron a disparar al cielo con un antiaéreo, completamente a ciegas. Las balas trazadoras rojas se elevaban impotentes hacia el cielo, pero también revelaban su posición. El Apache no tardó ni un minuto en pulverizarla.

Al Raqa caería pocas semanas más tarde, aunque la operación no se dio por concluida hasta el 20 de octubre. Kurdos y árabes tenían que sostener un prometedor proyecto común de entre aquella montaña de escombros. Empezaba lo más difícil.

10

AFRÍN, LA *NAKBA* KURDA

DAVID MESEGUER

Tras darle un sorbo al vaso de té, Hasan Hasan rompió un pedazo de pan de la lámina que descansaba sobre su rodilla izquierda y comenzó a doblarlo con suma delicadeza. Cuando tuvo el trozo bien sujeto entre sus dedos, lo mojó en un aceite casi transparente para después untarlo con zátar, una mezcla de especias muy utilizada en Siria.

—Qué deshonra que alguien de Afrín como yo tenga que desayunar con aceite de girasol —maldijo el profesor de inglés mientras realizaba la primera comida del día, acompañado por su mujer y sus tres hijos—. Aquí en Shahba, el precio del aceite de oliva está por las nubes y no podemos permitírnoslo —añadió Hasan, que antes del exilio era propietario de más de cuatrocientos olivos en Miskê Jorîn, su aldea natal.

Aquella escena era una potente metáfora del destierro al que, como Hasan, habían sido forzadas más de ciento cincuenta mil personas de Afrín a causa de la invasión turca. Situada a tan solo veinte kilómetros al norte de la ciudad de Alepo y colindante con el cantón de mayoría kurda, la región de Shahba se convirtió, el mes de marzo, en el nuevo hogar de cientos de

miles de desplazados después de que la Federación Democrática del Norte de Siria y el Gobierno sirio alcanzaran un acuerdo para asentarlos allí.

La pesadilla de los habitantes de Afrín comenzó el 20 de enero de 2018, cuando Turquía y milicias sirias opositoras de corte islamista lanzaron la Operación Rama de Olivo sobre la región con el pretexto de «limpiar la zona» de las YPG, a quien Ankara consideraba la extensión siria del PKK. A pesar de la presencia de tropas rusas en la región y de que las YPG eran uno de los pilares de las Fuerzas Democráticas Sirias, principales aliados de Estados Unidos en la lucha contra Estado Islámico, tanto Moscú como Washington dieron luz verde al presidente turco Recep Tayyip Erdoğan para lanzar el ataque.

Tras más de dos meses de ofensiva (que, según el Observatorio Sirio para los Derechos Humanos, dejó más de dos mil combatientes y trescientos civiles muertos), Turquía se hizo con el control de la ciudad de Afrín el 18 de marzo. Caprichos del destino, marzo, mes del Año Nuevo kurdo, volvía a convertirse en una época maldita para este pueblo. Afrín, el último gran desastre kurdo, se unía, así, a los fatídicos episodios de Halabya en 1988 y Qamishli en 2004, también acontecidos días antes de la celebración del Nouruz.

Hasan Hasan, quien había sido mi *fixer* cuatro años y medio atrás durante el asedio de EI a la región, presentaba un semblante frágil y muy desmejorado, como si de golpe le hubieran caído veinte años encima. Aquel profesor de inglés esbelto, vital, coqueto y de frondoso cabello negro que yo había conocido no tenía nada que ver con el hombre delgaducho, apagado y de menguante pelo canoso que ahora tenía ante mis ojos.

—Cuando comenzaron los bombardeos, abandonamos nuestro hogar en Yendires y nos refugiamos en casa de unos amigos en Afrín. Tras semanas de mucha angustia y miedo, salimos de la ciudad cuando los islamistas estaban a punto de entrar —recordaba Hasan mientras consumía un cigarro tras otro, o, mejor dicho, mientras el tabaco lo consumía a él.

El pesimismo y la melancolía se habían apoderado de aquel hombre de cuarenta y ocho años quien, antes del exilio, contaba con decenas de estudiantes matriculados en su academia y un sueldo digno que, aunque sin

demasiados lujos, le permitía llevar un buen nivel de vida. Forzados a abandonar su confortable apartamento en el centro de Yendires, Hasan, su mujer y sus hijos compartían ahora un chalé parcialmente destruido con tres familias amigas de su misma localidad.

El espacio privado de los Hasan en aquella casa de Fafin, una localidad de la región de Shahba, se circunscribía a una pequeña habitación con terraza en la parte superior de la vivienda y un baño. Las pocas pertenencias que habían podido llevarse consigo en su apresurada huida las almacenaban en tres grandes maletas amontonadas en la esquina de la estancia. Para cocinar se las apañaban con un hornillo de gas que situaban en el descansillo del rellano y que en ocasiones compartían con las otras tres familias residentes en la casa.

—Tengo miedo de que nuestra situación se alargue y nos convirtamos en desplazados de por vida —se sinceraba Hasan mientras recogíamos los restos del desayuno y tras asegurarse de que su mujer e hijos no pudieran oírlo.

Hasan y su mujer Hevin tenían la suerte de poder trabajar para la Administración del cantón de Afrín en el exilio y recibir un pequeño salario. Mientras él redactaba informes en inglés sobre las circunstancias de los campos de desplazados y la violación de los derechos humanos en la zona ocupada, ella era funcionaria de un juzgado de paz donde se dirimían separaciones y divorcios.

Una vez llenada la despensa con lo básico para sobrevivir, Hasan enviaba a través de una oficina de transferencias buena parte del sueldo a sus octogenarios padres, que habían decidido quedarse en su aldea natal.

La situación de los desplazados de Afrín en Shahba era tan dura que, en aquella ocasión, mi relación con el profesor de inglés traspasó el vínculo estrictamente profesional. Después de haber estado en Afrín cuatro veces entre 2012 y 2013, sentía el deber moral de informar sobre el exilio de determinadas personas con las que había creado lazos de amistad. Por aquel motivo, a pesar de todas las dificultades logísticas que entrañaba el viaje, y aun sabiendo que aquella cobertura me supondría un desgaste emocional bastante profundo, hice todo lo posible por llegar a Shahba.

Hasan Hasan agradeció mi esfuerzo y, aunque no estaba en la mejor condición anímica para traducir, me dijo que pondría todo de su parte para buscar las voces más representativas de los desterrados de Afrín. Por mi parte, era plenamente consciente de que en muchos momentos debería bajar la cámara y guardar la libreta para escuchar, entender y transmitir esperanza.

VOCES DEL DESTIERRO

Mientras nos preparábamos para salir de casa, Hasan me comentó que Haidar, un peluquero de Yendires a quien había entrevistado al inicio de la revolución, se encontraba desplazado en la vecina población de Ahdas, a poco más de diez minutos en coche de Fafin. En aquel corto trayecto podía visibilizarse a la perfección la entente entre kurdos y el Gobierno sirio en la región de Shahba. Aunque los diferentes *checkpoints* diseminados a lo largo de la carretera estaban engalanados con la bandera oficial siria y decorados con fotografías del presidente Bachar al Asad, eran combatientes kurdos sin ningún tipo de insignia en su uniforme quienes los custodiaban.

Hacía poco más de un mes que Haidar había abierto una modesta peluquería en un oscuro garaje. Sin ningún tipo de decoración y con el mobiliario básico para realizar su trabajo, la austeridad del nuevo local contrastaba con la colorida barbería de Yendires, en cuya pared había varios pósteres de mártires de la YPG y algunas fotos del mítico capitán de la Juventus de Turín, Alessandro del Piero, el ídolo de aquel hombre kurdo de treinta y ocho años.

—Cuanto más lejos te vas de casa, más difícil es regresar —señalaba Haidar, quien, junto con su esposa e hijo de año y medio, habían decidido quedarse en Shahba a pesar de haber tenido la oportunidad para ir a Alepo —. Los bombardeos de la artillería turca sobre Yendires eran tan intensos que solo me dio tiempo a coger el ordenador —explicaba el barbero mientras, en la pantalla de su móvil, enseñaba algunas de las fotos que tomó durante del éxodo. Con Afrín al fondo, en las imágenes se observaba a Haidar a pie y cargando a su hijo en brazos entre una interminable columna de vehículos y civiles que huían montaña arriba.

Aquel aficionado de la Vecchia Signora era la viva imagen del desarrollo económico y social alcanzado por la región de Afrín al haber impedido, no sin dificultades, que la guerra llegara a sus dominios. Antes de la invasión turca, la peluquería funcionaba a tan buen ritmo que Haidar

pudo reinvertir parte de sus ganancias en la apertura de una tienda de ropa.

La estabilidad y la seguridad proporcionadas por el autogobierno que gestionaba el cantón desde julio de 2012 habían animado a muchos locales y a centenares de familias árabes, que se habían instalado allí huyendo de los combates y la destrucción de otras partes de Siria, a abrir nuevos negocios.

—Los que ahora controlan Afrín son lo peor de la raza humana. Están mostrando cómo es realmente el islam —comentó Haidar antes de que abandonáramos la peluquería, con relación a las fuerzas islamistas apoyadas por Turquía que ahora controlaban la región.

Aunque en la región de Shahba había dispuestos tres grandes campamentos que albergaban alrededor de dieciséis mil personas, el grueso de los ciento cincuenta mil desplazados vivía en casas vacías que habían ocupado. El autogobierno se encargaba de gestionar los centros médicos y los servicios, como la recogida de basuras, y, además, ofrecía de forma gratuita cuatro horas diarias de electricidad y una ración de pan. Por su parte, Unicef, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, colaboraba en el abastecimiento de agua.

A pesar de todo el esfuerzo de la Administración cantonal en el exilio y de la ayuda de algunas ONG extranjeras, el único hospital de Shahba ubicado en Fafin se veía desbordado todos los días por la gran cantidad de personas que se agolpaban ante su puerta.

—Las malas condiciones de la comida y el agua están provocando enfermedades gastrointestinales y diferentes tipos de hepatitis; una situación sanitaria agravada por la falta de medicamentos, personal médico e instalaciones —explicaba el doctor Abdulkadir Hesko, amigo de Hasan y director de aquel centro que atendía a seiscientos pacientes diarios con un equipo de cuarenta y siete personas que soportaban turnos de doce horas.

Pero, según el gestor del hospital, una de las circunstancias más preocupantes era el notable aumento del diagnóstico de diferentes enfermedades de salud mental, como la ansiedad, la depresión o el estrés a causa de la desesperación provocada por el reciente exilio.

Rewan, una joven de veintiocho años responsable del archivo de

pacientes, explicaba que la situación en el centro médico era tan crítica que, a pesar de carecer de formación, se veía obligada a realizar primeros auxilios. A diferencia de muchos antiguos compañeros del hospital de Afrín, que habían escapado a Alepo o a los otros cantones kurdos, aquella licenciada en Filología Inglesa había decidido seguir en el hospital ubicado en Shahba.

—Fuimos de los últimos en abandonar Afrín. Permanecimos en el hospital hasta que los bombardeos de los aviones turcos se volvieron insostenibles. Escapé en una ambulancia junto con dos compañeros y siete pacientes heridos. Fue el día más duro de mi vida porque la gente nos pedía ayuda, pero no podíamos hacer nada al no quedar espacio —recordaba emocionada Rewan.

Otro de los principales problemas que enfrentaba el servicio sanitario eran las trabas burocráticas que imponía el Gobierno sirio. Según explicaba Rewan, algunos pacientes, y, entre ellos, recién nacidos, habían muerto esperando los documentos para poder salir de Shahba. En algunas ocasiones, el régimen sirio tardaba hasta cuatro horas en concederles el permiso cuando los médicos de Shahba creían necesario derivar a algún enfermo a Alepo por la falta de equipamientos.

Crímenes bajo la ocupación turca

A quinientos metros del hospital y en medio de una inmensa explanada de gravilla blanca, estaba situado el campo de desplazados de La Resistencia. Con interminables hileras de tiendas de lona blanca y azul, aquel campamento era el hogar provisional de seis mil personas. Hasan había decidido que fuéramos hasta allí porque, como se estaba celebrando una reunión del autogobierno en el exilio, pensó que podría ser una buena ocasión para hablar con algunos representantes de la Administración cantonal.

—Tras expulsar al Dáesh en 2016, nosotros gestionábamos el norte de Shahba y Damasco controlaba el sur. El régimen había declarado Shahba zona militar, y estaba prácticamente deshabitada. Aunque hubo entendimiento para reubicar a los desplazados, en otras materias la relación con el Gobierno sirio no fue nada sencilla —detalló Hevi Mustafá, copresidenta del cantón de Afrín, desde el interior de una tienda del campo habilitada para el encuentro.

Para estar cerca de los desplazados, la Administración cantonal celebraba algunos de sus plenos en el interior de las amplias tiendas que ACNUR había dispuesto para los afriníes.

—El principal objetivo de la agresión turca ha sido acabar con el proyecto democrático que se está llevando a cabo en el norte de Siria y que reconoce los derechos de todas las etnias y nacionalidades —denunciaba la también presente en la reunión Fátima Latko, miembro de la ejecutiva de Kongra Star, el principal movimiento de mujeres de Rojava.

La activista aseguraba que la intención de Turquía era destruir la identidad e historia kurdas, y por eso había bombardeado de forma deliberada algunos vestigios, sin que en ellos hubiese ningún objetivo militar.

Multitud de desplazados que seguían manteniendo el contacto con familiares o vecinos aún residentes en Afrín explicaban casos de

detenciones arbitrarias, desapariciones forzadas, confiscación de propiedades y saqueos, perpetrados por los grupos islamistas que operaban en la región y a los que Turquía, decían, daba total libertad de movimiento. Unas violaciones flagrantes de los derechos humanos que también habían denunciado organizaciones como Amnistía Internacional y Human Rights Watch.

Las autoridades del cantón en el exilio estimaban que tan solo el veinte por ciento de la población original se había quedado en Afrín, hecho que constituía un auténtico episodio de limpieza étnica. Aquel vacío había sido ocupado principalmente por miles de milicianos islamistas y sus respectivas familias, procedentes de lugares como Guta, Homs o Dará. Una presencia fundamentalista a la que células durmientes de las YPG plantaban cara con tácticas de guerrilla. Según datos facilitados por la milicia, durante aquel mes de agosto, cincuenta combatientes islamistas y siete soldados turcos habían muerto en Afrín.

La pasividad que la comunidad internacional había mostrado con Turquía y sus grupos afines era una de las cuestiones que más enojaba a los desplazados. Bahri Ismaíl, un hombre de sesenta y dos años de la localidad de Rajo y residente con su familia en el campo de La Resistencia, estaba profundamente decepcionado por la actitud de Francia, uno de los principales aliados de las Fuerzas Democráticas Sirias junto con los Estados Unidos.

—Mi padre sirvió en el Ejército francés durante veintitrés años en Oriente Medio y se retiró en 1942. Ahora estaría profundamente decepcionado con la actitud de Francia y de los países europeos por no estar al lado de los kurdos en esta guerra —argumentaba indignado aquel hombre, que cinco años atrás había perdido a un hijo luchando contra EI.

Bahri, que en Rajo regentaba un asador de pollos, había visitado en varias ocasiones el consulado de Francia en Alepo con la esperanza de que, debido a los servicios prestados por su progenitor, pudieran concederle la nacionalidad francesa o, al menos, ofrecerle la posibilidad de viajar al país galo como refugiado. Las autoridades consulares francesas le denegaron todas sus solicitudes.

—Nuestros valores son muy parecidos a los suyos y, aun así, no han hecho nada para ayudarnos. Dicen defender los derechos humanos, pero solo velan por sus intereses —señaló aquel hombre entrañable antes de despedirnos.

Uno de los elementos más importantes que se había consolidado con la revolución kurda en Siria y que estaba en serio peligro tras la ocupación era la emancipación de la mujer. Con muchos cargos relevantes en la Administración federal, las mujeres se habían erigido en una pieza clave para impulsar un nuevo modelo social que tenía al feminismo como uno de sus ejes centrales y que pretendía convertirse en un ejemplo para todas las mujeres de Oriente Medio y del mundo.

—En Afrín, las YPJ lucharon codo a codo con las YPG y muchas combatientes cayeron mártires. El Gobierno turco y las milicias islamistas temen a nuestro movimiento y, por ello, aprovecharon la ofensiva militar para lanzar un mensaje de amenaza a las mujeres de todo Oriente Medio: «Si os levantáis por vuestros derechos, seréis asesinadas» —explicaba la *hevala* Asne, otra de las activistas de Kongra Star residente en el campo.

Según subrayaban las activistas, las mujeres árabes veían ahora a las kurdas como un ejemplo para su salvación del yugo del patriarcado. Gracias a su esfuerzo, decían, las féminas árabes habían adquirido un rol muy activo en la sociedad y habían ocupado cargos de relevancia en los consejos civiles de ciudades como Manbij o Al Raqa.

—Erdoğan dijo que impondría la ley y el orden en Afrín, pero está ocurriendo justo lo contrario. Los islamistas tienen total impunidad para acosar y degradar a las mujeres. Se han producido raptos, violaciones e incluso asesinatos. Tenemos nombres y documentos que lo prueban —aseguraba Fátima Latko sobre la involución de los derechos de la mujer en la región ocupada.

Otra de las prácticas habituales de las facciones islamistas que denunciaban las mujeres con las que tuve ocasión de hablar era el matrimonio forzado, incluso de menores de edad. Según explicaban, si los milicianos rebeldes veían alguna mujer o niña bonita por la calle, acudían al padre a pedirle matrimonio. Si el progenitor se negaba, podía arriesgarse a

que lo asesinaran e igualmente se llevaran a la mujer. También mencionaban algún caso en el que la chica había tomado veneno para suicidarse y, así, evitar que se la llevaran.

En junio, el grupo islamista Ahrar al Sharquiya dispuso diferentes marquesinas y carteles en el centro de la ciudad en los que se indicaba a las mujeres cómo debían vestir. «Somos descendientes del Profeta, el velo es una línea roja» o «Elige tu vestimenta libremente, pero sin desobediencia» eran algunos de los mensajes que podían leerse en las calles de Afrín.

La imposición de toques de queda también era una práctica habitual, según relataban las mujeres que habían decidido quedarse o no habían podido salir.

—Cuando hablamos con ellas, nos explican que a partir de las siete de la tarde nadie puede salir a la calle. Antes, precisamente esa era la hora en la que todo el mundo salía en verano, porque es cuando comienza a hacer fresco y la gente aprovecha para ir a los parques o a las cafeterías —me contaba una trabajadora de la Media Luna Roja Kurda que había accedido a compartir el testimonio de conocidas suyas que vivían bajo la ocupación—. Las mujeres que conozco en Afrín están todas muy tristes y abatidas. Me dicen que soy yo la que tengo suerte de haber podido escapar y no tener que vivir en esas circunstancias. Aquí puedo salir a la calle sin cubrirme, algo que ahora mismo en Afrín no podría hacer —señaló aquella sanitaria mientras paseábamos por las polvorientas calles del campo de desplazados.

Junto con las mujeres, una de las comunidades del enclave kurdo que más sufrió con la Operación Rama de Olivo fueron los yazidíes. Para tener información de primera mano sobre la situación de los miembros de aquella confesión, Hasan Hasan me llevó a ver a Silêman Cafer, uno de los líderes yazidíes en Afrín y autor del libro *Qewlên Êzdiyan* («Los textos yazidíes»), una de las obras de referencia mundial sobre aquella minoría religiosa.

Según datos proporcionados por el propio Cafer, antes del estallido de la guerra siria en 2011, la población yazidí en Afrín rondaba las sesenta mil personas. La presión ejercida por los grupos islamistas que controlaban las aldeas cercanas a la región generó un ambiente de miedo que impulsó a muchos yazidíes a exiliarse rumbo a Europa o a países como Australia, lo

que redujo a veinte mil los miembros de aquella comunidad a finales de 2017. Como consecuencia del ataque turco, se produjo un segundo gran éxodo en el que muchos yazidíes emigraron al extranjero o buscaron refugio en ciudades como Alepo y Damasco. En agosto de 2018, la comunidad yazidí en Shahba se cifraba en seis mil personas y en unos centenares, principalmente personas mayores, los que se habían quedado en Afrín.

—La religión yazidí es la piedra angular de la identidad kurda, de su cultura y su lengua. Por eso, cuando saquearon la ciudad de Afrín, el primer lugar que destruyeron los islamistas fue el centro de la comunidad yazidí y su archivo, con un gran valor histórico y cultural. Por suerte, pudimos salvar algunos documentos y reliquias importantes —indicó Silêman Cafer, originario de la aldea de Bosoufane.

Cafer, que equiparaba la mentalidad del Gobierno turco a la de Estado Islámico, denunciaba que en su pueblo los islamistas habían destruido todos los templos y lugares de culto, además de haber abierto una mezquita y escuelas coránicas para los niños cuando nunca había habido un solo musulmán en Bosoufane.

Tras contextualizar la situación y alertar sobre el riesgo real de desaparición de la comunidad yazidí en el norte de la provincia de Alepo, Silêman nos condujo a la tienda del campo de La Resistencia en la que residía la familia Barekat. Originarios de Faquira, una aldea a medio camino entre Yendires y Afrín, los veinticinco miembros de aquella estirpe lo habían abandonado todo a la carrera, y ahora combatían la incertidumbre y el hastío haciendo piña alrededor de una humeante tetera.

—En Sinyar se produjo el secuestro de nuestras mujeres para venderlas como esclavas sexuales. Teníamos miedo de que eso volviese a pasar y decidimos escapar —recordaba Abdo Barekat, haciendo referencia al fatídico episodio de agosto de 2014 en Irak, catalogado como genocidio por la ONU, en el que EI asesinó a más de tres mil yazidíes y secuestró a más de seis mil, principalmente mujeres.

Aquel hombre de cincuenta y ocho años y sus parientes no podían entender cómo, después de aquella masacre ocurrida contra su pueblo

cuatro años atrás y que había removido muchas conciencias a nivel global, la comunidad internacional no había frenado a Turquía e impedido un nuevo genocidio.

Con una piedra de Shiva —un familiar se la había traído de Lalish, el santuario central de los yazidíes ubicado en el Kurdistán iraquí— colgada a la altura del corazón, Michael Barekat era plenamente consciente de que el retorno de su familia a Faquira era muy complicado si las grandes potencias no forzaban a Turquía y a sus milicias aliadas a salir de la región.

—En nuestra aldea, los islamistas obligaron a un hombre yazidí de cincuenta años a besar un Corán y a decir que era musulmán. Pero él se negó porque no podía traicionar a su dios y lo mataron —dijo Michael, de cuarenta y siete años, ante la atenta mirada de su sobrino Hesen, un joven combatiente de las YPG herido por un avión turco que, en los nudillos de ambas manos, tenía tatuada la palabra *love*.

—La voluntad de Dios fue crearnos yazidíes y kurdos. Entonces, ¿qué autoridad creen que tienen para obligarnos a convertirnos al islam? —añadió irritado Abdo Barekat para completar las palabras de su pariente.

Silêman Cafer, que escuchaba atentamente los testimonios de aquella familia, quiso hacer una reflexión final y una especie de llamada a la comunidad internacional, aprovechando la presencia de un periodista extranjero:

—Estamos muy agradecidos a los Estados europeos que han acogido a una gran cantidad de refugiados yazidíes, pero esa no es la solución. De este modo, estamos abandonando nuestra tierra, nuestra historia, y nosotros debemos continuar aquí, para lo que deben protegernos aquí —sentenció el escritor yazidí.

Aunque no entraba en mis planes, el cierre momentáneo del último *checkpoint* del régimen antes de entrar en la región de Manbij —controlada por las FDS y tropas norteamericanas—, provocó que tuviera que pasar una noche en la ciudad de Alepo. Después de las amenazas de Estados Unidos con atacar posiciones sirias si el régimen utilizaba armas químicas en su ofensiva para retomar Idlib, el Gobierno había decidido cerrar los pasos que comunicaban con la Federación Democrática del Norte de Siria. Casi seis

años más tarde, volvía a Sheij Maqsud, aunque solo fuera por unas horas. A pesar de la enorme destrucción del barrio, miles de familias de Afrín habían encontrado cobijo en el «pequeño Kurdistán» de Alepo en casas de familiares y amigos.

La *nakba* («desastre», en árabe) de Afrín podría no ser el último capítulo fatídico en la historia reciente de este pueblo. En las postrimerías de 2018 Ankara continuaba bombardeando algunas aldeas del norte de Siria e Irak y amenazaba con lanzar una operación militar a gran escala en la zona del Éufrates. Teherán también había intensificado sus acciones transfronterizas y acabado con la vida de decenas de *peshmerga* en el vecino Kurdistán iraquí, un territorio autónomo que, tras el referéndum, había vuelto al sometimiento impuesto por Bagdad. Sin ningún atisbo de cambio, los kurdos parecían condenados a seguir respirando fuego.

EPÍLOGO

VOLVER A EMPEZAR

KARLOS ZURUTUZA

Aterrizar de madrugada en cualquier lugar y desperezarse al ritmo que lo hace la ciudad es siempre una buena forma de empezar un viaje. El 15 de enero de 2019 amanecía mientras caminaba hacia la carretera que circunvala Arbil para evitar el atraco de los taxistas del aeropuerto. Llegaba vía Estambul, una conexión que seguía cogiendo a pesar de la presión de la Policía turca sobre los periodistas. Ni siquiera la zona de tránsito era ya lugar seguro. David había empezado a esquivar Turquía volando vía Jordania. Era más caro, pero garantizaba llegar al destino sin peligro de ser deportado en la última escala. Yo me resistía a no pisar el Bósforo camino de Oriente: cualquier ruta alternativa solo traería mala suerte. Supersticiones a un lado, lo importante para nosotros fue siempre poder volver para seguir contando la historia de los kurdos aunque, paradójicamente, jamás lo hiciéramos juntos. Podíamos estar de forma simultánea sobre el terreno, pero nunca en el mismo rincón y, si solo uno de los dos viajaba, el otro hacía de control de tierra. Así sabíamos a quién llamar ante una sorpresa desagradable.

Después de la derrota del califato en Mosul y la retirada de los cientos, quizás miles, de periodistas que fijaron su campo base en Arbil, la capital

de los kurdos del sur volvía a ser el patio central de una inmensa prisión desde el que se distribuían diferentes celdas. La del norte, la kurdoturca, resultaba ya tan inaccesible a periodistas como la de los ayatolás, en el este, y tanto Mosul como los antiguos territorios en disputa quedaban bajo el control del Gobierno iraquí tras la resaca del referéndum kurdo. También Kirkuk. Pocas cosas podían resultar más dolorosas para los kurdos del sur que ver su Jerusalén bajo las mismas banderas negras de las milicias chiíes que ondeaban en Bagdad. Pero había más: el año había arrancado con una nueva tormenta de tuits de Trump informando de su intención de retirar las tropas estadounidenses del noreste de Siria. Mientras en Estados Unidos el secretario de Defensa, Jim Mattis, y el enviado especial para la lucha contra EI, Brett McGurk, renunciaban a su cargo, Erdoğan amenazaba con invadir el territorio «de forma inmediata». El aviso prematuro de la retirada norteamericana —en un momento en el que los kurdos seguían luchando contra EI— era la oficialización de la enésima promesa rota de una larga lista. Dicen que la historia se repite, pero los kurdos volvían a la casilla de salida con demasiada frecuencia.

Una vez más enfilaba hacia el oeste por la carretera que corre paralela a la frontera turca: Peshjabur, Girkê Legê, Rumelan, Terbespiya... Las excavadoras que abrían canales para mejorar las deterioradas infraestructuras en Rojava también cavaban túneles para protegerse de un eventual ataque aéreo turco. «Me convertiré en topo si hace falta, pero yo no me iré», me soltó aquel taxista de Dêrikê. Apenas rozaría la treintena. De ocho hermanos solo quedaba él allí. *«Germany, Sweden, England...»*, enumeraba la lista de países por los que se repartían. Incluso tenía una hermana en China casada con un kurdo que ya hacía negocios allí antes de que empezara la guerra.

Las banderas sirias anunciaban que entrábamos en Wusta, en el centro de Qamishli. El barrio había sido uno de los termómetros más fiables de la guerra en Siria: cuando la oposición armada, en cualquiera de sus colores, hacía temblar al régimen, las enseñas nacionales desaparecían progresivamente junto con los retratos de los Asad, padre e hijo; a medida que Damasco afianzaba posiciones en sus múltiples frentes, volvían las

fotos de Bachar, saludando sonriente o amenazante tras unas gafas de sol. El otro termómetro de la guerra era la estatua de Hafez, el padre de Bachar, en la rotonda a la entrada oeste del barrio. Una reciente mano de pintura plateada lo había transformado en lo que parecía un personaje de Marvel envuelto en una bandera siria.

El régimen sacaba lustre y músculo en Wusta, e incluso había alguna bandera rusa, pero el barrio seguía siendo una burbuja minúscula en una región que ya llevaba años desconectada de Damasco, tanto física como psicológicamente. Ambas partes habían convivido dándose la espalda, aunque ocasionalmente unidas por un enemigo común. Lo fueron los yihadistas en su día, cuando rodearon la ciudad por el sur, pero la amenaza llegaba ahora desde el norte: Wusta y el resto de la ciudad, así como la mayoría kurda del noreste sirio, corrían el riesgo de desplomarse en la llamada «zona de seguridad» que Erdoğan y Trump decían estar negociando: unos treinta kilómetros a lo largo de la frontera en los que el turco quería desplegar a su Ejército y a los islamistas bajo su ala. Las emociones en Wusta basculaban entre la incredulidad y el estupor. «Es cuestión de tiempo que Damasco y los kurdos lleguen a un acuerdo, y, cuando lo firmen, Turquía no podrá hacer nada», decía Delila, una cristiana siríaca que regentaba una farmacia con un retrato de Al Asad vigilando el género. Como muchos en el barrio, todavía no se había molestado en retirar la decoración navideña del escaparate. Aunque nunca las echaría de menos en casa, entendí enseguida por qué en Qamishli les costaba desprenderse de esas bolas rojas brillantes: era como abandonarse de nuevo al gris impenitente de la guerra. Las negociaciones entre los kurdos y Al Asad eran un tema recurrente, pero del que apenas se sabía nada. Que el régimen recuperara el control de todo el noreste sirio pasaba, entre otras cosas, por un reconocimiento de las minorías no árabes del país, así como de la autonomía de la región. Las condiciones planteadas por los kurdos parecían no convencer a Damasco, y el acuerdo se retrasaba *sine die*.

No había visita posible a Qamishli sin pasar por la sede del Partido de la Unión Siríaca, el que había sido compañero de fatigas del PYD desde mucho antes de que comenzara la guerra. Su copresidente era ahora

Sanharib Barsum, un veterinario de cuarenta y tres años que había empezado a hacer política en la clandestinidad. Decía que las negociaciones con Damasco se encontraban en una vía muerta. Una delegación especial se había reunido en la capital siria en junio, pero seguía sin haberse puesto negro sobre blanco. «No hay garantías de que Al Asad no nos vuelva a someter a su modelo de antes de 2011», afirmaba Barsum. Un ataque turco era plausible; de producirse, Ankara se apoyaría en grupos islamistas, como ya había hecho el año anterior en el enclave kurdo de Afrín, conjeturaba el político siríaco. Al igual que su antecesor en el cargo, él también estaba cargado de argumentos:

—¿Quién controlará esa zona de seguridad? Nosotros la aprobaríamos, siempre y cuando estuviera monitoreada por Naciones Unidas o la Coalición Internacional, pero no queremos que lo haga Turquía.

Nada más dejar atrás la estela plateada de Hafez Al Asad, Qamishli se distribuía a ambos lados de una larga avenida, donde el martirologio kurdo y los retratos de Abdullah Öcalan eran ya los hegemónicos. Ni rastro de la bandera siria. Uno de los últimos carteles en desplegarse sobre una rotonda reclamaba una «zona de exclusión aérea» sobre su territorio; a escasos doscientos metros de allí, Salih Muslim me esperaba en la sede del PYD. El edificio, de reciente construcción, estaba protegido por un muro de hormigón y un contingente de la Policía kurda. A Muslim no se le había subido todo aquello a la cabeza, y me saludó con la misma calidez y cercanía que había mostrado en todos nuestros encuentros desde aquel primero de 2008. Mantuvimos una charla de dos horas en un despacho de paredes desnudas en el que la bandera del PYD era la única nota de color.

—Los americanos vinieron por su propio interés: nadie los llamó, y, en realidad, nosotros ya estábamos defendiéndonos mucho antes de que ellos llegaran —esgrimía el kurdo, subrayando que lo sorprendente no era la retirada en sí misma, sino lo prematuro de la decisión.

Decía que Washington se había marcado tres condiciones antes de retirarse: la derrota de EI, detener el avance de Irán en la región y la estabilidad en Siria. Ninguna de las tres se había cumplido. Las tropas norteamericanas en la zona nunca superaron los dos mil hombres y, de

hecho, ni yo ni ningún otro colega los vimos combatir sobre el terreno en Al Raqa. Muslim insistía en que lo importante había sido siempre la cobertura aérea: la retirada de Washington los dejaría peligrosamente expuestos ante la aviación de uno de los mayores ejércitos de la OTAN. ¿Las negociaciones con Damasco? Según el kurdo, no dependía de Al Asad.

—Cualquier decisión la tiene que consensuar con Teherán y Moscú. El problema es que hablamos con alguien que tiene las manos atadas —me dijo el líder del PYD.

Como si todo no fuera ya suficientemente complicado, aún había más. Justo en mitad de la confusión provocada por los tuits de Trump y las bravatas de Erdoğan, un ataque suicida en la localidad de Manbiy se cobró la vida de al menos catorce individuos, cuatro soldados estadounidenses entre ellos. El atentado era reivindicado por EI a las pocas horas; Muslim apuntaba a «células durmientes activadas por los servicios secretos turcos». Según decía, aquella era la forma de Ankara de demostrar que podía atacar en su territorio en un momento en el que convenía acelerar la salida de los norteamericanos.

Fuera de plano

La mayoría de los hoteles en Qamishli estaban en la zona controlada por el régimen, o peligrosamente cerca, por lo que no resultaba sensato quedarse allí. Muslim me ofreció alojarme en una casa de huéspedes del PYD en la vecina Amuda, donde Damasco estaba totalmente ausente. Situada también en la frontera que la separa de los kurdos del norte, la pequeña Amuda albergaba el Gobierno regional de Yazira, pero no dejaba de ser otro lugar más en el que la estatua de una mujer kurda había sustituido a la de Al Asad padre, y donde los hombres transportaban bombonas de butano sobre el cuadro de sus bicicletas. Volví al Parlamento que ya había visitado cuatro años atrás. A las once de la mañana se reunían en la cámara una treintena de miembros del comité encargado de regular el currículum en las escuelas de cara al próximo curso. Como era habitual, el acto arrancó con un minuto de silencio por los mártires, que el enésimo corte de electricidad y el intenso frío —nadie se quitó el abrigo— hicieron aún más elocuente. A continuación, Hakam Xelo, cabeza de dicho órgano, abrió la sesión hablando de la «zona de seguridad», los supuestos planes de Erdoğan para dinamitar la demografía en la zona y, por supuesto, Afrín. Se cumplía justo un año del inicio de la ofensiva turca que había dejado el cantón kurdo en manos de facciones islamistas.

—Debemos proteger lo que hemos conseguido con tanto esfuerzo y sacrificio hasta ahora, pero también seguir trabajando —remató Xelo antes de abordar ratios de profesores, calendarios y horas lectivas.

De vuelta en la casa de huéspedes, compartí un par de tazas de té con un periodista francés recién llegado al que ya había visto en Al Raqa. Se llamaba Aurélien y hacía escala en Amuda camino de la ciudad de Deir ez-Zor, en la que quería cubrir la información del último bastión de EI. Le dije que a diez minutos andando de donde estábamos se encontraba el Gobierno de Yazira; una historia fácil de contar y con la que podía desvelar el modelo político que los kurdos habían puesto en marcha junto con el resto de los

pueblos del noreste. El francés desconocía la existencia del Parlamento, y tampoco parecía saber gran cosa sobre la democracia «radical» que sus anfitriones habían instaurado. Era uno de entre los muchos colegas con los que me había cruzado en los últimos años: corrían hacia el frente, ya fuera para oír silbar las balas a su alrededor, para entrevistar a los combatientes occidentales de las FDS o a los de EI, sobre todo si estos también eran occidentales. Los kurdos en la retaguardia no eran más que figurantes de cuya paciencia y hospitalidad se abusaba a menudo, pero que nunca parecían merecer salir en la foto. Estando en Amuda, me llamó Yewan. Volvía con la BBC para cubrir la misma historia que Aurélien y el resto: «El último bastión de EI». Unos días más tarde saldríamos juntos de Rojava. Yewan lamentaba que la cadena para la que trabajaba no abriera más el plano, pero, claro, él no tomaba las decisiones.

Aquello era un despliegue ingente de personal y recursos para unos minutos de televisión en los que ni se podía ni se pretendía explicar nada sobre la revolución de los kurdos. Siempre le dije a David que su documental sobre Afrín, en el que se suplía la falta de medios con toneladas de ilusión por contar, se convertiría en una pieza fundamental en la hemeroteca de la historia reciente de este pueblo. Los kurdos que lo vieron me daban la razón. Recuerdo hablar de ello en Al Raqa con Mehmet Aksoy, un documentalista kurdo de Londres al que David había conocido cuando lo invitaron a proyectar su trabajo en el festival de cine kurdo de la capital británica. Aquel chaval de sonrisa a prueba de bombas y pelo prematuramente cano murió a los treinta y dos años, tras el ataque de un comando de EI que vestía uniformes de las YPG. Los kurdos de casa y de la diáspora lo recordaron en cientos de actos y homenajes, pero su muerte pasó desapercibida para el resto del mundo. Los protagonistas preferidos de la prensa habían sido las mujeres combatientes; luego, los internacionales, y, finalmente, las «estrellas» de EI presas: todos querían aquella entrevista. Aksoy y los que eran como él nunca encajaron en aquella escaleta, ni tampoco temas como el de la Universidad de Rojava. La institución llevaba dos años abierta y yo sentía vergüenza por no haberlo contado, aunque tampoco me extrañaba ya que nadie se hubiera molestado en hacerlo. Si

bien uno en Afrín y el otro en Yazira, David y yo estuvimos presentes cuando se inauguraron las primeras escuelas en lengua kurda de la historia de Siria. La universidad era un paso más para los kurdos en aquella carrera contrarreloj y contra los elementos —todos— para recuperar un tiempo dolorosamente perdido.

En el campus de Qamishli había un aula magna, talleres, laboratorios y, por supuesto, una cafetería en la que los alumnos remoloneaban estirando la media hora de descanso. De no ser por los guardias armados a la entrada, las fotos de Abdullah Öcalan en las paredes o las ramas de olivo colgando de las pizarras, aquella podría haber sido una universidad más en cualquier parte del mundo. Justo se cumplía el primer aniversario del inicio de la Operación Rama de Olivo, con la que Turquía y facciones sirias islamistas aliadas ocuparon Afrín.

La universidad había abierto sus puertas en octubre de 2016 y, en su campus de Qamishli, ofrecía las especialidades de Ingeniería Agrícola, Bellas Artes y Lengua y Literatura Kurda. Como ocurría con el resto de la Administración en el noreste de Siria, no contaba con el reconocimiento de Damasco, aunque eso tampoco era una sorpresa.

—Las clases son en kurdo, esa es la diferencia principal, pero tenemos que utilizar el material en árabe hasta que podamos traducirlo —me contó Manan Jafar, un kurdo de Afrín que compaginaba ahora sus labores administrativas y docentes en el Departamento de Lengua y Literatura Kurda. Además de la lengua vehicular, también había habido cambios curriculares—: Hemos eliminado la asignatura de Ideología e Historia del Partido Baaz [en el poder desde 1963] y la hemos sustituido por la de Cultura Democrática. Además, hemos añadido en la de Historia la del resto de los pueblos de la zona además de los árabes, como los kurdos o los siríacos. De hecho, también tenemos planes de abrir un departamento de lengua y literatura siríaca y otro de árabe —acotó Jafar antes de reparar en que todos los letreros estaban rotulados en las tres lenguas oficiales de la región.

El profesor me invitó a subir a la segunda planta para conocer a Rohan Mistefa, copresidenta de la universidad desde 2018, tras resultar elegida por

el Consejo Universitario. Mistefa, que ya trabajaba en el campus de su Afrín natal, se emocionaba al recordar lo sucedido:

—Hasta el ataque de los kurdos, teníamos setecientos estudiantes matriculados. Mucha gente nos preguntaba por qué abríamos escuelas y universidades en mitad de la guerra: yo siempre les contestaba que la nuestra es una cultura de construir, no de destruir como la de nuestros vecinos y sus aliados —relataba aquella desplazada.

David me había pasado el contacto de Yindar, una joven de Afrín que estudiaba en Qamishli. No pude dar con ella, pero no era difícil encontrar a sus compañeros de éxodo. Doscientos de entre los ahora novecientos alumnos matriculados en Qamishli eran de Afrín. Dependiendo del departamento, se encadenaban carteles de mapas climáticos en las paredes, un despiece de ganado vacuno, el ciclo de la fotosíntesis, citas de los clásicos rusos... Por supuesto, todo en lengua kurda: la primera vez en una universidad siria. En los pasillos, entre las risas que llegaban de un grupo de estudiantes que jugaba un partido de voleibol en el patio, se formaban corrillos en los descansos entre clases, o se caminaba en solitario para dejar en cero el contador de WhatsApp. Sparta, en primero de Lengua y Literatura Kurda, había elegido esta carrera porque el kurdo era su lengua materna y quería trabajar en la universidad; a Azad, ya en tercero de Ingeniería Agrícola, le habría gustado estudiar Informática, pero no era posible. Como el resto, Asma era casi una niña cuando empezó la guerra en Siria, pero decía recordar bien los años en los que la castigaban si la oían hablar kurdo en clase con sus compañeros.

—Es como un sueño hecho realidad —soltó antes de volver a clase. No todos compartían aquel optimismo.

—No me atrevo ni a pensar que pueda suceder otra vez —desconfiaba Iskander, otro estudiante de Lengua y Literatura Kurda de Afrín a quien las amenazas de invasión de Erdoğan le provocaban una sensación de *déjà vu*. De no haber tenido que huir para salvar su vida, decía que le habría gustado continuar con los estudios de Periodismo, pero que en Qamishli no había opción. Al igual que sus compañeros de éxodo, transpiraba nostalgia:

—La nuestra no era solo una buena universidad, sino que, además,

reunía a gente de toda la región, de los pueblos y aldeas como la mía. Nos conocíamos todos y, aunque estábamos aislados, nos sentíamos fuertes. No perdimos la ilusión hasta el final —recordaba el chaval. Sobre cuándo creía que volvería a casa, su respuesta era la de la mayoría: «La política es la que manda».

La Facultad de Bellas Artes se encontraba en el edificio anexo, donde Fatma Bakir se concentraba en la clase de Perspectiva a la antigua usanza: con lápiz, escuadra y cartabón. Había empezado ya en Afrín, y ahora cursaba segundo. Cuando se licenciara, quería dibujar el drama de su pueblo, «desde Kawa hasta Afrín», aunque dudaba de si habría vuelto a su aldea para entonces.

—Puede ser dentro de un año o dentro de cinco. Nadie lo sabe.

El gran desafío

Retomaba el camino hacia el oeste, ahora con el inexpugnable doble muro de hormigón turco dotado de la tecnología de vigilancia más avanzada a mi derecha; a mi izquierda, Dirbêsiyê, Serêkanîye, Tal Abiad. Ya en Kobanî, me topé con la recua habitual de colegas, camino o de vuelta del frente. Aunque algunos habían presenciado la destrucción de la ciudad en 2014, pocos se molestaron en contar cómo la estaban reconstruyendo los kurdos, y casi sin ayuda. Tras el desastre había habido promesas de instituciones y organizaciones de todo el mundo, sí, pero lo cierto es que las casas en Kobanî las levantaban sus antiguos propietarios con el dinero que llegaba de la diáspora. Desde la sede de Berxwedan, una ONG local, cifraban en veinte mil euros la cantidad aproximada con la que uno podía recuperar algo parecido a lo que tenía antes. La ropa colgando entre el escombro daba fe de que no todos se lo podían permitir, y muchos habían vuelto a ruinas sin agua en las que la luz se «pinchaba» desde el poste más cercano. También estaban los que llevaban ya tres años en el campo de refugiados a las afueras, tienda con tienda con familias desplazadas de Al Raqa o Deir ez-Zor. Idris, que trabajaba en el servicio de limpieza de Kobanî, aseguraba conformarse con rehabilitar una única habitación. Eran seis en casa, pero nada podía ser peor que aquellas tiendas levantadas sobre un pedregal.

A pesar de que quedaba aún mucho por hacer, se decía que todos los días se veían cambios en Kobanî más allá de la icónica estatua alada de la guerrillera. Se habían construido tres hospitales y otras tantas escuelas; en la calle Talal había ya dos peluquerías y diez horas diarias de electricidad, y se podía caminar por el bazar sin hundir los pies en el barro. Uno de los tenderos presumía de vivir en «la ciudad más bonita de Rojava», y le di la razón: si Kobanî era una pequeña oda a la voluntad de un pueblo para resucitar de entre el escombro, el resto del territorio era una inmensa alegoría al abandono.

Desandando el camino hacia el este, quise parar en Serêkanîye, donde

había trabajado cuatro años atrás. La localidad más occidental del cantón de Yazira se convirtió entonces en un infierno por la ofensiva de los yihadistas de Al Nusra que llegaban desde el sur, pero también desde Ceylanpinar, en el lado turco (*Ceylanpinar* es la traducción de *Serêkanîye*, «cabeza de manantial»). Siempre que llego a una localidad sitiada, hago una visita al hospital y otra a la escuela: el primero da una idea del nivel de violencia; el segundo, de la cantidad de gente que ha huido.

En noviembre de 2014 la escuela estaba cerrada, pero alguien en el cuartel de las YPG me dijo que quedaba todavía un niño en la ciudad: lo encontraría en la Asociación de Familias de los Mártires. Media hora más tarde me hallaba en uno de esos lugares en los que se limpiaban los cadáveres y se los vestía de uniforme antes de meterlos en un ataúd. Las fotos de los caídos locales colgaban de las paredes, y eran sus padres, madres, esposas, hermanos e hijas los que gestionaban el centro. Ali Jalil me señaló el retrato de su hermano. Decía que soñaba con ser periodista hasta que lo mató un francotirador de Al Nusra, en noviembre de 2012. Fue al primero al que enterró, y habían sido unos cuantos desde entonces. Le ayudaba siempre su hijo Diar. Tenía trece años.

—Estos tres llegaron completamente carbonizados; a esta le cortaron la cabeza, lo mismo que a esos dos... —Uno a uno, Jalil desgajaba la historia de media docena de entre el más de un centenar de rostros cuya mirada se perdía en el infinito de aquella habitación.

Su hijo no levantaba la vista del suelo mientras su padre hablaba. Solo la llegada de los dos féretros encargados por la asociación interrumpió el relato del horror. Después de descargarlos e introducirlos en la estancia, Jalil y su hijo los envolvieron en la tela roja habitual, a la que añadirían la enseña amarilla de las YPG y una corona de flores de plástico. Se movían con la precisión adquirida tras una rutina repetida a diario, y durante años. Jalil decía que amortajar los cadáveres era mucho más laborioso, pero que su hijo siempre estaba ahí para echarle una mano. Mientras los veía trabajar, me di cuenta de que me enfrentaba a la entrevista más difícil que haría nunca: ¿qué se le pregunta a un niño que amortaja cadáveres? Hablar de la escuela o de si le gustaba jugar al fútbol con sus amigos los fines de semana

no era una opción.

—¿Por qué no quieres hablar ahora? Dile cuánto querías a tu tío; dile que os pasabais el día juntos en el cibercafé —se empeñaba su padre—. Explica al periodista lo que decías los días en los que más bombas caían: «¡Que echen todas las que quieran, que no nos vamos a ir!» —le insistió sin éxito Jalil.

Diar rehuía el contacto ocupándose ahora de centrar la corona sobre el segundo ataúd. Cuando se incorporó, le pregunté qué quería ser de mayor.

—Seré soldado.

Nunca me olvidé de Diar ni creo que lo haga jamás. Desde aquel primer encuentro, me pregunté muchas veces qué habría sido de él; si lo habrían matado o si seguiría allí, entre aquellos muertos que le habían robado la infancia.

Cuatro años después de aquel encuentro, volvía a Serêkanîye para salir de dudas. La asociación seguía igual, excepto por una hermosa estufa de leña y el gran número de nuevas incorporaciones en las paredes. Zahra, una voluntaria que había perdido a un hijo, todavía se acordaba de mí, y no pasaron ni diez minutos hasta que Diar y Jalil aparecieron por allí, tras llamarlos por teléfono. A punto de cumplir los dieciocho, el chaval era ya más alto que su padre, y lucía uno de esos cortes de pelo de futbolista que tanto gustan en Oriente Medio. Él mismo me explicó en inglés que Jalil había dejado la asociación en 2017 y que, ya para entonces, solo lo necesitaba a la salida de la escuela. Al chico le quedaban unos meses para acabar la secundaria. Le recordé que, cuatro años atrás, me había dicho que quería ser soldado.

—Todos queríamos ser soldados entonces —me soltó.

Ahora, Diar prefería estudiar alguna ingeniería en la Universidad de Rojava. Antes de irme, intercambiamos los contactos y lo vi sonreír en su foto de perfil, como cualquier otro chaval de su edad. Ser como los demás, ese era el gran desafío en aquel rincón del mundo.

AGRADECIMIENTOS

La lista de gente a la que le debemos mucho empieza en Kurdistán. Sin su amistad y entrega este libro no habría sido posible. Personas tan fantásticas como Falah, Mohamed, Yewan, Salih, Chavin, Ibo, Renaz, Zagros, Ipek, Yan, Kamal, Siwar y Amina, y las familias Haj Abdo y Hasan. Estaremos eternamente agradecidos a Manuel por mostrarnos el camino y demostrarnos que se puede atravesar en solitario. Gracias, también, a las secciones de Internacional de los periódicos *Ara* y *Gara*, y, en especial, a jefes como Dabi —tu apoyo ha sido más que fundamental—, que apostaron por nuestro trabajo desde mucho antes de que el resto pusiera a los kurdos en el mapa. Nada de esto habría sido posible sin vuestra confianza. A nuestras familias, por entender que nuestras ausencias se debieron siempre a que es esto lo que nos gusta, y en lo que creemos. Por último, especial mención a todo el equipo de Península por convertir su honestidad y profesionalidad en altavoces para este pueblo siempre amordazado.

Respirando fuego
David Meseguer y Karlos Zurutuza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Guillem Sartorio

© David Meseguer Mañá, 2019
© Karlos Zurutuza Aguado, 2019

© del prólogo: Manuel Martorell Pérez, 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2019

ISBN: 978-84-9942-806-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com